REBECCA RUGER



LOCAMENTE ENAMORADO

LEJOS DE CASA: UN ROMANCE ESCOCÉS DE VIAJE EN EL TIEMPO, LIBRO 3

LOCAMENTE ENAMORADA

Lejos de casa: Un romance escocés de viaje en el tiempo

Libro 3

Rebecca Ruger

CONTENIDO

Página del título
Prólogo
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno
Capítulo Veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Epílogo

PRÓLOGO

El duelo es amor

Aunque las *nigheanan sgàil*, las hijas de la sombra, podían percibir y conocer las emociones de los mortales, la mayoría de las veces necesitaban estar cerca, dentro del alcance de la conciencia humana, para experimentar lo que ellos sentían. Así, Samara se encontró justamente desconcertada al verse abrumada por el sufrimiento de un mortal cuando no había percibido a ninguna persona dentro del perímetro de su conciencia. Se elevó sobre los árboles y se desplazó velozmente, su alma de bruja viajaba cientos de metros en apenas segundos. Como una abeja atraída por la flor en flor, se sentía intuitivamente atraída por cualquier indicio de una sensación humana intensa.

La fuente del dolor intenso que la había convocado desde tan lejos se encontraba en un claro dentro de un pequeño bosquete de abedules delgados. Era un hombre, viviendo a comienzos del siglo XIV, vestido con lino basto y con un peto acolchado de guerrero. Sus dedos gruesos y curtidos se quitaron un gorro de lana de la cabeza justo antes de dirigirse al suelo, y sus palabras se hicieron claras para Samara a medida que se acercaba.

—Sí, mi amor, y volvemos a la carga —dijo el hombre a la tierra bajo sus pies—. Bajaremos a Berwick, o a algún lugar cercano, dice el laird. Sabes bien que ese lad no estará contento hasta que nos haya matado a todos o haya entregado personalmente la libertad a toda Alba.

Y luego, como si hubiera habido alguna respuesta, no la hubo; Samara la habría percibido mejor que este simple mortal, el hombre se rio y dijo:

—Sí, no te equivocas. Cuando algo se le mete en la cabeza…

Al observar más de cerca, Samara notó la pequeña cruz clavada en el suelo, hecha de madera y cuidadosamente tallada con cardos y hojas. Ah, entonces era un marcador, y este un sepulcro, y tal vez el hombre era un visitante habitual, dedujo Samara.

Lo que ella había supuesto como angustia, que originalmente la había llamado hasta allí, ahora le parecía menos sufrimiento, aunque el hombre claramente sufría. Samara podía sentir la pesadez de aquello. Pero no, este hombre se deleitaba en el dolor y en el duelo, percibió, aferrándose a ellos tanto como se aferraba al recuerdo de ella, al amor que habían conocido. Oh, estos mortales y su amor duradero. Tan hermoso, tan trágico.

—No es tan distinto de mí, supongo —dijo el hombre—. Necesita un propósito, alguien a quien salvar, alguien por quien luchar, alguien por quien morir.

Suspiró y guardó silencio por un momento, mientras sus manos torcían el gorro de lana, deformando el objeto casi hasta hacerlo inservible.

Era Airril, dedujo Samara, y el peso de su duelo se percibía claramente como una nube gris dentro de su aura, no tormentosa como cabría esperar, sino simplemente oscura con la sustancia de su dolor.

Samara buscó alrededor, moviéndose en círculos cerca del hombre mientras hablaba con su amor, intentando encontrarlo en un tiempo anterior, cuando la mujer aún vivía. Como cualquiera de las *nigheanan sgàil* podía hacer, ella era consciente de todo lo que sucedía en esa fecha a lo largo de los años, en cualquier lugar que habitaran. En este sitio, cerca de la tumba en estos bosques vírgenes, había pocas personas a lo largo de los años. Aquellos otros, en otros años, que llenaban el claro, aparecían como transparencias, ya que tanto de su enfoque estaba en el hombre del año 1303.

Nunca habían estado en este lugar en este día de ningún otro año, determinó, incapaz de encontrar sus almas y, por lo tanto, de saber por quién lloraba.

De vuelta con el hombre, Airril, en su presente, Samara suspiró, perturbada por su tristeza.

Toda su vida joven, relativamente *joven*, ya que había vivido siglos hasta ahora, había estado fascinada por lo individual que era la forma humana, cada una tan distinta de la otra. Las *nigheanan sgàil* tenían solo una manifestación, un aura, con un color predominante que podía compararse con la apariencia general de un humano, pero con remolinos y patrones de otros colores, percibidos como texturas y capas que podrían asemejarse al color del cabello y de los ojos, mientras que la percepción y el sonido de las capas más profundas pronunciaban su naturaleza y disposición distintas. Tenían la capacidad de adoptar forma humana, y a menudo lo hacían, pero era difícil hacerlo con gran efectividad, ya que usualmente aparecían solo como figuras etéreas a través de las cuales la luz podía pasar.

Como entidad, ya fuera bruja, fey, demonio o humano, cada manifestación era única. Algunas eran hermosas en cuerpo y mente, físicamente y mentalmente potentes, imposibles de pasar por alto, mientras que otras eran anodinas, casi insignificantes en cuerpo o espíritu.

Samara pensó que este hombre podría situarse en un punto intermedio. Como los humanos, ella tenía sus propias opiniones sobre la belleza y el atractivo y juzgó a este hombre apuesto, pero tal vez más en otro tiempo pasado y no en el presente, ya que su aura era tan sombría que disminuía el esplendor tangible que pudo haber tenido. Según los estándares mortales, suponía que podría considerarse de estatura media, con hombros sólidos y cuadrados y una melena de cabello castaño rizado, ahora desvanecida a blanca, la casi ausencia de color acompañaba su rostro pálido y sin vida.

Una vez debió estar lleno de vida, supuso, rebosante de color, tanto visible como invisible. Qué pena que el duelo embadurnara y desvaneciera todos los espléndidos colores de la vida.

Después de inclinar la cabeza hacia el marcador de madera, giró sobre su talón y abandonó el claro, golpeando y alisando el gorro arrugado contra su muslo durante varios pasos antes de volver a colocárselo en la cabeza.

Samara lo siguió, intrigada como siempre por los mortales, y en particular por éste y su duelo.

Avanzó sin gran rapidez hacia una vasta fortaleza escocesa y, una vez dentro del imponente muro, se dirigió directamente a un hombre cuya figura era notable, seguramente para bruja o humano, y anunció su disposición.

El hombre se volvió desde donde había guardado algo en su alforja y consideró a Airril, pareciendo medir la veracidad de su declaración con una mirada fría y penetrante.

Sus agudos ojos, casi negros, se entrecerraron.

—¿Estás?

—Sí, ahora —dijo Airril—. Y no busques nada que no esté allí.

—Si no quieres ir… —comenzó el hombre.

Ah. Ahora la intuición de Samara se centró en este hombre, avivada por su percepción. No entendía el dolor de Airril, percibió Samara, pero era consciente de él.

Ella no permaneció indiferente ante la presencia o la personalidad de esta criatura; tal vez no era humana, pero tenía receptores para oír, ver y sentir. Y había mucho que absorber aquí con este hombre, pues era imponente en todos los sentidos: en altura, amplitud y en el alcance de su mente incisiva. Ah, pero sus emociones estaban bloqueadas, casi intencionalmente, complejas y profundamente guardadas, ilegibles. ¿Qué sentía este hombre? Si acaso sentía algo.

Era Lucas, comprendió, un hombre de gran responsabilidad, la cual no le pesaba, sino que se sostenía con orgullo. Y bien por él, que en medio del enredo de su propio bosque emocional, reconociera que su amigo estaba ocupado en otra cosa.

—Cualquier hombre aquí que diga que espera con ansias esto —respondió Airril secamente, rodeando un corcel mientras se acercaba a otro, presumiblemente el suyo—, debe quedarse atrás. No confíes en quien dice querer lanzarse a la pelea.

—Todos los hombres quieren luchar por la libertad —afirmó con firmeza Lucas.

—Sí, cuando llegue el momento, pero ahora solo conocerán el miedo —replicó Airril al montar su caballo, mientras que a su alrededor, dentro del recinto y fuera de él, cientos de hombres hacían lo mismo—. Dejar el hogar no es tan fácil como parece.

Samara percibió que Lucas no apreciaba lo que consideraba una declaración marcada de su propia carencia de lazos emocionales, pero lo desechó rápidamente y en silencio, mientras se lanzaba sobre el lomo de su corcel. Echó una última mirada evaluadora a Airril y asintió con cortesía antes de chasquear la lengua y mover a su caballo.

Y podría haber sido eso. Samara podría no haber pensado más en el hombre, Airril, y su angustia por la pérdida de su amada, podría haber supuesto que su propósito presente le impediría reflexionar tan tristemente sobre su duelo. Pero entonces captó sus pensamientos, justo cuando golpeaba con la rodilla a su caballo y se unía al gran ejército en marcha.

Sí, iré a la batalla. Moriré noble y con honor, y volveré a ver a mi Gwen.

Muerte por la guerra, dedujo Samara era su intención.

Ni una pizca de incertidumbre empañó su respuesta instintiva. *Bueno, no, eso no debería permitirse*.

CAPÍTULO UNO

Esa es toda una campaña de marketing.

El perro se sentó pacientemente en el banco de madera, aunque sus ojos se fijaban con entusiasmo en cada persona que pasaba, esperando que fuera la que le trajera un pedazo de comida. De vez en cuando levantaba la cabeza hacia el candelabro que colgaba arriba; su emoción con la boca abierta se calmaba por unos segundos al lanzar una mirada sospechosa sobre los brazos anchos de la luz, hechos de astas de ciervo. Pronto, recuperaría su entusiasmo y volvería a jadear y observar atentamente a cualquiera que pasara junto a la mesa.

Obviamente, este pub era amigable con los perros. También era obvio: este perro había estado allí antes, pues se sentaba tan tranquilo entre sus dueños, sabiendo que estaba a punto de comer bien. Su mamá y su papá eran una pareja de mediana edad, que sorbían su cerveza color miel en vasos de pinta transparente y hablaban a su alrededor, acariciando de vez en cuando su pelaje corto, lo que hacía que cerrara la boca y tragara su entusiasmo momentáneamente mientras miraba directamente a quien le daba atención, hasta que la mano se retiraba y él volvía a acechar con ojos esperanzados a los invitados y al personal en movimiento.

Cora se sentó justo frente al perro y sus humanos, disfrutando del "grog dog and hog tails" de The Grog and Gruel, el primero de los cuales habría comparado con un Texas hot y el segundo simplemente eran papas rizadas. Ambos eran muy sabrosos, aunque sintió un poco de envidia gastronómica al ver cómo servían a los demás. Casi deseó haber sido lo suficientemente aventurera como para probar la hamburguesa de jabalí con haggis o la de carne de res con morcilla negra.

No había problema, estaba feliz de probar cualquier cosa en ese momento. Desde que había llegado a Escocia hace una semana, no había salido ni una sola vez de la casa de su hermana. Incluso hoy, había tenido que insistir y rogar solo para poder salir un momento. Es cierto, la habían invitado, y luego su madre la había hecho sentir culpable por no ir, con la única intención de ayudar a su hermana, que acababa de tener al bebé número 2, conocido como Liam. Entendía que los bebés requerían mucho trabajo, pero en el fondo cuestionaba la supuesta urgencia que había sido usada para manipularla; las mujeres hacían esto todos los días en todo el mundo, muchas con más de dos hijos. ¿Por qué entonces se esperaba que ella dejara todo y cruzara el océano para ayudar? Su hermana, Mallory, actuaba como si hubiera realizado alguna hazaña fantástica, nunca antes vista. Cora pensaba que simplemente deberían haber contratado a una niñera, que era lo que Mallory realmente quería.

No le molestaba ayudar a su hermana, no realmente, pero que nadie hubiera considerado su disponibilidad, que no les importara que ella tuviera un trabajo a tiempo completo que no veía con buenos ojos que se tomara tiempo libre en plena temporada de impuestos. Si el esposo de Mallory, un ejecutivo de publicidad que trabajaba largas horas, no podía o no quería ayudar a su esposa, ¿por qué se esperaba que Cora lo hiciera? Cora sabía que debía mejorar en poner límites y decir que no a la gente. Pero ante los lloriqueos de su hermana y la manipulación de su madre, había cedido.

No sabía nada de bebés, así que al principio agradeció que solo se esperara que cuidara de Devon, de tres años. Después de unas pocas horas el primer día, Cora consideró pedir hacerse cargo del recién nacido. Devon era posiblemente el niño más insoportable del mundo, que aparentemente había aprendido de su madre la tendencia de llorar hasta obtener lo que quería. Y no ayudaba que Mallory quisiera una experiencia intensa de vínculo con Liam, excluyendo a Devon, lo que Cora interpretó como *"No puedo con los dos; mantén ocupado a este por ahora."*

Cora se estremeció, sintiendo que estaba siendo demasiado dura con su hermana. No era madre, no debía juzgar.

Ajustándose las gafas en la nariz, miró al perro en la mesa frente a ella, sonriendo mientras él miraba con ansias los platos delante de sus humanos, con las babas colgando del lado izquierdo de su boca. Había un plato frente a él, pero ya estaba vacío. Mirando de nuevo alrededor del pub, vio que la cabeza de lo que parecía un jabalí estaba montada sobre la barra, llamando mucho la atención porque parecía sonreír. Por lo demás, el pub era como esperaba: madera oscura, suelos de tablones, limpio aunque sin mejoras desde hacía décadas según la estimación de Cora.

Deseó que su padre estuviera allí con ella. Se habría divertido con el perro en el bar y habría sido una gran compañía para pasear por el vecindario. Oh, cuánto lo extrañaba, incluso diez años después. Murió cuando ella tenía catorce años, después de perder una valiente lucha contra el cáncer. Hasta hoy, nunca pudo decidir si su actitud esperanzada hasta el final había sido por ella o por él mismo. A veces le convenía pensar que había sido por ella; pensar lo contrario, que nunca aceptó lo inevitable, solo la angustiaba.

Perdió su centro cuando murió su padre. Habían sido un equipo, ella y él contra el mundo, que también regularmente los enfrentaba a ella y a él contra su madre y hermana. Cuando murió, Cora estuvo a la deriva durante años, sintiéndose como una tercera rueda, y una tambaleante, para el dúo de su madre y hermana, tratando de ser lo que ellos y su padre hubieran querido, lo que los habría hecho sentir orgullosos. De ahí su trabajo muy aburrido como contadora de impuestos, profesión de su padre. No lo odiaba, solo que no le gustaba. Pero había hecho las paces con ello y trabajaba duro, habiendo decidido encontrar aventura en otras áreas de su vida. Eso aún estaba en progreso.

Hasta ahora, la única aventura en su vida estaba en su vestuario. A Cora le encantaban los colores vivos y las piezas llamativas. Creía que su vestuario reflejaba mejor su personalidad, o más bien cómo deseaba ser: enérgica y divertida, dispuesta a cualquier cosa dentro de la ley, una chica con sueños y esperanzas

tan grandes y audaces como los patrones y estampados que a veces usaba.

Hoy estaba vestida con moderación, relativamente hablando. El pronóstico anunciaba un día inusualmente cálido para finales de febrero, así que llevaba capris color lila y una blusa blanca con un cárdigan fucsia. La blusa era de sus favoritas, con un cuello de encaje que había sacado del suéter. Llevaba sus sandalias de cuña favoritas, solo medía un metro cincuenta y dos, así que usaba tacones a menudo, y un montón de pulseras de cuentas y brazaletes. Creyendo firmemente en la sugerencia de *"vístete como quieres sentirte"*, Cora siempre se sentía más segura y más ella misma cuando estaba vestida alegremente. Ignoraba la vocecita que le decía que solo estaba posando, que era una impostora, que ni su personalidad ni su vida coincidían con su ropa.

Recordando sus compras en la librería de la calle, apartó la comida casi terminada y sacó los tres libros de la bolsa de tela que también había comprado. Uno era un Diccionario de gaélico a inglés. No le había prestado mucha atención, ya que aún no había encontrado a ningún escocés que hablara gaélico, pero la portada era de suave gamuza púrpura, con el lomo grabado con un diseño enrejado de nudos de estilo gaélico, así que lo compró básicamente porque era bonito. Los otros dos eran novelas románticas, porque ya sabes, sueños y esperanzas, y Cora sabía que los leería en poco tiempo.

Miró el reloj en su teléfono y decidió que tenía media hora libre para sentarse y leer, quizá tomar una de esas ales pálidas de la cervecería Loch Lomond. Le había dicho a Mallory que volvería a las cuatro, así que aún tendría tiempo para recorrer un poco más Fort William. Le encantaba curiosear en pequeñas tiendas de regalos y había encontrado en Google que había varias a pocas cuadras de este pub.

Se sumergió felizmente en la más prometedora de las novelas románticas, apropiadamente del género de Highlanders escoceses, *Fortune of the Highlander*, sumergiéndose de inmediato en la historia de Duncan y Maeve.

Una hora después, salió de The Grog and Gruel y entrecerró los ojos ante el brillante sol, ajustándose las gafas con el dedo índice torcido. Levantando la bolsa de compras y su bolso al hombro, caminó hasta la esquina y giró a la derecha, sabiendo que The Emporium of Worldly Goods estaba a solo una cuadra.

Un gran cartel de vinilo se extendía a lo largo de la calle empedrada, desde un banco en una esquina hasta los pisos superiores de un edificio sobre una tienda de fábrica al otro lado. El cartel, de un rojo apagado, anunciaba el Museo de las Tierras Altas del Oeste, informando que la entrada era gratuita. Cora se sintió tentada, pero decidió dejarlo para otro día, *si* se le permitía volver a ser turista, ya que imaginaba que un lugar así requeriría más que unas pocas horas.

A la vuelta de la esquina y detrás del lateral del banco, no había otro edificio, solo un pequeño espacio arbolado, con las ramas de los árboles sombreando gran parte de la acera. Cora habría cruzado la calle allí, ya que la tienda estaba justo enfrente, pero algo en movimiento entre esos árboles llamó su atención. Al principio pensó que solo era la luz del sol filtrándose entre las ramas, posándose sobre un trozo de tela abandonado o algo similar. Se acercó a donde un bajo muro de ladrillo, del mismo color que los ladrillos del banco, delimitaba el final del estacionamiento del banco, "car park", como lo llamaban allí. Pero no, aquello era menos… sustancial, algo más etéreo y frágil. No había viento y, sin embargo, danzaba y se movía como impulsado por una brisa.

Cora parpadeó y lo que fuera desapareció, y tras entrecerrar los ojos una vez más hacia los árboles, se volvió hacia la acera y se sorprendió al ver una figura de pie directamente frente a ella.

—Oh —jadeó, llevándose la mano al pecho—. Me diste un susto de muerte.

¿De dónde había salido aquella mujer?

Sus ojos se abrieron más. No era exactamente una mujer. Era… transparente. Curiosa, Cora levantó la mano, con la intención de moverla a través del holograma de la mujer, que podría ser lo que Cora había visto entre los árboles, pintada con suaves trazos de color. La mujer parecía lo suficientemente real en cuanto a su

expresión; frunció el ceño y negó con la cabeza, dejando claro que tocarla estaba mal visto. Era preciosa, con largo cabello rojo y ondulado y todas las características necesarias… pero llevaba una especie de toga y estaba descalza, y toda su apariencia parecía pintada como en acuarela, suave, difusa y muy transparente.

—¿Quién… qué… eres? Puedo verte a través de ti. Y apareciste de repente, como… ¡puf!, de la nada. —Metió la mano en su bolso para sacar el libro que estaba leyendo y se lo mostró a la mujer—. Estaba leyendo sobre los fey de Escocia… bueno, en realidad solo son personajes secundarios. Es una novela romántica con elementos de fantasía. ¿Por eso estás aquí? ¿Porque estoy leyendo este libro? ¿Hay algún tipo de alarma que suene cuando un creyente se acerca… qué? ¿A tu hogar? ¿A tu dominio? No es que yo sea una creyente extremista, no estoy corriendo por ahí tratando de convencer a la gente de que los seres de otro mundo podrían existir, pero sí me considero abierta a las posibilidades. Y aquí estás tú. Nunca imaginé que…

—Deja de hablar —dijo la figura, con voz firme, aunque sonara lejana.

—Está bien —respondió Cora automáticamente—. Perdón.

Pero no se detuvo.

—¿Eres un fantasma? ¿O un hada? ¿O son lo mismo?

—Soy Samara —dijo la mujer, con los brazos extendidos y mostrando las palmas.

Por un momento, con esa pose, parecía cualquiera de las imágenes que Cora había visto de la Virgen durante una aparición. Si no fuera por el cabello rojo fuego, Cora habría preguntado si era María.

—Vaya. Eso vino con su propio eco. ¿Lo hiciste a propósito? Pero es perfecto… tu nombre. Hola, soy Cora. Solo estaba…

—Silencio.

Aun sosteniendo el libro frente a ella, Cora levantó el dedo índice de la parte trasera del libro.

—Es tan extraño, cómo puedo verte a través de ti.

La mujer etérea suspiró, Cora pensó con cierta exasperación, y dijo:

—Me toma demasiada energía hacerme sólida.

—Oh, seguro —asintió Cora con entusiasmo.

Samara entrecerró los ojos, como si quisiera cuestionar cómo podía Cora estar tan segura. No lo estaba, solo estaba reconociendo que la explicación de la mujer sonaba razonable.

—Hay uno que sufre mucho y necesita tu ayuda —dijo la mujer a continuación.

—Oh, no —Cora miró a su alrededor. En esta calle lateral, no había nadie más que ella y esta mujer con aire de bruja—. ¿Dónde? ¿Qué puedo hacer?

—No aquí —aconsejó Samara—. Lejos, y aun así necesita tu ayuda.

Esto la hizo dudar. Volvió su atención a Samara.

—¿Lejos? ¿Como un par de cuadras? ¿Todavía cerca, verdad? ¿En Escocia? —preguntó con una risa nerviosa.

—Bueno, sí, pero…

—Está bien, perfecto. Porque solo estoy aquí unas semanas visitando a mi hermana —le dijo Cora—. Y me encantaría ayudar a alguien, pero debo volver para...

Samara, la mujer transparente, levantó ahora la mano frente a ella, acercándola al rostro de Cora.

Cora se mordió el labio.

Y entonces la mujer volvió a mirarla de arriba a abajo, evaluándola.

—Eres extrañamente impasible ante la visita de una de las hijas de las sombras —comentó.

—Oh, no. No lo soy. Mi corazón late a mil por hora. Pero… oh, ¿hija de las sombras? Suena… mucho más ominoso de lo que pareces. No vas a, umm, no sé, absorber mi alma o algo así, ¿verdad? ¿O estoy soñando? ¿O esto… eres un holograma, como una nueva estrategia de marketing o…?

—¿Quieres escuchar lo que tengo que decir?

—Sí —dijo Cora. La expresión tensa de la fantasma y su tono cortante sugerían poca paciencia para las miles de preguntas que rondaban la cabeza de Cora—. Adelante.

—Como dije, hay un alma que necesita ayuda. El objetivo se encuentra en otro tiempo. Tu alma es gentil, y quiero enviarte allí...

—Oh… ¿viajar en el tiempo? Sí, apúntame —aceptó Cora alegremente. Para entonces, estaba bastante segura de que esta mujer era parte de algún grupo de actores, trabajando en las calles de Fort William. O tal vez solo era una comercializadora muy ingeniosa, a punto de promocionar sus productos o los de la compañía que representaba.

Su respuesta entusiasta hizo que la mujer se detuviera por un momento. Hasta que pareció sacudirse y continuó.

—No te alarmes —advirtió Samara con su voz fría y resonante—, y no reacciones de más como hicieron las otras. Gabby casi no… olvídalo. Solo no lo pienses demasiado. Pero tendré que moverte de aquí, y no solo a través del tiempo.

—¿Otras? ¿Moverme? —Esa mujer… o verdadero fantasma, lo que fuera, era un chiste.

Cora se dijo a sí misma que ni por un minuto pensaba que nada de esto era real, que la transparencia no era más que algún truco técnico ingenioso, pero, tristemente, esta era la cosa más interesante que le había pasado desde que llegó a Escocia, así que estaba dispuesta a seguir el juego unos minutos más.

—Al sur. Serás enviada a donde está el objetivo. Te pondré justo allí…

—Pero volveré aquí, ¿verdad?

—…y no te alarmes por lo que suceda a tu alrededor. Puede ser caótico, pero por eso te necesitan.

Cora se subió las gafas con un nudillo doblado.

—¿Qué necesita este… objetivo?

—Compasión. Propósito. Una amiga. Amor, tal vez. Cosas mortales, sin duda.

—¿Entonces está triste? ¿Deprimido? —preguntó Cora—. Quiero ayudar, pero en serio, ¿no hay nadie en el tiempo o lugar del objetivo que pueda, ya sabes, encargarse de esto? —De pronto se preocupó de que a lo que se estaba apuntando pudiera llevar más que unos pocos minutos. Hoy en día, cualquiera sabía hasta dónde llegaban los promotores con tal de vender sus productos.

—¿Ves? —le espetó la mujer—. Ya estás fallando. No habrías sido mi primera opción, salvo que tu corazón es bueno. Intenté convencer a otra de esta misión apenas ayer. Ella no reaccionó como tú, se alejó tambaleándose de mí, supongo que con miedo. No hagas preguntas, solo déjate llevar. Es un alma herida, necesita consuelo. Lo conocerás y sabrás de inmediato a quién te envié. Pero muestra un poco de valor, lass, y por favor no me decepciones.

Debidamente reprendida, tal vez por sus pobres dotes de improvisación, Cora prometió:

—No lo haré. Bien, hagámoslo.

A esas alturas, tenía ambas manos aferradas a su libro, presionándolo contra su pecho, esperando lo que la mujer pudiera hacer o decir a continuación, para terminar de una vez y poder ir a la tienda de recuerdos.

—Esto será más fácil, ya que eres una viajera voluntaria —dijo Samara entonces—. No tendré que hundirte en la tierra ni dejarte caer del cielo.

—Ah, qué bien. —Siguiendo aún más el juego, preguntó—: ¿Debería empacar algunas cosas? Tal vez deberíamos volver a la casa de mi hermana y…

—No hay tiempo —insistió Samara—. La batalla se acerca; él está a punto de rendirse. Tiene que ser ahora.

—Por supuesto. Espera. ¿Batalla?

—Es ahora o nunca, Cora.

—Bien, hagámoslo —dijo Cora, esperando que ya estuvieran llegando al final de esa pequeña actuación—. Espera. ¿Cómo se llama el objetivo?

—Eso debes descubrirlo tú.

—Justo. Puedo hacerlo. Quiero decir, me vas a poner justo allí, ¿no? Con el objetivo. Tal vez podrías…

Samara replicó con sequedad:

—Puedo hacer que tu boca y tu lengua no funcionen.

—Entendido. Silencio ahora. Bien. Estoy lista. —Cora le sonrió con valentía a la mujer—. Pero acuérdate: de vuelta a las cuatro en punto.

—Cierra los ojos y cuenta hasta cien. Cuando los abras, no podrás abrirlos antes de llegar a cien, estarás en el año y el lugar del objetivo. Transportada, creo que es la palabra que entiendes, ¿sí?

—Sí.

Apretando con fuerza las correas de su bolso y de la bolsa de la librería, por si la mujer resultaba ser en realidad una ladrona con un plan elaborado para robarle, Cora cerró los ojos y empezó a contar.

No se atrevió a abrirlos ni a espiar, para no alargar aún más la farsa. Ya había cedido cinco minutos del poco tiempo que le quedaba antes de que su hermana la esperara de regreso.

Un minuto después, seguía contando.

—Cuarenta y siete, cuarenta y ocho…

En realidad, lo máximo que esperaba era ser robada, de ahí el fuerte abrazo a sus pertenencias, y lo mínimo, abrir los ojos ante alguna improvisada presentación de productos, donde le darían muestras de algún artículo local y cupones para una tienda cercana. Desde luego, no esperaba verse invadida por una sensación gradual de ingravidez. El cambio en la sensación de su propio cuerpo y en el aire la hizo querer abrir los ojos. O, al menos, intentarlo, porque extrañamente no pudo. El pánico la envolvió de inmediato; su mente giraba desesperada, preguntándose qué demonios pasaba. No hubo un destello de luz ni un gran túnel de portal abriéndose… al menos no que pudiera ver o saber, ya que no podía abrir los ojos. Solo existía esa ligereza, como si sus extremidades de pronto se hubieran desprendido. No sentía el libro en la mano ni la bolsa colgada del brazo.

No la estaban robando, eso al menos lo entendió. Era como si estuviera nadando en un mar muy profundo, sintiendo el peso del agua a su alrededor y siendo menos consciente de sus propias extremidades. Curiosamente, no veía negro ni oscuridad dentro de sus párpados cerrados, sino remolinos de colores.

Se dio cuenta de que seguía contando.

—Sesenta y tres, sesenta y cuatro, sesenta y cinco… —y no parecía poder detenerse.

Aunque no tenía control sobre su cuerpo, podía sentir que se movía, o que alguien la movía. La sensación era especialmente dramática por lo inexplicable y, al mismo tiempo, inquietante.

Un presentimiento la envolvió, apretándole el pecho. Esto era real, entonces. Estaba a punto de ser trasladada en el tiempo, decidió, aferrándose a lo que parecía una idea imposible.

Por un instante, la anticipación y la emoción la invadieron; visitar Escocia acababa de volverse mucho más emocionante. *Por favor, por favor, por favor*, rogó en silencio, si esto es real, *que el objetivo sea algún caballero jacobita, con modales cortesanos y ropas elegantes, con un corazón romántico y que le gusten las mujeres modernas, pequeñas y con gafas.*

Rápidamente, el miedo ahogó esa esperanza absurda y fuera de lugar.

¡Ella no se había apuntado a esto!

—Ochenta y uno, ochenta y dos, ochenta y tres —continuó, nerviosa ahora con esa extraña sensación de flotabilidad y desconexión—. Ochenta y cuatro, ochenta y cinco…

No advirtió el silencio que la había rodeado al inicio de la cuenta hasta que fue bombardeada por el ruido. Se estremeció y encogió, ya que era fuerte y cercano, y apuró los últimos números.

—Noventa y ocho, noventa y nueve, cien.

Cora abrió los ojos.

Y se le cayó la mandíbula.

No estaba en el centro de Fort William, sino en un campo abierto, rodeada solo de hierba alta, matorrales, árboles y colinas en el horizonte.

La mujer transparente no había mentido, no había estado jugando con ella.

Y claramente no estaba vendiendo nada, salvo vacaciones de ida al medio de la nada.

Lo que parecía ser un ejército medieval, de cientos de hombres, estaba justo frente a ella. El sol de finales del invierno brillaba sobre el metal reluciente de espadas, yelmos y escudos. Montaban caballos brillantes, rojos, negros y marrones, extendidos

por el campo de izquierda a derecha, avanzando sigilosamente hacia ella.

—Jesús, María y José.

CAPÍTULO DOS

Después del Fragor de la Batalla

Cerca de Roslin, Scotland
Primavera 1303

El destrier tronaba a través del bosque, con su jinete largando espuma tanto como el animal bajo él, por la alarmante noticia que traía consigo. Pasó de largo a hombres de armas ociosos, caballos cojos, hileras e hileras de tiendas y altos árboles que rechazaban la escasa luz que la luna ofrecía.

Le habían ordenado entregar el mensaje verbal a un solo hombre, el todopoderoso y muy celebrado Lucas Thain. Y si bien era cierto que cada mensaje que llevaba de un lugar a otro llevaba consigo un elemento de peligro, era inherente a su labor, de hecho, jamás había experimentado un pánico doble como el de ahora: por el tipo de hombre que pudiera encontrarse y por la clase de bestia que pudiera responder a las desdichadas noticias que debía transmitir. Pero sin duda, se consoló, la reputación de aquel hombre era más mito que realidad. Seguro que no gruñía con tonos de lobo ni golpeaba con puños del tamaño de la garra de un oso. No podía ser tan feroz como el león con el que a veces lo comparaban.

Con el corazón latiendo a un ritmo peligroso, el mensajero concedió que probablemente había algo de verdad en las historias que lo rodeaban: que había distraído al enemigo de su unidad, muy inferior en número; que había enfrentado a catorce ingleses a la vez, usando todas las armas disponibles hasta que solo le quedaran los puños. Se decía que había cabalgado directo contra ellos mientras los seis hombres que iban tras él huían en dirección contraria. Lo habían encontrado al día siguiente, rodeado de cadáveres, sepultado

bajo los últimos que había despachado, cubierto de tanta sangre que resultaba irreconocible. También lo habían creído muerto hasta que abrió los ojos, encendidos de rabia en su rostro ennegrecido y ensangrentado. Entonces había reprendido con furia a sus propios hombres por su cobardía y, decían algunos, quizá los habría matado también por mostrar tanta debilidad, de no ser porque en ese momento su brazo apenas seguía unido al hombro.

El hombre se estremeció con solo pensarlo.

Un fuego débil, uno de los pocos que había, recortaba en sombras fantasmales al caudillo que buscaba. Seguramente, incluso sin la ayuda de las llamas, el mensajero habría reconocido la altura y la anchura de aquel hombre, del que se decía que era de la misma estirpe que Wallace. El mensajero tiró bruscamente de las riendas, desmontando de un salto mientras el caudillo lo recibía con una mirada tan ominosa que parecía dar crédito al rumor de que podía matar con un solo vistazo.

—Vienen —jadeó el explorador al jefe—, y no por centenas, sino por millares. —Levantó el frente de su túnica para limpiarse la espuma y el sudor de la boca. Al dejarla caer, añadió ronco—: Marchan rápido desde Wark-on-Tweed. Lord Comyn y los Fraser piensan rechazarlos. Piden vuestra ayuda, que enviéis vuestro ejército sin demora para hacerles frente. —Se encogió bajo los ojos negros como el demonio del jefe—. Se dice que son diez mil hombres —trató de tragar la sequedad de su garganta—. Seguro que no podremos resistir… salvo que solo pensemos en caer.

El labio de Lucas Thain se curvó, aunque la noticia no parecía sorprenderlo.

El mensajero comprendía, por haber rondado cerca de Comyn y Fraser en los últimos días, que Longshanks, envalentonado por el tratado de paz que había firmado recientemente con Felipe de Francia, y tras haber descansado y engordado a sí mismo y a su ejército durante el invierno, con cerveza y vino escoceses y caza escocesa dentro de una fortaleza escocesa, planeaba seguramente una marcha de primavera, ya que el tratado con Francia no contemplaba a Escocia. Así que este movimiento de armas y

hombres desde la frontera no era sino una exploración, una suerte de reconocimiento.

Pero, *¡oh!*, diez mil. Incluso si esa bestia unía su ejército al de Comyn y Simon Fraser, los escoceses en ese campo seguirían en clara desventaja numérica.

—¿Dónde? —preguntó Lucas Thain al mensajero.

A pesar de todo lo que había oído y percibido del Thain, el mensajero quedó asombrado por la voz de aquel hombre, tan profunda como si perteneciera a una caverna, endurecida y teñida por un áspero ronquido, seguramente producto de la gruesa cicatriz blanca y abultada que comenzaba bajo su oreja derecha, le cruzaba el cuello horizontalmente y desaparecía bajo su oreja izquierda.

—A Roslin, jefe —dijo, con las palabras saliéndole como un graznido, los ojos aún fijos en la horrible cicatriz—. Fraser y Comyn ya avanzan desde Biggar.

Lucas Thain se volvió hacia sus oficiales, que se habían reunido en círculo a su alrededor.

Uno mascaba el interior de su mejilla, sopesando aquello.

—Son veinticinco millas que marchan ellos, y nosotros tendremos que cabalgar como el viento toda la noche si queremos servir de algo.

—Hay cuarenta millas entre nosotros y Roslin —dijo otro, un hombre curtido de edad indefinida, que parecía no haber conocido otra cosa en la vida que batallas y guerras—. Cabalgando duro, podríamos estar allí al amanecer.

El mensajero se atrevió a intervenir, recordando las instrucciones de Comyn.

—Más duro aún. Más rápido. Comyn pretende caer sobre ellos en la oscuridad, esta misma noche.

—Para reducir la desventaja, claro —asintió Lucas Thain con gravedad. Miró directamente al veterano y dijo—: Aye, y perderemos veinte hombres en la carrera hacia Roslin.

El hombre asintió.

—Seguro, galopar a ese ritmo desenfrenado en una noche casi sin luna nos costará eso.

Pero ninguno negó la posibilidad de emprender esa carrera brutal, ninguno mencionó las pocas probabilidades de sobrevivir contra tantos ingleses. Como todo escocés, estaban complacidos con cualquier oportunidad de frustrar un avance inglés.

El hombre que mascaba la mejilla, a quien el mensajero después conocería como Airril Younger, desclavó un hacha que había incrustado en un árbol tiempo atrás.

—Pues hagamos que se muevan. —Apoyando el hacha en el hombro, se encogió de hombros—. Sabemos que vamos a morir algún día. Esta noche es tan buena como cualquier otra.

***

Lograron lo que debería haber sido imposible: cubrir una distancia de casi cuarenta millas, a través de campos, valles y bosques, reuniéndose con Comyn, Fraser y varios otros ejércitos menores convocados con urgencia para marchar hacia Roslin. El contingente de los Thain, de más de trescientos hombres, perdió apenas a tres en aquella alocada marcha, y solo cuatro caballos.

Estuvieron allí, entonces, desde el principio, cuando los escoceses irrumpieron sobre el campamento inglés. El éxito fue inevitable, favorecido por la ventaja de entrar montados mientras su enemigo dormía.

La batalla fue rápida y desastrosa para los ingleses. Pero eso fue solo el inicio. Apenas los hombres de armas hubieron reunido a los prisioneros, caballeros y nobles que aportarían abundante rescate al ejército escocés, cuando fueron atacados por otro grupo de ingleses que, tardía e inútilmente, parecían venir en ayuda de sus camaradas.

Los escoceses, aun jadeando por el esfuerzo, se quedaron boquiabiertos ante la llegada de aquella nueva horda, un ejército fresco, y quedaron confundidos por un instante. No permanecieron así por mucho tiempo: hallaron sus caballos, sus armas y su valor, y se lanzaron contra la segunda embestida de miles de ingleses. No fue tan sencillo como la primera refriega, pues ahora recibían la sorpresa. La desesperación, sin embargo, resultó ser un poderoso

motor, y lograron destrozar a la caballería inglesa, enviándolos al infierno o haciéndolos huir como cobardes. Apenas terminado aquello, otro ejército inglés se abalanzó sobre ellos. Este contingente era el mayor hasta entonces, diez mil hombres.

No hubo grito de guerra antes de la embestida; los hombros caídos, las espadas bajas, la fatiga de la batalla, el hambre y el sueño pesaban sobre los escoceses. Entonces Comyn y Fraser se transformaron en predicadores, alentándolos a levantarse una vez más, recordándoles la dignidad de la libertad y a todos aquellos que habían luchado antes de ellos, que no podían haber muerto en vano. Reanimados por las palabras de sus líderes, los hombres se alzaron para luchar de nuevo. Lo que siguió fue el combate más feroz, brutal y sangriento, pero que terminó con otra victoria escocesa. Luego se hicieron con armas, caballos y prisioneros ingleses.

Y por toda la alegría que los Thain sintieron por haber participado en una victoria tan inconcebible, por haber cargado tan valientemente contra el enemigo una y otra vez, todo aquello se vio empequeñecido por lo que ocurrió después. Los registros en la capilla de los Thain en Newburn Keep solo consignarían unas pocas líneas sobre sus milagrosas hazañas y los nombres de los caídos, pero no cómo la batalla de Roslin había logrado, aunque brevemente, cambiar el curso de la guerra, perdida desde Falkirk años atrás.

Ninguno de ellos, al regresar a Newburn Keep, recordaría con detalle aquella lucha implacable, pues sus recuerdos pronto se desvanecerían frente a lo que encontraron después.

Se les había encomendado llevar algunos prisioneros a Cairncross, la inexpugnable fortaleza de los Cameron, donde serían retenidos hasta que se pagara rescate, o fueran enviados a Skye si no se ofrecía moneda alguna por su libertad. O donde morirían, ya que varios de ellos apenas parecían tener fuerzas para seguir viviendo.

A menos de dos millas de los campos de Roslin, todavía demasiado cerca como para haber escapado del hedor de miles de cadáveres en descomposición, apareció una mujer.

No era algo inusual, incluso a esa distancia del campo de batalla, ya que los lugareños solían merodear en busca de riquezas entre los restos. Podía estar de paso, caminando sobre la cresta, silueteada contra el sol mientras el exhausto ejército avanzaba por el pantano de Hewan más abajo.

Nada extraño… salvo ella. La mujer. Su aspecto. Su ropa. Lo bastante sorprendente para que Kieran, al frente de la columna, detuviera su caballo, obligando a todos los demás a detenerse también. Se volvió hacia Lucas con el ceño fruncido.

—¿Jefe? —fue lo único que dijo, señalando a la figura sobre la cresta.

Lucas Thain entornó los ojos, intentando descifrar aquella visión. Se quitó un guantelete, escupió sangre y se limpió la boca y la barba áspera con la mano.

Por un instante pensó que podía ser un fantasma, era tan irreal allí, bañada en luz y tan brillante, vestida con múltiples colores.

Ella se quedó inmóvil durante largos segundos, mirándolos. Luego se volvió, dándoles la espalda, y alzó la mano a la frente para protegerse del sol, como si algo más allá hubiese captado su atención.

Lucas y sus hombres esperaron, ansiosos por una explicación de aquella presencia asombrosa, desconocida para ellos en toda su vida. Se escucharon murmullos de conjetura.

—¿Es real? —se preguntó uno.

—Podría ser inglesa —sospechó otro, tal vez por las telas de vivos colores, tan raras en Escocia.

—¿Lleva calzas? ¿Pero es una muchacha?

Así parecía, demasiado pequeña y esbelta para ser un hombre. Y sí, calzas de un tono nunca visto en tela, casi del color del brezo en primavera, que llegaban apenas a la mitad de sus pantorrillas.

Mientras lo que quedaba de los trescientos Thain observaba, la joven volvió su atención hacia ellos. Se quitó un zapato brincando sobre un pie, luego el otro, y con ambos en una mano comenzó a correr descalza cuesta abajo por la pendiente helada.

Mientras muchos retrocedían con sus caballos, Lucas espoleó el suyo para ponerse al frente. Su ceño se oscureció aún más al verla acercarse, ganando una velocidad que quizá no había previsto en la bajada. Sin pensarlo, apoyó los dedos en el pomo de su espada, aún teñida con la sangre de un centenar de ingleses.

Ella lanzó un pequeño chillido al acelerar, incapaz, al parecer, de detenerse, con sus brazos extendidos para mantener el equilibrio.

Su cabello era corto, un destello rojizo brillaba en el castaño al sol, ondulado, rebotando mientras corría. Pero lo más llamativo no era eso. Sus calzas, ceñidas, del color del brezo; una túnica blanca metida en ellas, cubierta por un sobreveste corto y abierto, de un rosa tan intenso como los labios pintados de una ramera; en su mano, unos zapatos que no eran más que correas unidas a una suela, con un tacón elevado, todo de oro; y en su rostro redondo, un artefacto extraño: dos esferas de vidrio, enmarcadas en rosa, asentadas sobre su nariz y sostenidas por patillas que desaparecían en su cabello.

Lucas la miraba boquiabierto, más sorprendido que en años.

Al llegar al fondo de la colina, a unos diez metros de él, la lass se detuvo bruscamente en el terreno pantanoso, agitando los brazos para frenar su carrera.

—Oh, cielos —dijo con total claridad.

—¡*Oh*, inglesa! —murmuró Boisil desde atrás.

Lucas no le prestó atención. La mujer alzó la mirada hacia él, solo hacia él, quizás porque se había adelantado a sus hombres, o porque ellos se habían apartado de él ante la llegada de aquella criatura feérica.

—Hola —dijo, y agitó el brazo enfundado en rosa—. Eh… ¿podrías acercarte un poco?

¿Y ponerse tan cerca de ella y de la magia que seguramente poseía? Él pensó que no. Salvo que la curiosidad lo venció, y lo hizo, tocando los flancos de su corcel para acercarse a menos de tres metros de ella. Sus ojos eran grandes y verdes detrás de las placas de vidrio, con pestañas densas y parpadeando rápidamente hacia él.

—Hola —dijo de nuevo cuando se detuvo otra vez—. Soy Cora. No estoy segura de si sabías que venía o si… bueno, no sé

cómo funciona esto. De todos modos, ¿ese es tu ejército allí detrás de ti?

¿Cómo funciona qué?

—Sí, es el ejército de los Thains de Newburn.

—Ah, está bien —respondió ella—. Vaya. Huele realmente mal aquí. Eh, hay otro ejército allá arriba —dijo, señalando por encima del hombro hacia la cresta de donde había venido—. Se están moviendo bastante rápido. ¿También son de tu bando? No se visten como ustedes.

Solo entonces notó el temblor en su voz y la palidez de su piel de porcelana. Estaba aterrada, pero haciendo todo lo posible por no mostrarlo.

Por supuesto, sus palabras despertaron un interés mayor en Lucas, más que la aparición de la extraña mujer o su miedo.

—¿Qué es esto? —pidió aclaración.

—¿Qué es qué? —dijo ella, bajando la mano y los hombros—. No lo sé, pero esos tipos que vienen parecen estar del lado contrario. Llevan mucha armadura y… oh, ¿qué es ese material de metal entrelazado? Parece malla… oh, cota de malla, creo que se llama.

Confundido, pero alarmado al mismo tiempo, Lucas gritó por encima del hombro:

—Armadal.

Armadal se separó de la multitud y urgió a su corcel por la misma pendiente por la que la lass había corrido, dándole un amplio margen. No avanzó hasta la cresta, sino solo lo suficiente para ver más allá.

Solo echó un vistazo por encima del borde durante unos segundos antes de girar su caballo, con los ojos muy abiertos. Habló mientras bajaba rápidamente por la pendiente:

—Seguro que no miente. Aquí vienen, los ingleses maltrechos, huyendo todavía o viniendo a descargar sus penas sobre nosotros. Más de cien, menos de trescientos —fue su estimación—. A mil yardas, moviéndose más sigilosos que rápidos.

Menos de dos minutos, entonces.

Miles de ingleses podrían haber sobrevivido y huido. Podrían haberse reorganizado y esperaban empujar a los escoceses agotados por la batalla.

Por la sangre. Ignorando a la mujer, Lucas se volvió hacia Airril:

—Llévalos fuera de aquí, hacia los árboles —dijo, señalando el bosque ligeramente elevado en el lado norte del pantano—. Podemos atacarlos cuando estén justo aquí, obstaculizados por el propio pantano.

—Sí —respondió Airril, dando órdenes inmediatamente a los hombres más cercanos, que se repetirían hasta el final de la línea.

El ejército se movió al instante, la lucha aún no los había abandonado a pesar de su noche desgarradora.

Lucas volvió a mirar a la joven peculiar e inclinó la cabeza en un gesto de aprecio por su alerta, sin tener idea de cómo tal criatura fantástica estaba frente a él.

Pareciendo apartar la mirada de la espada ensangrentada en su cadera, ella lo reconoció con una sonrisa temblorosa mientras al mismo tiempo levantaba una mano y con el nudillo empujaba las esferas de vidrio envueltas más arriba sobre su nariz.

—¿Debería ir a los árboles también?

Sin haber tomado una decisión sobre ella, salvo que debía ser una de las hadas sobre las que se susurraba desde hacía siglos, Lucas no sabía qué hacer con ella ni por ella. Estaba justo allí donde estaba, posiblemente en la línea directa del ejército que se acercaba. ¿No podía simplemente alejarse flotando? ¿Acaso las hadas no podían volar?

—Hazte a un lado, si puedes.

—Oh, claro. Iré a los árboles.

Lucas quiso apresurar el paso, para ocultarse con su ejército, pero la lass seguía hablando mientras comenzaba a caminar en la misma dirección que su milicia, como si un ejército enfurecido no se acercara a ellos.

—No sabía que me iba a poner justo en medio de algo así. Bueno, en realidad no sabía nada. Pensé que esa mujer era… bueno, ahora no sé qué pensé. Pero quiero decir, caray, si vas a mandar a

alguien a través del tiempo, ¿no podrías ponerlo en un castillo agradable y acogedor? En realidad, si me hubieran preguntado, cosa que no hicieron, quizá habría deseado caer en uno de los pueblos más grandes, tal vez en día de mercado...

—¿No sabes que se avecina una batalla? —le reprendió, caminando con su caballo paralelo a ella, mientras ella avanzaba por la parte más baja del beinn, justo fuera del pantano.

—Oh, sí. Pero como no galopabas lejos, no pensé que fuera a ser tan… serio. ¿Debería correr?

Que los santos nos guarden. La lass, ya fuera mortal o uno de los seres míticos, estaba loca. Sin embargo, no debía abandonarla, no cuando quizá acababa de salvar la vida de cientos de hombres. La tradición de los pequeños pueblos era ineludible en las Highlands, así que Lucas sabía que cualquier amabilidad hacia las hadas se veía recompensada con buena fortuna.

Una vez más, ella levantó la mano y con el nudillo empujó las esferas de vidrio más alto sobre su nariz. Toda su mano temblaba, lo que oscureció el ceño de Lucas. Volvió a observar su rostro pálido, notando su barbilla firme, temblando por lo tensa que estaba. Sí, temblando de miedo.

Molesto pero en deuda con ella, dirigió su caballo hacia ella, sin poder apartar la mirada de los trews que llevaba y cómo se ajustaban tan perfectamente a sus piernas y trasero. Un hada sirena, entonces, destinada a atraer a los hombres a su perdición. Esperaba que no, apostaría que la advertencia del ejército que se acercaba señalaba que no estaba allí para aniquilarlos. No especulaba normalmente sobre las hadas de Scotia, pero debía imaginar que no apoyarían a los ingleses… aunque hablasen un inglés poco común.

—Ven —dijo cuando estuvo casi sobre ella, extendiendo la mano.

Ella se giró, levantando sus brillantes ojos verdes hacia él.

—Oh, gracias. Es un poco difícil caminar por el costado de la colina —dijo, colocando su mano en la suya.

Tendría que investigar lo que se decía sobre el contacto con una de las hadas. Era pequeña, quizá la mitad de su tamaño, una

verdadera persona diminuta, pero no esperaba sentir carne sólida y calor en ella. Bastante sorprendido, Lucas se detuvo, mirando su mano entre las suyas. Parecía cualquier mano humana, aunque su piel era sorprendentemente suave y sus dedos y uñas cortas perfectamente limpias.

—¿Debería, eh, subir? —preguntó cuando él no se movió, salvo para apretar más los dedos sobre su mano.

Sacudiéndose mentalmente y consciente de que los segundos seguían pasando, Lucas la levantó y la colocó en la silla detrás de él. Inmediatamente se aferró a él, envolviendo ambos brazos alrededor de su cintura. Como sus extraños zapatos estaban sujetos por las correas en una mano, ahora rebotaban contra el pomo cuando él impulsó al corcel a un trote hacia los árboles.

No era una criatura etérea e insustancial sentada detrás de él, comprendió al instante siguiente. Sus pechos estaban presionados contra su espalda, redondeados y de manera agradable, y los brazos alrededor de su cintura no eran ligeros y etéreos sino firmes, con un agarre fuerte.

No perdió más tiempo y se dirigió hacia los árboles, donde Airril y Boisil mantenían el frente de la línea, ambos mirándolo con incredulidad por haber traído al cambiante con él.

Defendió sus acciones en gaélico, avisándoles:

—No puedo arriesgarme a caer ahora porque no presté un servicio a una de las hadas.

Y aunque eso sonaba ridículamente absurdo para sus propios oídos, Boisil asintió como si la razón fuera lógica.

—Nunca invoques su ira, solía decir mi madre.

Consumidos segundos preciosos para colocarla en la parte trasera de la línea, donde los hombres heridos y los cuerpos cubiertos de los caídos estaban protegidos detrás de la mayor línea de Thains, Lucas tomó una de sus manos. Logró capturar una muñeca y bajarla al suelo. Señaló donde había más de una docena de travois dispuestos, lo más juntos que permitía el bosque, cada uno lleno de heridos graves, de los cuales imaginó que la mitad no sobreviviría al viaje a Cairncross, donde podrían recibir cuidados. Más allá, seis carros estaban abarrotados con los cuerpos de los

muertos, aquellos que habían elegido la muerte antes que la pérdida de libertad.

—Quédate aquí, lass—ordenó con firmeza—. No te alejes, salvo para esquivar al enemigo que atraviese nuestras líneas. Y luego corre. —No podía ofrecerle más que eso.

Todo el miedo adecuado, que hasta ahora no había alterado su expresión, apareció ahora, abriendo dramáticamente sus ojos detrás del vidrio. Levantó la mano a la boca asustada y luego la bajó, diciendo:

—No esperaba… ella mencionó una batalla, pero juro que no habló de peligro. Pensé que intentaba venderme algo, lo juro.

Ignorando esto, ya que las palabras no tenían sentido para Lucas, reiteró:

—Quédate.

Y tiró de las riendas para girar su caballo.

Su ceño permaneció fruncido, reflexionando sobre qué pecado habría cometido para ser visitado por un ser tan insensato.

CAPÍTULO TRES

Esto No Puede Ser la Vida Real

No quería ser testigo de lo que pudiera ocurrir justo fuera de los árboles, en esa zona pantanosa, cuando el ejército que se acercaba se encontrara con el que estaba esperando. Lo que había visto hasta ahora la había curado de cualquier idea romántica sobre ser lanzada al pasado. Samara, convenientemente, no había mencionado que Cora vería de primera mano tanta sangre y violencia. Cora sentía que la bruja debería haber tenido la obligación de advertirle eso.

"Será sangriento y horrible, pero te voy a enviar al pasado" podría haberle dado a Cora una pausa saludable. Quizá no habría seguido el juego con tanta ingenuidad, podría haberse tomado un momento para preguntarse si la mujer decía la verdad y no se trataba de algún elaborado esquema de marketing.

Nota mental: en el futuro, leer toda la letra pequeña antes de aceptar cualquier cosa que suene siquiera remotamente ridícula, imposible o que altere la vida de alguna manera.

Oh, ¿en qué estaba pensando? ¿Por qué no cuestioné nada excepto la hora en que volvería? Saltar antes de mirar… la habían acusado de eso más de una vez. No estaba muy lejos de la verdad, así que no se lo reprochaba mucho a su hermana, Mallory, quien recientemente había hecho una acusación similar.

Todo esto del viaje en el tiempo no era para nada como ella había imaginado. No es que lo hubiera pensado seriamente antes de hoy, antes de que la bruja Samara la asustara hasta los huesos con toda su apariencia holográfica. Claro, quizá había sido impulsada por una vaga y melancólica esperanza de que realmente pudiera viajar en el tiempo, *pero, no así.*

Posiblemente, una persona promedio se habría asustado mucho más, habría llamado a un médico para atender a la mujer transparente que hablaba, diciendo tonterías sobre mover gente a través del tiempo. Pero Cora había vivido cosas bastante extrañas. Cosas curiosas y fuera de lo común le habían pasado desde que tenía siete años. Podrían haber comenzado antes, pero esa era la primera rareza que recordaba: jugando en la playa del lago Erie, cerca de su casa en Nueva York, cavando en la arena para hacer su propia piscina y descubriendo un cañón de la Guerra de 1812. Justo allí, a un tiro de piedra de la manta donde estaban sus padres, girando constantemente la cabeza para vigilar a los cuatro niños. Bajo un pie de arena por doscientos años. Ahora estaba en el museo de la playa al sur de Buffalo.

Al año siguiente, Cora no quiso ir a la escuela un día porque no había estudiado para el examen de ortografía. Rogó que la dejaran quedarse en casa. Su madre le dijo que solo podría quedarse si realmente estaba enferma, cosa que Cora ciertamente no estaba. Pero mintió, diciendo que sí, lo que llevó a su madre a intentar comprobar la mentira, diciéndole que iría al médico si no iba a la escuela. Tres horas después, fue llevada de urgencia del consultorio al hospital para una cirugía. Su enfermedad imaginaria era en realidad apendicitis aguda; el doctor dijo que si no hubiera ido ese día, si hubiera ido a la escuela, se habría perforado, posiblemente matándola.

Y luego, hace solo unos años, en el aniversario de la muerte de su padre, Cora se sentía particularmente triste. Ese día estaba un poco distraída y no se dio cuenta hasta que se detuvo en un semáforo, que estaba directamente frente a la funeraria donde habían velado a su padre. Y entonces realmente la golpeó y comenzó a llorar. El semáforo cambió, el coche detrás de ella tocó la bocina. Agobiada y con lágrimas, Cora pisó el acelerador, queriendo lanzar una mirada de reojo al conductor impaciente. Fue entonces cuando vio su matrícula: LUV DAD.

No todas las cosas extrañas que le pasaban eran tan benignas: una vez se despertó y encontró su costosa cámara al final de su cama. Ella no la había dejado ahí, nunca habría sido tan

descuidada. Al revisar las últimas fotos en la tarjeta digital, había un montón de imágenes de ella durmiendo, tomadas desde distintos ángulos alrededor de su cama. Eso la asustó bastante tiempo.

Pero, en fin, todas esas cosas extrañas solo demostraban que nada estaba fuera del ámbito de lo posible, según su mente.

Ni siquiera el viaje en el tiempo.

Así que sí, *si* en algún rincón de su mente había una esperanza fugaz de que Samara realmente pudiera moverla a través del tiempo, quizá habría deseado conocer al estoico héroe y mostrarle lo increíblemente moderna que era, y quizá finalmente encontrar a alguien digno de todo el romance y la anticipación en su corazón. Pero, por supuesto, todavía necesitaba estar de vuelta en el siglo XXI antes de las cuatro.

El arrepentimiento se disipó rápidamente cuando un rugido salvaje y ensordecedor surgió de las filas del ejército del hombre de ojos negros, al levantarse desde el escondite entre los árboles para lanzarse sobre el ejército revestido de mallas. Agazapada con la espalda contra un tronco robusto, se cubrió los oídos con las manos y cerró los ojos con fuerza. No quería participar en eso, ni siquiera como espectadora. Aún no había digerido la visión de toda la sangre en la espada del hombre de ojos negros, en sus manos y en su rostro. Tampoco había asimilado del todo la posibilidad de que realmente hubiera viajado en el tiempo, no había habido tiempo aún, así que ciertamente no estaba lista para presenciar una sangrienta batalla de época. *Gracias, Samara. Tendré pesadillas por semanas, quizá para siempre.*

La ligereza de sus pensamientos era solo un artificio para borrar el terror que había sentido en sus primeros minutos tras abrir los ojos después de contar hasta cien. O, quizás, se había golpeado su cabeza en la vida real y todo esto era un sueño.

Pero justo ahora, sus pensamientos angustiados e incluso sus manos sobre los oídos no podían ocultar los sonidos de la batalla, tan aterradoramente cerca. Sus ojos se abrieron de golpe al darse cuenta de que no quería ser sorprendida por un ataque si los guerreros revestidos de mallas irrumpían entre las filas del ejército del hombre marcado.

De inmediato, su mirada se encontró con uno de las docenas de hombres dispuestos en camillas muy cerca de ella. Pensó que la había estado observando un tiempo, posiblemente desde que la habían dirigido allí. Sus ojos marrones no recorrían todo su cuerpo, aunque ella entendía cómo de fuera de lugar debía parecer a cualquiera que la mirara, pero permanecían en su rostro como si solo la estuviera evaluando.

—Yo… yo nunca… —comenzó, tratando de explicar su cobardía, por qué las lágrimas, repentinamente, tardíamente, corrían por sus mejillas.

Él golpeó su mano ensangrentada cerca de la cadera, con sus dedos dando palmaditas a la vaina.

—Toma mi espada, lass. El miedo se reduce con la hoja.

Los ojos de Cora se agrandaron. ¿Qué se suponía que debía hacer con una espada?

—No. Eh, gracias. Yo no…

—Pero lo harás —dijo él, con voz fuerte pese a lo débil que parecía—. Nadie imagina que puede hasta que tiene que hacerlo.

Ella dudó un momento más, moviendo los ojos sobre la herida en su pecho, que empapaba de rojo oscuro las tiras de lino que la cubrían, y una débil media sonrisa se inclinó en una comisura de su boca.

—Sé que podría pedirte que me defiendas, lass.

Cora jadeó al darse cuenta de esto, mirando a su alrededor a todos los hombres heridos e indefensos tendidos en camillas, cada lesión era más espantosa y sangrienta que la anterior. Y luego se dobló y se estremeció cuando un grito particularmente fuerte de dolor resonó desde el campo de batalla, a no más de cien yardas. Girando la cabeza sobre su hombro, se movió un poco sobre sus pies desnudos y sucios para mirar alrededor del árbol detrás del que se escondía. Su posición en este terreno elevado sobre el pantano, y la presencia de todos los árboles que la separaban de la lucha, solo le permitía ver destellos de movimiento; no podía ver realmente cada golpe de arma que probablemente costaba la vida o un miembro a algún hombre. Solo eran formas moviéndose y ruidos resonando. Hasta que vio a un hombre corriendo hacia ella, aparentemente por

su vida. Se movía torpemente, obstaculizado por tanto metal que cubría sus piernas, brazos y pecho, que parecía arrastrarse como un robot. Aún no había pensado en ellos contra nosotros, no se había planteado de qué lado estaba, pero este grupo no le había hecho daño, de hecho, gracias al hombre de ojos negros, la había llevado a un lugar relativamente seguro. Se traumatizó de nuevo cuando vio a otro hombre a caballo persiguiendo al hombre-robot. El soldado montado agitó el brazo mientras se acercaba, espada en mano, y luego la bajó sobre el hombre, cortándole profundamente el cuello antes de girar su caballo y volver a la lucha en el terreno pantanoso más abajo.

Cora se cubrió la boca con las manos para no gritar y se giró de nuevo, encontrando aquellos ojos marrones sobre ella otra vez.

—Si quieren escapar, vendrán por aquí —dijo el hombre—. Toma la espada.

Con movimientos lentos, luego desanudó un largo cuchillo de su cinturón.

—Toma esto también.

Asintiendo y temblando al mismo tiempo, se arrastró hacia él, intentando mantenerse pequeña y sin ser vista cerca del suelo. Aceptó el puñal con mango tallado y retiró lentamente la larga espada de la vaina de cuero. Cualquiera de estas armas era inútil mientras ella permaneciera de rodillas. El tamaño de la espada requería que se pusiera de pie si esperaba que fuera eficaz. El mango de acero estaba frío al tacto, pero no estaba sin uso; la hoja estaba manchada de rojo con la vida de uno o muchos. Al ponerse de pie, apoyándose en la empuñadura, consideró el cuchillo más pequeño, que podía tener aproximadamente la longitud de su brazo, del codo a la muñeca.

—Sí, y mételo —dijo el hombre que le ofrecía protección. Mientras sus ojos estaban cerrados ahora, levantó la mano unos centímetros sobre su muslo, señalando en la dirección de la espada mucho más larga—. Dos manos, lass. Y ataca a cualquiera que venga con malas intenciones.

—Está bien —chilló ella. No teniendo cinturón como él, no sabía qué hacer con el puñal, así que lo deslizó en la cintura de sus

pantalones capri. Tembló de inmediato y frunció el ceño por lo helado e incómodo del cuchillo contra su piel, y luego decidió rápidamente que sería menos peligroso colocarlo en la parte trasera de su pantalón.

Para ella misma, para su seguridad, correr podría haber sido la única opción imaginable o aceptable, pero estos guerreros heridos no tenían escapatoria. Por ellos, si era necesario, pensó que podría manejar el arma gigante.

Dos manos, efectivamente, pensó un momento después, casi incapaz de levantar el arma de metal con una sola. Se vio obligada a ponerse de pie, ya que la espada larga, una claymore pensó, era más de la mitad de su altura.

Pero incluso estando de pie y colocando ambas manos sobre la empuñadura, girando para enfrentar el borde de los árboles, de donde podrían venir rezagados o hombres desesperados, realmente nunca pensó que necesitaría usarla.

***

Era como él había sospechado: esta era solo una unidad reorganizada buscando vengar la terrible tragedia de Roslin, ingleses sucios de batalla buscando compensación por sus enormes pérdidas. Esto lo dedujo por sus espadas y cuerpos cubiertos de sangre. A Lucas no le importó en lo más mínimo enviarlos a reunirse con sus camaradas caídos.

Estos ingleses podían haber supuesto que encontrarían circunstancias favorables, que los escoceses nunca sospecharían que quedara algún inglés listo para pelear en la zona, y así obtendrían el factor sorpresa.

Pero bueno, no habían sido visitados por una criatura feérica, que había dado a los Thains una advertencia, un escenario que Lucas todavía no comprendía del todo.

Al cargar contra un hombre montado de Longshanks, Lucas encontró los grandes ojos azules a ambos lados de la visera del casco y supo instantáneamente que el caballero novato no era rival para sus años de servicio activo a la corona de Escocia. No sintió piedad ni tristeza al despacharlo tan rápidamente, sino que lo consideró un acto de bondad. Fue entonces cuando se dio cuenta de

que los ingleses comenzaban a entender que no tenían ventaja, que estos escoceses aún tenían mucha fuerza y que huir podría ser su mejor oportunidad de supervivencia.

—¡A los árboles! —gritó sobre el ruido ensordecedor de la batalla cuando los ingleses comenzaron a dispersarse apresuradamente en muchas direcciones. A Lucas no le importaba que pocos escaparan por completo colina arriba o atravesando el pantano hacia el sur, pero sí le importaba el bienestar de sus propios Thains heridos, ocultos dentro de los árboles desde los cuales habían sorprendido a los ingleses. Si él huyera de una batalla imposible de ganar, sin duda descargaría su frustración sobre cualquiera que encontrara en el camino, estuviera indefenso o no. No esperaría menos de este enemigo desesperado. —¡A los árboles! —ordenó de nuevo, cuando solo unos pocos lograron abrirse paso para erigir una barrera al borde oriental del pantano.

Considerando la vulnerabilidad de sus propios hombres detrás de las líneas, Lucas tiró con fuerza de las riendas y giró el caballo en esa dirección. Cargó por la ligera elevación y se internó en los árboles, persiguiendo a cualquier inglés, montado o a pie, cortando y tajeando a su paso, preocupado menos por la muerte de su enemigo que por detener el avance de grandes números hacia el bosque.

Tenía mucho que hacer, ya que los Thains luchando en el pantano habían puesto a muchos ingleses en fuga. Al entrar en el área con pocos árboles, se sorprendió al ver que había muchos más ingleses intentando escapar de lo que había anticipado. Entre los árboles, mientras corría hacia sus hombres heridos, vio a Peadair sentado erguido sobre el travois en el que lo habían llevado, pálido mientras luchaba contra un enemigo alto y torpe pero peligroso.

Lucas saltó de la silla sobre la espalda del cobarde más cercano, derribándolo al suelo, quitándole el aire al aterrizar, y luego terminó con su vida con su hacha. No perdió tiempo asegurando la muerte, pero se levantó rápidamente y corrió hacia el improvisado hospital, teniendo que detenerse para lidiar con otro contendiente con el mismo destino en mente. Este era tan grande y fuerte como Lucas, y la lucha no fue tan rápida. Lucas no temía el resultado, solo

el tiempo que le tomaría llegar, ya que el hombre grande no se dejaba desarmar ni derrotar fácilmente.

Cuando finalmente prevaleció, Lucas nuevamente tuvo que ponerse de pie. Solo un instante antes de lanzarse otra vez hacia sus hombres heridos, quedó paralizado por la visión que lo recibió. Nunca, en todos sus años de lucha, había quedado inmóvil por el shock o cualquier otra emoción. Del mismo modo, nunca en todos esos años, a través de innumerables batallas, había presenciado algo que lo dejara tan absolutamente atónito.

De pie como centinela ante la zona llena de decenas de travois con sus ocupantes heridos, la criatura feérica, vestida de manera deslumbrante, blandía una larga espada para mantener a raya al enemigo que huía. Lucas parpadeó dos veces, con sangre goteando de su frente hacia sus ojos; seguramente eso debía ser lo que distorsionaba su visión y percepción. Claramente, no estaba observando a la pequeña figura usar ambas manos para balancear la espada contra cualquiera que se acercara, de manera descontrolada, cerrando los ojos y encogiéndose con cada tajo y barrido de la hoja de izquierda a derecha. Cada vez que acertaba al enemigo era pura casualidad, mala suerte, como diría Airril. Ella chilló de miedo cuando un jinete cargado se dirigió hacia ella. Solo esa misma suerte, y el terror, la salvaron. Soltó un grito lleno de resignación y cayó de rodillas mientras el jinete avanzaba hacia ella. Acurrucándose, levantó las manos con la espada sobre su cabeza a modo defensivo, pero justo en el momento en que el bandido bajaba su arma; solo era su encogerse por miedo y cubrirse la cabeza con los brazos, pero con un ángulo afortunado, y alabado sea que no dejó caer la espada, ya que la hoja inglesa se encontró con la suya en un ángulo perpendicular perfecto. Sí, fue derribada más al suelo, con la mejilla tocando la tierra fría, pero no fue tocada por el acero, y el caballo inglés se movía demasiado rápido como para que el hombre aprovechara su rendición.

Lucas estaba… asombrado. Sin palabras.

Y casi pierde la vida por ello.

Tan absorto estaba con lo que hacía la criatura feérica, seguro que reviviría esa escena en su mente una y otra vez durante

los próximos cuarenta años, que él mismo fue sorprendido astutamente, siendo derribado por una figura que saltó sobre él desde un caballo, igual que él había hecho momentos antes. Instintivamente volvió al modo de combate, ya extendiendo su mano sobre el hombro para sujetar cualquier parte de este enemigo antes de que cayera, logrando agarrar la cota de malla del hombre, manteniéndolo cerca mientras caían al suelo. El hombre no podía obtener palanca contra Lucas, no podía usar su propia espada porque se necesitaba espacio para posicionar la larga hoja y atacar. Lucas aprovechó sus pies de inmediato, con la intención de rodar con el agresor, buscando una mejor posición. Pero aquel no era un guerrero inexperto y Lucas y el hombre forcejearon por la supremacía, por la posición dominante, las armas eran inútiles ahora por la proximidad.

Después de unos momentos de lucha a vida o muerte, la suposición de Lucas de que recordaría por mucho tiempo a la criatura feérica blandiendo esa espada demasiado grande, aunque ineficazmente, se desmoronó con lo que ocurrió después.

Más tarde solo pensaría que debía haberlo imaginado. No podía haber sucedido tal como recordaba. Simplemente no podía. Ella no se había arrastrado hacia él mientras luchaba con el hombre, justo cuando había quedado tumbado sobre su espalda, y cuando el hombre se levantó sobre él con sus fuertes manos presionando fatalmente su cuello, momentos antes de que su vida pudiera haberse apagado. No había sacado un puñal de filo limpio de la parte trasera de su cintura, no lo había colocado en la mano que él usaba para tantear en el suelo buscando cualquier arma. Y no se había desplazado lentamente hacia atrás sobre manos y rodillas para ponerse fuera del camino. Seguramente, había imaginado todo el fascinante espectáculo.

Posiblemente, sus brillantes pantalones y surcote habían llamado la atención del atacante de Lucas, y durante un breve instante el hombre se congeló, incrédulo ante la extraña escena, pero justo el tiempo suficiente para que Lucas envolviera sus dedos alrededor del puñal que ella había puesto en su mano y doblara el codo con fuerza, hundiendo la hoja en el cuello del hombre. Y

mientras la sangre del enemigo salpicaba su rostro, Lucas mantenía la mirada atónita en la colorida criatura mientras se retiraba.

Pasaron varios segundos antes de que pensara en quitar el peso muerto del hombre de su pecho. Para entonces, más Thains habían llegado al bosque y la amenaza para los heridos indefensos había pasado. Pasó otro minuto antes de que Lucas recuperara la compostura para sentarse. Al hacerlo, aún sin aliento por haber estado al borde de la muerte, Boisil irrumpió entre los árboles, anunciando que los ingleses estaban bajo control.

Lucas no reaccionó ante la noticia, todavía atónito por lo que acababa de suceder, lo que seguramente debía haber sido solo un sueño insertado en este brutal enfrentamiento. Un rápido vistazo al área mostró que Boisil no había mentido; la escena estaba efectivamente controlada por los Thains. Con el pecho agitado, y todavía sentado en el suelo frío y duro, Lucas dirigió su mirada desconcertada una vez más hacia la joven.

Ella estaba de pie, espada aún en mano, y hablaba en voz baja con Walter, sobre uno de los travois de marco tosco, cuyos ojos estaban más cerrados que abiertos, pero que esbozaba una astuta sonrisa, sugiriendo que él también podría haber sido testigo de algunas de sus asombrosas acciones.

Lucas se levantó nuevamente, un poco más lento esta vez, y se dirigió hacia ella, con la intención de descubrir lo que aún no entendía. ¿Una reprimenda por lo que había arriesgado? ¿Una muestra generosa de aprecio por lo que había osado?

Usaba la espada como muleta, el arma erguida hasta su cintura, las manos sobre el mango justo frente a la cintura mientras la punta se clavaba en la tierra. Estaba rodeada de muchos Thains. Ya fueran aquellos que habían presenciado su frenética lucha con la espada, que aunque poco estética podría haber salvado vidas, o aquellos que quizá incluso ahora habían escuchado la historia.

Ella volvió sus ojos verdes de búho hacia él mientras se acercaba y, como antes, ajustó los pequeños cristales sobre su estrecha nariz con el nudillo. Era llamativa, decidió, más por su apariencia inusual que por una belleza grandiosa. Y a pesar de la ayuda que había dado en la refriega hace unos momentos, estaba,

en general, intacta, con apenas una mancha de tierra en una mejilla y algunos restos de hojas y suciedad en un sector de su surcote y en las rodillas de sus pantalones. Por lo demás, estaba como antes, tan colorida como todo a su alrededor no lo era. Sí, llamativa. Salvo que temblaba, podía ver, con las manos temblando sobre el mango y los labios apretados, apenas conteniendo los temblores que la sacudían.

Lucas pensó que la espada en su posesión no estaba del todo segura y, al llegar a ella e invadir el círculo de admiradores, extendió la mano para recogerla y devolverla a su legítimo dueño, Walter, presumió.

Ella, en respuesta, no le entregó el arma, sino su mano, entrelazando sus delgados y suaves dedos con los de él, apretándolos con un entusiasmo nervioso.

Ignorando su ceño perplejo, dijo con su extraña voz acentuada:

—Ahora entiendo por qué estoy aquí.

La sonrisa temblorosa que acompañaba esta inexplicable declaración no pasó desapercibida para Lucas, a pesar de su creciente desconcierto.

—Al principio no lo entendía; ella fue un poco vaga sobre quién necesitaba mi ayuda —dijo, lo que no hizo más que aumentar el asombro de Lucas. Continuó, sin aliento pero con lo que él supuso era un entusiasmo forzado—: Me alegra que todo haya salido bien. Pero yo… supongo que ahora, con eso hecho, y todos a salvo e ilesos, me enviarán de regreso.

—¿Enviarán de regreso? —preguntó él, aunque se preguntó por qué cuestionar esa parte cuando nada de lo demás tenía sentido.

—Oh, no —dijo ella, negando con la cabeza, su sonrisa ampliándose—. Quise decir hacia adelante. Enviada hacia adelante de nuevo.

—¿Hacia adelante? ¿A… qué? —preguntó Kieran.

—¿A dónde? —se preguntó Boisil, que se había puesto al lado de Lucas, desplazando a unos cuantos soldados jóvenes que se habían agrupado alrededor de La Curiosidad.

—A casa —dijo ella. Y luego, con una mirada y tono que sugerían que debía ser obvio: — A mi tiempo.

Lucas quiso intercambiar una mirada con Boisil, pensando que podría encontrar una expresión igualmente desconcertada, pero encontró que Boisil todavía consideraba a la joven, con los rasgos endurecidos por la duda, como si debatiera aún sobre qué podría ser ella, real o de otro modo.

Más allá de las palabras, más allá del verde intenso de esos ojos amplificados ridículamente por los cristales que los cubrían, más allá de una sonrisa que seguramente calentaría el frío y alimentaría a los hambrientos con bondad, incluso mientras parecía tan frágil, Lucas se sintió asediado por más de una pregunta punzante. Pero no preguntó, *"¿Qué eres?"*

En cambio, se aventuró a decir:

—¿Quién eres?

—Yo… yo soy Cora. Cora Bennett, con dos T. Me enviaron a salvarlos.

CAPÍTULO CUATRO

Lucas, el Magnífico

Él era… bueno, simplemente espectacular. Por supuesto, ella lo había notado en cuanto lo vio antes. Pero sí, entonces estaba un poco ocupada con la inminente batalla. Pero ahora, tras el horror reciente, que aún no le parecía del todo real, al igual que las últimas horas desde que conoció a esa etérea mujer, Samara, Cora tenía tiempo para observar cuidadosamente a este hombre. Con ansias, si la verdad debía decirse, porque él era magnífico en casi todos los aspectos.

A decir verdad, ella misma se sorprendía un poco de su fascinación por él, ya que su tipo, hasta donde lo conocía, generalmente se inclinaba por los hombres no amenazantes, nerds, estudiosos, callados. El último chico con el que había salido medía cinco centímetros más que su propio metro cincuenta y siete, y no pesaba más de diez kilos más que ella. Le costaba mirarla a los ojos incluso después de tres meses juntos y tenía la molesta costumbre de murmurar contra su pecho en lugar de hablarle directamente. A cualquiera. Más de una vez, Cora había tenido que repetir su orden a una camarera.

Pero este hombre, con ojos gris acero y un cuerpo cincelado… ¡oh, cielos! Era como sacado de su novela romántica favorita: grande, fuerte y amenazante, lo suficientemente alto como para que ella tuviera que levantar el rostro para encontrarse con su mirada. Estaba seguro de que era treinta centímetros más alto que ella, y aunque era finales de febrero, sus brazos estaban descubiertos, por lo que Cora estaba profundamente agradecida, ya que sus brazos estaban cincelados a la perfección divina, músculos sobre músculos, un festín para sus ojos hambrientos.

Sus ojos eran de particular interés, resaltados de manera tan llamativa por un borde de largas pestañas negras bajo cejas gruesas y rectas, y el gris era tan oscuro que ella realmente había pensado que eran negros. En general, su rostro era endurecido, terroso, severo, parecía exactamente como uno imaginaría a un guerrero medieval. Analizando sus rasgos individualmente, su cabello no era negro como había pensado inicialmente, sino un marrón muy oscuro, posiblemente sucio y despeinado, y más corto que cualquier otro hombre presente, grueso y con un leve rizo; sus ojos estaban separados sobre una nariz estrecha y mejillas bien definidas por huesos altos que se inclinaban gradualmente hacia las orejas, no hacia arriba; su boca estaba generosamente formada, casi sensual por la forma y plenitud de sus labios; poseía un mentón fuerte con una hendidura exactamente en el centro donde una cicatriz blanca, del tamaño del meñique de Cora, interrumpía toda la barba negra de varios días sin afeitar y se inclinaba sobre su mandíbula cuadrada. Había otras cicatrices: una línea torcida de piel arrugada en su sien, otra en la frente, muchas marcas cruzando y rayando sus brazos, pero ninguna comparable a la que rodeaba su cuello. Y Cora sabía poco de la época en la que había sido arrojada, pero reconoció de inmediato la cicatriz de la soga del verdugo, aunque no supiera por qué debía reconocerla. Tampoco entendía por qué esa cicatriz cruel no disminuía el atractivo salvaje del hombre.

En cuanto a especímenes masculinos, este estaba en una liga propia. Su amiga Mary Kate lo habría llamado *"delicioso"*. Cora no habría tenido más opción que estar de acuerdo. Incluso esas cicatrices tan notorias eran impresionantes. Cora estaba segura de que en una persona menos imponente habrían parecido casi patéticas, provocando lástima, pero en este hombre, con su físico y su severo semblante, eran más bien notables. O quizás sería más exacto decir que le quedaban bien.

Simplemente era impresionante. Excepto por ese ceño fruncido, que había mantenido desde que lo encontró por primera vez, y desde entonces. El ceño era un poco intimidante, a decir verdad. Exudaba una combinación de poca paciencia para tonterías, disgusto por no tener todas las respuestas de inmediato y no poca

ferocidad, que Cora supuso estaba destinada a provocar obediencia inmediata, o tal vez su absoluto desprecio por todos y todo. Pero era demasiado pronto para saberlo con certeza.

—¿Enviada a salvar a quién? —preguntó, con su lenta y áspera entonación.

—¿A ti? —respondió ella, o más bien supuso, habiendo asumido que debía ser él. Samara había dicho que sabría de inmediato quién era el *objetivo*. Él había sido el único que se acercó a ella cuando encontró a este grupo. Todos los demás parecían retroceder, pero este hombre avanzó. Hacia ella. Y luego, ella realmente no había ayudado en ninguna parte de la terrible escaramuza que acababa de ocurrir, no del todo, pero a él, estaba segura, sí, al haberle entregado ese largo cuchillo mientras ese monstruo espantoso lo estrangulaba hace apenas diez minutos.

Así que tal vez ahora él solo le lanzaba las proverbiales dagas por lo que ella apenas ahora se daba cuenta, o sospechaba.

—Samara no te dijo que yo venía, ¿verdad? Oh, cielos. Tal vez no debería haber dicho nada.

—¿Quién es Samara?

—Nadie —dijo ella, posiblemente demasiado rápido—. Solo… alguien que conocí. Dijo que debía venir aquí, que alguien necesitaba… —dejó la idea, bastante segura de que este apuesto chico de portada de los Navy Seals no quería ser, o reconocer ser salvado por una mujer de nuevo, y ciertamente no por una que tuviera la mitad de su tamaño, que apenas había tocado y usado una espada por primera vez en su vida hace treinta minutos. Y que había odiado cada minuto de ello. —Dijo que mi presencia podría ser útil.

—Pero eres inglesa —dijo otro hombre en este pequeño círculo a su alrededor.

Tal vez debería haberse sentido inquieta por la pequeña multitud que se formaba, por el tamaño y la amenaza de estos guerreros endurecidos. No entendía por qué no lo estaba, aunque pensó que era lo mejor explicar:

—Soy mitad escocesa, o algo así. Por eso estoy aquí en primer lugar, bueno, no aquí, aquí, en este tiempo. Sino aquí, en

Escocia. Mi hermana vino a cuidar a mi abuela, que nació aquí y volvió más tarde en la vida. Y mientras Mallory cuidaba de la abuela, conoció a su esposo, así que se quedó aquí, vaya, supongo que han pasado diez años ya. De todos modos, solo volé por un par de semanas para ayudar a mi hermana con su nuevo bebé.

—¿Volaste, dices? —preguntó otro, entrecerrando los ojos.

—Viajé —aclaró ella, esperando que no le dieran demasiada importancia.

Comenzaba a pensar que su sola presencia promovía algún tipo de desconfianza en este grupo, a pesar de lo poco que había hecho para ser útil. Era una intrusa y asumía que eso no se veía con amabilidad espontánea y ciertamente no sin recelo. Cora se preguntó qué, si acaso, debía revelar de la extraordinaria verdad, sintiendo un repentino temor de ser llamada bruja, o peor, perseguida como tal, si contaba toda la increíble historia.

Se centró en un hombre del círculo a su alrededor, joven y agradable, con una melena dorada y rebelde, que parecía menos cauteloso con ella que los demás.

—No creo que esté aquí mucho tiempo. Yo… bueno, creo que Samara vendrá por mí. Pronto —sonrió al joven, complacida de tener un oído comprensivo.

En respuesta, él asintió, como si lo que ella dijera tuviera sentido, como si no tuviera preguntas para la mujer del siglo XXI.

Cora se sintió cómoda con su atención casual y desprevenida.

—O, al menos, espero que venga por mí. Hacía un calor inusual esta mañana… donde estaba, pero ahora, aquí, hace mucho más frío. Así que realmente no estoy vestida apropiadamente, y además no me dio tiempo de empacar nada, así que… oh, no sé.

—No puedo entender lo que estás diciendo, lass—observó otro—. Y tiene poco que ver con tu extraño inglés.

Cora giró para enfrentar esa nueva voz y al hombre detrás de ella. Más alto que algunos, pero no que todos, este hombre era tan severo y rudo como el poderoso guerrero marcado, y aun así había algo en su mirada marrón que era amable. Era ancho, atlético y

ensangrentado, como la mayoría de estos hombres, pero en sus ojos mostraba más preocupación que sospecha, y Cora lo agradeció.

—Lo siento —dijo ella—. No tiene sentido lo que digo. —Solo ahora se le ocurrió que realmente debería haber hecho más preguntas a la bruja. Sabía muy poco y ya no necesitaba esa información, que la enviaban al pasado para salvar a alguien. Debía ser importante, el guerrero marcado, si valía la pena salvarlo, si valía la pena mover a alguien a través del tiempo para hacerlo. Se veía importante, parecía un líder de hombres.

Pero, oh, definitivamente debería haber hecho más preguntas. Al amable hombre que esperaba algo de ella, le dijo:

—Realmente no estoy segura de qué hacer ahora. Pero no dejes que te detenga. Ustedes… sigan adelante. Estoy segura de que todo saldrá bien. —Por supuesto, no estaba segura en absoluto de que así fuera, ni de lo que podría hacer, ni de dónde esperar. Oh, ¿y si esperaba justo aquí y uno de estos hombres heridos, pero aún no muertos, se levantaba y quería descargar su ira sobre mí?

Mordiéndose el labio con consternación, Cora borró toda preocupación de su rostro cuando vio al hombre de ojos marrones mirándola. Poniéndose una sonrisa, trató de aliviar su preocupación por su problema.

—Estoy bien, en serio. Pero gracias.

—¿Bien? ¿Aquí?

—Eh, tal vez me mueva allí atrás, a donde estaba —dijo, refiriéndose a cuando *llegó a este tiempo*— más temprano.

—Lass, no hay lugar seguro a cinco millas a la redonda de Roslin aquí, no con la batalla tan reciente que los cuerpos ni siquiera han empezado a oler todavía.

Asqueroso.

Cora miró a su alrededor, incluso al cielo, aunque no estaba segura de por qué debería esperar que Samara se mostrara allí. *Estoy lista ahora. Puedes traerme de vuelta.*

No pasó nada. Ninguna mujer transparente apareció para llevarla de regreso al siglo XXI. Tal vez estaba ocupada moviendo a alguien más en el tiempo. Un pequeño destello de pánico la invadió,

y sintió que las lágrimas llegaban por lo horrible de la situación, por no saber qué hacer. ¿Quedarse aquí o irse?

Sin querer llorar frente a la pequeña multitud a su alrededor, Cora se dirigió específicamente al hombre de ojos marrones, con súplica.

—¿Podría, eh, hablar contigo a solas un minuto? —Esperando no haberse equivocado con él y encontrar a un oyente compasivo y abierto a posibilidades.

Su asentimiento vino un momento después, solo una breve inclinación de cabeza. Mordiéndose el labio inferior, Cora se separó del grupo y él la siguió. Cuando estuvieron a unos seis metros, cerca de donde tres caballos permanecían inmóviles, aunque no estaban atados a nada, ella se giró y le preguntó su nombre.

—Airril, lass. Soy el capitán del Thain.

—Ah, está bien. Bueno, esto va a sonar completamente ridículo, y no quería asustar a todos… ni nada de eso, pero ¿puedo contarte lo que pasó?

—No puedo concebir que causes miedo a alguien, lass, pero sí, puedes decirme lo que quieras.

Había algo maravilloso, casi paternal, en su voz grave, y las canas en su cabello castaño y ondulado sugerían que podría ser lo suficientemente mayor para ser su padre, y así Cora sintió un pequeño consuelo y comenzó a relatar su historia, rápida, desordenada, impulsada por su creciente pánico.

—Estaba caminando por Fort William… oh, perdí mis bolsas en algún lugar —dijo, recordando eso, y mirando rápidamente a su alrededor, encontrando su bolso y bolsa de compras donde los había dejado, cerca de todos esos hombres heridos en los camastros—. De todos modos, apareció esta mujer frente a mí. Era, como, etérea, podía ver a través de ella, y cuando le pregunté si era bruja, no respondió realmente, pero ¿qué otra cosa podría haber sido? Y solo dijo: voy a moverte a través del tiempo, nací en mil novecientos noventa y ocho, por si no lo habías notado. Dijo que alguien necesitaba mi ayuda y que debía irme ahora. Me hizo cerrar los ojos y contar hasta cien, y cuanto más pienso en esto y escucho estas palabras, más ridículo me parece —dijo, cubriéndose las mejillas con

las manos, preguntándose por qué no había cuestionado la cordura de la mujer—, pero luego abrí los ojos y estaba aquí, viendo al ejército que se acercaba y se veían tan… no sé, como si fueran a matar. Y luego los vi a ustedes y no estoy segura de por qué sentí que debía advertirles, pero tuve cierta sensación, supongo, de que ustedes eran los buenos. Bien, así que, avancemos y ahora que todo eso terminó, ¿crees que ella volverá a buscarme? Esa es la Samara de la que hablé antes. Es una bruja o persona mágica o algo así. ¿Y qué es esto? ¿Como el siglo XIII o XIV, o algo así? Quiero decir, creo que ya hice lo que quería que hiciera, pero ¿cómo vuelvo a casa ahora?

Su boca estaba abierta ahora, y había estado así durante la mitad de su discurso divagante. Y sí, ciertamente pensaba que ella estaba loca, decidió Cora.

Pero cuando habló, solo fue para preguntar, con tono muy escéptico y vacilante:

—Entonces no eres de los seres feéricos, ¿verdad?

—¿Seres feéricos? ¿Como hadas? —Negó con la cabeza—. No, definitivamente no lo soy. Quizás eso era lo que era Samara.

Él se rascó la cabeza, su rostro contorsionado y arrugado por la especulación.

—¿Y solo lo aceptaste? ¿Lo que dijo la mujer, *sí, te llevaré de aquí a allí*, y no sabes que deberías tener más respuestas que preguntas?

—Bueno, sí —admitió Cora—. En retrospectiva, debería haber obtenido más información. Pero honestamente, primero me tomó desprevenida y luego, bueno, obviamente pensé que todo era una tontería. Pensé que intentaba venderme algo.

—¿Tontería, dices?

—Eh, sí, como un montón de boberías —hizo un gesto con la mano, buscando algo que tuviera sentido para él—. Una gran broma, una jugarreta que alguien podría hacer a turistas crédulos.

—Sí, crédulos.

Sus hombros cayeron dramáticamente, con el peso de su predicamento sobre ellos.

—Airril, no estoy segura de qué debería hacer ahora. ¿Quedarme aquí y esperar a que venga por mí?

—Espera un momento, lass—dijo él, agitando la mano pidiendo tiempo—. Sabes que todavía estoy tratando de darle sentido a lo que me has contado. Echando un vistazo por encima del hombro y asegurándose de que nadie se acercaba, dijo: —Veamos si entiendo lo que dices. Una bruja vino a ti, dijo que un alma necesitaba ser salvada, y tú eras la indicada para hacerlo. ¿Y vives en… qué? ¿Otro tiempo? Entonces te envió atrás, a nosotros, al año del Señor mil trescientos tres, ¿para advertir a los Thains del ejército que se acercaba, a menos de un kilómetro de ellos?

Cora asintió, evaluando su expresión cambiante, que había pasado de una consideración educada a un completo escepticismo.

—Y creo, aunque no estoy segura, que fui enviada para salvar a ese hombre allí, el grande. —Estaba perpendicular al hombre de ojos grises y sostenía su dedo índice cerca del pecho, señalándolo, observándolo solo con el rabillo del ojo. Estaba, no tenía dudas, taladrándola con su mirada concentrada, mientras él permanecía frente a ella y a Airril, con los pies firmes y los enormes brazos en jarras.

Airril se rio, lo cual no fue en absoluto desagradable.

—¿Fuiste enviada para salvar a Lucas Thain?

—Creo que sí. Ella en realidad no dijo su nombre, pero dijo que yo sabría quién era. Y luego, bueno, ayudé, quiero decir, parecía que lo estaban matando hasta que le di ese cuchillo largo que ese buen hombre dijo que podría necesitar. ¿Ese es su nombre? ¿Lucas Thain?

—Sí, ese es él. Jefe de todos los Thain y de todo Newburn.

—Bueno, eso suena bastante correcto. Habría sido muy decepcionante si su nombre fuera algo menos… adecuado. Conocí una vez a un hombre llamado Howard Tinklepaugh, historia real, y su nombre le venía como anillo al dedo: bajo, blando y redondo, con un rostro poco destacable salvo por parecer tener demasiada piel. —Echó un vistazo lateral a Lucas Thain, acomodándose las gafas en la nariz y aun entrecerrando los ojos para admirar su magnitud, olvidando por un momento sentirse intimidada por la severidad de

su mirada fija. —Definitivamente no es un Howard Tinklepaugh; no parece tener piel de sobra. En ningún lugar.

Cora volvió su atención a Airril, que ahora la miraba con los ojos abiertos, aunque solo una ceja levantada.

Volviendo a su situación, suspiró y dijo:

—Sé que suena loco. Pero no estoy… loca, quiero decir. Aunque fui… enviada, supongo que esa es la palabra, a través del tiempo. Vivo en el siglo XXI. Y ahora no sé cómo volver a casa.

Airril inclinó la cabeza con no poca lástima hacia ella y los hombros de Cora se hundieron de nuevo.

Piensa que estoy completamente loca.

Si lo creía o no seguiría siendo un misterio. Luego dijo:

—Ahora, lass, tú y yo, mantendremos esto para nosotros por ahora, ¿vale? Los lads se confunden con facilidad… y no queremos que se preocupen ahora que nos espera un largo trayecto, con cuerpos que enterrar y otros que deben ser restaurados.

—Está bien —decidió ella—. No me gustaría ver esa expresión que me diste en otras cien caras. Pero por eso creo que debería quedarme aquí. No quiero incomodar a nadie, y todos me miran como si tuviera dos cabezas.

—Claro, y podría sugerirte que no vagues vestida así.

—Oh… bueno, no sabía que viajaría a través del tiempo hoy —replicó con descaro, aunque más con resignación que con rencor —, o me habría vestido para la ocasión.

—Saben que eres fey, lass. Y se preguntarán si algún contacto contigo podría convertirlos en lo mismo, o convertirlos en polvo, o alguna tontería semejante.

Se rio aliviada y estaba ansiosa por tranquilizarlo.

—No, no soy… así. Solo soy una humana común y corriente.

—Pero has dicho que te moviste a través del tiempo, lass, así que…

—Yo no me moví a través del tiempo. Esa mujer transparente, Samara, lo hizo.

—¿Entonces fuiste hechizada?

—Supongo que sí. Si eso es lo que hacen para… transportar a una persona. Todo esto es tan surrealista.

—¿Y todavía lo estás? ¿Hechizada?

—No lo sé… solo tengo mucho miedo. Airril, ¿tienes idea de qué debería hacer? ¿Debo esperar aquí o…?

—Te unirás a los Thain, eso es lo que harás —dijo con determinación—. Nunca se diga que no protegimos aquello que primero nos mantuvo a salvo.

—¿Pero crees que Samara podrá encontrarme?

—Sí, sé que cualquier bruja capaz de mover a alguien a través de las puertas del tiempo puede encontrar a quien desplazó.

—Está bien. —Mordió brevemente el interior de la mejilla y pensó que eso tenía sentido. Miró esos ojos marrones agradables de Airril, que todavía la observaban con un montón de cinismo simpático. —¿No me crees, verdad?

No respondió directamente, pero dio su opinión de todas formas.

—Claro, el miedo o sus secuelas pueden hacer estragos en la mente, lass, así que no diremos que estás loca todavía. Y te llevaremos a salvo, niña. Eso es lo mínimo que podemos hacer.

***

Och, pero la pobre pequeña era tan inquieta como los roedores de cola tupida.

Airril aún no había comprendido su apariencia ni su atuendo antes de que ella lo golpeara con su peculiar relato de desgracias. Sí, pero ¿acaso no tenía agallas, intrépida ante la oscura mirada del jefe? ¿Y no eran raras, las lasses valientes? Así que, sí, le debían al menos un pequeño reconocimiento por la advertencia que dio, y luego, si lo que decía era cierto, por la ayuda que brindó al muchacho. Costaría poco alejarla de esta escena, el suelo aún cubierto de cuerpos, afortunadamente muchos más enemigos que Thain, para sacarla de su proximidad demasiado cercana a Roslin, donde tuvo lugar la gran pelea.

—Vamos ahora —dijo suavemente a la maravilla vestida de colores, levantando la mano para indicarle que regresara con el grupo mayor de los Thain, aunque sin tocarle el codo para guiarla.

Para entonces, Boisil ya había comenzado a reorganizar a las tropas, había instruido que los heridos fueran nuevamente llevados a

los carros de la enfermería, aquellos con los mejores resortes. Los exploradores, Kieran y Drostan, avanzaban de nuevo por delante de la milicia principal.

Lucas, sin embargo, permanecía como estaba, esperando y observando, con su atención extrema fija en la lass. Salvo que su rostro era más brutal e implacable que cualquier otra persona que Airril conociera, incluso en reposo, la expresión de Lucas no era diferente a la de cualquier otro lad que la había observado en algún momento del día: era una rareza, algo que nunca habían visto, pero entonces la conciencia de Airril se encendió por la prolongada atención del jefe hacia la chica, Cora. Lucas rara vez, si acaso, prestaba atención a alguna mujer; no lo hacía desde que Airril lo conocía, no desde aquella otra hace más de una década. Claro, no era un monje, pero el alivio que encontraba con prostitutas era solo eso: alivio. No se preocupaba por nombres, historias o nada una vez satisfechas sus necesidades. Trataba con desdén a cualquier mujer que mostrara demasiado interés por conocerlo, sospechando que su reputación y título despertaban su interés, y que solo fingían no intimidarse por sus cicatrices.

—Así que también es un poco tonta, ¿sabes? —dijo en gaélico a Lucas mientras se acercaban—. Pero dio esa advertencia que nos salvó de quedar atrapados en el pantano, ¿verdad? Y dice que salvó tu pellejo.

Lucas gruñó, pero no negó nada, lo que despertó aún más el interés de Airril. Continuó mientras Lucas y la extraña chica se miraban seriamente, ella con algo de asombro y él con un ceño particularmente desagradable, como si quisiera asustarla.

—Sí, y puedes parar con eso, no nos hace daño. Así que nos detendremos en Brathwick camino a Cairncross y la dejaremos allí, y eso es lo mínimo que podemos hacer. Pero tendrá que ir con ustedes, ya que probablemente no hay un hombre aquí que se atreva a llevársela y arriesgarse a ser embrujado, temores de cambiaformas y gente fey y todo eso, aunque ella no es ninguna de esas cosas, y tú lo sabes tan bien como yo.

—No soy...

—Sí lo serás —insistió Airril, consciente de la mano del jefe que se cerraba y abría a su lado.

Notable, pensó Airril. A Cora le dijo en inglés:

—Ahora ve con el laird y él se asegurará de llevarte a salvo a Brathwick, donde podrás descansar hasta que tu… *amiga* venga por ti.

Ella parecía tan complacida como el lad con esta situación, aunque ofreció poca resistencia. De hecho, intentó sonreír en señal de aceptación a Lucas, y Airril estaba seguro de que su sonrisa era tan débil como la gravedad de su propia circunstancia, o lo que ella percibía como tal, toda esa tontería de viajar al pasado desde un futuro lejano.

Airril dejó que su sonrisa apareciera en cuanto se dio la vuelta para encontrar su propio caballo.

Ah, pero lo desafío a que no se sienta encantado por ella, se rio Airril para sí, *o por esos grandes ojos esperanzados, o por su encantador parloteo nervioso*. No se dejó intimidar por él, ni por la dureza de su ceño ni por la horrible apariencia de sus cicatrices, en absoluto. Airril nunca había conocido a alguien como ella.

Sí, haré esto antes de ir con Gwen, pensó Airril, ahora alegre. Veré qué ocurre con esto, la fae y el lobo.

La voz de Lucas detuvo a Airril en seco y agrió su estado de ánimo jubiloso.

—Puedes sentarte en el banco con Will —dijo Lucas—. No puedo ir cargado mientras nos movemos. Ese es Will —dijo, señalando entre la multitud de caballos montados, carros y carretas que se alineaban—. Allí, bajo el cabello rojo, conduciendo el carro. —Alzó la voz para gritar—: ¡Will! —lo que llamó la atención del lad.

Y mientras Airril observaba, disgustado por este giro, Lucas hizo un gesto vago hacia y entre Cora y el joven conductor, y luego ahuyentó a la lass de ojos abiertos y desconcertada en esa dirección.

—Vamos, él te llevará —y le dio la espalda.

Neandertal maldito, pensó Airril sobre su jefe.

CAPÍTULO CINCO

Y Los Ríos Cruzaremos

El avance era lento, como sabían que sería. Aunque el terreno era mayormente favorable, al haber tomado una ruta por un valle boscoso extenso y de suelo plano, se veían obligados a moverse despacio para acomodar a los heridos y a quienes los transportaban. Había más heridos que carros para transportarlos y, como antes, al menos una docena de camillas debía ser llevada, ya fuera por hombres o por animales. En este último caso, un extremo de un travois se fijaba a la silla de un destrier cuyo jinete mantenía un ritmo pausado para que el extremo en tierra no perturbara demasiado al guerrero herido. Las camillas de los más gravemente heridos eran llevadas cuidadosamente por dos hombres, uno a cada extremo.

Lucas no giró la cabeza ni una sola vez para asegurarse de que la lass realmente se hubiera subido al asiento del carro con el joven Will. Era un esfuerzo, ciertamente, ignorarla, pues la lass atraía inexplicablemente gran parte de su atención.

Enviada a salvarme, había dicho ella. Lo cual había hecho, en esencia, aunque no tenía sentido. Supuso que esa era parte de su fascinación no deseada por ella, su imaginación salvaje de haber sido enviada a salvar, pero no podía ignorar sus ojos sorprendentes y emotivos ni su figura atractiva dentro de esos extraños pantalones como la razón detrás de su molesta fijación.

No la entendía, no sabía qué era, qué hacía allí, qué había hecho en aquel pequeño enfrentamiento ni por qué. Pero luego se dijo a sí mismo que no quería entender nada de ella.

Lucas no se oponía a la idea de Airril de hacer una parada en el Priorato de Brathwick. Estaba más cerca que Cairncross, donde se llevarían y alojarían los prisioneros, y posiblemente algunos de sus hombres heridos que necesitaran atención podrían ser cuidados en el convento en lugar de solo esperar sobrevivir al viaje hasta la fortaleza de los Cameron.

A una hora de partir de aquel inesperado enfrentamiento, aún estaban a solo unas millas de Roslin, el lugar de su increíble victoria nocturna contra los grandes ejércitos ingleses. Aunque su mandíbula seguía tensa, Lucas suspiró con cansancio, deseando poner más distancia entre los Thains y aquellas sangrientas escenas. En su mente, trazó la ruta y calculó la distancia, incluyendo el terreno que deberían cubrir y su velocidad actual, deduciendo que podrían alcanzar Brathwick antes del anochecer.

La parte más arriesgada del viaje estaba justo adelante: el cruce del río Almond. Al llegar a una suave pendiente, Lucas entrecerró los ojos hacia el río serpenteante a un octavo de milla y sintió un nuevo cansancio al ver que el afluente estaba tan crecido y furioso. Lo había temido, ya que antes de ayer había llovido casi constantemente durante días, a veces intensamente. En circunstancias más favorables, podrían cruzar sin esfuerzo con no más de dos o tres pies de agua tranquila. En ese momento, parecía negra y espumosa, fluyendo furiosa hacia el este a través de Blackburn.

El ejército se detuvo donde Lucas lo hizo, un par de cientos de pies más cerca del turbulento Almond, esperando a que Kieran y Drostan regresaran. Tan pronto como hubieran evaluado el estado del río, los exploradores habrían acelerado su paso, moviéndose a lo largo del lecho del río para ver si encontraban un paso más adecuado.

—Podrían estar a millas arriba o abajo antes de encontrar un lugar mejor —comentó Boisil, sentado en su gran caballo negro junto a Lucas.

—Podría ser más fácil cerca de Whitburn —dijo Airril, flanqueando a Lucas a su izquierda.

—No —replicó Boisil con despreocupación—. Lo habrán excavado allí para acomodar el molino que se construyó la primavera pasada. Debe ser mucho más profundo allí ahora.

—El siguiente mejor lugar sería antes de que se una a aquel otro río —reflexionó Airril—, pero eso está a seis, quizá siete millas.

Lucas negó con la cabeza.

—No deseo moverme tanto ni por tanto tiempo. No quiero acampar esta noche, no antes de llegar a Brathwick.

—Aye —coincidieron sus oficiales—, muchos de los heridos podrían no sobrevivir un viaje tan largo.

—¿Cómo están? —preguntó.

Boisil se acarició la barba y consideró la pregunta, levantando los hombros para mostrar incertidumbre o falta de confianza en la supervivencia de algunos.

—Tamas no durará la noche, con ayuda o sin ella. Bendito sea, ha estado inconsciente las últimas horas, tal vez simplemente se vaya. Walter… sabe que está muriendo, pero Brathwick podría desafiar eso. Gavin y James serían mi siguiente preocupación. Se detuvo su sangrado de inmediato, pero son heridas mortales.

—Esos son los peores —dijo Airril—. No temo tanto por los demás.

—Y si esos prisioneros encadenados se ahogaran en el cruce —dijo Boisil—, no perderé el sueño por ellos.

Sin embargo, Lucas no quería perder a ningún prisionero que intentara escapar, aquellos lo suficientemente astutos como para aprovechar el agua turbulenta. A Boisil le dijo:

—Quédate con ellos. Envía primero a Ewan, colócalo para vigilar y abatir a cualquiera que intente huir.

Justo cuando Boisil asintió, Kieran llegó galopando desde el oeste y se detuvo junto a su jefe.

—No hay lugar bueno, ni a lo largo de las próximas dos millas —informó.

Lucas asintió, confiando en que el lad había hecho una evaluación justa. Aunque joven, había sido explorador de los Thain durante varios años y era conocido por ser prudente y discreto.

Solo unos minutos después, Drostan regresó y anunció:

—Hay un lugar, a menos de tres cuartos de milla, donde el río es más estrecho, aunque igual de tormentoso y posiblemente no más profundo.

Encogiéndose de hombros, Drostan concluyó:

—Vale la pena caminar media hora, según mi suposición —dijo, señalando con el pulgar sobre su hombro hacia el río detrás de él—. Aunque el cruce es rápido, tiene solo la mitad de ancho.

Luego se inclinó un poco a la derecha en la silla y señaló los flancos de su destrier, donde el pelaje del caballo estaba mojado hasta el hombro. Toda su pierna, hasta la rodilla, incluida la bota de cuero blando, también estaba empapada.

—La mayoría es solo salpicadura —comentó.

—Tendremos que transportar los travois en los carros —decidió Lucas—, pocos a la vez, de un lado al otro.

—Aye —dijo Airril—, pero solo los que llevan los hombres. Los arrastrados por caballos estarán bien, el marco y el cuerpo dentro deberían flotar detrás.

Al asentir Lucas, Boisil y Airril giraron sus caballos, dando órdenes para poner al ejército en marcha de nuevo. En minutos, los 237 hombres y aquella única mujer avanzaban por las orillas del Almond, siguiendo a Drostan. En lugar de colocarse en medio como normalmente haría durante una marcha larga y lenta, Lucas cabalgó adelante con el explorador, queriendo asegurarse de que el lugar fuera posible de atravesar antes de enviar a sus hombres.

Cuando Lucas se detuvo donde estaba Drostan indicó y evaluó el paso, Drostan levantó el brazo y señaló río abajo:

—Sabes que esas pequeñas caídas están ahí, a un cuarto de milla. No son grandes, pero podrían ser peligrosas si uno se deja llevar.

El lugar no era ideal, solo marginalmente mejor que donde habían encontrado el Almond casi una hora antes, pero era más estrecho, como prometió Drostan. La orilla estaba nivelada de este lado pero parecía subir abruptamente en el otro, desapareciendo inmediatamente entre la vegetación y los árboles. Ordenó que veinte hombres cruzaran primero con él. Esos hombres explorarían y asegurarían la zona boscosa del otro lado para asegurarse de que

fuera seguro recibir a un grupo tan grande y que no hubiera problemas escondidos en el bosque oscuro.

Lucas cruzó sin incidentes, aunque preocupado por la caída en el centro, donde estaba seguro de que los pies de su enorme destrier quedarían levantados varios metros sobre los cincuenta de ancho del río. Sí, los travois y los heridos podrían flotar detrás de un caballo seguro, pero los cuatro carros tendrían que vaciarse de pasajeros, o de los muertos con los que algunos estaban cargados.

Al regresar al otro lado, Lucas se reunió con Airril y Boisil y les informó de ello.

—Maldición —maldijo Boisil—, no podemos dejarlos atrás.

Era un gran pedido pedir a cualquier hombre a caballo que llevara un cadáver envuelto en lino en su silla, pero no era nada que no hubieran hecho antes. Algunos hombres se ofrecieron de inmediato y con entusiasmo, reclamando los cuerpos de sus amigos y, en algunos casos, de sus hermanos o familiares. Una vez organizado esto, Lucas dejó a Armadal a cargo del resto y advirtió a los demás conductores que sus pasajeros heridos serían retirados y transportados individualmente antes de recargarlos del otro lado.

Y no era que buscara a la joven ahora, pero era difícil de ignorar, tan alegre de colores mientras todo a su alrededor era gris y marrón y sombrío, sentada junto a Will en uno de los bancos del carro.

—Permanece con Will —le aconsejó, suponiendo que su ligero peso no causaría problemas al equipo de dos que tiraba del carro—. No te metas en el agua, o serás arrastrada río abajo y quizá no te recuperen hasta que solo quede tu cuerpo.

Lucas no quería ser responsable de causar la muerte de uno de los seres feéricos. Ya había tenido suficiente problema hoy como para toda una vida.

Moviendo la cabeza, ella lanzó su mirada verde sobre el agua, mordisqueándose el labio inferior mientras consideraba la tarea que les esperaba.

—No será ningún problema en absoluto, Cora —le dijo Will, a su rostro juvenil lleno de una agradable seguridad.

Por sus esfuerzos, Will recibió una sonrisa deslumbrante, aunque atenuada por los grados de duda que también se reflejaban en el hermoso rostro de la muchacha.

Lucas avanzó, queriendo estar cerca del agua mientras se realizaba el cruce, disponible para cualquiera que necesitara ayuda.

No transcurrió sin percances. Los caballos más pequeños eran arrastrados regularmente por la poderosa corriente, aunque no de manera peligrosa; la mayoría de los hombres recuperaba el control en cuestión de segundos, saliendo del agua más abajo. El carro de suministros, que llevaba armas de repuesto, escudos, lanzas y demás, se inundó y varios objetos flotaron fuera de la caja del carro, probablemente no se hundieron hasta el fondo sino que fueron arrastrados, posiblemente sobre esas cataratas en algún punto.

Los prisioneros ingleses, veintitrés en total de distintas edades y rangos, fueron cruzados por separado, a pie, alejados del ejército en movimiento de los Thain para no causar disturbios frente a los que más importaban. Los heridos recostados, colocados sobre sus travois y arrastrados por destriers más grandes, en su mayoría se mantuvieron bien. No flotaban exactamente, pero tampoco se hundían, y muchos de esos hombres heridos recibieron un baño completo cuando el agua subía sobre sus cuerpos tendidos. Los carros vacíos se cruzaban directamente al lado, a menos de tres metros de los hombres heridos, con la esperanza de que absorbieran la mayor parte de la fuerza del agua. Mayormente funcionó como se esperaba, aunque no por completo.

Lucas situó su caballo cerca de la orilla norte, donde el agua llegaba solo hasta las rodillas del destrier, observando la caravana en movimiento con un ojo atento a cualquier calamidad, para la cual no tuvo que esperar mucho. George Rothes, quien probablemente perdería el brazo que tenía una gran herida cerca del hombro, sufrida en el primer contacto con los ingleses durante la noche, fue arrojado al agua cuando la estructura de su travois se volcó por la corriente rápida. Se hundió inmediatamente después de un aullido de grito. El caos estalló entonces, con el agua agitándose más por

varios de los guerreros más cercanos que instaban a sus monturas a rescatarlo.

Lucas no se apresuró, sabiendo que los hombres en medio del cruce estaban mejor posicionados para salvarlo. Pero su mirada vigilante vio a la lass, Cora, lanzándose al agua tras George.

Su mandíbula, abierta de inmediato, se cerró rápidamente por la furia. Sí, ella estaba más cerca del hombre que se ahogaba, ya que el carro en el que se sentaba se movía justo al lado del caballo que arrastraba a George, pero ¿qué demonios creía que podía hacer?

Ahora Lucas impulsó su caballo más adentro del agua, vigilante, mientras ella sujetaba a George antes de que cualquier otro pudiera acercarse. De algún modo, a pesar de su delicada estatura, logró girar a George de manera que su rostro quedara sobre la superficie. Le rodeó el cuello con un brazo justo cuando varios soldados montados llegaron a ella, y luego soltó a George cuando Simon lo sujetó por el buen hombro y lo mantuvo cerca de su montura.

Despojada de su carga, Cora gritó algo y fue momentáneamente sumergida por el agua, emergiendo con un impulso y jadeando por aire, pero sin intentar volver al carro. Giró sobre sí misma, luchando y siendo arrastrada por el agua, pareciendo un gato de granero arrojado a un lago. Cuando se enderezó y vio que dos hombres tenían al herido en sus manos, continuó, persiguiendo algo en el agua. Maldiciendo a gritos, Lucas giró su montura y alcanzó la orilla norte, espoleando al destrier para seguir al espíritu descarriado. Le gritó, pero ella lo ignoró o no pudo oírlo por el rugido del violento río, moviendo los brazos como si tratara de alcanzar algo. Llegó a un lugar donde el agua le llegaba solo hasta la parte superior de los muslos, giró la cabeza frenéticamente y luego se lanzó tras algo. Era un área rocosa de rápidos furiosos y fue arrastrada un poco. Para su asombro, mientras él trataba de alcanzarla por la orilla y ella era arrastrada más corriente abajo, ella mantuvo su brazo y mano principalmente fuera del agua, mostrando que había recogido esas extrañas esferas de vidrio que cubrían y agrandaban sus ojos.

Lucas golpeó de nuevo los flancos del caballo, empujándolo más rápido hacia adelante, y luego saltó de la montura justo donde el río giraba hacia el suroeste, adentrándose con fuerza en el agua, con la esperanza de atraparla en esa zona relativamente poco profunda antes de que las cataratas la tragaran, que estaban a no más de quince metros adelante. No estaba seguro de que la caída de nueve metros y el agua turbulenta no la ahogaran. Al menos, siendo tan pequeña, estaría magullada y golpeada.

Lucas era un hombre grande y luchó por mantenerse erguido en el agua, y luego se vio obligado a avanzar hacia el centro, cediendo más control sobre su propio cuerpo, mientras ella estaba a merced de la corriente y no lo suficientemente cerca.

—Por los huesos —gruñó al darse cuenta de que no la alcanzaría a tiempo, incapaz de moverse lo suficientemente rápido lateralmente contra la corriente. En el último segundo, justo antes de que ella pasara de largo, se lanzó hacia ella. Y sí, la atrapó, logró sujetar un puñado de su corta surcote rosa, pero ahora ambos fueron arrastrados hacia las cataratas.

Gritos y alaridos se escuchaban río arriba y a lo largo de las orillas, de quienes seguían su camino. Lucas luchaba en vano por encontrar apoyo en el fondo resbaladizo y pronto desistió, pues el fondo estaba demasiado profundo a medida que aumentaba la profundidad. Iban a caer; no había nada que hacer. La corriente era demasiado fuerte. Pero presuponía que podría salvarla del mayor impacto del choque y del tumulto.

La levantó hacia sí, una hazaña de fuerza que podría estar más allá de la mayoría de los hombres, satisfecho de que ella supiera instintivamente que estaría más segura en sus brazos. El espíritu se aferró a él, rodeando su cuello con los brazos. *Oh*, pero era tan pequeña, no había nada de ella. Sus piernas se entrelazaron, dictadas por el agua. Por un breve segundo, mientras ambos tenían la cabeza sobre el agua, él vio su mirada frenética y labios temblorosos y no tuvo corazón de advertirle sobre las cataratas, y solo gritó:

—¡Aguanta la respiración, lass!

Posiblemente sospechando que había un motivo más allá del agua turbulenta, miró por encima del hombro y ahora sabía lo que les esperaba. No dijo nada ni buscó su mirada para compartir temor dramático, sino que se aferró aún más, arrastrándose contra él hasta que su pecho quedó presionado contra el suyo y su mejilla descansó junto a su oído. Manteniendo una mano libre para dirigirlos si era necesario, Lucas rodeó su cintura con el otro brazo, con los dedos enterrados en su costado, justo sobre la cadera, y la piel expuesta por la ropa desordenada.

Oh, pero era suave. Tan increíblemente suave.

No se sorprendió cuando comenzó a rezar, aunque un segundo después, justo antes de caer, Lucas se preguntó a quién rezaba. Según entendía, los seres feéricos adoraban deidades mitológicas y no al único Dios verdadero. Pero claramente la oyó empezar su oración:

—Oh, Jesús, ayúdanos. —El resto se perdió en su grito mientras eran arrastrados por la corriente, suspendidos por un instante fuera del agua, antes de ser lanzados al torrente y caer, girando y dando vueltas por nueve metros antes de hundirse en la poza de la catarata.

Sorprendentemente, no perdió contacto con Cora, aunque el agua furiosa hizo todo lo posible por separarlos. Su agarre se aflojó, al igual que el de ella. Su surcote rosa fue arrancado de un brazo mientras él luchaba por mantener la sujeción. Al segundo siguiente, fueron empujados uno contra el otro, chocando fuertemente, y sus dedos arañaban y rascaban los hombros de él frenéticamente, tratando de aferrarse. Fue empujado contra una roca y otra, inhalando agua por la nariz, desesperado por aire sin poder alcanzarla. No podía decir si habían pasado diez segundos o tres veces esa cantidad antes de que la fuerza disminuyera y su giro se ralentizara, y una luz los atrajo hacia la superficie. Sujetando un puñado de su camisa para enderezarla también, Lucas pateó con los pies y avanzó hacia la luz, emergiendo apenas, tosiendo y escupiendo agua sucia del río.

Cora salió un momento después, reaccionando igual que él, tosiendo y expulsando toda el agua que había tragado. Y aunque

aquí estaba más calmado, relativamente; seguían a merced de la corriente rápida, Lucas logró mantenerse erguido, algo en control de hacia dónde los llevaba, y Cora una vez más lo utilizó como su salvavidas personal, aferrándose a él por la familiaridad que el miedo inducía. Estaba tan cerca ahora, con los brazos de nuevo alrededor de su cuello, que al mover la cabeza a izquierda o derecha, su barbilla y barba rozaban la piel suave de su brazo, el que ya no llevaba la manga del surcote.

—Oh, Jesús —dijo la lass cuando parecía que estaban fuera de peligro y solo flotaban rápidamente—. Pensé que estábamos perdidos. ¿Sabías que había una cascada allí?

Cuanto más se alejaban de las cataratas, más suave lamía el agua contra ellos.

Y más hablaba ella.

—Soy buena nadadora, pero eso era un agua muy fuerte, ¿verdad? Era como estar en los rápidos, aunque nunca he estado en los rápidos. He visto fotos, eso sí. O tal vez una película, no puedo recordar. Ese tipo que volcó no parecía capaz de salvarse solo, pero menos mal que vinieron esos tipos a caballo. No estaba segura de poder mantenerlo a flote o… santo cielo, el agua está fría. No me lo esperaba… o no lo estaba pensando. Guau.

Estaba sin aliento, con el pecho subiendo y bajando contra el de él, pero no podía decirse si era por casi ahogarse o por su rápido parloteo entrecortado por el castañeteo de dientes. No estaba inmóvil en sus brazos, sino que se apartaba para crear distancia cada vez que hablaba, evaluando su reacción, todavía seria en ese momento, y luego lo abrazaba de nuevo con fuerza cada vez que percibía que la corriente los aceleraba, girando la cabeza de izquierda a derecha para evaluar mejor su posición en el río. A veces, mechones húmedos y pesados de su cabello le golpeaban la cara al girar demasiado rápido.

—Oh, estamos yendo hacia la orilla. Menos mal. Estoy helada. Pero tú no. Tú eres… tú eres muy cálido. Y muy… um, muy… eres sólido, como una roca. Sólido, roca dura. Guau.

Lucas luchaba por no sentirse cautivado, no por su audacia inicial, por cómo se había lanzado al agua tan rápido para salvar a

un desconocido, y no por el hecho de que no estaba histérica, llorando después de un susto bastante horrible, no el primero del día, y ni siquiera por esas últimas frases, llenas de asombro que a muchos hombres podrían haberle despertado interés. No, estaba intentando no dejarse fascinar por la manera en que ella lo tocaba, tan fácil, sin reservas. Sí, lo hacía como medio de autopreservación, aferrándose a él, la persona más grande y fuerte que podría llevarla a tierra firme nuevamente, pero no se había apartado en absoluto, no dudó, no se encogió. De hecho, lo abrazaba ahora, su hombro y brazo superior estaban presionados contra la piel anudada de su cuello, sin molestarse en alejarse de ninguna de sus enormes cicatrices.

Apretando los dientes, Lucas apartó la mirada de la suya. Cuando llevaba esas curiosas esferas de vidrio, sus ojos habían parecido enormes, como de búho, y habían captado su atención fácilmente. Pero ahora, con los ojos descubiertos, estaba seguro de que ella pretendía desconcertarlo simplemente mostrando cuán perfectos, impactantes y fascinantes eran sus ojos verdes y claros.

CAPÍTULO SEIS

Colores Verdaderos, Revelados

Finalmente, Lucas y Cora pudieron impulsarse hacia la orilla. O mejor dicho, Lucas hizo todo el esfuerzo y Cora simplemente se agarró, aún sin aliento por el trauma de esa experiencia. Solo relajó su agarre cuando sus pies tocaron firmemente el suelo y el agua bajó hasta sus enormes piernas. Incluso entonces, le costaba abandonar esa posición, o para decir la verdad, el contacto con él.

Oh, pero se vio obligada a revisar su evaluación previa de él. Sin embargo, no podía encontrar una palabra mayor que *magnífico*. Tal vez lo que necesitaba para definirlo ahora debía estar más relacionado con su propia reacción, por haber tocado tan descaradamente tanto de él. En ese sentido, cómo se sentía, tan fuerte, seguro, confiado y… bueno, sexy por lo enorme, firme y capaz que era, era para derretirse.

Puso los pies en la orilla de guijarros, tambaleándose un poco porque sus piernas eran como gelatina, pero pronto se enderezó gracias a la pesada mano sobre su brazo. Él solo aflojó su agarre cuando ella se dejó caer felizmente sobre la tierra, en un pequeño tramo de césped más allá de los guijarros, pero antes del bosque desigual. Se sentó de golpe sobre su trasero y dejó que sus hombros cayeran por unos segundos, dándose cuenta de que sostenía sus gafas en la mano. Un suspiro de alivio escapó de ella, y casi sonrió por esta buena fortuna. Las había olvidado cuando saltó al agua tan precipitadamente tras aquel hombre herido. Pero todavía estaban mojadas, al igual que ella, y tendría que esperar para ponérselas hasta encontrar algo con qué secarlas.

Se sentía golpeada y magullada, realmente maltrecha. Se agarró el costado, que le dolía como si estuviera en carne viva.

Debía haberse golpeado contra algo grande y duro que no era el magnífico Lucas Thain.

Cora levantó la mirada hacia Lucas Thain de nuevo, preguntándose si solo estaban esperando allí a que sus hombres vinieran a recogerlos. El sol brillaba directamente sobre ella allí, lo cual era bueno porque la calentaba, pero luego molesto porque, al estar él frente a ella parado, aunque no lo suficientemente cerca para interceptar la luz antes de que le diera en los ojos, estaba en sombra, y Cora tuvo que protegerse la frente con el brazo levantado.

—Gracias —dijo ella, sin poder recordar si ya lo había dicho.

Él no dijo nada, solo se pasó la mano por la boca y la barbilla, dispersando el agua que goteaba, y luego puso sus manos sobre las caderas, sus oscuros ojos impenetrables. Su enorme pecho se perfilaba espectacularmente bajo su camisa empapada, subiendo y bajando con sus respiraciones aumentadas. Parecía lino, su camisa, y aunque no se veía agradablemente traslúcida por estar completamente mojada, definía la forma de su pecho esculpido a la perfección.

—Vamos —dijo entonces, apenas mirándola antes de comenzar a caminar por el sendero de césped a lo largo del río.

Cora exhaló y se puso de pie, siguiéndolo. El sendero era demasiado estrecho, el río estaba demasiado cerca, y él se metió en la sombra del bosque.

Se dio cuenta de que, aparte de esa directiva breve y desde que habían escapado del tumulto de la cascada, él no le había dicho una palabra. Y ahora caminaba entre los árboles con un paso que ella podría haber llamado enojado si lo conociera lo suficiente como para juzgar tal cosa.

En ese momento, ella tropezaba y saltaba para mantenerse a su ritmo con sus sandalias de cuña.

—¿Estás… estás enojado conmigo? ¿Qué hice...?

Él se detuvo y se giró tan abruptamente, tan inesperadamente, que Cora casi choca contra su pecho. Levantó las manos para evitar la colisión, los dedos de su mano izquierda rozando su abdomen duro como roca.

—Casi te matas ¿y por qué? —le gritó—. ¿Por eso, las piezas de vidrio? —dijo, señalando las gafas aún apretadas en su mano derecha—. ¿Y qué son? ¿Qué propósito cumplen?

Sorprendida por este giro y por su dureza, Cora respondió vacilante, tartamudeando ante la ferocidad de su mirada.

—S...son mis gafas —dijo—. N...no… no puedo ver sin ellas. O al menos, no bien. Me las quitaron cuando… bueno, ¿iba a dejarlas simplemente flotar y no poder ver?

—Eres una maldita lunática.

Ella jadeó por su brutal insulto y reaccionó de la misma manera.

—Y tú eres un miserable e insensible, ¡argh! —se detuvo, sin querer realmente entrar en un enfrentamiento de gritos con él—. Solo… deja de hablarme. —Se sintió extrañamente herida por su dureza—. Ya está. Déjalo —demandó y luego se contradijo a sí misma—. Oh, ¿por qué empeoras las cosas gritándome? ¿Crees que quería ser arrastrada río abajo y casi ahogada y luego golpeada contra esas rocas?

—¡Pero lo fuiste! —la acusó, con los dientes apretados—. Viste lo peligroso que era y aun así saltaste de inmediato.

Ella agitó las gafas frente a él de nuevo.

—No puedo ver sin estas. ¿Qué es lo que no entiendes? Y solo las perdí tratando de ayudar a *tu* amigo.

Su hermosa boca estaba ahora cerrada, apretada, aunque no inmóvil. O se tensaba por su enojo, o reprimía más acusaciones crueles.

Y luego, sin decir otra palabra, giró sobre sus talones y siguió caminando, solo para detenerse de nuevo abruptamente y mirarla otra vez.

Cora no se había movido todavía, estaba demasiado atónita por este giro, por su ira exagerada.

Pero entonces su ceño, feroz en un buen día, ya lo había decidido, se endureció hasta convertirse en un gesto de rabia tal que ella se encontró retrocediendo a medida que él se acercaba. No miraba su rostro sino algún punto más abajo.

—¿Qué...por qué...?

—Para —gruñó, alcanzando su muñeca, sosteniéndola en su lugar para que Cora solo pudiera retroceder con la parte superior del cuerpo, rostro y torso.

Pero no la golpeó ni le lanzó más insultos. En cambio, sus manos siguieron su mirada, cerca de su cadera, mientras Cora no podía apartar sus ojos de su rostro, no hasta que él la tocó, comenzando a levantar su blusa abotonada.

—Oh. Para —le dijo ella, apartando sus manos.

—Maldita sea… estás sangrando —dijo él, ignorándola.

Cora se aferró a sus gruesas muñecas, intentando alejar sus manos, queriendo cubrir toda la piel que él revelaba.

—Pero no puedes...

—Shhh —dijo con brusquedad—. *Oh*, Cora. Te has abierto el costado.

Cora dejó de resistirse. Lo miró boquiabierta, parpadeando rápidamente mientras digería esto. No por la severidad de su tono ni por su insondable preocupación por una abrasión en su costado, sino por la forma en que pronunció su nombre.

Era brutal, feroz y muy aterrador. Pero estaba bastante segura de que estaba enamorada de la forma en que decía su nombre.

Coy-ra.

Dicho en su inglés áspero, gutural y con acento.

Sí, estaba absolutamente enamorada de cómo pronunciaba su nombre.

—Yo… siempre he odiado mi nombre —murmuró vagamente con voz baja.

Él también se detuvo, inmóvil, igual que ella, aunque ella no podía imaginar que la razón de su repentina quietud fuera la misma que le había quitado el aliento.

Coy-ra.

Apartando su atención de su rostro atractivo, siguió la trayectoria de su mirada y lo vio tocar la sangre del rasguño superficial a lo largo de sus costillas, sus manos enormes y oscuras contra su torso delgado y piel pálida. Juntó los dedos, esparciendo la

sangre entre las puntas, inmóvil, como si se sorprendiera de que su sangre fuera igual que la de él o de cualquier otra persona.

Cora inclinó la cabeza al sentir sus ojos entrecerrados sobre ella, y de nuevo se quedó sin aliento, por la frialdad en él, por el desconcierto que cubría su rostro.

—No eres de los seres feéricos —dijo, penetrándola con su mirada desconcertada.

Aunque rara vez se permitía un momento para pensar antes de hablar, ahora lo hizo, dudando y frunciendo el ceño. *Cree que no soy humana*, fue todo lo que pudo concluir. Y tras esa revelación impactante, vino: Y sin embargo me salvó.

Confundida, sacudió la cabeza lentamente, con la mente nublada.

—No. Yo… um, solo soy una persona común.

—No eres una persona común, lass.

Podría haberlo tomado como un cumplido, asumir que la estaba halagando, quería asumirlo, lo entendía, pero luego él aclaró su posición.

Una cortina encapuchada cayó sobre sus claros ojos grises.

—Hay algo en ti que inspira desconfianza.

Y así, como por arte de magia, el hechizo se rompió. Ella apartó su mano de su cadera de nuevo y se dio la vuelta.

—Bueno, eso es problema tuyo. No mío.

Ignoró esto, o al menos no reconoció su comentario, pero dijo en cambio:

—Armadal tendrá algo para sujetarte la cintura.

¿Sujetar su cintura? Oh. Entonces lo entendió y movió la mano con un gesto de desdén.

—Está bien. No necesitamos hacer un gran asunto de esto.

—No seas tonta —dijo él, sonando más cansado que enojado.

—Pero no puedes tratar esta herida mientras tus propios hombres quedan desatendidos, esperando quién sabe qué, y sus heridas ganadas con tanto valor frente a este tonto accidente.

—Ellos son más fuertes, pueden aguantar hasta que lleguemos a Brathwick.

—Entonces yo también puedo.

Por un momento pareció que podría discutir más sobre esto con ella, pero luego entrecerró los ojos, mostrando más de esa desconfianza que había mencionado antes.

—¿Eres simplemente contraria por naturaleza? ¿O estás en alguna misión únicamente para contradecir todo lo que digo?

—Acabo de conocerte —replicó ella—. ¿Por qué...qué he contradicho?

—Te dije que te quedaras detrás de la línea antes, cuando llegó la pelea —dijo él, como si lo tuviera listo para usar—. Te dije que te quedaras con Will en el carro. Y luego te grité cuando te lanzaste tan imprudentemente al agua para salir…

Cora levantó la mano de nuevo, moviendo sus gafas para llamar su atención sobre ellas.

—No puedo ver sin ellas —le recordó, con un tono un poco irritado por tener que explicarlo otra vez.

Con un gruñido que mostraba su renuencia a aceptar eso como una razón justificable para sus acciones, se dio la vuelta y comenzó a caminar de nuevo.

Mientras ella lo seguía a duras penas, Cora se defendió.

—Si lo piensas, todas esas acciones de mi parte fueron necesarias. No estaba pensando, *"oh cielos, me dijo que no me moviera"*. Estaba pensando que esos hombres heridos tirados en el bosque eran blancos fáciles y debía ayudarlos. Y luego pensé que debería hacer más que simplemente sentarme, seca y segura, mientras ese hombre con el brazo colgando se ahogaba justo frente a mis ojos. Y luego —dijo con fervor, animándose con lo que creía una defensa sólida y creíble—, pensé que tener buena visión era una buena razón para lanzarme al agua tras mis…

—Deja la lucha y el rescate a quienes puedan, a los hombres que son capaces —interrumpió él.

—Oh —gimió ella—. Tú eres uno de esos.

Y una vez más, él se volvió hacia ella, con la mirada tan tormentosa y afilada como siempre, su voz peligrosa mientras gruñía:

—¿Uno de *esos*?

Eres el hombre más impaciente pensó decirle primero, simplemente como reacción a su pregunta cortante y su expresión, que hervía mientras esperaba su respuesta.

—Sí, uno de esos… hombres rudos que piensan que las mujeres no tienen valor, que no son fuertes ni capaces ni siquiera dispuestas… pero ¿acaso no fui yo quien te pasó un cuchillo durante esa pelea? ¿Debería estar en casa, cosiendo algo? ¿Cocinando algo? ¿Pariendo bebés? —Sacudió la cabeza, casi contenta de haber aclarado su desilusión—. En realidad, esto está bien. Eres… —hizo una pausa dejando que su mirada recorriera todo su cuerpo con franca apreciación—, eres precioso, espléndido, y quizá parte de mí esperaba que fueras mi aventura cuando llegara aquí, pero gracias por recordarme que el aspecto físico es trivial. Gracias por mostrarme qué neandertal chauvinista y de mente estrecha eres —dijo—. No es exactamente tu culpa, seguro que todos son así, todos los hombres de esta época, un montón de arrogantes intolerantes que poco valoran a las mujeres, pero por lo que —hizo una pausa, apretando los labios y señalando con el dedo su entrepierna—, por lo que ese… eso les dice que quieren.

Ah, bueno. Tiene otra expresión aparte del ceño amenazante.

Aun así, su sorpresa por su arrebato estaba oculta tras un ceño fruncido. Obviamente, el bruto no estaba acostumbrado a que la gente, mujeres, especialmente, estaba segura Cora, le hablara así.

Resoplando un desdén, Cora caminó a su alrededor, inclinando el rostro hacia el cielo azul.

—En serio, Samara. Ya tuve suficiente. Estoy lista para regresar. Pero luego, solo unos pasos después, lamentó su arrebato, por haber sido tan dura y sonar tan agria. Y, por haber dicho en voz alta que lo encontraba atractivo.

***

Lucas observó la espalda de la mujer que se alejaba.

Mujer. Claramente, genuinamente, brillantemente una mujer. Ninguna criatura feérica después de todo, a pesar de todo lo que en ella gritaba que debía ser de otro mundo.

Fue Airril quien los encontró primero, deteniendo su destrier de golpe al toparse con la joven empapada. El capitán de Lucas la inspeccionó de arriba a abajo, sin encontrar nada agradable, juzgó Lucas por la reacción de Airril.

Está hecha un desastre, decidió Lucas. *Empapada y flácida*, diría él si le preguntaran. Su cabello había perdido volumen, estaba plano y goteando sobre su cabeza. Su piel de porcelana ahora tenía un tono azulado, sus brazos salpicados de piel de gallina por el frío que se sentía más intensamente debido a su estado empapado. Sus pies hacían ruidos de chasquido dentro de sus extraños zapatos levantados, y resbalaba a menudo, no en el suelo, sino dentro del zapato mientras caminaba. En los últimos diez pasos, mantenía los brazos extendidos a los lados para equilibrarse, con los músculos tensándose cada vez que sus pies se deslizaban en los zapatos mojados, y se tambaleaba.

—Creo, Airril —dijo sin preámbulo cuando estuvo a pocos metros de ella—, que debería quedarme quieta, quedarme justo aquí después de todo. No creo que sea buena idea…

—No es buena idea, lass, no esta que estás tramando —dijo él, lanzando solo una mirada de reojo a Lucas, y girando el caballo para caminar al lado de Cora mientras ella avanzaba por el bosque —. Te he dicho que no es seguro estar ahí sola.

Con una risita peculiar, desafió la suposición del capitán.

—Bueno, Airril, tampoco era tan seguro estar contigo, sin ofender. Primero esa horrible pelea, voy a tener pesadillas por semanas y hasta ahora no he llorado histéricamente porque todavía no estoy segura de que fuera real. Y luego tampoco era seguro pasar por las cataratas, Airril, así que creo que me arriesgaré a lo que venga, pero por mi cuenta.

—No podemos permitirlo, lass, y no me hagas enojar...

—Deja eso del enojo a él —dijo, inclinando ligeramente la cabeza para indicar a Lucas caminando detrás de ella—. Lo hace mucho mejor que nadie, seguro.

Lucas estaba aún más asombrado. Ella pronunciaba insultos con una voz dulce y suave. Incluso hace unos momentos, cuando estaba bastante enfadada con él, lo había acusado de neandertal

entre otras cosas, no había chillado, no había hecho ningún ruido desagradable, simplemente lanzó sus insultos con su voz melodiosa. La verdad, lo único desagradable de su voz eran las palabras que salían, y no por su contenido, sino porque sonaban tan extrañas en inglés.

Incapaz de ignorar el recuerdo, y no del todo dispuesto a esforzarse demasiado en ello, Lucas recordó algo que ella había dicho:

Eres precioso, espléndido.

Sí, el contenido en ese momento había sido notable, de hecho. Hasta que algo más se le ocurrió, y de repente todo tuvo sentido.

No podía ver sin esas esferas de cristal, *gafas*, las llamaba simplemente. Sí, ahora tenía sentido. Entonces quizá no estaba loca. Solo era ciega. Perfectamente lógico. Y Lucas se preguntó cuánta corrección podían lograr esas lentes. Obviamente, si la pobre lass tenía una vista tan aguda como la de Lucas, no estaría viendo y diciendo semejantes tonterías.

El cruce terminó, no fácilmente, como resultó, pero terminó sin pérdidas, y acababa de entender la extraña afirmación de la lass. Lucas agradeció el progreso y la claridad y su ánimo mejoró.

Airril era muchas cosas, sabía Lucas: mayormente amable, generalmente práctico, y claro de mente y seguro en batalla. No obstante, no siempre era consciente de las necesidades de los demás. Una vez que Gwen se perdió, muchas de las delicadezas, de la caballerosidad, habían desaparecido de Airril también.

Así que empujó su caballo cuesta arriba junto a la rugiente cascada, claramente veinte pasos delante de la joven, sin ofrecer ayuda a la muchacha en la empinada subida.

—Jolines —murmuró ella con su peculiar queja—. Sobreviví todo eso para ser asesinada rodando por un costado de la montaña.

Atrapado detrás de ella, ya que el camino apenas era lo suficientemente ancho para una persona a la vez, Lucas puso los ojos en blanco mientras ella trepaba, usando las manos para agarrarse de cualquier cosa que pudiera sostenerla y así avanzar los pies con eficacia. Y aunque ciertamente no se opondría a disfrutar la

vista de su trasero redondeado en esos calzones ajustados y ahora mojados, el avance era lento y ella tenía razón sobre él: tenía muy poca paciencia. Y entonces se esfumó su tolerancia; subió a su lado y, sin una palabra, agarró su brazo desnudo y la impulsó hacia arriba hasta alcanzar la cima, donde Airril esperaba, sonriendo como el imbécil que era en ese momento. Lucas soltó su brazo y la dejó al cuidado de su capitán, adelantándose para reunirse con su ejército.

Y, sin embargo, a pesar de sus mejores esfuerzos, a pesar de decirse a sí mismo que no le importaba nada de ella ni de su destino ni de sus circunstancias, estaba consciente en todo momento de sus movimientos, de a dónde iba y con quién hablaba.

Mientras Airril la guiaba hacia el carro que había abandonado, donde Will la esperaba, Lucas se quitó la túnica mojada y se puso una seca de sus alforjas. Pasó unos minutos desenrollando la piel de animal de la parte trasera de su silla y se puso ese manto sobre los hombros también. Luego ajustó las correas alrededor del destrier, de espaldas al carro, donde presumiblemente ella había ido. El cuero mojado, al secarse, se volvería rígido y quebradizo, y podría irritar el pelaje o la piel del caballo.

—Sí, y tú subes ahí —le decía Airril a Cora—, como estabas, y no te vuelvas a lanzar del asiento. Ni una sola vez. Y llegaremos a Brathwick y todo irá bien.

—¿Qué es Brathwick? —preguntó ella.

Lucas estaba seguro de que sus dientes estaban castañeando otra vez.

—Un priorato, muchacha, lleno hasta el tope con las santas hermanas, y ninguna de ellas puede salvar a ningún alma, ni con hierbas ni con sus constantes rezos.

—¿Estás llevando un ejército a un convento?

—¿Llevar? Claro, y nos quedaremos un tiempo, pero solo para ver a nuestros lads reparados antes de seguir hacia Cairncross, donde los prisioneros serán retenidos hasta que puedan ser rescatados o, de ser necesario, trasladados a Skye.

—Ya veo.

No le importaba mucho, decidió Lucas, juzgando su tono. Estaba fría y cansada, pensó, y no demasiado interesada en su itinerario, salvo que quizá quisiera saber cuándo volvería a estar abrigada.

Airril comenzó a gritar, su voz alejándose mientras él posiblemente también lo hacía, hacia el objeto de su ira.

—Maldita sea, Niall —gruñó—, pero no puedes atarlos en líneas así. Si uno cae, todos caerán.

—Eres valiente, lass—dijo entonces Will, mientras Airril los dejaba—. No vacilaste en absoluto, ni siquiera chillaste cuando te lanzaste al agua helada.

—M...muy helada, Will —dijo ella—, y no pienses mal de mí, pero lo estoy lamentando ahora… p...pero solo porque esos hombres montados llegaron tan rápido a rescatarlo y podrían haberlo salvado de todos modos.

—Es George —le informó Will—. Y buscará darte las gracias.

—Puedes decirle que no es necesario. Pero W...Will, ¿no morirá de frío ahora? ¿Alguno de esos hombres heridos y débiles que entraron al a...agua?

—No, lass. Son fuertes, como bueyes. Simplemente lo sacarán.

—Ah, cierto. Ya me habían dicho algo así —dijo ella, con un tono de disgusto que se percibía entre los temblores de sus palabras.

Con una rara media sonrisa, Lucas recogió el plaid de repuesto de sus alforjas, agradeciendo que también estuviera seco, y se acercó al carro donde estaban Will y la joven.

Ella era pequeña al lado de Will, con los brazos cruzados sobre el pecho y los hombros hacia adentro. Sus deliciosos labios curvos estaban apenas azulados y sus ojos verdes, al alzar la mirada hacia él, carecían del brillo que los había iluminado antes. Lucas sintió una rara simpatía por su situación, aunque aún se daba cuenta de que no sabía nada de ella, salvo que de alguna manera había sido desplazada.

—Ábrelo —dijo, ofreciéndole el plaid—. Envuélvete en él. Solo va a hacer más frío cuando llegue la oscuridad.

Sí, y ella quería negarse, no quería aceptar caridad de un neandertal de mente estrecha, podría haber adivinado. Pero no tenía otra opción, ya que Will se inclinó para tomar el gran braecan cuando ella no lo hizo.

—Claro, y lo cuidaré bien, jefe —dijo Will.

Dicho más por el beneficio de la lass que por cualquier otra persona, tuvo que imaginar Lucas.

—Mejor que tú, supongo —reprimió Lucas al lad.

CAPÍTULO SIETE

No Se Necesitan Palabras

—Will, no lo tomes a mal —dijo Cora cuando llevaban cerca de una hora cabalgando—, pero necesito caminar.

Will, que podría tener apenas su edad y cuya piel extremadamente pálida destacaba fuertemente contra su cabello naranja intenso y su corta barba, giró el rostro hacia ella.

—¿Caminar? ¿Por qué querrías hacer eso?

—No quiero —explicó Cora—, pero estoy congelándome y necesito moverme. Ya sabes… ¿hacer que la sangre circule?

Su expresión inmutable y aburrida decía que, al fin y al cabo, no lo sabía.

Pero no cuestionó más su necesidad y detuvo lentamente el carro, permitiéndole a Cora un momento para salir del vehículo.

—Dejaré mis bolsas aquí, si está bien —dijo.

Cora respondió con un rápido asentimiento y una sonrisa rígida, y el carro continuó sin ella.

Acurrucándose aún más en la manta que Lucas Thain le había dado, comenzó a caminar junto con el ejército en movimiento. Estaba, como el carro, hacia el medio del gran grupo, con muchos hombres cabalgando o caminando delante o detrás de ella. Se extendían más en longitud que en ancho, nunca más de cuatro o cinco personas lado a lado en ningún punto y avanzaban a paso de caminata para acomodar a quienes llevaban las camillas. Actualmente, marchaban por un área boscosa poco poblada; el terreno no era problemático, pero tampoco era un camino pavimentado, así que Cora tenía que prestar atención a sus pasos.

De algún modo, no le sorprendió que Lucas Thain, que antes había estado detrás del carro, se acercara a su lado. Primero

reconoció la gran cabeza negra de su caballo, cuyo hocico apareció a unos pocos metros a su derecha. Una rápida mirada le mostró que Lucas la estaba mirando, con su ceño siempre presente intacto, posiblemente a punto de cuestionar su decisión de caminar también. Antes de que pudiera hacerlo, ella anunció:

—Solo camino porque tengo frío y estoy tratando de calentarme con un poco de actividad física.

Cuando él no dijo nada, Cora se permitió mirarlo otra vez. Ahora miraba al frente, su perfil era tan imponente como siempre, aunque las peores cicatrices eran visibles de este lado. Si el frío lo molestaba, había quedado tan empapado como ella en el río, no lo podía notar; todavía estaba sin mangas y no veía piel de gallina en sus grandes brazos, lo que mostraba bajo la capa de piel que llevaba sobre los hombros. Y a decir verdad, aunque no la miraba ahora, ella pasó más que unos segundos contemplando sus poderosos brazos.

Pasó un minuto completo antes de que dijera algo. Acababan de esquivar un amplio árbol de coníferas, Lucas bordeando a la izquierda y Cora a la derecha. Una vez pasado, Lucas acercó el caballo a ella y aclaró la garganta.

—Vamos, entonces. Puedes montar conmigo —dijo—. Seguramente te calentará más rápido.

Ella se giró y lo miró otra vez, notando su mandíbula apretada.

Probablemente acababa de escuchar la invitación menos entusiasta que jamás le habían hecho. Podría haber dicho: *"Claro, adelante, mete brotes de bambú bajo mis uñas"*, por lo poco que parecía querer realmente que ella aceptara. Sin embargo, su reticencia apenas disimulada facilitó que ella resistiera, aunque estaba bastante segura de que tenía razón: estaría mucho más caliente si pudiera aprovechar algo de su calor corporal.

—Gracias. Estoy bien.

—No estás bien —dijo secamente—. Tus labios están azules. Solo estás siendo obstinada, demostrando mi punto anterior.

Manteniendo la vista en el suelo y donde pisaba, respondió:

—Está bien, soy obstinada. Ganaste. Pero aún prefiero caminar.

—No seas difícil, lass.

—Caminar no hace a nadie difícil, señor Thain.

—La terquedad persistente sí.

—Lo siento —dijo, ya cansada—, pero ¿qué te importa si camino o monto?

—No quiero que nuestro viaje se interrumpa si te caes por el cansancio o…

—Ah, entonces tu oferta no es por mí, sino por si acaso soy una molestia para ti. Entendido.

—¿Quieres calentarte o no?

Parecía que esas palabras las había pronunciado con los dientes apretados.

No por ti, fue la respuesta inmediata que se le ocurrió. Por supuesto, habría sido una gran mentira. Pero antes de que pudiera decirlo, escuchó a Airril a su izquierda.

—Como una pareja casada vieja, los dos, discutiendo como si llevaran años así.

Cora no supo qué pensar de la sonrisa de Airril, salvo que no coincidía mucho con sus palabras gruñonas. Parecía satisfecho con algo.

Soplando un suspiro de frustración, les dijo:

—Solo quiero caminar.

—Sí —dijo Airril—, y puede que así te calientes finalmente, pero el lad está ofreciendo…

—¡Argh! —gruñó Cora—. *¡Oh! ¿Cuál es el problema?* Está bien. —Se giró y se dirigió hacia Lucas y su caballo.

Él frenó y desmontó, sus ojos gris acero evaluándola.

Cora no preguntó *¿ahora estás contento?*, pero quiso hacerlo.

Con bastante facilidad, y antes de que pudiera sacar los brazos de la manta, Lucas la tomó por la cintura y la subió al caballo, en posición de montar lateral. Por un momento, justo cuando la soltó, pero antes de montarse él, sintió que podría caerse de inmediato. La sensación incómoda pasó tan pronto como él retomó su asiento en la silla. Él pasó su brazo alrededor de su

cintura, aprisionándola abruptamente para que sus cuerpos quedaran juntos.

—Pasa tus piernas por encima de mi muslo —instruyó.

Cora obedeció automáticamente, sin querer causarse más problemas negándose, y luego se alegró cuando acomodó la larga y pesada piel que llevaba sobre las piernas de ella.

—Oh, gracias —dijo mecánicamente, acomodándose en el hueco de su brazo y hombro derecho.

Como cuando se había aferrado a él durante casi ahogarse en el río, se sintió muy pequeña, más de lo habitual. Quedó empequeñecida y rodeada por su tamaño, acunada en el calor de sus brazos, muslos y pecho.

Airril se detuvo brevemente junto a ellos, su sonrisa mejorando, como si él hubiera conseguido lo que quería, antes de guiar a su caballo delante de ellos justo cuando empezaron a moverse de nuevo.

Y entonces, como se preveía, ella se sintió inmediatamente más caliente. Excepto por los pies, la única parte expuesta ahora, colgando fuera de la piel, que seguían fríos. Cora trató de doblar las rodillas y meter los pies dentro del manto de piel. Idealmente, debería quitarse las sandalias y colocar los pies contra el muslo de Lucas. Inspirada por esa idea, y mientras Lucas mantenía el caballo al mismo paso lento que los demás, Cora se movió incómoda en su abrazo, tratando de alcanzar las correas de sus zapatos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lucas.

Ignorando la impaciencia cortante que percibía, aunque mentalmente puso los ojos en blanco, explicó:

—Mis pies siguen fríos… o más fríos ahora que no camino. —Bajó la correa sobre su talón, primero uno y luego el otro, y metió sus sandalias dentro de la manta de lana para colocarlas en su regazo, y luego se acomodó un poco más, colocando las manos sobre los muslos de Lucas para ajustarse.

Posiblemente fue un reflejo que él apretara el brazo alrededor de su cintura, pero le dio mayor sensación de seguridad y Cora pudo acurrucarse, doblada en tres, contra el frente de Lucas y en su regazo. Sus pies desnudos descansaban sobre su muslo

izquierdo y su trasero sobre el derecho, la tela de sus pantalones no era tan gruesa como para impedir que recogiera algo de su calor a través de ellos. Era lo suficientemente pequeña para encajar perfectamente, con su hombro derecho contra su pecho, pero solo hasta que se acomodó un poco, apoyando su espalda en la esquina formada por su pecho y su brazo derecho, extendido alrededor de ella para sostener las riendas. La parte superior de su cabeza rozaba su barbilla mientras se ajustaba.

A veces, había ventajas en ser tan pequeña.

Satisfecha con su cómoda posición por el calor y la sorprendente comodidad, sonrió y levantó el rostro hacia él. Inmediatamente vio, y casi solo, su mandíbula, todavía apretada, pensó, pero él no dijo nada ni pareció molestarle su pequeña disposición.

La horrible cicatriz en su cuello estaba a solo unos centímetros de su rostro levantado; Cora mordió su labio y bajó la mirada, sin querer quedarse mirando fijamente. Podría adivinar que la vida en esta época era dura y a veces brutal. Lo poco que había presenciado solo ese día respaldaba esa suposición. Tal vez la vida de Lucas Thain había sido excepcionalmente difícil, quizá su hostilidad perpetua solo era resultado de experiencias realmente terribles. Probablemente no había días libres en este siglo, ciertamente no durante una guerra, estaba segura. Tal vez el hombre solo necesitaba un descanso, un pequeño respiro para recuperar aliento. Tal vez necesitaba que dejaran de intentar matarlo.

Recordó lo que Samara había respondido cuando le preguntó qué necesitaba el objetivo.

Compasión. Propósito. Una amiga. Amor, tal vez.

Cora se quedó helada, dándose cuenta en ese momento de que Samara había enumerado esas cosas específicamente, pero no había dicho que él necesitara que le pasaran un cuchillo para salvar su vida.

Oh, cielos. Ella había pensado que su trabajo aquí estaba terminado, que lo había salvado, pero no podía ser. Lo poco que había hecho no era lo mismo que lo que Samara había sugerido, ni

remotamente. Cora se sintió confundida y luego arrasada por una buena dosis de miedo: que no la iban a llevar de vuelta al 2021 hasta que le hubiera proporcionado esas cosas a él, cualquiera o todas ellas.

Compasión podía darla, lo sabía… si un hombre como Lucas Thain le permitía darle algo así. ¿Pero ser amiga de Lucas Thain? Eso parecía poco probable. Tenían en común tanto como la noche y el día, o la alegría y la tristeza. Grande y pequeño.

¿Propósito? De ninguna manera este hombre carecía de eso.

¿Amor? Bufó mentalmente. Claro, estaba fascinada con él, pero él ciertamente no lo estaba con ella.

Oh. Me voy a quedar aquí para siempre.

Lucas interrumpió su marejada de pensamientos preguntando:

—¿Tanto retorcerte y aún no estás cómoda?

—Oh, no, sí lo estoy —se apresuró a asegurarle—. Muy cómoda.

—Pero acabas de tensarte —replicó él—, rígida como la cuerda de un arco.

—Perdón —murmuró ella, distraída—. Estaba pensando en algo.

Por más que apreciaba su circunstancia actual, dentro del abrazo de Lucas Thain, segura y protegida y gloriosamente abrigada, casi deseaba estar con Airril ahora mismo para poder hablar con él sobre lo que acababa de comprender. Tal vez él sabría qué necesitaba realmente Lucas Thain. Tal vez podría ayudarla a precisar exactamente lo que se le requería para que pudiera hacerlo, ser recogida por Samara y volver a casa. Ya era entrada la tarde; su hermana probablemente aún no estaba preocupada, pero Cora apostaría que ya empezaba a enfadarse.

Aunque, honestamente, eso era lo que menos le preocupaba en ese momento.

Perdida en sus pensamientos, se dio cuenta tarde de que Lucas la estaba mirando fijamente. Reclinándose en el hueco de su hombro, levantó la mirada hacia él.

—¿Reflexionando aún sobre lo que te hace encogerte así?

Posiblemente él siguió con eso porque ella no había añadido nada a su última respuesta, no había mencionado en qué pensaba exactamente. Ni iba a hacerlo.

Cora negó con la cabeza, desestimando su pregunta, y se obligó a relajarse. Pensando en apaciguar su curiosidad, que probablemente solo había aumentado por lo rígida que estaba, y también por distraerla de lo que ahora la preocupaba, confesó:

—Está bien, lo admito: esto es infinitamente mejor que caminar.

Curvó y movió brevemente los dedos de los pies sobre su muslo.

Lucas Thain le dedicó una mirada significativa, que rozaba la suficiencia.

—Lo imaginé —dijo ella con una sonrisa, creyendo que ya sabía un poco de él.

—¿Imaginaste qué?

—Que no eres del tipo que dice en voz alta "te lo dije", pero que definitivamente transmitirías el mensaje con una mirada oscura y autosatisfecha… que es justo lo que acabas de hacer.

Él no frunció más el ceño, pero al cabo de un momento sí dijo:

—Sí, pero lo dije.

—¿Dijiste qué?

—Que te lo dije.

Pillada desprevenida por lo que sonaba notablemente a broma, o al menos a algo que no era él ladrando o gritando o poniéndose a discutir, a Cora le brotó una risa espontánea.

¿Lucas Thain sabía bromear? ¿Este asunto de viajar en el tiempo estaba lleno de revelaciones curiosas, no?

Él, por supuesto, no sonrió. No era sorpresa. Pero como tampoco la miró con gesto adusto, preguntándose de qué se reía, Cora supo con certeza que lo había dicho en tono ligero.

—Los milagros nunca cesan —murmuró, con gran aprecio, y con una sonrisa que le duró bastante rato.

De él solo salió el más leve gruñido, pero no dijo nada más.

Cora se relajó, maravillosamente. Si llegaba a viajar largas distancias o por muchos días, bien podría acabar suplicando ir justo así. Probablemente él lo odiaba, probablemente deseaba espolear el caballo para llegar adonde fuera y librarse de tenerla en su regazo, pero a Cora le daba igual: estaba demasiado cansada.

El ejército de los Thain salió del bosque y el sol de la tarde le dio de lleno en el rostro, haciendo que este viaje fuese aún más perfecto. Cerró los ojos y dejó que el sol y el paso lento y constante del caballo la calmaran y la abrigaran. Esto debía de ser lo que sentían los bebés en las sillitas del coche durante largos viajes por carretera, apaciguados y somnolientos.

Pronto empezó a cabecear. Sus rodillas se vencieron hacia la derecha, apoyándose contra el pecho de Lucas. El endurecimiento de su cuerpo la sobresaltó y Cora se tensó, apartando las piernas.

—Perdón. No quería usarte de almohada.

Él no dijo nada, pero Cora no tenía energía en ese momento para preocuparse por él ni por su humor.

—Ser medieval es agotador —comentó lánguidamente, más para sí que para él.

Debió de haberse quedado dormida de nuevo, porque cuando recobró conciencia y abrió los ojos, el cielo ya estaba más oscuro. Caía el crepúsculo. Y ella estaba… bueno, no había otra manera de describirlo: se había acomodado con pasmosa familiaridad contra Lucas Thain mientras dormía.

Tenía la cabeza en el pliegue de su brazo, mientras sus piernas se recogían y apoyaban en él. Cora contuvo la respiración al darse cuenta. Para que su cabeza reposara en el interior de su codo, él debía estar…

Sí. Podía sentir su antebrazo y su mano en su espalda. La estaba acunando en sus brazos.

Se había tensado bruscamente al despertar, y él debía haberlo notado, así que no tenía caso fingir que seguía dormida. Agradecida por la penumbra que tal vez ocultaba todo el rubor en sus mejillas, Cora levantó los ojos hacia él.

Lucas Thain la miraba fijamente.

—Te seguías resbalando —dijo, a modo de explicación—. Era más fácil simplemente sostenerte.

—Gracias —dijo ella, con tono de pregunta, esperando el gruñido que no llegó.

Él solo siguió observándola, al principio manteniendo la mirada firme en la suya, hasta que la fue recorriendo lentamente, minuciosamente, sin importarle que ella lo viera estudiándola. Esos ojos grises no se movieron rápido, sino con calma, paseándose por todo su rostro.

Ella podría haberse tomado el tiempo para hacerle el mismo escrutinio, pero era incapaz de apartar sus ojos de los de él. Y en ningún momento de esa silenciosa y prolongada contemplación su expresión reveló conclusión alguna.

Después de lo que pareció una eternidad, cuando el corazón de ella empezaba a acelerarse, Lucas volvió a mirarla directamente a los ojos. Y sostuvo la mirada, profunda y absorbente. No dijo nada, no intercambiaron palabras, y sin embargo nunca en su vida Cora se había sentido tan conmovida, tan agitada solo por una mirada. Y lo más extraño era que no resultaba incómodo. Se miraban abiertamente y en silencio, pero no era incómodo.

Por primera vez, él no parecía enfadado ni carente de paciencia. Solo la miraba. Quizá su rostro se suavizó, o tal vez ella solo lo imaginó. No, no era eso: no había nada blando en él. Pero tenía la impresión de que debía estar leyendo algo en él en ese momento, y no podía. Su expresión era esquiva.

Estaba segura de que había pasado un minuto entero desde que lo miró al despertar.

Vaya. Todas esas canciones que hablaban de hablar sin palabras, y todas esas largas miradas en las películas, las proverbiales miradas significativas, estaban aquí y ahora.

Qué fascinante. Qué absolutamente estimulante.

Y entonces su mandíbula se tensó. Un tendón en su cuello se marcó, incluso sobre la cicatriz, y finalmente apartó los ojos de ella, fijándolos en el paisaje.

Cora lo miró un momento más, antes de acomodarse de nuevo en sus brazos. Sintió que sus músculos se relajaban, sin haber

notado lo rígida que había estado bajo su intensa mirada.

Cerró los ojos otra vez.

Como nunca había conocido a nadie como él, Cora decidió bastante rápido que quizá estaba dispuesta a ser lo que él necesitara: un hombro compasivo, una amiga, una amante, la persona que le pasara las armas, lo que fuera.

La siguiente vez que despertó, fue por un pequeño empujón de Lucas y por el sonido de su voz baja y profunda.

—Cora.

Coy-ra seguía sonando fabuloso, pensó somnolienta.

—Brathwick —dijo él.

***

Brathwick. Y no lo bastante pronto, según su parecer.

Oh, ¿qué tenía esta mujercita que tanto lo intrigaba?

No habría podido decirlo, ni siquiera bajo amenaza de muerte, qué lo había llevado a intercambiar una mirada tan prolongada y persistente con ella. Simplemente no lo sabía. En cambio, podía admitir con facilidad que no le sorprendía en absoluto que ella no se hubiera sonrojado ni mostrado recato, parpadeando con timidez o vergüenza, ni que hubiera apartado la vista. No, que Cora Bennett sostuviera aquella mirada prolongada era justo lo que cabía esperar de ella.

Y esa intuición le había llegado tras apenas unas horas de haberla conocido.

Pero sí, aquel aleteo de sus pestañas cuando despertó por primera vez lo había cautivado. Ya la había estado observando intermitentemente durante la hora que durmió en sus brazos.

Había intentado no hacerlo. Y cuando no pudo resistirlo, la culpó a ella, por ser tan única, tan absolutamente… fascinante.

La había mirado no solo porque realmente era hermosa, una vez que uno pasaba por alto su extraña vestimenta, sino también en un intento de desentrañar el misterio que la rodeaba. No solo lo desafiaba en casi cada instante, como si su único objetivo fuera exasperarlo, empezaba a sospechar, sino que además era un cúmulo

de contradicciones. Le resultaba difícil comprenderla y, al mismo tiempo, reconocía una necesidad interna y apremiante de intentarlo.

Era menuda, frágil, y había temblado tanto de miedo como de frío en distintos momentos del día, pero al mismo tiempo era despreocupadamente intrépida, blandía espadas demasiado grandes para ella y se lanzaba a ríos crecidos y furiosos. En ocasiones había flaqueado o retrocedido ante su furia y frustración, y en otras le había hecho frente con igual vehemencia. Obstinada, había afirmado preferir caminar, pero luego se había acomodado sorprendentemente bien en la montura; lo había mirado con recelo cuando él la alzó a su caballo, pero después durmió como un bebé en sus brazos.

Aun así, la verdad era que no había sacado nada de su minucioso examen de ella, salvo que sus ojos eran demasiado grandes para un rostro tan pequeño, y que apostaría su última moneda a que sus labios se sentirían como el pétalo de la flor más suave si alguna vez se atrevía a tocarlos.

La única otra cosa que comprendía no provenía de su estudio de ella, sino del hecho maldito de que se sentía tan bien en sus brazos.

CAPÍTULO OCHO

Qué Fácilmente Se Desvanecen Las Esperanzas

Brathwick fue la primera construcción que Cora vio desde que había llegado a esta época. No había pensado en cómo se vería una vivienda a comienzos del siglo XIV, y luego se sorprendió con el vibrante conjunto de edificios que formaban el convento y la iglesia. Quizás, en el fondo de su mente, había esperado que el convento se pareciera a cualquiera de las ruinas escocesas que había explorado en internet pero que aún no había visto en persona: abandonado, indiferente. De esas ruinas había apreciado los muros sagrados y derruidos y la historia que seguramente estaba unida a aquellos grandes lugares, pero nunca los había imaginado en todo su esplendor.

Brathwick era mucho más vívido que cualquier ruina: los muros rojizos y grises cubiertos de vegetación, el edificio más a la izquierda que dominaba un huerto invernal adormecido, con un encanto especial gracias al carrito pintado de amarillo de una sola rueda que reposaba sin usar y la baja cerca de piedra que rodeaba la arboleda. Uno de los edificios más bajos lucía un techo de tejas, mientras que, en conjunto, Cora tuvo la impresión de paredes gruesas, laterales ornamentados con tallas y arcos esbeltos y puntiagudos.

El cementerio en un extremo del priorato resultaba aún más inquietante porque las lápidas eran recientes y no desgastadas ni desvanecidas por los siglos.

El ejército de los Thain no se acercó del todo a Brathwick, sino que esperó a media milla, bajo y alrededor de un grupo de altos robles. Solo una docena de hombres en condiciones, incluidos Lucas Thain y Airril, y los encargados de transportar las camillas y conducir

los carros, descendieron hacia el patio cercado de la abadía. Cora estaba sentada erguida ahora, sus pies ya no sobre el muslo de Lucas sino colgando. Su atención se fijó en tres monjas que se apresuraban por el empedrado hacia las puertas principales. Vestían de gris de pies a cabeza, salvo por la bufanda blanca que rodeaba sus rostros bajo un tocado cuadrado también gris, y volvían la cabeza una y otra vez para espiar a los visitantes antes de desaparecer adentro.

Ninguno de los hombres de Thain les prestó atención. Lucas desmontó y bajó a Cora, el suelo helado recordándole de golpe que estaba descalza.

Justo cuando Will se acercaba y trababa el freno del carro, y mientras los camilleros apoyaban su carga para tomarse un pequeño respiro, Lucas le dijo:

—Quédate con Will ahora, lass, mientras Airril y yo nos anunciamos.

Asintiendo, Cora volvió al asiento del carro, sonriendo a Will cuando él le extendió la mano para ayudarla a subir.

—No creí que él te dejaría caminar, lass—comentó el joven con naturalidad, recordando su huida del carro más temprano.

Cora solo se encogió de hombros, sin discutir el resultado.

El gran portal arqueado del convento se abrió justo cuando Lucas levantaba la mano para golpear de nuevo en la oscura puerta de madera.

Él inclinó la cabeza en saludo, pero las palabras que pronunció se perdieron en la distancia. Bloqueaba la entrada con sus amplios hombros, o al menos tapaba a la persona que le había abierto, y luego, mientras Cora observaba, desapareció dentro, seguido de Airril, y la puerta se cerró tras ellos.

Recordando su apariencia seguramente desaliñada, Cora abrió los brazos, lo que desplegó la manta de tartán, y empezó a preocuparse por lo mojada, arrugada y absolutamente miserable que debía de verse. Con la mano envuelta en la suave lana del plaid, se frotó una mancha de tierra en la rodilla de sus pantalones capri. Al notar que Will la miraba, le sonrió y suplicó:

—No le digas a tu jefe que usé su manta como trapo.

Se puso de nuevo las sandalias, preguntándose si podría encontrar un par de zapatos distintos, más prácticos, mientras estuviera allí.

—¿Lucas y Airril tardarán mucho? —le preguntó a Will tras unos minutos. Sin el hermoso calor corporal de Lucas y con la llegada del atardecer, volvía a sentir frío hasta los huesos.

—¿Eh? Oh, no, lass. La señora de la casa querrá reunirse con él. Lo evaluará a él y a sus intenciones con una copa de vino o un trago de whisky, depende de la abadesa, y no nos admitirán hasta que esté convencida de su valía y de su sinceridad.

Cora lo miró boquiabierta.

—¿En serio? ¿Los hombres se están muriendo aquí en las camillas y ellos se van a conocer con un whisky?

Will se encogió de hombros.

—Debe hacerse, lass. Si hubiéramos venido solo uno o dos, quizá dejarían de lado la costumbre, pero aquí somos una docena, y ellas no son más que una casa llena de mujeres.

Cora giró la cara para poner los ojos en blanco. Oh, si iba a quedarse en esta época, iba a extrañar mucho lo lejos que había llegado la gente del siglo veintiuno para entender que una mujer era tan capaz como un hombre… y aun así, en su propio tiempo faltaba mucho por avanzar.

Cuando todo a su alrededor quedó en un gris carbón con el avance del anochecer invernal, la puerta volvió a abrirse y apareció Lucas regresando hacia sus hombres. Cora lo tomó como una buena señal, ya que la puerta no se había cerrado tras él, pero luego se preguntó cómo Lucas Thain, con sus ceños oscuros y la nube de furia que parecía rodearlo, había convencido a una monja de que era un monaguillo. Debía de haber usado su voz interior y sus modales de "tenemos visita". Luego, con apenas inclinar la cabeza, sus hombres comenzaron a moverse. Las camillas se levantaron una vez más y entraron en fila en la sala capitular; un joven larguirucho apareció en el patio, aparentemente de la nada, pero en realidad de uno de los edificios pequeños, para recoger los caballos de los jinetes; Airril, Lucas y Will empezaron a bajar a los heridos más graves de la parte trasera del carro donde estaba Cora.

—¿Debo… qué debo hacer? —preguntó ella, a quien quisiera responderle.

—Reúne tus cosas, lass—dijo Airril, sosteniendo las piernas de un hombre inconsciente mientras Lucas lo sujetaba de los brazos y lo llevaban adentro—. Vamos.

Sus cosas, tales como eran, consistían en su bolso y la bolsa de la librería, además de su suéter, que se había quitado cuando salió de aquel maldito río. Con todo eso en las manos, saltó del carro y se puso en fila tras Lucas al entrar al convento.

—Espera aquí, lass—le dijo él por encima del hombro—. La priora, Lady Euphemia, querrá hablar contigo.

—Oh. Está bien. —Ay. Esperaba que no fuera tan terrible como sonaba, porque sonaba igual que cuando te dicen: *La directora quiere verte*.

Mientras los Thain seguían subiendo las escaleras, unos pocos a la vez, Cora se apartó a un lado de la puerta, tratando de no estorbar. Seguía usando el plaid como capa y apretando contra el pecho sus pocas pertenencias.

El vestíbulo era amplio, con paredes revestidas de madera y un piso de piedra opaca. La escalera ancha era mucho más moderna de lo que Cora habría imaginado, la brillante madera se curvaba a la izquierda a medida que subía. Había una puerta justo debajo de los escalones más altos, con la parte superior en ángulo siguiendo la línea de la escalera, que Cora supuso debía ser un armario, hasta que la puerta se abrió desde dentro y una monja muy joven salió al vestíbulo. Su hábito era diferente del de las pocas monjas que Cora había visto hasta el momento: más corto, apenas hasta las espinillas, y sin capucha. Su pequeña cabeza estaba cubierta únicamente con esa curiosa tela blanca, que parecía lino, y que le rodeaba toda la cabeza y el cuello y, sinceramente, parecía estar estrangulándola.

La mirada de la chica siguió a los últimos hombres que subían las escaleras antes de girarse hacia Cora. Dijo algo ininteligible. Francés, pensó Cora.

—Yo… ay, no te entiendo.

Sin inmutarse, la muchacha simplemente agitó la mano, llamándola para que la siguiera.

La condujo por la puerta bajo la escalera, que las llevó a un pasillo oscuro y estrecho, hasta que fue interceptado por otro pasillo perpendicular, este iluminado por pequeños candiles sujetos a la pared. Todas las puertas en este pasillo estaban cerradas, lo cual resultaba inquietante, aunque pronto fue olvidado cuando la joven golpeó suavemente en una de las últimas puertas y entró tras escuchar un murmullo desde dentro.

La chica se deslizó adentro junto con la puerta, manteniendo la espalda apoyada contra ella y dejando espacio a Cora para que pasara.

Cora dejó que su mirada recorriera con atención embelesada toda la sala: más paneles tallados en las paredes, un techo que parecía de azulejos vidriados, y un piso de madera cubierto por una enorme alfombra. Las paredes estaban cubiertas de obras de arte, en su mayoría tapices con escenas religiosas, y la pared del fondo, detrás de un escritorio ornamentado, estaba repleta de estantes con libros y lo que parecían ser docenas y docenas de rollos.

Recorrió la habitación rápidamente, impresionada por la sensación general de grandeza, de solemnidad. Todo en la sala, especialmente los detalles, los muebles ornamentados, un pergamino desplegado sobre la mesa sujeto por una pequeña lupa, el mullido bordado de la alfombra de aguja, un pequeño carrito-mesa con una variedad de jarras y cántaros de arcilla y plata, todos muy decorativos, gritaba: *soy importante*.

Y entonces su mirada cayó, o más bien no pudo escapar de la única ocupante de la sala: una mujer robusta sentada en una silla en un acogedor conjunto de muebles, dos sillones tapizados enfrentados a un banco de madera acolchado que parecía un banco de iglesia, con una mesa labrada entre medio.

Decir que era una mujer atractiva habría sido acertado, y también una forma educada de decir que parecía un hombre atractivo. Tenía huesos grandes, aunque no era pesada, con rasgos severos que incluían ojos azules muy separados y una nariz aguileña, con labios delgados, lo que, tomado en conjunto, podría

explicar su posición dentro de un convento y no como esposa. No era fea, pero ciertamente nadie la habría acusado de despertar la pasión de algún hombre.

Su hábito gris estaba adornado con el cinturón de cuerda, del cual colgaba un anillo con grandes llaves y varias bolsas ceñidas, de cuero y lino, al parecer. Las manos que descansaban sobre los brazos de su silla eran grandes y huesudas, muy masculinas, y captaron la mirada de Cora por posiblemente un segundo de más, hasta que la mujer habló.

—Ven, *ma chère*. Siéntate —la invitó, con una voz tan femenina y suave como ella no lo era—. Deja ese breacan ahora. Aquí está cálido.

Tragando nerviosa, Cora dejó su bolso y su cartera junto a la silla vacía y se quitó la manta de los hombros. Una rápida mirada mostró que la gruesa ceja de la mujer se levantó con algo de sorpresa por el atuendo de Cora, lo que la hizo apresurarse a encontrar y ponerse su suéter antes de sentarse. El suéter todavía estaba húmedo, estaba frío y no era fácil de poner, pero cubría sus brazos desnudos y, posiblemente, el hecho de que su camisa aún húmeda era algo transparente, dejando su sostén rosa fácilmente visible.

Las cejas arqueadas de la priora no se relajaron mientras miraba con cierto asombro los pantalones capri de Cora.

—Ah, una mujer moderna —dijo la priora.

Oh, no tienes ni idea.

—Soy la Lady Euphemia Sinclair, anteriormente de Rutherglen, abadesa de Brathwick —se presentó y luego esperó con expectación.

—Oh. Soy Cora. Cora Bennett, pero con dos t, no una t como Elizabeth Bennet… —se detuvo, dándose cuenta de que esta mujer, en este tiempo, no tendría idea de los Bennet de Jane Austen.

—¿Eres guerrera, entonces, como esos hombres con los que viajas? He oído historias de tal cosa —dijo, frunciendo un poco el ceño mientras recorría con su mirada azul a Cora, sin molestarse en ocultar su decepción—. Pero siempre había imaginado, de *toute façon*, que tal maravilla habría sido… más grandiosa.

Cora no se ofendió. Toda su vida había sido ridiculizada por su baja estatura. Nada demasiado dañino, nada que le causara más ansiedad, solo el deseo de haber sido un poco más alta.

—No soy guerrera —le dijo a la mujer, sobre la cual aún no había formado una opinión—. Simplemente… estoy perdida.

La mujer pareció desinflarse con esta noticia, dejando a Cora con la impresión de que la abadesa había esperado alguna historia jugosa que acompañara el atuendo de Cora y su llegada con los Thains. No tan desinflada como para concluir su audiencia con la mujer.

—Sí, así se ha dicho —dijo la mujer imponente—. Y buscando descanso aquí, dijo el Thain. ¿Pero por cuánto tiempo? ¿Y con qué fin?

—No… no estoy segura —respondió Cora. No estaba convencida de que la buena mujer no se escandalizaría ante cualquier mención de una bruja, podría de hecho mostrarse quisquillosa al introducir la idea de brujería en esta casa que adoraba al Señor—. Estoy esperando a que mi amiga vuelva por mí. Para llevarme a casa.

—¿Inglaterra?

—No.

—No lo creí, no con ese acento. Ah, pero deseas mantener el misterio y eso está bien. Labios parlantes son algo peligroso, ¿*non*?

Siguió hablando con su marcado acento francés, a veces difícil de entender, no menos por su ligero ceceo. Y parecía que le gustaba hablar.

—¿Y cómo encuentras Brathwick? —preguntó, pero no esperaba respuesta—. Creen que no somos más que un refugio de mujeres veladas, creando un entorno para proteger al sexo femenino del mundo secular. Quieren que pasemos nuestras vidas en un estado de retiro discreto, siendo solo un ramal marginal e inconsecuente de los monasterios y prioratos dominados por hombres, mucho mayores, que están mal formados, por cierto, por paradigmas masculinos y farsantes.

Cora no estaba segura de haberse inscrito para un tratado sobre las opiniones prevalecientes de la vida monástica e ideología.

Más que eso, no tenía idea de quiénes eran *ellas*.

Se mordió el labio para evitar reírse de sus propios pensamientos tontos, teniendo inexplicablemente tan poca preocupación por prestar atención a la mujer parlanchina, que posiblemente solo apreciaba una audiencia fresca. No le habían ofrecido ni vino ni whisky, ni siquiera un vaso de agua. Aparentemente, no tenía suficiente rango en la estimada opinión de la fina Lady Euphemia. La mujer ni siquiera se dio cuenta de que no estaba prestando atención. Solo le gustaba oírse hablar, supuso Cora. Oh, esto debe ser una casa muy divertida, pensó con algo de horror.

Pero la mayor parte de su risa interna ahora venía de preguntarse qué diría esta mujer parlanchina y quizás pomposa si Cora revelara su verdad. ¿Le darían vino entonces? ¿Le ofrecerían un trago de whisky? ¿Una gota?

Hola. Soy Cora. Vengo del siglo veintiuno. He tenido un día larguísimo. ¿Es mucho pedir un trago de whisky?

—Yo misma no soy más que una enfant espiritual —la mujer continuó hablando—, humildemente pidiendo caridad a nuestra más preciosa Señora, la Reina Mary. ¿No? Ah, pero la dulzura que punza mi corazón, la canción que vibra en mi garganta en alabanza a nuestra Señora…

Mientras mantenía la mirada en la mujer y una pequeña sonrisa aparentemente atenta, Cora dejó que su enfoque se difuminara mientras su mente divagaba.

Los Thains, incluido el delicioso Lucas, se iban, dejándola allí. Estaba sola. Si Lucas Thain era el objetivo, de lo que aún estaba bastante segura, entonces todo esto era bastante anticlimático. Pero bueno, gran parte de su vida podría parecer así. Los eventos e ideas siempre sonaban tan grandiosos, tan perfectos al principio, pero luego se involucraba en ellos y, de repente, ese título en Contabilidad no podía mantener su interés, ni tampoco Brad Holcombe, el último chico con quien había salido, que en teoría parecía perfecto, rubio, hermoso, ambicioso, educado, pero luego resultó más aburrido que divertido; de manera similar, Cora había tomado varios trabajos cuando era más joven que estaba segura de

que serían perfectos. Incluso se había convencido de que convertirse en CPA estaría bien, que estaría completamente satisfecha con una carrera en contabilidad. Tristemente, y no por primera vez, Cora sabía que no siempre tomaba las mejores decisiones. Oh, la desventura de hoy lo demostraba con creces.

Nunca piensas las cosas, Cora, le había dicho su madre más de una vez. Y mira dónde te lleva. Insatisfecha, y luego la novedad se desvanece demasiado rápido para ti.

Un golpe en la puerta la devolvió al presente. El golpeteo era demasiado suave para pertenecer a alguno de los Thains, pensó. Pero luego la puerta se abrió y allí estaba Lucas, definitivamente usando sus modales dentro de un convento.

Airril lo acompañaba, levantando las cejas con cierto ánimo hacia Cora, quien no pudo evitar sonreírle en respuesta.

La priora los invitó a entrar con un gesto.

—Vengan, señores. ¿Han acomodado a sus hombres a su satisfacción?

—Sí, señora, y le damos las gracias —dijo Lucas, echando solo un vistazo superficial a Cora.

No sabía por qué se había puesto de pie al entrar ellos, pero sentía que tenía tan poco tiempo con ellos, tan pocas oportunidades, quizá ninguna. Y eso la desanimaba mucho. Iba a tener palabras con Samara cuando finalmente regresara. Incluso comprendiendo que tanta esperanza de aventura había sido un deseo tardío, uno que no tuvo más opción que abrazar una vez que se dio cuenta de que realmente había sido trasladada en el tiempo, pensaba que Samara había tergiversado su papel aquí. Ciertamente, si los Thains la abandonaban, todo este asunto del viaje en el tiempo era un fracaso, para ella, al menos. Reconoció de inmediato que tal pensamiento era egoísta, que solo le interesaba lo que significaba para ella. Aun así, aunque se complacía de haber hecho su parte, sentía que su papel era demasiado pequeño para completarse ahora. ¿No debería haber más en esta aventura? ¿No debería tener la oportunidad de ser arrastrada por Lucas Thain? Eso parecía justo, dado lo que había hecho por él.

—Nosotros, eh —dijo Lucas a continuación, moviendo la mirada entre la priora y Cora—, deberíamos...

—Se van, ¿verdad? ¿Ahora mismo? —preguntó Cora, estrujándose las manos a la altura de la cintura.

Él frunció el ceño hacia ella.

Todo lo que conocía de él eran ceños fruncidos, así que no estaba segura de por qué esperaba algún romance fantástico y de ensueño con él. Excepto que la intrigaba terriblemente, toda esa virilidad corpulenta y ese asunto de alma torturada la fascinaban más que cualquier hombre hasta entonces.

Mientras Lucas continuaba frunciendo el ceño como si no entendiera por qué ella se molestaba por su partida—y cómo podría entenderlo—Airril respondió.

—Aye, y nos iremos, muchacha, pero primero...

—Señora —dijo una monja mayor que apareció en la puerta, interrumpiendo a Airril.

La priora arqueó una ceja y se excusó, mientras la hermana en la puerta tenía un aire de ansiedad, murmurando algo en francés que aplanó las cejas y los labios de la priora.

Después de solo un breve intercambio, la abadesa se dirigió a sus invitados.

—Si me disculpan solo por un momento. —Al asentir Lucas, se dio vuelta y siguió al mensajero fuera de la sala.

Frente a Airril y Lucas, que se habían movido más adentro de la habitación de techo bajo cuando la abadesa se marchó, Cora decidió que debía despedirse ahora, temiendo no volver a verlos.

—Bueno, gracias de nuevo por… todo —dijo primero a Airril, quien asintió afablemente ante su gratitud.

Cora fue invadida por una tristeza repentina al pensar que no llegaría a conocer más a Airril. Así que, incluso cuando extendió la mano para darle la despedida, cambió de idea en el último momento y se acercó más, abrazando al amable hombre.

—Soy de abrazar —confesó, no indiferente a lo torpemente que fue recibido el abrazo, a los segundos que pasaron antes de que una mano pesada le palpara vacilante la mitad de la espalda.

Estaba convencida de que Airril estaba tan sonrojado como ella por la torpeza de ese abrazo.

Y luego, no estaba segura de deberle nada a Lucas Thain, pero sabía que quería una mirada más, un momento más para memorizar cada bendita y fascinante cosa de este hombre enfadado. Le sonrió genuinamente, sabiendo que estaría igualmente triste, más aun posiblemente, de no conocerlo por completo. Como no quería ofenderlo solo dándole la mano, después de haber abrazado tan calurosamente a Airril, levantó los brazos de manera bastante torpe, esperando ser envuelta en los suyos, con la esperanza de que así fuera.

Él no la abrazó, pero tampoco se movió cuando ella prácticamente se lanzó sobre él, rodeando con los brazos sus anchos hombros. Y esto era un sueño, o alguna irrealidad, y no volvería a verlo, ni después de que se fueran ni cuando Samara la llamara de regreso al siglo XXI, así que cerró los ojos y bebió la sensación de él, susurrándole audazmente al oído:

—Por un minuto pensé que ibas a ser mi aventura. Tenía algo de ganas de eso. —Y antes de que se agotara su valentía, besó su mejilla áspera y luego bajó lentamente de puntillas.

Pero el brazo que él había colocado solo tardíamente alrededor de su cintura no se aflojó ni se deslizó, y Cora abrió los ojos, su rostro a un suspiro del de él, para encontrar su mirada ceñida pesadamente sobre ella. No pudo decir, sin embargo, si él estaba solo sorprendido por su audacia, por abrazarlo, por besar su mejilla, o si estaba enfadado por ello. Su aliento era cálido contra su nariz y boca, y luego sus cejas se relajaron, y sus párpados cayeron un poco mientras bajaba la mirada hacia sus labios.

Y se quedó allí.

Oh. Cora tuvo la sensación de que él estaba intentando deliberadamente no moverse, ni siquiera respirar, haciendo un gran esfuerzo por no parpadear. Encontró su mirada, pero brevemente, antes de que su mandíbula se apretara visiblemente y devolviera toda su ferviente atención a sus labios.

¡Oh!

Él va a besarme. Al menos, seguramente lo está pensando, creía ella.

Todo a su alrededor, incluyendo Airril en algún lugar de su periferia y la posibilidad de que la abadesa regresara en cualquier momento y los encontrara esencialmente en los brazos del otro, desapareció de su conciencia. Casi de manera reflejo, Cora cerró los dedos en la tela de sus hombros y no quiso ni siquiera parpadear, sin querer perder ni un solo detalle de la repentina transformación de su atención.

Pensó en asentir con la cabeza, *¡sí! ¡Oh, sí! ¡Bésame!*, pero se contuvo de traducir ese pensamiento en acción.

Y entonces, en algún lugar de los confines de su conciencia, mientras toda su atención estaba tan codiciosamente centrada en este hombre hermoso, una voz susurró:

—¿Lucas?

No era Airril ni ninguno de los Thain, y tampoco la priora ni la vieja monja que había llegado con algún asunto urgente.

Era, de hecho, el último momento de la incipiente felicidad de Cora.

Bajo sus dedos, sintió que sus hombros se tensaban como nudos. Y luego la dejó, simplemente se deslizó lejos de ella, su mirada, su atención, su brazo…

Cora dejó caer sus talones al suelo y siguió la mirada de Lucas hacia la puerta, donde ahora estaba una tercera monja.

Esta no era ni vieja ni imponente, al menos según lo que Cora podía ver. Y no era masculina, para nada.

Parecía, al parecer, un ángel. Su rostro era perfección absoluta, sin imperfecciones, con ojos azules grandes y pómulos de supermodelo, labios llenos, una pequeña nariz respingona y ahora con una expresión de deleite sin aliento que incluso Cora tuvo que admitir que era realmente hermosa. Era alta y esbelta, y Cora habría apostado sus últimos diez dólares a que era rubia bajo ese horrible tocado.

Lucas se dio la vuelta, enfrentando a la recién llegada en la puerta.

—¿Isobel?

Y solo la forma en que dijo su nombre hizo que el corazón de Cora se retorciera dolorosamente. Las esperanzas y sueños más allá de un beso aún no se habían formado, pero lamentó instantáneamente cómo habían sido pulverizados. Supo, simplemente por la suavidad hasta entonces no escuchada en su voz grave: estaba enamorado de esa mujer. O lo había estado en algún momento.

Oh, pero aquí hay una historia, estaba segura Cora. La monja impresionante e inalcanzable y el guerrero endurecido y marcado que la amaba, pero no podía tenerla.

Mientras se miraban, exactamente como dos antiguos amantes reunidos, en silencio y atónitos, Airril se acercó a Cora. Y justo cuando pensó que las cosas no podían empeorar, empeoraron, como a menudo sucedía, cuando Airril le anunció:

—Claro, y la despedida fue dulce, lass, pero och, un poco prematura. No nos vamos de inmediato, podrían pasar días hasta que los heridos estén en condiciones de viajar.

Cora escuchó: *Tu mortificación de proporciones épicas por haber casi suplicado un beso de Lucas Thain, quien olvidó tu existencia con la llegada de la gloriosa mujer, aún no ha terminado.*

CAPÍTULO NUEVE

Un Golpe Poderoso

Lucas miró, con más sorpresa en este día lleno de sorpresas, a la mujer dolorosamente familiar que había entrado en la cámara de la abadesa.

—Ya no soy Isobel, sino Ruth ahora —dijo ella.

Para él, siempre sería Isobel. Era exactamente como había sido hace más de diez años; los años transcurridos entre entonces y ahora apenas habían dejado huella en ella. Hace diez años, cuando ella lo amaba a él y él a ella. Era todo lo que era gracioso, impecable e inocente. No había cambiado, en absoluto, al menos no a simple vista. O sí lo había hecho, debía haberlo hecho, pero lo había enterrado bien. Ya no tenía diecisiete años, ya no era esa joven tímida y dulce de la que se había enamorado en su vigésimo primer verano.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, de hecho había estado golpeando durante varios segundos antes de que Isobel se revelara ante él. Se giró y captó la expresión de Cora, su respiración contenida, sus labios entreabiertos mientras miraba, como suele hacer la gente, a la encantadora Isobel.

Volvió su atención a Isobel.

—Yo… no esperaba encontrarte aquí, Isobel.

Ella sonrió serenamente ante su negativa a dirigirse a ella con algún apodo que evocara y restaurara su pasado: el amor joven, los corazones rotos, los recuerdos desvanecidos.

—Vine a Brathwick después… de que murió mi esposo —dijo ella.

El timbre de su voz provocó otro agradable temblor de recuerdo en Lucas.

—He estado aquí varios años, dedicándome a nuestra Señora. Pronto tomaré mis votos finales.

Él sabía, por supuesto, que Edmund Crouchback, el conde de Doune, había muerto en batalla. Lucas había estado allí, había visto el cuerpo. Un recuerdo volvió a su mente, de él mismo pensando entonces que no había sentido la alegría adecuada o esperada que debería haber acompañado la muerte de su rival. Porque ella también había amado a Crouchback, recordó ahora, su respuesta interna de aquel tiempo. Y tal vez solo fue el orgullo lo que lo había mantenido de buscarla entonces, o en cualquier momento desde entonces.

Ella había afirmado amar a Lucas cuando él la cortejaba, había dicho que quería casarse con él, pero Lucas había tenido alguna duda. Su padre la adoraba, le habría dado cualquier cosa que quisiera, incluso al segundo hijo de un conde, ni siquiera era caballero en ese momento, si ella lo hubiera pedido. Así, Lucas siempre creyó que ella no lo pidió, que no presentó objeciones cuando su padre optó por casarla con un conde, Doune, con mucha más riqueza y promesa que el enamorado pero empobrecido segundo hijo del Thain. Ella lloró delicadamente al contarle los planes de su padre, pero si realmente estaba afligida, Lucas nunca lo decidió con certeza.

Y sí, muchos años después, lo revisaba racionalmente en su mente, sin la tortura, furia y dolor que habían sido su constante compañía en los días, semanas y meses posteriores a su separación, su matrimonio. El tiempo había hecho la mayor parte del trabajo, para quitar el aguijón y la angustia. El orgullo había hecho el resto, negándose a sentir o ser obligado a sentir algo desagradable; no permitiría que otra persona tuviera tal control sobre él.

Hermana Ruth. No, ella no era tal cosa. Aparte de la serenidad, él sabía de primera mano que la pasión siempre estaba justo debajo de la superficie de su comportamiento sereno.

—Te ves bien —dijo con amabilidad, sinceramente—. La vocación te sienta bien.

Quizás ella habría devuelto el cumplido. Quizás no. Mientras él sometía solo su rostro a su mirada escrutadora, queriendo

sostener la mirada de sus ojos azules, ella había estado documentando todo lo que había cambiado en él, no menos que la acumulación de tantas cicatrices poco atractivas.

La abadesa hizo notar nuevamente su presencia, aclarando la garganta en la otra puerta, impidiendo cualquier comentario posible, y con una sonrisa arqueada que retenía alguna pregunta sobre el conocimiento de Isobel acerca de Lucas, reclamó el asiento que había abandonado, moviendo con elegancia las faldas de su largo hábito.

Allí, lanzó su mirada sobre los cuatro ocupantes de la habitación, aquellos que estaban como súbditos ante ella: Lucas, Airril, Cora e Isobel. La mirada más larga de Lady Euphemia se posó en Isobel, buscando aclaraciones sobre su llegada.

—Había oído que los Thain habían venido. Nos conocíamos de niños, señora —dijo Isobel.

Dicho con propósito, fue la estimación de Lucas: *niños*, queriendo recordarle su juventud cuando se había prometido el amor, tal vez para recordarle la locura. Sin embargo, no habían sido niños. No era un niño quien había compartido con él tal deseo desnudo durante todo aquel verano.

—Solo quería ofrecer un saludo —añadió Isobel.

—Y eso has hecho, *ma chére*, y qué amable de tu parte —dijo la priora con énfasis.

Con una graciosa inclinación de cabeza, sin que siquiera un ligero rubor manchara sus mejillas por haber sido tan sumariamente rechazada, Isobel retrocedió fuera de la habitación.

Lucas la observó irse, todavía sorprendido por haberla encontrado allí. Aún no había entendido su reacción al encontrarla, no había logrado separar una reacción de la otra: la de Cora en sus brazos frente a la visión de la inmaculada e inalterada Isobel.

Cuando desvió su atención de la puerta cerrada tras ella, encontró tres rostros observándolo con atención.

Aclarando su garganta, se dirigió a la priora:

—Agradecemos la caridad que ha mostrado a los Thains, pero no queremos representar mayor perturbación, señora. Nos retiraremos, pero estaremos lo suficientemente cerca para ser

convocados si surgiera la necesidad. —Se refería a si alguno de sus hombres heridos, que ahora yacían en la enfermería del tercer piso, tuviera algún cambio de circunstancia—. Pero la señora de este establecimiento miró a Lucas y luego a Cora, cuyo mirar él podía sentir, como si aún lo tocara. Lady Euphemia asintió, con aire de reina, apenas inclinando la barbilla, y con una reverencia propia, Lucas se retiró.

Airril lo siguió.

—Un golpe al estómago allí, ¿eh? —dedujo su capitán mientras seguía a Lucas por el corredor de techo bajo.

—¿Encontrar a Isobel, quieres decir?

—Sí, y eso también.

Lucas se detuvo justo al llegar al vestíbulo delantero, por la puerta bajo las escaleras. La entrada de la casa estaba vacía y oscura. No podía distinguir la expresión de Airril y no estaba seguro de haber captado bien su tono. Pero no insistió en la ambigua declaración de Airril, desinteresado en lo que girara ahora en la mente del hombre, en lo que creyera haber presenciado.

Ya había hablado en privado con Lady Euphemia, le había informado sobre la situación de Cora, lo poco que sabía o entendía, había buscado refugio en su nombre y se lo habían concedido.

Acababa de encontrarse con la única mujer que había amado, la que había roto su joven corazón, y estaba seguro de que sobreviviría al sorprendente encuentro más fácilmente que a la devastación de hace una década.

Eso era todo.

—Sin golpe al estómago —dijo a Airril, manteniendo la mirada firme hasta que su capitán asintió y encogió los hombros al mismo tiempo, y siguió adelante.

El asunto estaba cerrado, no abierto a discusión.

Ninguno de los dos.

***

Cora entendió que debía quedarse allí y sabía que gran parte de su esperanza se centraba en que Samara regresara por ella y la llevara a casa, pero estaba bastante segura de que, si la obligaban a

permanecer más tiempo en el Priorato de Brathwick, se volvería loca.

Si no lo estaba ya.

Repasó en su mente todo lo que había sucedido, la realidad de ello, rechazarlo significaría que realmente había perdido la razón, y se preguntó qué sería de ella si Samara nunca la devolviera a su propio tiempo.

Quedaría atrapada allí, a menos que fuera valiente y decidiera aventurarse, hacia partes desconocidas, pero con qué propósito, no podía imaginar. ¿Salir de aquí y hacer qué? ¿Ir a dónde?

Y aunque todas las mujeres, monjas y novicias, que había conocido hasta entonces en Brathwick habían sido educadas, no le habían dirigido más que unas pocas palabras, salvo Lady Euphemia; por lo tanto, Cora no podía juzgar su felicidad o falta de ella. Aun así, no estaba convencida de que pudiera ser feliz en un lugar como este. No por mucho tiempo. No para siempre.

Anoche, después de que Lucas y Airril la dejaron con la priora, Cora fue llevada a una pequeña habitación, una celda como ella la llamaba, ya que no era mucho más grande que un armario y estaba amueblada solo con una cama estrecha y corta, nada cómoda. La monja que la condujo allí sonrió como si la hubiera llevado a una habitación mucho más grande antes de dejarla, cerrando la puerta tras ella. Le habían proporcionado un hábito funcional pero soso y ropa interior larga, y se cambió de sus ropas casi secas, esperando que sus capris, su suéter y blusa se secaran completamente para la mañana.

El agotamiento la salvó de mayor ansiedad, al menos respecto a esas escasas y poco acogedoras comodidades, y durmió sorprendentemente bien sobre el delgado colchón, que descubrió estaba relleno de heno, y con una sola manta, que no merecía tal nombre, pues era demasiado corta y áspera para ofrecer algún confort.

A la mañana siguiente, fue despertada por el sonido de cánticos, mucho antes de que saliera el sol, pero luego no pudo volver a dormirse. Se cambió nuevamente, de vuelta a su propia

ropa, que para entonces le resultaba más molesta por lo desgastada que por lo fuera de lugar, y la llevaron a una gran cafetería y le dieron… algo, todavía no estaba segura de qué. *Gruel*, lo llamó en su mente. Todo el salón estaba lleno de monjas, más de sesenta según el conteo de Cora, pero la habitación estaba inquietantemente silenciosa, incómodamente. Las mujeres no compartían ni intercambiaban miradas, solo mantenían sus rostros inclinados sobre esa insípida comida.

A Cora no le importaba girar la cabeza para contemplar tanta solemnidad, para ver si había alguna chica, aunque fuera una, que desafiara el edicto que proclamaba que no debían hablar ni mirar nada más que su comida. Notó a Isobel en otra mesa, pero solo por su perfil sorprendentemente perfecto y no porque la mujer mirara a Cora.

¿Por qué nadie la miraba? ¿Acaso no era una curiosidad para ellas?

Y luego se alegró cuando terminó la comida, porque eso era más incómodo que solo estar sentada en su celda esperando que alguien viniera por ella, pues no sabía qué debía hacer ni qué estaba permitido allí.

Cuando los ocupantes del comedor parecieron levantarse todos a la vez, Cora también se puso de pie, y sin saber qué más hacer, se alineó mientras salían de la sala. Mientras las monjas salían en filas de dos, preguntó a la solemne mujer de mediana edad a su lado dónde cuidaban a los soldados heridos. Los ojos de la monja se abrieron, porque se había atrevido a hablar, tuvo que imaginar Cora, pero tras un rápido fruncimiento de ceño, inclinó la cabeza hacia la amplia escalera mientras pasaban.

Cora se salió de la fila y subió las escaleras, deteniéndose solo brevemente para mirar hacia abajo la doble fila de figuras uniformadas caminando tan perfectamente, tan como sirvientes, antes de continuar al segundo piso. Había echado un vistazo a cada puerta desbloqueada antes de decidir que la enfermería podría estar un piso más arriba y luego subió otro tramo de escaleras. Allí, en el tercer piso, solo había tres puertas. La primera se abría a un enorme dormitorio, con literas alineadas una tras otra, flanqueando ambos

lados de un pasillo central. Las camas estaban perfectamente hechas, todas las sábanas dobladas y lisas, la sala enorme y vacía, muy poco acogedora. Cora casi se estremeció ante la austeridad y cerró la puerta. La siguiente puerta estaba cerrada, y la tercera finalmente reveló el pequeño hospital. Esta sala estaba amueblada con una docena de camas individuales, solo cuatro estaban ocupadas. Las paredes eran blancas y largas ventanas estrechas en la pared exterior dejaban pasar abundante luz.

Tristemente, una de las camas mostraba una figura completamente cubierta, con la cabeza también cubierta, lo que indicaba muerte, supuso Cora.

No estaba segura de por qué había buscado a los Thain heridos, pero poco más tenía que hacer. No conocía a ninguno, salvo por sus rostros. Pero tenía curiosidad por sus condiciones, sus posibilidades. La figura cubierta en la cama más lejana sugería que sus posibilidades no eran muy buenas.

Dos de los hombres heridos parecían dormir, pero el cuarto, a su derecha, la observaba cuando finalmente sus ojos lo alcanzaron. Cora lo reconoció de inmediato. Era el hombre que le había entregado la espada y el cuchillo el día anterior.

Un pequeño y feliz suspiro escapó de ella. Honestamente, cuando habían llegado a Brathwick anoche, y ella tuvo la oportunidad de verlo ser transportado en la camilla, pensó que no sobreviviría la noche. La herida en el lado derecho de su pecho parecía grave entonces, potencialmente mortal. Ahora estaba cubierta por una manta hasta el cuello. Su rostro, sin embargo, estaba pálido, con los párpados pesados y la respiración superficial.

Cora se acercó con cautela, sonriéndole con la intención de transmitir esperanza.

—Te ves mucho mejor que la última vez que te vi —dijo, acercándose a su lado. La cama era baja, así que se arrodilló. Esperaba que él no notara su mentira; a pesar de la limpieza del hombre, no parecía mejor, sino peor, por lo apagado de sus ojos y la palidez de su rostro.

—Soy Walter, lass. Bien hecho, lass—dijo—, con la espada.

Hablaba despacio y tan suavemente que Cora tuvo que inclinarse para escucharlo. Y tomaba respiraciones varias veces, casi entre cada palabra, lo que la hizo preguntarse si ese agujero que vio en su pecho superior ayer significaba que lo habían apuñalado atravesándole el pulmón.

—Estaba aterrada, tal vez lo hayas notado —dijo en voz baja —. Tenía que cerrar los ojos cada vez que blandía esa cosa tan grande.

—Pero la blandiste —dijo él.

—Yo… no quería lastimar a nadie, pero tampoco quería que tú y los demás sufrieran más.

—Sí, y eso volverá sobre ti, lass. La bondad siempre lo hace.

—Crucemos los dedos —dijo ella—. Creo que pronto volverás a casa, irás con, eh, tu jefe, a Newburn, creo que dijo.

—No me iré con ellos.

—Oh.

—Esto no se puede arreglar.

Ella no lo insultó ni perdió tiempo tratando de hacerle creer lo contrario.

—Lo siento, Walter. Ojalá hubiera algo que pudiera hacerse para ayudarte.

—No me importa, lass—murmuró—, solo que está tomando demasiado tiempo.

—Puedo… ¿debería pasar el tiempo contigo? Solo me sentaré aquí contigo —sugirió Cora—, si está bien.

Nadie debería morir solo.

—Eso estaría bien, lass—dijo sin abrir los ojos—. Tienes una voz agradable.

Se preguntó si consolar a un hombre moribundo sería similar a calmar a un bebé llorón. No tenía conocimiento alguno del primero y solo recientemente había aprendido algunos trucos del segundo con su nuevo sobrino en la casa de su hermana. Pero valía la pena intentarlo, pensó. Tacto suave y sonido, había aconsejado Mallory cuando el bebé no se calmaba fácilmente.

—Si está alimentado, limpio y ha eructado, pero sigue llorando, solo ámalo, y se calmará —había dicho Mallory, en una de

las pocas ocasiones en que Cora había cuidado de Liam, mientras Mallory pasaba tiempo con su hijo de tres años, Devon.

Cuando el bebé lloraba, aparentemente sin razón, Cora lo sostenía y calmaba con la canción más suave y tranquilizadora que conocía, una antigua melodía de Simon y Garfunkel.

Colocó su mano en la frente de Walter, frotando suavemente sus dedos sobre su sien, y le cantó suavemente.

***

Lucas se detuvo justo dentro de la puerta abierta de la enfermería de la priora, sorprendido al encontrar a Cora allí.

De rodillas junto a la cama de Walter, ella estaba sentada de espaldas a la puerta, cantando suavemente. No parecía molestarle cantar completamente sin melodía. La línea de expresión en el ceño de Lucas se profundizó cuando las palabras que ella susurraba como canción llegaron a él, algo sobre tenderse como un puente sobre el agua. Sus delgados dedos acariciaban la sien del hombre mientras le cantaba.

Tan conmovido por la vista y el sonido, a Lucas le tomó un momento darse cuenta de que Walter no solo estaba dormido, sino muerto ya. Su piel estaba más pálida que la noche anterior, cuando Lucas lo había visitado; no luchaba por respirar, su pecho no se movía en absoluto.

Una rápida mirada a las otras camas mostró que Tamas también había fallecido y estaba cubierto ahora. Y que Gavin y James observaban y escuchaban a la lass cantar al hombre muerto con su voz lenta y ronca, tan distinta de la que usaba al hablar.

De repente, a Lucas se le cortó la respiración, por la pérdida de un gran hombre, por la escena ante él, por esta forastera consolándolo. Con pasos silenciosos, se movió más dentro de la habitación, rodeando la cama hasta que Cora notó su presencia.

Le levantó el rostro, con los ojos vidriosos. Su canción tranquilizadora se desvaneció.

Tragando contra una opresión desconocida en el pecho, Lucas extendió la mano sobre la nariz de Walter. No sintió aliento alguno en su palma. Puso la mano plana sobre el pecho del hombre y esperó a que se elevara. No lo hizo.

—Se ha ido, lass—le dijo, sin comprender del todo sus lágrimas. Ella no conocía a Walter, no antes de ayer, si acaso. Era demasiado de corazón blando. Sea quien fuera, de donde fuera, no sobreviviría mucho si iba a ser tan sensible. El mundo devora y escupe a gente como ella.

Ella asintió y dejó que sus dedos cayeran de la cara de Walter. Pero no se levantó ni retiró la mano de la almohada donde había descansado. Tras un momento, comentó:

—Él… parecía en paz con ello.

Lucas asintió, observándola. En ese momento, ella estaba completamente inmóvil. Y sí, él solo la había conocido ayer, pero hasta ahora había sido una lass que parecía llevar cada emoción en el rostro. Siempre había alguna expresión, siempre había estado con los ojos abiertos de par en par. Ahora no, estaba apática e inmóvil por su desconcertante dolor por un extraño, con la mirada baja y los labios delgados.

—Ay.

Airril había llegado. Se paró junto a Cora, quitándose el sombrero mientras miraba el cuerpo de Walter.

Permanecieron quietos y en silencio, los tres, por un momento, hasta que Cora levantó la cara hacia Airril y dijo con claridad, con la voz quebrada:

—No creo que me guste mucho esta época.

Airril pareció entender lo que su jerigonza significaba.

—No, supongo que no te gusta.

—¿Y si no viene por mí, Airril?

—Vendrá, lass.

Desde que lo había conocido, Lucas había luchado por no mirarla tan abiertamente. Lo atribuía originalmente a su ropa y luego a sus sorprendentes ojos de búho y, maldita sea, a todo en ella que era tan… diferente. Pero su constante atención le permitió notar la silenciosa y suplicante mirada que ella dirigió a Airril, antes de sus siguientes palabras crípticas.

—Pero, ¿y si solo puede encontrarme si estoy con él? —preguntó, lanzando una rápida mirada a Lucas, que pronto desvió hacia Airril.

Airril se movió incómodo, Lucas dedujo, por la pregunta.

—Bueno, lass, dijimos que ella sabrá cómo encontrarte. Debe ser… astuta, para haber hecho lo que hizo.

—Me cuesta creer eso, Airril. Y no quiero… ir con ustedes cuando se vayan más de lo que quiero quedarme aquí, pero solo pienso...

—¿De qué habla ella? —Lucas, molesto por no entender, replicó a Airril en gaélico.

Su capitán levantó ambas manos, agitándolas hacia abajo, pidiendo calma.

—Está temerosa de que quien… la trajo hasta nosotros no pueda… encontrarla para llevarla a casa.

—¿Quien la trajo hasta nosotros?

Airril desestimó eso con un gesto.

—No importa. Pero, chico, podría ser mejor si ella se fuera con...

—No se irá a casa con nosotros —dijo él firmemente—. Cualesquiera que sean sus problemas, no son nuestros.

—*Oh* —refunfuñó Airril, probablemente refiriéndose al corazón duro de Lucas.

—Newburn no es un buen lugar para ti, lass—dijo Lucas a Cora—. Estás mejor aquí, en Brathwick.

Ella aceptó esto sin decir palabra, con solo un cambio marginal en su expresión.

Con una última mirada a Walter, mientras sus fosas nasales se ensanchaban por todo el infierno que habían conocido y soportado en las últimas cuarenta y ocho horas, Lucas giró y salió de la habitación. No vio necesidad de dar otra despedida, aunque ahora se ocuparía de hacer los arreglos para partir tan pronto los cuerpos de Tamas y Walter pudieran ser cubiertos para viajar a casa, y tan pronto Gavin y James estuvieran listos.

Y juró no perder ni un minuto pensando en ella, ni en ese atisbo de desolación que le permitió ver brevemente. No la conocía, no antes de ayer, y aún no del todo, todo considerado. Y no quería hacerlo.

A decir verdad, ella lo aterrorizaba.

CAPÍTULO DIEZ

Las Despedidas No Son Para Siempre

Observó cómo los Thain se marchaban y resistió con firmeza el impulso de correr tras ellos, de suplicar clemencia o de hacer cualquier cosa que los hiciera no abandonarla, o que los convenciera de llevársela con ellos.

"Si tienes que perseguirlo, solía decir su abuela, no es tu destino." Claro, Gram había dicho algo similar en relación con Cora quejándose de no encontrar una ocupación que despertara su pasión, o, para el caso, un hombre que hiciera lo mismo, pero Cora estaba bastante segura de que el mismo consejo sabio se aplicaría ahora, en esta circunstancia.

Tenía una noción peculiar de que esos conceptos intangibles como el destino y la suerte eran más relevantes ahora que nunca, eran más cercanos a ser cosas auténticas y sustanciales. Viajar al pasado hacía eso a una persona: te quitaba todo lo que pensabas que sabías sobre la vida y el mundo real y lo arrojaba por la ventana, reemplazándolo con una mayor conciencia y una consideración abundante de muchas cosas que habías oído y tal vez imaginado, magia, misticismo, otros mundos, cosas de esa naturaleza, pero en las que nunca habías creído antes.

De pie junto a la ventana de una habitación del primer piso que había buscado intencionadamente para poder verlos partir, Cora suspiró y contuvo las lágrimas mientras una pequeña nube de polvo se levantaba en el patio cuando los caballos y los carros se alejaban. Las lágrimas, la idea misma de que quisiera llorar por personas que acababa de conocer, era exagerada, incluso dramática. Pero todo esto era exagerado, no era la vida real, cotidiana.

Pasó el resto del día decaída, y, honestamente, escuchando cualquier sonido que no fuera a las monjas rezando o a las campanas sonando a las diferentes horas del día y de la noche cuando se levantaban a orar, con la esperanza de que Lucas hubiera cambiado de opinión o que Airril lo hubiera hecho por él. Aparte de la sensación de opresión en el pecho por estar triste de no pasar más tiempo con Lucas Thain, ¡como si tuviera alguna oportunidad con alguien como él! estaba verdaderamente preocupada de que Samara no pudiera encontrarla si no estaba con él.

El convento era un poco desconcertante, porque la dejaban bastante a su suerte. Cierto, alguien vino por ella esa primera mañana para llevarla al comedor o como se llamara allí, pero desde entonces, si no salía de su pequeña celda, estaba segura de que nadie vendría por ella. No es que esperara que la atendieran o la entretuvieran, pero… ¿era así como trataban a todos los visitantes?

En su tercera mañana en Brathwick, finalmente reunió el valor para preguntarle a alguien sobre esto. Esa persona resultó ser Isobel y solo porque, mientras deambulaba por el mausoleo, Cora la encontró. Había tropezado con un patio, un amplio espacio verde rodeado en los cuatro lados por los edificios de la priora. Aunque el aire era fresco, Cora notó a Isobel sentada en uno de los bancos de piedra bajo el brillante sol de marzo.

Se acercó con cautela, creyendo que la mujer estaba profundamente concentrada en oración, con la cabeza inclinada sobre un pequeño libro.

—Hola —dijo con cautela al acercarse, dándose cuenta tarde de que los labios de la mujer se movían, presumiblemente murmurando esas oraciones.

Isobel levantó el rostro hacia Cora, sin mostrar sorpresa por su presencia.

—Lo siento —dijo Cora cuando Isobel no dijo nada—. No debería haberte molestado.

Pareciendo darse cuenta de sí misma, o al notar que su recepción fue menos que amigable, Isobel ofreció una sonrisa poco convincente y cerró el libro de oraciones.

—No me has molestado. Por favor, acompáñame.

Dicho con tal frialdad, tan *poco* acogedora, que Cora casi se negó a sentarse junto a ella.

Excepto que tenía preguntas. Así que, a pesar del frío, no había planeado salir y no tenía ropa de repuesto, así que seguía vestida con la suya, se sentó junto a Isobel en el banco, abriendo los ojos ante lo helada que estaba la piedra.

Esto provocó lo que parecía una sonrisa genuina en reacción de la hasta ahora solemne monja.

—Estás poco preparada para este clima —comentó Isobel—. ¿No esperabas viajar?

—Oh, no tienes idea. Y ciertamente no esperaba aterrizar en un convento, y me siento decididamente fuera de lugar aquí. ¿Está bien que esté aquí? Nadie parece preocuparse… pero nadie parece interactuar. —Hizo una mueca, por lo necesitada que sonaba.

—Está bien, estoy segura —permitió Isobel—. Probablemente los Thain te auspiciaron.

—¿Auspiciaron?

—Hicieron una donación para poder ofrecerte refugio.

—Ah, entiendo. Eso fue amable de su parte. Pero, um, ¿puedo venir y salir cuando quiera? ¿Y comer con ustedes… monjas?

—La mayoría de las veces, los visitantes son familia, atendidos por sus parientes residentes —explicó Isobel—. O son viajeros, atendidos por sus sirvientes.

—Ah. Entonces, ¿debería averiguar qué hacer conmigo misma todo el día? ¿Cómo bañarme? ¿O tal vez lavar mi ropa?

—Podrías buscar a la Hermana Imogene en la lavandería —sugirió, señalando vagamente en una dirección detrás de ella, pero ofreciendo poca más información.

—Genial. Gracias.

—¿Cómo llegaste a estar con los Thain?

Cora tuvo la sensación de que en ese momento, la mujer no solo estaba siendo cortés al conversar con ella, al no ignorarla. Realmente quería saber qué hacía su antiguo amor, eso seguía siendo su suposición, basada en la reacción de Lucas al verla con alguien como Cora.

—En realidad, estaba perdida y… simplemente me encontré con ellos, con todo el ejército —dijo, inquieta, queriendo cambiar de tema para no verse obligada a mentir—. Parecía bastante sorprendido de encontrarte aquí. ¿Cuánto tiempo has conocido a Lucas?

La angelical pero fría mujer giró el rostro al escuchar a Cora usar tan fácilmente su nombre. Pero no dijo nada sobre esa pequeña transgresión.

—Éramos… jóvenes amantes.

—Ah. —Bastante detallado, considerando que respondía a un extraño. A menos que *"amantes"* significara algo diferente en este periodo.

—Él persiguió mi mano —dijo.

Como obviamente debía haber más, Cora alentó:

—¿Pero?

—Pero… mi padre no permitiría un matrimonio entre nosotros.

—No cumplía con los estándares de tu padre —supuso Cora, encontrándolo difícil de creer. Lucas Thain seguramente superaba muchas expectativas.

—Había otro que superaba los requisitos que mi padre tenía en mente.

Cora sintió que Isobel, o Ruth, como fuera, quería mostrarse reservada, hacer que toda la historia se sacara poco a poco. Cora no funcionaba así.

—Entonces te casaste con ese otro hombre, rompiste el corazón de Lucas, y luego tu esposo murió, y terminaste aquí. ¿Por qué no buscaste a Lucas entonces? Después de que tu esposo muriera. —Un pensamiento que no se le había ocurrido antes ahora le vino a la mente—. O, ¿se casó después de que lo dejaras?

—Que yo sepa, nunca se volvió a casar. Pensé que quizá no quisiera… no sabía si él…

—Pensaste que todavía estaba enfadado, o dolido, o tal vez que no confiaría en ti de nuevo. Por supuesto, la respuesta siempre es no si no preguntas. Y el hecho de que obviamente lo hayas pensado dice mucho.

—Pero… ¿ahora eres su amante?

—¿Yo? —Cora golpeó su pecho con el dedo índice—. Oh, no. Acabo de conocerlo. Y por si no lo has notado, no encajo exactamente aquí, ¿verdad? —*Y me dejó aquí, a pesar de que rogué ir con ellos, los Thain*. Eso aún la molestaba. Solo por cortesía, había salvado su vida, él debería haberle concedido al menos un favor. —Y además —añadió—, Lucas Thain es… bueno, cree que estoy loca y que soy fastidiosa y quién sabe qué más, y bueno, ahí lo tienes. Y honestamente, quiero decir, es guapo, claramente muy guapo, pero bueno, no, no es mi tipo. Es un poco demasiado grande y demasiado iracundo, y la mayoría de nuestras conversaciones han sido él gritándome. —Sintiendo ahora que había dicho demasiado, *más bien como si protestara demasiado*, Cora cambió el tema de sí misma—. Um, ¿eres feliz aquí? —preguntó a Isobel—. O sea, ¿estás bien quedándote aquí, con ese... —señaló el hábito gris apagado— y levantándote a toda hora para oraciones que podrían durar cinco minutos antes de acostarte cada noche? ¿Y comiendo ese caldo aguado que te dan todas las mañanas? ¿Y qué fue eso en la cena de anoche, como un caldo de cebolla o algo así? —No estaba sin sabor, pero Cora deseó que hubieran puesto un trozo de pan francés pesado dentro y gratinado un poco de mozzarella encima.

—Estoy contenta —dijo Isobel.

—Hm, no lo vendiste muy bien.

—¿Perdón?

—No creo que estés contenta. O si lo estabas, ver a Lucas de nuevo podría haberte recordado que no lo estás.

Un pequeño encogimiento de sus estrechos hombros precedió su respuesta.

—No importa, porque pronto tomaré mis votos.

—Sí, bueno, yo cambié de carrera tres veces en la universidad antes de decidirme por contabilidad, solo para complacer a mi padre, que llevaba diez años muerto, así que… —dijo encogiéndose de hombros—. Se nos permite cambiar de opinión. ¿Quién sabe? Tal vez cambie la mía otra vez y vuelva a estudiar lo que quiero. —Quizá ya lo habría hecho si tuviera alguna idea de lo que realmente quería ser cuando creciera.

—Tienes… tienes modales e ideas muy peculiares.

Cora suspiró, percibiendo que aquello era más una acusación que una observación.

—Supongo que debe parecer así.

Isobel entonces volvió a un tema anterior, haciendo la pregunta más notable.

—¿Habrías hablado con tanta firmeza en contra de cualquier vínculo con Lucas Thain si supieras que él, como mínimo, siente curiosidad por ti? ¿Pero probablemente incluso más que eso?

Aparentemente, si se viera obligada a quedarse mucho más tiempo en esta Edad Media, la vida de Cora podría convertirse en un día tras otro de jadeos mientras un shock tras otro se le lanzaba.

¿Qué estás fumando? fue la primera respuesta que vino a su mente. Pero no tuvo oportunidad de lanzárselo a Isobel. Antes de que encontrara su voz, Isobel sonrió con esa tranquila y serena manera suya, se levantó y se marchó. La única opción de Cora entonces fue mirar la figura que se alejaba, su rostro fruncido con algo más grande y desconcertante que la incredulidad.

Todo el mundo se ha vuelto loco, decidió.

Y, sin embargo, a decir verdad, pasó demasiado tiempo ese día preguntándose qué había detrás de la enigmática pregunta de Isobel. Pero solo hasta recordar que no importaba. Lucas se había ido.

En los días siguientes, las cosas mejoraron, pero solo marginalmente y principalmente porque Cora decidió ir a donde quisiera, hacer lo que le placiera y ocuparse de sus propios asuntos.

Había encontrado a la lavandera, la hermana Imogene, el mismo día que conoció a Isobel en el patio. Inmediatamente, se le presentó un problema, ya que la anciana no hablaba inglés. Una de las jóvenes que trabajaba con ella tradujo la necesidad de Cora de que lavaran su ropa y de tener algo que ponerse mientras tanto. No se sorprendió cuando le dieron un hábito gris, pero sí se sorprendió bastante cuando se negó su ofrecimiento de lavar su propia ropa.

La hermana Imogene era tan fría como lo había sido Isobel. Las chicas preadolescentes mostraban la mayor curiosidad, pero

dudaban en involucrarse, lanzando miradas cautelosas a la severa Imogene.

Incluso en una casa llena de mujeres, algunas tan descontentas como ella, Cora no encajaba del todo.

Y, para ser honesta, se estaba volviendo un poco loca de estar tantas horas sin hablar.

Después del cuarto día, empezó a caminar fuera del muro de Brathwick, si se le permitía o era aconsejable nunca se le aclaró, esperando más allá de toda esperanza que aparecer al aire libre facilitara que Samara la encontrara.

Cuando el fantasma, o bruja, o lo que fuera no se le apareció, y Cora no podía dejar de llorar por la indiferencia de estas mujeres y por cuánto tiempo había estado alejada del siglo XXI, decidió que si no estaba con Lucas, donde Samara fácilmente podría encontrarla, estaba mejor volviendo a donde había estado, en ese lugar llamado Roslin, donde tal vez tuviera más posibilidades de ser devuelta a la Escocia que conocía en su propio tiempo. Seguramente, para entonces, cualquier peligro de una batalla de casi una semana atrás había pasado.

***

Se habían movido de Brathwick al mismo lento ritmo que los había traído al convento, y así pasó otro día entero antes de llegar a la fortaleza de los Cameron, Cairncross.

Aunque conocía bien a Aedan Cameron por haber sido acogido por él en la casa del conde de Athol en su juventud, Lucas no había visto a Aedan Cameron en casi dos años.

Durante mucho tiempo, Aedan Cameron había sido una persona notablemente fría, mostrando una indiferencia gélida nacida de la pérdida, una negativa a sentir. Su ira contenida era bien conocida, su confianza temeraria en batalla, motivo de leyendas. El hombre que sonreía tan cálidamente a su llegada no era el mismo que una vez había discutido ruidosamente y casi físicamente con Andrew de Moray, una de las mayores amenazas a la opresión inglesa mientras vivió, sobre el ataque mal aconsejado de de Moray al Castillo Urquhart un año antes de la gran derrota escocesa en el Puente de Stirling.

Y aunque el hombre había cambiado muy poco en las casi dos décadas que se conocían, la transformación en él ahora, en menos de dos años, era notable, y la razón se descubrió pronto. La rara y genuina sonrisa que acompañaba al estrechamiento de antebrazos y palmadas en la espalda se explicó en minutos, cuando una mujer de belleza excepcional llegó a la puerta abierta, sosteniendo la mano de la hija de Aedan, Ailis.

—Ven a conocer a mi esposa —dijo Aedan Cameron con un ánimo inusual, y hablando inglés y no su propio gaélico.

Siguiéndolo hasta la puerta de la fortaleza, Lucas sonrió con facilidad, pero no reprochó a Aedan por haber encontrado su buen humor solo al encontrar a una pareja.

—Amor —dijo Aedan al llegar al lado de la mujer—, este es el Thain de quien te hablé. Lucas, mi esposa, Gabrielle. Y aquí está Airril Younger, su capitán, y Boisil Petty, su teniente.

Y entonces el comportamiento alterado de los Cameron fue rápidamente olvidado, tan pronto como su esposa emitió un saludo a los viejos amigos de su esposo.

—Bienvenidos, señores —dijo ella en una forma de inglés que solo habían escuchado por primera vez días atrás—. Hemos recibido a su mensajero y estamos ansiosos de ofrecerles un respiro en Cairncross.

Lucas logró no quedarse boquiabierto, incluso hizo una reverencia cortés a la hermosa señora de Cairncross, pero no pudo evitar un examen ceñudo de esta mujer, que hablaba de manera tan similar a Cora.

—Un placer, señora —dijo—. Permítame expresar tanto mis felicitaciones por su matrimonio como mis condolencias, pues imagino que el mundo debe agradecerle por su buen humor actual, aunque previamente desconocido.

—Qué directo es, señor —dijo ella, aunque su sonrisa era brillante—. No puedo comentar sobre su manera antes de conocerlo, pero puedo decir que solo lo he conocido como el alma misma de la ecuanimidad.

—Och, y yo que pensé que estabas casada con los Cameron —dijo Airril, golpeándose cómicamente la frente—, pero no puede

ser así.

La joven Cameron, Ailis, todavía sosteniendo con cariño la mano de su madrastra, se rio con timidez.

—¿Han terminado entonces? —presionó Aedan, aunque no parecía muy disgustado por sus burlas—. ¿No tienen asuntos importantes que compartir en nuestra mesa?

—¡Sí, y guíenme hacia ellos! —exclamó Lucas—. Tengo una gran sed.

—Y un estómago vacío —dijo Boisil, levantando sus cejas gruesas hacia Gabrielle Cameron—, que espero seas tan amable de llenar.

—Seré muy feliz de hacerlo, señores. Por favor, pasen adentro.

Era bien pasada la hora de la última comida, pero la señora Cameron no descuidó su papel de anfitriona y, en pocos minutos de reunirse en la alta mesa del laird, donde los recibió el capitán de Aedan, Cormac, con quien intercambiaron saludos cordiales, Gabrielle Cameron hizo entrar a un grupo de lasses de cocina, llevando bandejas de quesos y panes y una apilada con gallinas asadas. Se ofreció vino además de la cerveza habitual, y ninguno de los Thain rechazó esta oferta; hacía tiempo que no conocían tal lujo sencillo.

—El mensajero de Fraser dio escasos detalles de Roslin —dijo Aedan cuando se acomodaron y empezaron a comer—, salvo que fue feroz, de hecho irreal.

Lucas asintió, usando su cuchillo para cortar un trozo del ave perfectamente sazonada.

—Así fue. Cómo escapamos, relativamente ilesos a pesar de todos los muertos a nuestro paso, amigos y enemigos por igual, nunca lo entenderé.

Hablaron un poco más y luego fueron interrumpidos por Gabrielle.

—Señores, prometí a Ailis que podría saludar y acompañarlos durante treinta minutos al llegar. Le quedan unos diez, supongo. ¿Podríamos hablar de otra cosa hasta que se retire?

Lucas echó un vistazo a la niña, absorta por la curiosidad, que lo observaba con seriedad, pero no, parecía, con aversión a las cicatrices de su rostro y cuello. Después de todo, era hija de los Cameron. Su padre mantenía un ejército formidable y seguramente poseía muchas de sus propias heridas de batalla. No era algo que le resultara extraño.

—Sí, y disculpe, señora —dijo Airril con cordialidad—. Solicitado con voz tan agradable, ¿cómo podríamos negarnos?

—¿Y de dónde proviene ese dialecto poco común, señora? —preguntó Lucas, sin querer desperdiciar la oportunidad perfecta que le daba su capitán. Lo preguntó con naturalidad, manteniendo la mayor parte de su atención en la comida frente a él.

Antes de que ella abriera la boca para responder, intercambió una mirada con su esposo, que estaba sentado junto a Lucas.

Pero luego su respuesta

—"De cerca de Fort William"— fue demasiado vaga y pronunciada demasiado despacio, casi como una pregunta, que los Thain la presumen una mentira casi de inmediato.

No era una pregunta desagradable. A menudo, al presentar a su esposa, un hombre podría decir que ella es de tal lugar o de tal familia. Aedan no ofreció ninguna de esas pistas. Y más tarde, Lucas comentaría con Airril y Boisil, que también conocían bien a los Cameron, cómo el laird de Cairncross no había podido apartar la mirada de ningún Thain en el momento en que se hizo la pregunta. Solo por un segundo su mirada se desvió de los ojos de sus visitantes, pero fue significativo, ya que esa breve distracción era muy poco habitual en él. Los Cameron, como muchos hombres de su tipo, eran conocidos por mantener la mirada firme y fija, siempre midiendo a la persona.

En ese momento, Lucas no sintió que debía dejar el asunto sin examinar y dijo con calma:

—Recientemente conocimos a una lass que habla de un modo y con un dialecto similar al suyo, señora.

—Increíble lo mucho que se parece a usted—comentó Airril, con la mirada fija en la esposa de Cameron.

Esto, el peculiar interés de Airril en el asunto, también despertó la atención de Lucas.

Pero cuestionaría más tarde la curiosidad de su capitán al respecto, y ahora estaba concentrado en la reacción de Gabrielle Cameron, quien palideció y exhaló suavemente, intercambiando otra mirada significativa con su esposo.

Pero fue Cameron quien habló.

—¿Y dónde conociste a esta lass, que habla de manera similar a Gabrielle?

Lucas podría haber dicho que Aedan Cameron en ese momento estaba haciendo un gran esfuerzo por sonar indiferente.

Airril resopló, subrayando su incredulidad persistente sobre la escena de su encuentro con Cora.

—Créelo o no, pero la encontramos vagando cerca de Roslin, demasiado cerca para estar segura con la batalla no tan terminada como imaginábamos, y demasiado fresca para ser partícipe de la matanza. Vestida de manera extraña, más peculiar que cualquier cosa que haya visto.

Lucas mantuvo la mirada en la esposa de Aedan, cuya boca se abrió antes de cubrirla con la mano. Pero rápidamente se preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Cora, dice —ofreció Boisil, solo la mitad de curioso que cualquiera de los otros cuatro adultos en la mesa.

—La dejamos en buenas condiciones en Brathwick —dijo Airril a continuación. Ante la expresión vacía de Gabrielle, aclaró: —Una casa de las hermanas cistercienses. Bien atendida está, lo sé.

Gabrielle hizo un esfuerzo visible por sonreír, aunque el intento no fue convincente. Miró de nuevo a su esposo, solo sus ojos suplicantes y frenéticos traicionaban sus emociones. La mandíbula de Aedan Cameron estaba tensa mientras asentía, casi imperceptiblemente, a su esposa, lo que le permitió respirar de nuevo, con la promesa silenciosa que acababa de hacerle. Quizá solo era una invitación a hablar más tarde sobre lo que perturbaba a su esposa en ese momento.

—¿Conoce a la lass? —preguntó Lucas a Gabrielle—. Ella dijo que también era de Fort William.

Otra sonrisa forzada y débil precedió la respuesta de Gabrielle:

—Yo… no, creo que no.

—Pescado fuera del lago es —comentó Boisil sin mayor interés, avanzando felizmente con el ave asada frente a él, menos atento a la tensión del ambiente que cualquiera de los otros.

Gabrielle Cameron enroscó los dedos en la tela de su corpiño y las venas de su cuello se destacaron mientras tragaba nerviosa. Pero su mirada estaba desenfocada, su atención perdida en lo que sea que se agite en su cabeza con la noticia de otra lass que hablaba de manera tan similar a ella, distinta de cualquiera en toda Escocia hasta donde Lucas sabía.

Sin una palabra, Aedan Cameron levantó la mano de su pecho y la llevó hasta su regazo.

—Lleva a Ailis contigo, amor —sugirió mientras sostenía la mirada evidentemente preocupada de su esposa—. Te encontraré en breve.

—Sí —dijo ella—. Sí, por supuesto. Y se levantó y, distraída, deseó a los Thain buenas noches antes de salir con la hija de los Cameron.

Cuando solo los cuatro hombres permanecieron en la mesa principal del salón, Aedan solicitó un relato más detallado de la batalla en Roslin, que Boisil y Airril se complacieron en relatar. Y aunque él estaba bastante interesado en las historias compartidas, Lucas pudo notar que posiblemente hasta la mitad de los pensamientos de Aedan Cameron todavía estaban con su esposa, quien claramente se había alterado con la noticia de una mujer que hablaba de manera similar a ella.

Y un rato después, fue Airril quien mencionó otro asunto de gran importancia.

—Casado estás —dijo Airril, inclinando la cabeza hacia Aedan. Su sonrisa creció mientras añadía: —Y no te ha ido nada mal, al parecer.

Ante esto, la sonrisa de Aedan fue natural.

—Sí, y tú, Airril, sabes mejor que nadie los efectos del matrimonio y con una buena pareja, sabes que ninguno de ellos es malo.

Airril se rio ante esto.

—Con una buena pareja, sabes que todas las buenas ideas e intenciones ahora están a tu alcance. Y buena debe ser, para tenerte sonriendo como un tonto.

Había un dejo de melancolía en el tono de Airril. Lucas estaba seguro de que pensaba en su amada Gwen. La extrañaría ahora sin duda, al ver una unión tan satisfactoria como parecía la de los Cameron, como la que él y Gwen habían tenido.

Aedan no se ofendió, pero levantó su jarra en señal de aprobación.

—No puedo negarlo, Airril. Sería una profanación hacerlo. —Se volvió hacia Lucas y se encogió de hombros—. Nunca dejes que te digan que una mujer te hará débil. El argumento en sí es débil, pronunciado por aquellos que no conocen la verdad.

CAPÍTULO ONCE

Los Planes Mejor Elaborados…

Cuando Lucas despertó a la mañana siguiente, sus pensamientos volvieron una vez más a lo que lo había desconcertado en esa misma cama justo antes de quedarse dormido: las similitudes entre Gabrielle y Cora. No era la primera vez que se preguntaba qué no les había contado la esposa de Cameron, qué había detrás de su evidente incomodidad ante una lass que hablaba como ella, que estaba, como Boisil había resumido, tan visiblemente fuera de lugar en Escocia.

Como la noche anterior, quedó con más preguntas que respuestas. Sin embargo, antes de levantarse, determinó que nada de eso era asunto suyo. Aparentemente, Gabrielle no representaba peligro para nadie, no era uno de los cientos de espías, atraídos más por el dinero que por la justicia, para compartir secretos con los ingleses. A pesar de su evidente *tendre* por su esposa, Lucas estaba seguro de que Aedan habría visto a través de cualquier conspiración o engaño, y que, amor mediante, no toleraría un traidor en su casa. Y la difícil situación de Cora, si es que realmente podía llamarse así, estaba fuera de sus manos; probablemente nunca la volvería a ver. Su fascinación desconcertante por alguien tan improbable y extraordinario se desvanecería, sin duda.

Mientras se levantaba, se lavaba la cara y se vestía, su mente se centró en Aedan Cameron, en el cambio de sus circunstancias, en su manera de comportarse y, finalmente, en las palabras que le había dicho la noche anterior:

Nunca dejes que te digan que una mujer te hará débil.

Hasta donde recordaba, Lucas nunca había sentido tal temor. Nunca había pensado que una pareja o amante pudiera debilitarlo.

En términos generales, simplemente no había pensado en una mujer a quien amar o con quien casarse. Posiblemente existía una idea en su interior de que algún día se casaría, que le gustaría tener hijos que continuaran su nombre, que cuidaran de la abadía de Newburn y de los Thains tras su propia muerte. Pero ese pensamiento nunca había salido de los confines más lejanos de su mente. Cuando cortejaba a Isobel, cuando se había enamorado de ella, no pensaba entonces en descendencia y posteridad; solo pensaba en su deseo por ella, en su amor, en lo buena esposa que sería. Era poco probable que se sometiera de nuevo a ese tipo de vulnerabilidad.

Naturalmente, sus pensamientos derivaron hacia Isobel y su sorpresa al encontrarla en el convento. A posteriori, después de veinticuatro horas enteras de un shock tras otro, se dio cuenta de que su reacción al descubrirla como hermana de la orden podría haber parecido… indiferente. No era el caso. Pero una reflexión más profunda reveló que había estado más atónito que alegre al encontrarse con su antiguo amor después de tantos años.

Pensó que quizá había soñado con ella durante la noche, despertando con la impresión de que había sido un tonto al dejar escapar a Isobel hace tantos años. Sí, había querido desafiar la decisión de su padre en aquel entonces, en su juventud, pero Isobel misma lo había disuadido. Solo se harían enemigos y serían rechazados, había dicho ella. Ambos merecían vidas mejores que esa.

En aquel momento, la había considerado noble por sacrificarse de esa manera, por renunciar al amor en favor del deber, para mantener buenas relaciones con su influyente padre y todos sus clanes aliados. No estaba seguro de que algo hubiera cambiado desde entonces para hacerle modificar esa opinión. Su presencia regia en el convento casi reforzaba lo que había creído sobre Isobel, o más bien, lo que quería que fuera cierto sobre ella: que era honorable y no solo egoísta.

Una vez vestido, no perdió más tiempo en la habitación privada que le habían prestado, prefiriendo siempre la acción para combatir un exceso de pensamientos incontrolables. Buscó a Aedan y solicitó un recorrido por la prisión de Cairncross. No porque

necesitara asegurarse de que los prisioneros ingleses estuvieran bien custodiados y que fuera imposible que escaparan, sino porque le complacía recordar cuán vastas e impenetrables, cuán inescapables, eran las cavernas subterráneas de Cairncross.

— Solo hay dos puntos de entrada y salida— dijo Aedan mientras guiaba a Lucas por corredores que se hacían más estrechos y finalmente conducían a lo que parecía un callejón sin salida.

Aedan colocó la pequeña antorcha en un anillo en la pared, lo que reveló al instante que no estaban rodeados solo de tierra excavada y húmedas paredes de piedra, sino que el callejón sin salida era en realidad una puerta, asegurada con una gruesa viga de madera, reforzada con correas de metal, y que requería de gran fuerza de los Cameron para levantarla y quitarla.

Cuando la puerta se abrió, bajaron otro tramo de escaleras de piedra hasta un espacio abierto en el centro de la prisión, desde el cual se expandían varias celdas de diferentes tamaños. Solo había una antorcha encendida allí abajo, colocada fuera del alcance de cualquier celda o prisionero, rodeada de piedra y tierra fría, de modo que no representaba peligro de incendio.

Lucas observó su alrededor, capaz de distinguir solo formas mientras los prisioneros se mantenían al fondo de sus celdas, cautelosos pero probablemente atentos a sus visitantes.

—Hay una salida al final —dijo Aedan, usando el gaélico cerca de su enemigo—. Sale al patio. No hay escapatoria allí, ya que hemos reforzado la seguridad con candados extra y barriles apilados, cargados con chatarra de la forja. Cada barril requirió cuatro hombres para levantarlo, y hay una docena de ellos.

—Veintitrés, incluyendo siete caballeros —confirmó Lucas el número de prisioneros.

—Sí. Reciben pan y cerveza una vez al día. No es cómodo de ninguna manera, pero tampoco es la Torre.

Lucas asintió.

—Nos sirven mejor vivos y con valor, que muertos. La Torre es un viaje sin retorno.

Aedan sonrió con malicia.

—Por lo que he oído, la Torre no es tan inexpugnable como se imagina. Llegó un informe de que el obispo Ranulf logró escapar.

—Yo también lo escuché. Embriagó tanto a sus captores con vino que pudo deslizarse por una cuerda hacia la libertad.

—¿Lo has conocido, a Ranulf? —preguntó Aedan, ampliando su sonrisa—. Tan ancho como alto, y nadie puede decir cómo se *deslizó* a cualquier parte ni de qué manera.

Satisfecha su curiosidad, Lucas salió de la húmeda y maloliente cárcel y regresó al salón con Aedan.

Allí, Cameron quiso disculparse.

—Gabrielle sigue arriba —dijo—. Quiero pasar a verla.

¿Arriba? ¿A esta hora, cuando la señora debería estar a mitad de su día?

—¿Está enferma?

—No exactamente, o más bien solo por las mañanas. Y no es nada que otros seis meses no puedan curar.

Lucas comprendió rápidamente, en parte iluminado por la sonrisa de Aedan. Extendió su mano a su viejo amigo y lo felicitó.

La sonrisa de Aedan, que Lucas había visto más en las últimas doce horas que posiblemente en todos los años que conocía al hombre, permaneció intacta.

—Gracias, amigo —dijo—. Podríamos pasar toda nuestra vida sin hijos y aun así sería feliz. —Su sonrisa se ensanchó, rozando la satisfacción—. Pero no me importa poblar la tierra con jóvenes amantes de la libertad, que luchan contra los ingleses.

Lucas lo vio partir, subiendo las escaleras con entusiasmo para atender a su amada.

Pensó en la abadía de Newburn. Siendo el segundo hijo y con un padre robusto y joven de corazón, Lucas nunca había pensado en heredar, en convertirse algún día en señor. Cuando su padre murió inesperadamente por un ataque al pecho, todavía estaba su hermano John para asumir el título de señor y liderar a los Thains. Incluso después de que su hermano fuera asesinado, cuando Lucas casi perdió la vida también, su viuda estaba embarazada. Lucas pensó entonces que podría desempeñar el papel de regente del infante señor, como mucho. Lamentablemente, la esposa de su

hermano dio a luz a un niño sin vida, el esperado heredero, y ella misma murió días después del parto. Convertirse en señor se ensombreció por el duelo, porque tantos habían muerto para elevarlo a esa posición.

No era una antorcha fácil de llevar, cargada en los primeros años por un sentimiento de indignidad o incapacidad. Lo habían criado para ser caballero del reino, no señor de la mansión. Y no era un secreto, tanto consejeros como amigos le recordaban que debía considerar su propia mortalidad, junto con el futuro y la supervivencia de los Thains.

En ese sentido, Lucas consideró desde otra perspectiva la futura paternidad de Aedan. Salvo Ailis, a menos que fuera por orden de la corona, que estaba en desorden, una mujer no podía heredar tierras ni títulos; Aedan necesitaría hijos para continuar con el nombre Cameron y asegurar el futuro de Cairncross, sea lo que fuere que deparara.

Y Lucas necesitaría lo mismo, si quería que los Thains perduraran más allá de esta guerra.

Salió del salón entonces, con la intención de encontrar a Airril y Boisil y ponerlos al tanto de su agenda y planes del día, pero sus pensamientos seguían enredados en ideas para asegurar un futuro para los Thains lo mejor que pudiera. Con mayor perspectiva, Lucas reflexionó sobre la idea de continuar con el nombre Thain y, como dijo Aedan, de poblar Escocia con más luchadores por la libertad.

***

—Ahora dilo otra vez —dijo Airril quince minutos después—. Vi moverse tus labios y escuché los sonidos, pero no puedo haberlo oído bien.

Lucas puso los ojos en blanco ante la exagerada teatralidad de Airril y se negó a repetirlo.

Sin embargo, Boisil lo hizo por él.

—¿Regresar a Brathwick? —repitió el anciano—. ¿Y para…? ¿Tiene algo que ver con la feliz unión del lad Cameron?

—No necesitas preocuparte por el motivo del plan —replicó Lucas impaciente, aunque estaba bastante seguro de que era una buena idea—. Y tiene poco que ver con la súbita satisfacción de

Aedan, más con las perspectivas futuras de los Thains y de Newburn. Su nueva esposa le dará un hijo este año.

—Ah —dijo Boisil, comprendiendo finalmente. Se pasó los largos dedos por la barba enmarañada—. Me preguntaba cuándo te ocuparías de eso: procrear, quiero decir. No podemos dejar a todas esas buenas almas de Newburn con un futuro tan incierto. Newburn y los Thains deben prosperar, y sabes, los hijos son la única manera de asegurarlo.

Lucas asintió, complacido por la comprensión. Miró a Airril, que sonreía con tal suficiencia que Lucas deseó borrarle la expresión de un golpe. Aun así, sabía que sería más fácil aguantar cualquier comentario de su capitán, cualquier burla falsa que lanzara. Falsa, porque más allá de la burla aparente y la pretensión de desconcierto, Airril parecía encantado ante la perspectiva.

—De vuelta a Brathwick —musitó, disfrutando demasiado de la situación—. Y esta vez con una novia. Podrías haber dicho que te llevarías a tres de esas hermanas como esposas, tal es su belleza. Pero sí, no es escandaloso ni alarmante. A decir verdad, esperaba que algo se encendiera. Está bien, lad. Muy bien.

Lucas frunció el ceño, algo desconcertado por el entusiasmo exagerado de Airril por su plan.

Esperando terminar la conversación con una declaración genérica que explicara sus deseos, Lucas anunció:

—Tengo que creer que ella fue puesta en mi camino por una razón.

—Sí, lo fue —concordó Airril, moviendo la cabeza—. Yo pensé exactamente lo mismo.

—No tiene sentido dejar a una mujer tan buena en un convento.

—Un desperdicio, sí —dijo Airril, con su ridícula sonrisa creciendo.

—Isobel debería haber sido mía...

—*¿Isobel?* —gruñó Airril, y su entusiasmo se desvaneció de golpe. Se enderezó y miró a Lucas con desaprobación—. ¿Isobel?

Lucas frunció el ceño tan de repente como su capitán, atónito ante la aparente aversión de Airril.

—¿De quién creías que hablaba?

Si no era Isobel…

¿*Oh*, Lucas había querido decir la lass Cora?

Airril no respondió. O más bien, quizá iba a hacerlo, pero de repente cerró los labios y se alejó murmurando algo.

Lucas lo vio marcharse, con la cabeza sacudiéndose de disgusto. Volviéndose, consultó a Boisil sobre la reacción desconcertante de Airril.

Boisil se encogió de hombros, moviendo boca, mejillas y ojos antes de volver a su posición, diciendo que no tenía respuesta.

Con un suspiro y su segundo giro de ojos del día, Lucas se dirigió al patio, en dirección opuesta a Airril, y regresó al castillo, decidido a dar las despedidas a su anfitrión.

La opinión de Airril sobre el asunto no importaba, en lo más mínimo. Cuanto más meditaba sobre la idea, más Lucas la abrazaba. Anoche había reflexionado mucho sobre su tiempo anterior con Isobel, aunque no sin una sonrisa por cuánto había cambiado. Ya no era aquel joven despreocupado e idealista, interesado solo en los asuntos de su corazón joven, con poco interés por los Thains o la abadía de Newburn, y sin ser criado para considerar tales asuntos. No le había tocado liderar a los Thains; así que se había preparado solo para ser caballero y poco más, sin la carga de responsabilidad de tantas vidas dependientes de él. Y sí, ya no era esa persona, pero *oh*, cómo extrañaba a aquel joven despreocupado.

No buscaba resucitar su pasado ni al joven optimista que había sido, pero albergaba la vaga esperanza de que, teniendo a Isobel a su lado, pudiera redescubrir o reinventar esas partes perdidas de sí mismo que más lamentaba.

Pasó otra hora antes de que la reducida comitiva de los Thains se pusiera en marcha desde Cairncross. Lucas se alegraba de estar en movimiento nuevamente. A menos que estuviera en casa en la abadía de Newburn u ocupado con los asuntos de la guerra, rara vez permanecía tranquilo o satisfecho en un lugar que no fuera su hogar. A una hora aproximadamente, donde la antigua calzada romana corría de norte a sur, Lucas envió a la mayoría de su ejército por delante hasta la abadía de Newburn, incluyendo a todos los

heridos, no dispuesto a someterlos a los días adicionales de viaje que requeriría buscar a su prometida, lo cual dependía de que ella respondiera afirmativamente cuando él propusiera la unión por segunda vez.

Solo necesitaba diez hombres con él para hacer el viaje a Brathwick. Por costumbre, su capitán habría llevado al resto del ejército de regreso a casa, pero Airril se incorporó a la división de hombres de Lucas, diciendo brevemente:

—Seguro, y voy contigo al convento para ver por mí mismo cómo está la *otra* lass.

Esto prácticamente confirmó en la mente de Lucas que su capitán había sido llevado al límite de la cordura en los últimos días.

¿Qué más podía pensar del hecho de que Airril aparentemente creía que Cora Bennet debería haber sido su primera opción como esposa, una idea absurda si alguna vez hubo una, o que Lucas debería considerar cargar con tal mujer, tan misteriosa y extraña como cualquier persona que hubiera conocido?

Como estaba previsto, Boisil se encargó de dirigir al grupo más grande de Thains hacia el norte mientras Lucas guiaba a los demás hacia el sur nuevamente. Lucas dejó a Airril solo con sus pensamientos, cualesquiera que hubieran sido en su totalidad, un asunto que no estaba dispuesto a explorar.

Con menos personas y sin necesidad de preocuparse por aquellos que no podían viajar bien, la comitiva avanzó rápidamente, llegando a Brathwick mucho antes de que el sol se pusiera sobre las colinas al oeste de Ashfield.

Una vez más, solo él y Airril entraron en el convento, siendo llevados inmediatamente a la cámara privada de Lady Euphemia, aunque se les pidió esperar, ya que la abadesa estaba reuniéndose con el encargado de los terrenos del convento, se les informó.

—En mi próxima vida —dijo Airril mientras manejaba e inspeccionaba varios de los objetos exhibidos en la bien equipada habitación, en ese momento una lupa con mango de hueso—, podría gustarme ser dama de la iglesia. Parece que viven bien, no les falta nada. —Luego tomó un pequeño tomo, no más grande que su

palma, encuadernado en fino cuero, con los bordes de cada página pintados de rojo.

—Demasiado restrictivo —replicó Lucas en contra de la idea misma—. No creo que salgan del convento con frecuencia. Y a mi parecer, pasan demasiado tiempo de rodillas.

—Todo muy virtuoso y no sin razón —dijo Airril con un resoplido que podría ser desprecio—, pero conozco otras razones más gratificantes para estar de rodillas…

La puerta se abrió, interrumpiendo el resto de los pensamientos de Airril, que seguramente habrían coincidido con los que Lucas tenía en mente.

—Caballeros —saludó Lady Euphemia, no sin una nota de interrogación en su voz—, qué placer darles la bienvenida nuevamente. Un placer de verdad, aunque la alegría está teñida por un pequeño toque de sorpresa, a decir verdad.

Su sonrisa era efusiva, el saco de monedas que Lucas le había dado días atrás probablemente ayudaba a provocar tal benevolencia. Les hizo señas para que se sentaran en las sillas dispuestas para realizar negocios y conversaciones, y Lucas ocupó la misma silla que había usado no hace mucho.

La siguió otra hermana, una matrona de aspecto severo que parecía haber servido eficazmente como guardia de prisión. Esta mujer no se sentó, aunque había espacio de sobra, sino que permaneció de pie detrás de la silla regia de la abadesa, con los labios apretados y las manos cruzadas a la altura de la cintura.

—Han dejado algo atrás —adivinó la abadesa, levantando sus cejas negras y rectas, demasiado gruesas y desordenadas para ser naturales en una mujer.

Lucas adoptó una sonrisa apropiada para lo que asumió era un comentario ingenioso y no se anduvo con rodeos ni permitió que su mente volara con suposiciones, sino que dijo:

—He venido en busca de la mano de Isobel Wemyss, Hermana Ruth, ella es. Tengo entendido que aún no ha tomado sus votos finales. Estuvimos prometidos, casi prometidos —aclaró— en nuestra juventud.

La expresión de la buena dama no cambió, salvo por un ligero levantamiento de las cejas, pidiendo más información.

Preguntándose cuánto más podría Lady Euphemia sacarle en monedas antes de que esto terminara, Lucas afirmó.

—Habiendo conocido a Isobel tanto tiempo, y tan bien en su momento, creo que sería la chatelaine perfecta para la abadía de Newburn.

—Ya veo —dijo la abadesa. Observó brevemente a Airril antes de volver su atención a Lucas—. ¿Y la dama en cuestión le ha dado alguna indicación de que… sienta lo mismo?

—No he hablado de esta propuesta con Isobel, pero busco su permiso para hacerlo ahora.

Ella asintió, y para la mente de Lucas, parecía mostrar a una mujer cuyo pensamiento giraba frenéticamente buscando alguna manera de evitar su deseo.

—Por supuesto, como mujer viuda y no sancionada por los deseos de su padre, es su elección proceder con su promesa… o retirarla. —Y con eso, sometió a Lucas a una mirada medidora, dejando muy claro que preferiría no sacrificar a una potencial monja al matrimonio.

—¿Podría hablar con la dama en cuestión? —preguntó—. Para que se le presente esta otra opción, que quizá no haya considerado disponible para ella. —Debía asumir que Isobel no tuvo otra elección al momento de la muerte de su esposo. O posiblemente, convertirse en monja había sido el menor de todos los males. Lucas nunca la había conocido como excesivamente piadosa.

—Por supuesto —dijo ella. Giró ligeramente la cabeza y asintió a la mujer detrás de ella, que inmediatamente se dirigió a la puerta y luego salió por ella.

Lucas supuso que iba a buscar a Isobel.

La habitación permaneció en silencio entonces, incómodamente. Y Lucas no solía preocuparse por los silencios incómodos, pero sí se preguntó si debería iniciar una conversación mundana para aliviar la repentina incomodidad en la cámara.

Podría haber preguntado por Cora, el único otro tema que se le ocurrió, y solo porque él mismo la había llevado allí hacía apenas

media semana. Pero no lo hizo.

Probablemente estaría bien.

Esa no era la única razón por la que no mencionó a Cora. Las palabras, el comportamiento y las suposiciones de Airril aún lo perturbaban, y Lucas se dio cuenta de que no le agradaría enfrentarse a Cora por lo que estaba a punto de hacer. Ella había pedido ir con ellos cuando se fueron, y él se lo había negado. Y ahora había regresado, y aún no tenía intención de sacarla de Brathwick o asumir responsabilidad por ella. Y eso lo irritaba, porque no tenía sentido. ¿Por qué debía sentirse culpable por volver para casarse con una mujer que una vez amó, y sentirse mal por la reacción que pudiera tener alguna mujer extraña que acababa de conocer?

Como si el objeto de sus pensamientos fuera conocido por alguien más que él, Lady Euphemia se inclinó hacia adelante casi abruptamente, como si pudiera lanzarse sobre Cora como tema a discutir para romper el silencio creciente.

—Es una pena que no haya echado de menos a la joven, Caitrin —dijo—. *Non*, no Caitrin. —Lady Euphemia se dirigió a la severa monja que había enviado y que ahora regresaba, retomando su posición de centinela—. ¿Cuál era el nombre de esa niña extraña? —La abadesa soltó una risita para aligerar su propio olvido—. No sé por qué no puedo recordar...

—Se llama Cora —interrumpió Airril, con un tono cortante, sin esforzarse en ocultar su disgusto.

Al mismo tiempo, las cejas de Lucas se fruncieron con fuerza y dijo cortante:

—¿La echa de menos?

—*Oui*, Cora. Un nombre curioso. Ah, pero se ha ido. Supuse que esperaba a alguien, ella misma lo dijo. Pero luego… simplemente se marchó. Se fue caminando, dijeron.

—Maldita sea —maldijo Lucas, sin inmutarse ante las expresiones horrorizadas de ambas mujeres por su exclamación—. ¿La dejó ir? ¿Nadie vino por ella?

—Se fue —adivinó Airril con enfado al mismo tiempo—, ¿sola? ¿Sin escolta? ¿A pie?

—B...bueno, sí —tartamudeó la abadesa, reculando en su silla ante su indignación—. No instruyó que debía…

—¿Cuándo se fue? —preguntó Lucas, poniéndose de pie—. ¿Había…?

—¿Al menos le dieron comida? —intervino Airril—. ¿Una capa caliente o algo así?

Alguien aclaró la garganta en la puerta, silenciando las recriminaciones de Lucas y Airril hacia la abadesa.

Isobel estaba allí, con expresión impenetrable salvo por sus labios entreabiertos y un leve ceño.

Lucas no esperó la respuesta de la abadesa y centró su atención en Isobel. Curioso, ya que no lograba interpretar su comportamiento, su reacción a su llegada. No parecía alegre, aunque su mirada se posó en él primero. Pero tampoco parecía cautelosa. Había placer en su belleza incomparable, lo entendió de inmediato, pero había algo más en ella, alguna respuesta ante su aparente indiferencia.

Y, sin embargo… debía saber, aunque la monja que la había llamado le hubiera dicho que él había llegado o por qué… debía saber, justo al verlo, por qué había regresado.

Y, sin embargo, esa indiferencia. ¿O realmente estaba frunciendo el ceño?

Quizá había oído la furia que él había dirigido a la abadesa por permitir que Cora Bennett saliera del convento.

Posiblemente, la abadesa agradeció la interrupción, que la libró de la justa pero mal expresada ira de Lucas y Airril por la desaparición de Cora. Ella le evitó a Lucas la tarea de tener que hilvanar palabras para una propuesta al anunciar con descaro:

—El laird ha venido por ti, *ma cherie*. Ha venido por una esposa.

Por bien educada que fuera, probablemente de la nobleza, instruida en comportamiento y modales, la abadesa le sirvió de manera injusta con tal anuncio tan directo.

Pero de Isobel, ni un suspiro, ni sorpresa. Ninguna emoción, ni buena ni mala. Solo esa tranquila contemplación mientras lo miraba. No pasó desapercibido que sus ojos se apartaron de los

suyos, apenas un instante, para recorrer su cuello. La cicatriz. Sus labios permanecían ligeramente entreabiertos, pero no dijo nada.

Lucas enfrentó a Isobel directamente, olvidando por un momento a los demás en la habitación.

—Habría formulado la petición de otra manera, me gustaría creer —dijo, intentando aligerar la situación, sin saber bien qué pensar de la falta de reacción de Isobel—. Pero sí, he venido a pedirte una vez más que tomes mi mano, Isobel.

Su respuesta tardó en llegar. Tanto, que Lucas sintió que comenzaba a fruncir el ceño. Por más que intentara, no podía imaginar por qué no había considerado, ni siquiera vagamente, que ella podría no querer casarse con él. Estaba a punto de sugerir que no necesitaba responder de inmediato, que quizá quisiera tiempo para considerar una decisión tan trascendental. Pensó que debería haber solicitado una entrevista privada con Isobel.

Estaba a punto de hacerlo cuando Airril, impaciente por la demora de Isobel, apareció en su periferia.

Lucas dirigió una mirada oscura a su capitán mientras se dirigía a la puerta.

—Sí, y ya que estás por aquí, iré a buscar a la joven —resopló Airril.

Cora. Quería perseguir a la tonta joven.

Con los dientes apretados tan firmemente como Airril, Lucas preguntó:

—¿Puedes esperar cinco minutos más? —Al menos para entonces tendría su respuesta.

Airril lo miró con desdén, pero se detuvo cerca de la puerta, detrás de Isobel.

Lucas volvió su atención a Isobel, que parecía no perturbada por la interrupción, aunque aún detenida por su indiferencia sin aliento. Quizá estaba sorprendida después de todo.

Exhalando su frustración, no había esperado ni la posibilidad de que Isobel pudiera rechazarlo, ni esta nueva preocupación por el paradero desconocido de Cora, dijo a Isobel:

—Sé que debe parecerte un…

—No puedo casarme contigo, Lucas —interrumpió ella, efectivamente sin aliento, aunque con su constante serenidad.

Habían pasado varios segundos desde que él había hecho la petición formal, por lo que no podía decir que la respuesta lo sorprendiera, pero sí levantó la ceja, preguntándose por qué, aunque no se atrevía a preguntar en voz alta, en compañía, si sus cicatrices la repelían.

Isobel aclaró su garganta y lanzó una mirada ansiosa al atento público detrás de Lucas, las dos monjas, antes de acercarse audazmente a él.

—Yo… te vi, Lucas, con ella en tus brazos —dijo en voz baja —. Esa *lass*, Cora. Vi cómo la mirabas y cómo ella te miraba a ti. Dudo que ahora, después de todos estos años, te sorprenda, pero Lucas, yo… nunca te miré como ella. —Sus labios se curvaron en una sonrisa agridulce—. Ella te mira como si… —dejó la frase en suspenso, ampliando su sonrisa para indicar que no diría más—. Y tú… ahora estás ansioso por encontrarla. Ve a ella y encuentra tu futuro. El mío está aquí. —Una vez más, observó la piel marcada de su cuello—. No somos las mismas personas que éramos hace una década. Habiendo tomado caminos tan diferentes, creo que podríamos estar más separados, emocional y espiritualmente, que nunca antes.

Cada parte de su explicación dejó a Lucas sin palabras.

¿La manera en que él miraba a Cora?

¿Más separados que nunca antes?

Isobel suavizó el golpe.

—No puedo casarme contigo. Estoy destinada, y felizmente, a ser una esposa de Cristo. Nuestro tiempo, Lucas, fue entonces. Y nunca fue realmente nuestro.

Solo una vez en su vida había suplicado algo. Hace diez años, había suplicado a Isobel que huyera con él.

No había suplicado antes ni después, y nunca lo haría de nuevo, ciertamente no ahora, no por esto.

Asintió, aceptando su respuesta. Sabía que no era el amor lo que lo había llevado a cabalgar de Cairncross a Brathwick, no se trataba de eso. Solo tenía que ver con necesitar una esposa y haber

redescubierto a Isobel, a quien imaginaba perfecta para el papel. La idea de no tener que cortejar a alguien, habiéndolo hecho ya, le resultaba bastante atractiva.

Había sido criada en una gran casa y luego había administrado una propia. Había sido tanto hija como esposa de un soldado; sabía lo que se esperaba de ella y qué esperar a cambio. Verdaderamente, a pesar de la verdad que había revelado, *más separados que nunca*, él creía que habría sido una pareja ideal.

Por ello, era desafortunado su rechazo. Pero no era desgarrador. No esta vez.

Asintió con brusquedad.

—Te deseo lo mejor, Isobel, —fue todo lo que pudo decir. Y lo decía en serio. No había sido grosera, había logrado ocultar cuál era realmente su reacción ante sus cicatrices, y le había dado bastante en qué pensar, eso era seguro.

—Y yo a ti, Lucas —dijo ella, con una sonrisa más cálida que antes.

Con una ligera reverencia hacia las hermanas de ojos abiertos, siguió a Airril fuera de la cámara.

Airril marchaba con paso decidido por el pasillo, pero se detuvo cuando estuvieron lo suficientemente lejos para que nadie los oyera. Se volvió y enfrentó a Lucas, abriendo la boca.

—No digas una palabra —aconsejó Lucas con tono peligroso, y continuó caminando, pasando junto a su capitán—. Pero escucha esto —dijo por encima del hombro mientras Airril lo seguía—: no perderé más de dos días buscándola.

Lass imprudente, saliendo sola.

Pensó en Isobel a continuación, pero solo en el contexto de su desconcertante suposición y no de su rechazo a su propuesta.

De hecho, Isobel no era la misma persona que hace diez años, decidió mientras salían y reunían a sus caballos. Quizá ya no era tan astuta, su experiencia en el mundo demasiado limitada ahora que sufría las consecuencias. Tal vez bebía demasiado vino durante las numerosas misas semanales a las que asistía. No podía asegurarlo. Pero claramente, ya no era tan perspicaz como antes. Ciertamente, no podía leer a la gente tan bien como lo hacía antes.

¿Un futuro con Cora Bennett?

Cora Bennett, o cualquiera de su tipo, habladora y nerviosa, pronta a las lágrimas y mostrando cada emoción en el rostro en todo momento, no era lo que él imaginaba como su pareja de por vida, no estaba hecha de nada que le resultara atractivo. Sus gustos, estaba convencido, tendían más hacia lo sereno y equilibrado. Le agradaba una mujer con buen juicio, que hablara suavemente y con eficacia, que fuera obediente pero no se alterara con facilidad.

Su apariencia, aparte de su vestimenta extraña, podría atraer a muchos hombres, pero Lucas apreciaba a una mujer con un poco más de sustancia, una que no se rompiera solo con tocarla.

Se vestía de manera rara y llevaba esas cuestionables *gafas*. Era endeble, sus ojos demasiado grandes, su sonrisa demasiado… fácil. Su mirada lo inquietaba, la forma en que posaba tanta esperanza en alguien al conocerlo por primera vez.

Quizá en un entorno perfecto, Cora Bennett era una persona muy buena, muy dulce. Pero lo dulce no tenía lugar en su vida.

CAPÍTULO DOCE

Diario De Una Viajera Del Tiempo

Había llegado a un punto en que le costaba enumerar todas, o siquiera algunas, buenas ideas que había tenido en su vida. No era tan fácil como uno podría sospechar.

Decirle a su madre que la amaba antes de subir al avión hacia Escocia había sido una idea fabulosa, ciertamente porque ahora parecía existir la posibilidad de que nunca volviera a ver a su madre. No es que no la amara, pero simplemente… no eran ese tipo de familia. O, más bien, Cora pensaba que sí lo eran, o podrían serlo, pero sus padres no lo eran. La amaban, eso lo entendía; simplemente, no se decía todo el tiempo. O, mejor dicho, rara vez se decía.

Dejar que Mark Evans copiara de ella en la clase de física de último año, porque él era tan guapo, y ella… tan poco, había sido una mala idea. Lo había malinterpretado, su interés en ella, que en retrospectiva había comprendido que nunca se había demostrado fuera de la clase del Sr. Hoover. A Mark no le importó su suspensión de tres días mutua, pero Cora había sido humillada y luego castigada en casa también, confinada durante todo un mes.

Seguir una carrera y luego un trabajo en contabilidad, únicamente para complacer a su madre y a su difunto padre, pero que no le proporcionaba ninguna satisfacción, había demostrado ser responsable, tenía un trabajo bien remunerado en el que destacaba, pero no estaba contenta con su profesión y probablemente nunca lo estaría.

No haberse asustado más cuando apareció una bruja vaga con apenas datos sobre quién, qué, dónde, por qué y cuándo había

sido increíblemente mala idea. Pero aún no tan mala como no haberse alejado de dicha bruja tras un educado, *gracias, pero no.*

Y luego… ¿realmente alejarse del convento cuando no tenía idea de dónde estaba ni hacia dónde iba? Gran, malísima idea. Gigante. ¿Haber comido...en las primeras tres horas...la escasa cantidad de comida que le habían dado para su viaje hacia ninguna parte? Otra idea terrible.

Vale. No más malas decisiones.

Ninguna.

—Lograste navegar por los aeropuertos JFK y Heathrow sin ayuda —se recordó a sí misma—. Creo que puedes encontrar un lugar llamado Roslin.

Sabía que estaba al sur y que se dirigía, en general, hacia esa dirección.

Pero la Hermana Ester, que trabajaba en la cocina del convento y decía ser de algún lugar cerca de Roslin, había sido más vaga que clara al describir el camino necesario para llegar allí. Tres veces Cora le había pedido que no usara ciudades o pueblos como puntos de referencia, ya que no conocía ninguno, y no era como si hubiera señales de tránsito o esos modernos letreros de *"Bienvenido a Cualquier Lugar, Población 123"* que la orientaran. Aunque amablemente le había preparado un paño con pan y queso, la Hermana Ester había ignorado que Cora no podía entender su inglés pésimo, y seguía nombrando pueblos que Cora tendría que cruzar para llegar a Roslin.

Al final, Cora simplemente le pidió a la monja que señalara.

—¿Directo al sur? —preguntó—. ¿O más al sureste? ¿Suroeste?

—Al sur, y luego al este —le indicaron.

En ese momento, estar perdida era solo la mitad de su problema, decidió. Llevaba aproximadamente una hora caminando cuando se dio cuenta de que había subestimado su propia resistencia y su tolerancia al frío. Sus sandalias de cuña eran lindas, uno de sus pares favoritos, pero eran totalmente poco prácticas, incluso sin nieve en el suelo. Habían estado bien para ese día inusualmente cálido antes de ser transportada en el tiempo, cuando

solo estaba de compras por la ciudad. Pero aquí y ahora… bueno, tendría suerte si no sufría de congelación al llegar a Roslin. Si es que llegaba. Se había negado a dejar su propia ropa atrás, aunque había aceptado agradecida la oferta de la Hermana Ester de un largo manto de lana. Pero ahora se sentía como Jane Eyre, cruzando los páramos, con el viento levantando el manto y alejándolo de su cuerpo, de modo que apenas le proporcionaba calor.

Su siguiente preocupación era la caminata en sí. ¿Y si se encontraba con otro río furioso que tuviera que cruzar? ¿O montañas demasiado altas para escalar? ¿O animales salvajes? ¿O criminales medievales dispuestos a hacerle daño?

Oh. Había tantas cosas que podían salir mal. Y con su suerte, probablemente *así* sería.

Ayer no había tenido el valor de salir hasta más tarde, así que solo había caminado unas pocas horas antes de que cayera la noche y se desplomara bajo un robusto tejo. Se masajeó los pies y luego se acurrucó bajo el manto, apenas pudiendo dormir por todos los sonidos nocturnos que la aterraban. Había considerado caminar durante la noche y dormir de día, cuando podría tener menos miedo, pero rápidamente descartó la idea como impráctica: necesitaba el sol para caminar en lo que esperaba que fuera, al menos, la dirección correcta. En ese aspecto, solo tenía lo antiguo: *el sol sale por el este y se pone por el oeste.*

—Día dos —narró Cora en voz alta—. La viajera en el tiempo desdichada está agotada. El cielo está oscuro, lluvia o nieve inminente. El pánico se avecina.

Al levantar la cara hacia el cielo una vez más, temía tener razón. Tenía casi más miedo a la lluvia o la nieve que a cualquier otra cosa. Morir congelada parecía un final lento y horrible.

—Vaya, y me encontrarán desnuda —gimió, recordando algún dato aleatorio de que las etapas finales de la hipotermia a veces incluían el fenómeno de que la víctima sentía calor y se despojaba de la ropa—. Genial. Seré estúpida, muerta *y* desnuda.

Alcanzó la cima de una pequeña elevación y miró el valle debajo. A pesar de su situación desesperada y del espeso pasto y helechos por los que tenía que avanzar, no podía ignorar la vista.

Delante de ella, colinas más grandes cerraban el paso desde la izquierda y la derecha sobre un estrecho tramo de lo que parecía un sendero serpenteante. Las montañas más lejanas tenían la cima nevada y el valle directamente frente a ella era de un verde fresco. No había nada más, solo ese sendero en el valle y esas montañas. Era aterradoramente remoto, pero al mismo tiempo impresionante por su majestuosidad.

Pero también hacía frío allí arriba, incluso en esta pequeña colina. Cora se apretó el manto alrededor del cuerpo y siguió avanzando, ahora cuesta abajo. Al pie de la colina, donde la vista seguía siendo buena, el terreno se volvió cada vez más pantanoso, y sus pasos eran pesados y torpes hasta que cayó cuando su pie se hundió y quedó atrapado, produciendo un sonido de succión al intentar sacarlo del barro. No salió fácilmente, y perdió el equilibrio, tambaleándose por unos valiosos segundos antes de dar un salto y luego inclinarse hacia un lado. De alguna manera logró no plantar ambas manos en el suelo fangoso. Bajó la cabeza hacia su pecho, con la desesperación tan cerca que casi podía saborearla.

No. No voy a rendirme.

Sacudió el puño sobre su cabeza, al estilo de Scarlett O'Hara, y juró al cielo:

—¡Llegaré a Roslin, lo juro! No me importa si me mata.

Por supuesto, eso no tenía sentido, pero le dio a Cora tenacidad, y se levantó, secándose las manos en el pobre y maltratado manto mientras hacía muecas por la suciedad atrapada bajo las uñas de la mano derecha. Para asegurarse, añadió en voz alta:

—¡Voy por ti, Samara!

Molesta y luchando por mantener la poca esperanza que le quedaba, recuperó su maltratado bolso y la bolsa de plástico blanca de la Librería de High Street y siguió adelante, mirando a su alrededor, tratando de encontrar un lugar o camino donde el suelo fuera más firme.

En cambio, se sorprendió al encontrar a dos niños pequeños observándola. Ninguno estaba más abrigado que ella. No estaban cerca y casi se confundían con el paisaje, vestidos con ropas toscas

y apagadas, y Cora casi los pasa por alto, donde estaban justo en el borde del bosque que había intentado evitar durante dos días. Un hábito antiguo de entrecerrar los ojos le permitió notar que parecía un niño y una niña observándola.

Luchando por sacar los pies del barro y avanzar hacia *terra firma*, Cora les gritó:

—¡Ey! ¡Ayúdenme!

No se movieron.

—¿Qué diablos…? —Cora se esforzó con más determinación para salir del pantano—. ¡Esperen!

Gritó cuando uno se dio la vuelta y se alejó, desapareciendo entre los árboles.

Solo quedó una niña pequeña. No tendría más de seis o siete años.

Finalmente, Cora encontró terreno sólido y comenzó a trotar hacia la niña, preguntándose qué hacía aquella criatura en medio de la nada. Quiso correr, pero simplemente no pudo. Entre el agotamiento y el estado de sus pies y sandalias, correr rápido no era una opción.

Cuando había reducido la distancia entre ella y la niña y los árboles más allá a menos de quince metros, se detuvo de golpe al escuchar su nombre gritado a través del valle.

El bramido era tan profundo y sorprendente que Cora literalmente dio un salto al moverse y casi cayó nuevamente. Al girar rápidamente, escaneó las colinas y montañas circundantes, alarmada al ver a un pequeño grupo de jinetes donde ella había estado momentos antes, en la cima de esa modesta colina. Desde esa distancia, eran solo siluetas oscuras, nada más que puntos, pero Cora tuvo la extraña sensación de que la voz detrás del grito pertenecía a Lucas Thain.

Solo una cosa más que simplemente no tenía sentido. Pero, desde que se había encontrado con esa estúpida bruja, Samara, casi nada tenía sentido. Lucas y los Thain habían salido de Brathwick días antes que ella, y según entendía, se dirigían al norte. Uno de los jinetes bajó por el lateral de la colina y luego se mezcló con la

vegetación, tanto que incluso entrecerrando los ojos no lograba distinguir quién podía ser.

Confundida y no solo un poco asustada, Cora volvió su atención hacia la niña pequeña.

No se había movido todavía, pero ella también había notado a esas personas en la cima de la colina. Estaba sucia y demacrada, como si no comiera regularmente, y cuando encontró la mirada de Cora, sacudió la cabeza, se dio la vuelta y desapareció entre los árboles, justo como su compañero momentos antes.

—¡Espera! —gritó Cora de nuevo. La persiguió, aunque aún no podía moverse con suficiente rapidez, de modo que cuando llegó a los árboles, y mientras su nombre se gritaba nuevamente desde el jinete que venía, la niña ya no estaba.

Saltando entre pinos bajos y sobre el suelo del bosque cubierto de agujas, hojas y ramas caídas, Cora la buscaba.

—¡Hola!

Cuando su propio nombre se gritó nuevamente, mucho más cerca esta vez, Cora supo con certeza que era Lucas Thain.

El peculiar y excitante *Coy-ra* era inconfundible mientras cerraba la distancia entre ellos. Iba a alcanzarla, y eso estaba bien, cualesquiera fueran sus razones para perseguirla, pero ella quería encontrar a esos dos niños. Le preocupaba que ambos estuvieran perdidos en ese bosque.

—¡Por aquí! —gritó por encima del hombro mientras corría entre los árboles, dándole a Lucas su dirección.

A caballo, la alcanzaría en un instante.

—¡Detente! —rugió él de vuelta, ya más cerca.

—Hay una niña pequeña aquí —dijo, sin preocuparse realmente si él podía escucharla o no.

Su siguiente respuesta tenía un tono de mayor urgencia.

—¡Cora, espera!

Para entonces, ella estaba adentrándose en el bosque, el terreno irregular, pero en realidad más fácil de correr, ya que estaba mayormente seco y cubierto con suficiente material para crear fricción y evitar que resbalara.

Se detuvo de golpe al ver a la niña nuevamente.

Respirando con dificultad, Cora dejó caer los brazos, dejando que su bolso y la bolsa tocaran el suelo.

—Oh, menos mal. Ahí estás. —Un rápido vistazo al área no reveló al otro niño, de quien estaba bastante segura que era un niño. Y aunque estos bosques estaban poblados de muchos pinos como árboles de Navidad, la mayoría alcanzaban el cielo y el sol, con sus troncos sin ramas a nivel del suelo. Y había muy poca maleza, haciendo del lugar un bosque pintoresco y extrañamente silencioso, excepto por el ruido que hacía Lucas al acercarse.

—¿Estás perdida, cariño? —preguntó a la niña.

En ese momento, Lucas Thain irrumpió en la escena a toda velocidad, todavía gritándole, atrayendo su atención hacia él.

—Maldita sea, Cora. ¿Por qué no…? —frenó en seco y se interrumpió al ver a la niña.

Ignorando todo el alboroto y la ira innecesaria que traía consigo, Cora absorbió la magnífica visión de él y explicó:

—Encontré a esta niña. Estaba parada al borde del bosque. Hay otro…

—Súbete aquí —interrumpió, su ceño se oscureció misteriosamente—. Ahora, Cora. —Acercó el caballo a ella y le ofreció la mano, pero su mirada no estaba en ella, sino moviéndose por todo el bosque silencioso.

—Lucas, no podemos irnos...

—Ahora, maldita sea —gruñó entre dientes, desconcertando a Cora con la fuerza de su furia.

Atónita por su vehemencia desconcertante, dudó, el tiempo suficiente para que Lucas mostrara impaciencia y la alcanzara.

Y ahí fue cuando todo se descontroló.

***

Cayeron desde las copas de los árboles, descendiendo por cuerdas hasta el pequeño claro donde probablemente la pequeña había sido instruida a detenerse y esperar. Bajaron columpiándose, no uno o dos, sino más de una docena, hombres vestidos con colores que se confundían con la vida invernal dormida a su alrededor. Varias personas más surgieron del suelo, levantando las tapas cubiertas de hojas de sus escondites excavados.

Antes de que los primeros pies que caían de los árboles tocaran el suelo, Lucas había desenfundado su espada. Pero ya era demasiado tarde. Más personas, hombres y mujeres, algunos increíblemente jóvenes, todos armados, aparecieron desde donde se habían ocultado en el bosque.

Cora, probablemente demasiado atónita para gritar, fue rodeada de inmediato y apartada de Lucas.

El labio de Lucas se curvó con furia mientras su corazón parecía caerle al estómago. Y ahora lamentaba haber ordenado bruscamente a Airril que esperara en el beinn donde habían visto a Cora en el valle, persiguiéndola sola. Su capitán y hombres no tendrían idea de lo que sucedía ahora, no serían inducidos a montar para rescatarla.

Claramente, no era su primera emboscada. Nadie desafiaba al enorme guerrero sobre su gigantesco destrier; no había necesidad, nadie que Lucas tuviera que enfrentar. Habría luchado. Obviamente, habría luchado para evitar ser capturado.

Pero por el cuchillo presionando contra la pálida columna de piel en el cuello de Cora…

—¿Me estás tomando el pelo? —gritó ella, más molesta que asustada por estar rodeada, empujada y contenida por al menos cuatro hombres y varias mujeres. Ignorando curiosamente la hoja en su cuello, abofeteó la mano de un hombre, quien levantó e inspeccionó un collar de oro alrededor de su cuello que Lucas nunca había visto. —No toques eso.

Lucas saltó de su caballo, sabiendo que eventualmente lo tirarían, y esperando desviar la atención de Cora. Fue rodeado por los hombres más grandes y presumiblemente más valientes del grupo, cinco o seis, aunque ninguno lo atacó físicamente, ninguno se atrevió a desafiar la espada larga que blandía; solo se aseguraron de que no pudiera escapar ni llegar a Cora.

Y la atención no se apartó de la presencia muy impactante de Cora.

Su reacción a Cora, a su apariencia, fue similar a la de sus propios hombres cuando la vieron por primera vez caminando por

esa cresta cerca de Roslin. Estas personas solo hablaban gaélico, y Cora no podía saber qué decían sobre ella.

—¿Es ella la puta del hombre grande entonces? —se preguntó una mujer de cabello rizado, con la cara cubierta de barro como tantas otras, en su intento de camuflaje.

—No valdrá tanto por ella —comentó otra, lo que le iluminó a Lucas sobre su posible plan.

—No si cobramos por peso, de todos modos —dijo otra, provocando carcajadas a su alrededor.

—Farquhar se la llevará —predijo otra—. Le gusta la fruta madura.

Lucas consideró esto un mal presagio, pero no dijo nada.

Aparte del pequeño grupo alrededor de Cora, todos los demás parecían observar a Lucas. Esperando.

Si hubiera estado solo… si no fuera por Cora, oh, lo que no se atrevería a hacer ahora.

Cuando un lad se abrió paso entre la multitud alrededor de ella y alcanzó sus gafas, Cora ofreció su mayor resistencia, contorsionándose y sacudiendo la cabeza para mantener el extraño accesorio fuera del alcance del lad.

—Estoy tan harta de toda esta mierda del siglo XIV. Ya tuve suficiente, te lo digo —exclamó con un estallido de molestia.

Su arrebato solo los hizo más audaces. Por cada mano que alejaba, aparecía otra tratando de tocarla.

—¡Basta! —ordenó Lucas firmemente en gaélico, en voz alta, lo que efectivamente silenció a los treinta o más matones que los rodeaban, y obligó al joven a retirar la mano que quería reclamar sus gafas—. Cumpliré —dijo entonces—. Pero ella no debe ser acosada de ninguna manera. De lo contrario, lucharé ahora y cada vez que tenga oportunidad, y muchos de ustedes morirán. —No era completamente una amenaza vacía. Sabía que daría un buen espectáculo. Estas personas no eran más que criminales del bosque, no entrenados para la batalla, no con experiencia en combate tan cruel como Lucas. Estaban armados con martillos, hachas y lanzas hechas de ramas cortadas y labradas; por su parte, además de su espada, Lucas tenía tres cuchillos más. Sería asesinado, por

supuesto, si se veía obligado a luchar, pero solo después de haber enviado a algunos de ellos al infierno primero. Sabiendo que estas bandas estaban compuestas mayormente por unidades familiares, estaba seguro de que nadie quería presenciar ni causar la muerte de sus familiares.

Dado que ahora tenía su atención, y la de Cora también después de que ajustó cómo se apoyaban esas gafas sobre su nariz, Lucas preguntó con indiferencia:

—Entonces, ¿qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

Si solo querían despojarles de sus objetos de valor, Lucas ya estaría muerto, y Cora perdería todos los extraños accesorios que llevaba.

—Nos gusta creer que estamos recibiendo lo que nos corresponde —dijo una mujer corpulenta en gaélico, portando un hacha, su rostro tan grueso que los ojos se perdían entre tanta piel.

Conteniéndose para no mostrar su impaciencia ante esa vaga respuesta, Lucas preguntó más:

—¿Robando, entonces? ¿Depredando almas perdidas? ¿O algo más?

Era una multitud sospechosamente grande si su único propósito era llevarse joyas y bolsas de monedas.

—Nos alimentamos todo el invierno pasado con el dinero que pagaron por ese… ¿cómo se llamaba? —preguntó un joven arrogante, el mismo que había intentado hurtar las gafas de Cora. —Ah, sí —dijo, dándose un golpe en la cabeza al recordar—, el barón Baston. Excelente compañía la que tuvimos durante tres meses mientras su esposa debatía si pagaría o no.

Una ronda alegre y orgullosa de risas y carcajadas acompañó esto.

Entonces era un rescate. Sin embargo, Lucas no tenía intención de ser secuestrado por un grupo de ladrones ineficaces y dudosos. Asintió, fingiendo entender y considerar esto, mientras echaba un vistazo a las personas apiñadas en este pequeño claro. Un hombre sostenía un hacha mientras entrecerraba un ojo hacia Lucas, pero su mano estaba demasiado arriba del mango para ser efectiva. Otro llevaba una lanza, pero no la sostenía con los cuatro

dedos y el pulgar correctamente alrededor del eje, como se necesitaría para lanzarla con precisión. Otro más blandía un puñal, probablemente robado, pues el mango era de metal finamente repujado; él también lo manejaba de manera incorrecta, sosteniéndolo de tal forma que solo podía usar un movimiento de estocada por encima de la cabeza. Lucas apostaría a que, aparte de desollar animales para comer, ninguno de estos había derramado sangre antes en combate.

—Sí, hablemos de esto —sugirió, metiendo los pulgares en su cinturón para parecer inofensivo mientras se acercaba a todos los que intentaban mantener cierta distancia. —Entiendo que probablemente tengan hambre y estén desplazados, y tal vez algo más. No me opongo a ver qué podría hacerse con... —se interrumpió, sacando su brazo derecho con velocidad relámpago para agarrar a la persona más cercana. Al mismo tiempo, su mano izquierda se deslizó cerca de su cintura y sacó su propio puñal de treinta centímetros de largo, que luego presionó contra la garganta del hombre mientras lo reunía frente a Lucas.

Con cierta reprimenda por lo mal planeado de su acción, y con la idea de que tal ineptitud probablemente provocaría la muerte de alguien si no lo había hecho ya, les gritó:

—Eligieron mal, escogieron mal al maldito objetivo. Tengo un ejército de trescientos hombres. ¿Quieren que arrasen este bosque buscándolos? No, no lo quieren.

Cambiando al inglés, espetó:

—Cora, ven aquí.

Ella se dispuso a obedecer al instante, con los ojos tan abiertos como los de cualquiera alrededor. Alguien la jaló hacia atrás.

Rechinando los dientes, Lucas deslizó la hoja a lo largo del cuello de su cautivo, lo suficiente para hacer brotar sangre.

Un jadeo colectivo se escuchó.

—¡Mierda, amigo! —exclamó un hombre anciano de rodillas nudosas, más molesto que asustado—. No hemos derramado sangre.

Ignorando esto, Lucas ordenó:

—Suéltenla ahora. Puedo matar a este antes de que parpadeen y a tres más antes de que la orina que derramen toque el suelo.

Más disgustados que realmente asustados —algunos hombros se encogieron de decepción—, los más cercanos a Cora se apartaron mientras la dejaban ir.

A cambio, Lucas empujó a su cautivo hacia ellos, sin importarle que el hombre tropezara y cayera de rodillas. Manteniendo un ojo en los ineptos secuestradores y aun sosteniendo su puñal con amenaza implícita, Lucas retrocedió hacia su montura y le ofreció una mano a Cora para que subiera, ya que el estribo estaba fuera del alcance de sus piernas.

Ella era muchas cosas, y hasta ahora la mayoría habían sido molestas, pero Cora era astuta y no perdió tiempo en colocar su pie en su mano y elevarse en la silla de montar. Lucas la siguió de inmediato, subiendo detrás de ella. Cora le pasó las riendas que había recogido. Con una última mirada a los sorprendidos y decepcionados ladrones del bosque, hizo girar el caballo y abandonaron el lugar, manteniendo un paso rápido hasta estar lo suficientemente lejos para reducir la marcha y caminar con seguridad por el terreno accidentado.

—Vaya. Esa gente fue grosera. ¿De verdad habrías… um, matado a ese hombre? —preguntó Cora, apoyando su mejilla contra su pecho.

—Sí. Cualquiera que quiera jugar a juegos mortales debe esperar que la muerte pueda ser el resultado.

—Pero, ¿qué les dijiste para que me soltaran?

—Les pedí amablemente —respondió seco. ¿Qué importaba? Recordó los problemas que ella le había causado, la demora en regresar a Newburn, cómo casi se mata. —No escuchas, lass. Solo actúas, y no...

—Lucas, había niños. Una niña y un niño y pensé que ellos…

—Te grité que te detuvieras —lo cortó.

—Pero estaba la niña —dijo ella—. No quería perderla de vista.

Él no intentó suavizar su molestia.

—¿Y ahora estás satisfecha, que la encontraste?

—Bueno, no. Obviamente. Pero no sabía… estás enojado. Lo entiendo. Pero ellos solo eran...

—Sí, niños. Lo has dicho muchas veces. Pero ves lo que realmente son. Cebo.

—Bueno, sí. Ahora lo veo. Así que sí, probablemente no debería haber ido sola, lejos de Brathwick, pero realmente no tenía opción y eso todavía no hace que esto sea mi culpa. No había hecho nada malo, así que no debería haber sido visitada por lo malo.

Él ignoró esa defensa como solo un intento inútil y desesperado.

—¿Cómo puedes vivir en este mundo, en estos tiempos peligrosos, y no tener ni idea de cómo mantenerte a salvo? y...

—Yo no vivo en este... —empezó ella, pero se interrumpió y dejó el pensamiento sin terminar. Volvió con descaro: —¿Por qué siempre me gritas?

—¿Por qué casi siempre estás a punto de matarte?

Ella no respondió y permaneció en silencio un largo rato, hasta que finalmente salieron del bosque y la cima del beinn era visible, libre de los que la esperaban. Airril habría movido al grupo desde la cima para que no quedaran allí como blancos inmóviles y vulnerables.

Una vez más, Cora giró la cabeza para enviar su voz hacia atrás.

—Lucas, ¿qué hacías tan lejos de aquí?

—Habíamos regresado a Brathwick y nos dijeron que te habías ido —dijo él.

Eso era todo lo que ella necesitaba saber, para él. No había razón para que conociera cuál había sido su intención en Brathwick, ahora frustrada.

Lucas hizo un esfuerzo por calmar la rapidez de su corazón y su respiración, tarea nada fácil después de que todo el día hubiera sido un desastre. Conocía la guerra, el conflicto y más batallas de las que podía contar, pero nunca había revisitado ninguna de esas escenas individualmente con ansiedad, considerando los *"qué pasaría si…"* de la vida. No antes de este momento, cuando estaba

asediado por lo que podría haber sido, o lo que le habría pasado a Cora si no hubiera llegado cuando lo hizo.

Vi cómo la miraste.

Las palabras de Isobel, dichas no hacía tres horas, lo habían desconcertado en ese momento.

El nudo de miedo en su estómago, que aún persistía, lo confundía aún más.

Maldita sea, todo el mundo se había vuelto loco, incluido él mismo.

CAPÍTULO TRECE

Pero la Esperanza es Irresistible

Mientras el caballo avanzaba con cuidado entre la hierba corta a lo largo del borde del bosque, Cora se sumió en un silencio contemplativo, digiriendo lo que Lucas había dicho, mientras sostenía su bolso y la bolsa blanca de plástico frente a ella, fuera del brazo de Lucas alrededor de su cintura.

¿Había regresado a Brathwick por ella?

Como casi todo lo demás que había encontrado en este período de tiempo, eso no tenía sentido.

A menos que…

Su mente ofreció la única explicación que parecía razonable.

A menos que él se sintiera culpable por negarse a llevarla con ellos, a menos que Airril hubiera agudizado un poco esa culpa. Cierto, ella no habría pensado que alguien como Lucas Thain se vería impulsado a actuar por culpa, pero ahí estaba: la única explicación posible.

A menos que…

No. No hagas eso, se reprendió a sí misma. No le des vida a la esperanza en ese razonamiento. Espera lo peor, decidió como su mejor curso de acción, sabiendo que así probablemente no se sentiría decepcionada.

Y luego, en secreto y figurativamente, cruzó los dedos detrás de su espalda, consciente de que no podría evitar atribuir esperanza y un motivo mayor que la culpa para que Lucas Thain hubiera regresado a Brathwick.

Él dirigió el caballo lejos del borde del bosque y hacia la pequeña colina de donde ella había venido y donde su grupo había sido visto por última vez, pero ahora no estaba. Cuando el caballo

comenzó a subir, la espalda de Cora se apoyó más generosamente contra el frente de Lucas. Su brazo se apretó protectivamente alrededor de su cintura.

—Todavía no entiendo cómo me encontraste ni por qué fuiste a Brathwick —preguntó, sabiendo cuál quería que fuera la respuesta.

—Nos dijeron que te habías ido a lugares desconocidos —respondió Lucas—, sin buena causa ni precauciones adecuadas.

Ella buscaba respuestas y él estaba decidido a reprenderla a cada paso.

Alcanzaron la cima de la colina, aunque esta cumbre no era tan alta en comparación con todas las majestuosas montañas del horizonte al sur y al oeste. Un altiplano nivelado de hierba inclinada por el viento se extendía ante ellos, por el que Cora había caminado antes. El mismo bosque que había atravesado se encontraba al noreste de esta llanura.

No se alejaron mucho del borde de la cumbre baja antes de que Lucas tirara de las riendas y detuviera al caballo.

Con un murmullo dijo,

—Airril está cerca—, desmontó y se acercó a Cora.

Ella puso sus manos sobre sus anchos hombros mientras él la tomaba por la cintura y la colocaba en el suelo.

Nunca fue una persona que dejara una pregunta sin hacer por mucho tiempo, Cora finalmente reunió el valor para preguntarle con franqueza:

—¿Volviste por *mí*?

Podría haberse girado para irse, pero la pregunta lo hizo vacilar.

Cora comenzaba a comprender que cuando no le gustaba una pregunta, sus cejas se fruncían aún más, marcando líneas verticales profundamente justo sobre el puente de su nariz. Felizmente, o desafortunadamente, según se vea, seguía siendo ridículamente apuesto. Moría por ver una sonrisa, la verdad sea dicha, convencida de que sería glorioso con tal expresión. Ahora, o en un futuro cercano, era poco probable que ocurriera.

Y cuando no respondió, insistió de nuevo, animada por lo gruñón que parecía y su negativa a contestar una pregunta bastante

directa.

—¿Por qué regresaste a Brathwick?

Él la miró fijamente con una dura mirada, un músculo en su mejilla se tensó y parecía exactamente la persona que sabía la respuesta pero preferiría morir antes que revelarla. Bajo amenaza de muerte y todo eso. Lo que, aparentemente, no estaba fuera del ámbito de lo posible en este período.

Para su disgusto, y en beneficio de Lucas, hubo movimiento en el borde del bosque que llamó su atención. Lucas se giró ahora, probablemente complacido con la interrupción oportuna. Guiando el caballo por las riendas y sin decir palabra a Cora, se dirigió hacia los jinetes que se acercaban.

Solo había unas pocas personas, no todo el ejército Thain. Airril y el hombre llamado Armadal estaban entre el grupo.

—Pensamos que te habíamos perdido —dijo Airril, más alegre de lo que esas palabras deberían haber sido—. Y ahora te quedarás con nosotros, lass. No podemos dejarte fuera de nuestra vista, ¿verdad?

Dejando de lado su confusión sobre la negativa de Lucas a responder, lo que aún la desconcertaba sobre por qué los Thain estaban allí, Cora se obligó a reconocer a Airril. Intentó sonreírle, aunque sabía que carecía de sinceridad.

—Solo estaba tratando de volver a casa, Airril.

—Claro, y eso será con nosotros por un tiempo —dijo, con un tono posiblemente teñido de simpatía.

Entonces desmontó y tomó las bolsas de Cora, colocándolas en la parte trasera de su silla, junto a sus propias bolsas de cuero.

—Ahora cabalgarás conmigo, muchacha —dijo, y añadió con una risa—: a ver si puedo mantenerte mejor atada.

Cora asintió distraídamente, siguiendo con la mirada a Lucas mientras se alejaba. Dejó su caballo cerca de algunos de sus hombres y desapareció entre los árboles. No se fue muy lejos, pero lo suficiente para quedar solo como una figura sombría en la sombra del bosque. Y luego no parecía tener razón para ir allí, pues se detuvo y no hizo más que poner sus manos en las caderas y levantar la cabeza hacia el cielo.

Probablemente rezando por paciencia, ya que ella acababa de causarle un poco de disgusto, estaba segura.

O rezando por liberación, ya que había dejado muy claro cuando partió de Brathwick días atrás que no quería que ella los acompañara.

Cora mordió su labio, mirando su espalda a cien pies o más de distancia. Aparte de su pequeña pero no menguante fascinación por él, se sentía bastante complacida de reunirse con él, aún segura de que Samara la localizaría más fácilmente si permanecía con él.

Volviendo su atención a Airril al no encontrar respuestas mirando la espalda de Lucas, Cora preguntó al capitán:

—Airril, ¿qué hacen ustedes tan lejos de aquí?

—¿Eh? —preguntó, frunciendo el ceño y luego haciendo un gesto con la mano, como si la razón no fuera importante en absoluto —. Sé que no necesitas preocuparte por eso, lass. Vamos, sube.

Obedeciendo mecánicamente, ella se permitió ser levantada y colocada en la silla de montar. Hizo un pequeño puchero interno, preguntándose por qué nadie respondía a esa simple pregunta.

Medio segundo después, Armadal finalmente lo hizo. Guió su caballo junto al de Airril y, rascándose distraídamente el cuello, se inclinó hacia Cora. Su rostro era largo, ojos azul brillante, y sonrió ampliamente al decir:

—El señor pretendía reclamar una novia, pero la buena hermana Ruth le negó su mano.

Los ojos de Cora se abrieron mientras su mandíbula caía.

Airril subió detrás de Cora y gruñó a Armadal:

—¿Y por qué estás contando historias que no te pertenecen?

Sin verse afectado por el reproche, Armadal se enderezó y se encogió de hombros. Siendo de la edad de Airril, no se retorció ante la reprimenda de su superior.

—¿Se suponía que debía ser un secreto? ¿Y qué daño hace? Sí, es señor, jefe de un gran pueblo, pero es un hombre, como cualquier otro, y suele ser rechazado más de lo que no. No hay vergüenza en eso.

De alguna manera, logrando pensar más allá de esta noticia fantástica, Cora preguntó en voz baja:

—Pero, ¿por qué están aquí? ¿Dónde estoy yo?

—Och, y dijeron que huías —respondió Airril, tirando de las riendas para girar el caballo, probablemente alejándose de Armadal —. Y sabemos que no podíamos dejarte sola con tus propios recursos, y que Newburn era donde debías estar.

No habían venido por ella. Lucas no había regresado a Brathwick por ella, en absoluto. Había regresado por su amor, Isobel. Solo vinieron tras Cora cuando escucharon que había partido de Brathwick, no confiaban en que se las arreglara sola. Ella había sido un pensamiento posterior.

—Bueno, eso fue muy considerado —dijo distraídamente, mientras todas sus percepciones, ideas y planes se derrumbaban dentro de ella.

Un pensamiento posterior. Otra vez.

Suspiró y entonces nada le interesaba: ni el regreso de Lucas, ni el inicio de esta parte del viaje, ni la ruta o destino, ni siquiera el hecho de que probablemente debería haber orinado cuando los habían detenido.

Toda su vida, parecía que nunca podría alcanzar un éxito mayor que el segundo mejor, o la segunda opción.

Segunda hija favorita.

Segundo lugar en la competencia de ortografía de la escuela secundaria.

Sustituta de la estrella en la versión del musical de secundaria de *La Sirenita*.

Segunda opción como cita para el baile de graduación. Ben Haier se lo había dicho cuando la invitó al baile, después de su respuesta incrédula de, *¿De verdad? ¿Yo? Bueno, sí. Bethany Johnstone ya iba con Kyle Kendrick.*

Ni siquiera había sido la primera opción para su trabajo. Le enviaron una carta muy cortés, agradeciéndole por tomarse el tiempo para la entrevista, pero diciendo que habían decidido escoger a otro candidato. Una semana después recibió una llamada telefónica. Aparentemente, su primera opción había aceptado un puesto en una empresa rival local y solo entonces se interesaron en ella.

Caray, incluso Samara había dicho algo parecido, que había encontrado a otra persona que podría haber estado más calificada para la tarea, pero que había salido corriendo asustada cuando ella se le apareció.

La garganta de Cora se calentó y se tensó, y su nariz se sintió de repente caliente y con cosquilleo, pero apretó los labios y levantó la barbilla. No iba a llorar. ¡Oh, no iba a llorar por *esto*! No era para tanto. Esas personas no eran más importantes para ella de lo que ella lo era para ellos. Si ella tuviera la oportunidad, y Samara alguna vez recordara venir a buscarla, se iría sin mirar atrás.

Sí, estaba segura de que lo haría. Igual que Lucas Thain y sus hombres la habían dejado en Brathwick días atrás.

No significaban nada para ella. Al igual que ella para ellos.

Excepto que ahora parecía que tendría que quedarse con ellos por un tiempo.

Genial.

Airril mencionó en los primeros quince minutos de compartir la montura que habían estado bastante molestos, *tanto el señor como yo*, se aseguró de decir, cuando se enteraron de su partida del convento.

—No fue prudente, lass—dijo—. ¿Lo ves ahora?

Al menos no le estaba gritando. La reprendía con suavidad, como un padre amoroso podría hacer con su hija descarriada pero bien intencionada.

—Solo quiero ir a casa, Airril.

Le resultaba cada vez más difícil no sonar abatida. Desde hacía días, había dejado de preocuparse por su hermana y la supuesta preocupación de su madre, creyendo que pronto la devolverían al siglo XXI y todo estaría bien. No estaba segura de tener fe en esa bruja, Samara, y menos aún al intentar recordar algún momento en que la bruja hubiera hecho una promesa de devolverla. Inicialmente creyó que todo lo que Samara decía era parte de alguna artimaña de marketing, y Cora apenas podía recordarlo. Rebuscando en sus recuerdos de lo que Samara *había* dicho, no encontró indicios de que se *hubiera* hecho alguna promesa de retorno.

El comentario tranquilizador, pero en gran medida inútil de Airril, "Sí, y lo veremos con el tiempo", no le dio a Cora ninguna esperanza de que realmente lo hiciera. En todo caso, probablemente aún pensaba que ella estaba loca.

Sin embargo, aunque le daba un pequeño hilo de esperanza, no esperaba con ansias pasar tiempo en ese lugar, la Abadía de Newburn. No ahora.

Una ola de tristeza la invadió. Para entonces, todas esas primeras y rápidamente imaginadas perspectivas de aventura que Samara había despertado se habían desvanecido en polvo. Y la poca chispa de esperanza que había resurgido al reunirse con Lucas Thain se extinguió igual de rápido.

Estaba tan segura, a primera vista y al darse cuenta de que realmente había viajado en el tiempo, de que él estaba destinado a ser su aventura.

De todos modos, eso era lo que ella quería.

Cora suspiró y se acomodó para un largo día en la montura, demasiado cansada y abatida como para siquiera hacer conversación con Airril. Su recorrido no era mucho más que subir y luego bajar las interminables colinas escarpadas de las Highlands, moviéndose constantemente hacia el norte. Y aunque el paisaje era impresionante, salpicado de lagos relucientes, cuyo azul melancólico neutralizaba el marrón interminable de los árboles desnudos, en ningún momento Cora vio señales de otra vida en estas tierras salvajes.

Hasta que apareció la Abadía de Newburn.

Parecía que el pequeño cerro sobre el que se asentaba había surgido de todo el terreno llano a su alrededor, solo para albergar la impresionante fortaleza que se erguía sobre él. La fachada era impresionante, la piedra clara brillaba con el sol invernal, contrastando con el fondo del espeso bosque de pinos más allá. Mucho más allá, notó Cora, ya que había colinas más pequeñas entre este castillo elevado y el bosque en la distancia.

La casa en sí, un castillo al parecer, era un imponente edificio de muchas plantas, en forma de L, con dos torres cuadradas en cada esquina frontal y dos más sobre la puerta principal. No parecía

tener ventanas, solo estrechas aberturas dispersas por el frente y los lados. La mayoría estaban cubiertas por dentro con tela oscura, algo pesada quizás, ya que ninguna se movía con la ligera brisa. Humo se elevaba de varios edificios pequeños, donde los fuegos calentaban a las personas dentro o ayudaban en la industria que tuvieran.

Un muro corto se extendía hacia abajo desde el muro de cortina más grande y formidable que rodeaba el castillo y el patio inmediato. El muro más corto, no más alto que Cora, juzgó, bajaba en dos brazos desde las dos esquinas opuestas del muro más grande y serpenteaba por la colina, los brazos se extendían allí para contener todas las pequeñas chozas de techo de paja que bordeaban ambos lados del camino.

La gente se movía por ese camino y otros caminaban sobre la parte superior del muro, soldados supuso. Las enormes, pero relativamente estrechas puertas estaban abiertas, mostrando un fragmento del interior del patio con más personas moviéndose.

Era, honestamente, una vista grandiosa e increíble, la poderosa fortaleza. Y tal vez si una chica iba a quedarse atrapada en un tiempo que no era el suyo, este sería un buen lugar para aterrizar, pero Cora no podía creer que sería más feliz aquí que en el convento, solo seguía ansiosa por volver a casa.

Ciertamente no ahora, sabiendo lo que sabía sobre su ‘rescate’ por los Thain.

***

Tres días después Cora había reevaluado, la Abadía de Newburn no era tan grandiosa. Al menos no en su corta experiencia. La casa en sí era impresionante, la *torre*, así la llamaba Airril, con una estética medieval fresca, pasadizos que se retorcían y giraban, piedra húmeda, la clase de lugar donde nunca volverás a estar cálida. La gente, sin embargo, dejaba mucho que desear. No es que fueran crueles con ella ni la ignoraran por ser una forastera, pero no se molestaban en ocultar sus miradas curiosas y abiertamente desfavorables. Susurraban abiertamente sobre ella, sin tener que bajar la voz ya que de todos modos no podía entenderlos.

Airril había conseguido ropa adecuada para ella, adecuada en el sentido de que al menos vestía como las otras mujeres dentro y

alrededor de la torre, ahora con una prenda interior de lino pesado de tonos tierra, básicamente un camisón largo de abuela con mangas largas, cubierto por otro vestido de lana, también de mangas largas, exactamente del color de cualquier uniforme de soldado de la Primera Guerra Mundial que hubiera visto, un oliva apagado. Ambas prendas eran demasiado largas para ella, y el primer día tropezaba constantemente con ellas, pero ahora simplemente levantaba y sostenía ambos dobladillos cada vez que caminaba. Estaba más agradecida por las otras partes de su nuevo guardarropa que Airril le había proporcionado: un par de medias gruesas, una para cada pierna, de lana sin teñir y sujetas con ligas en la parte superior de la pantorrilla; y los suaves zapatos de cuero marrón, mucho más prácticos tanto para el clima como para el período de tiempo.

Le habían asignado una habitación en el último piso de la casa. Airril la llevó allí al llegar, apresurándose a mover dos taburetes apilados y un baúl de madera, y varias cestas llenas de piezas de lana dobladas, despejando el camino hacia la cama elevada. Básicamente, había estado atrapada en el armario de almacenamiento, supuso entonces, pero no se quejó; era un poco más atractivo que la celda en la que la habían alojado en el convento. Al menos su pequeño rincón tenía chimenea, aunque mucho más pequeña que la de casi todas las otras habitaciones del castillo.

Por la noche, miraba las tablas de madera del techo, iluminadas por la suave llama del fuego, y trataba de no perderse en la desesperación, por lo lejos que estaba ahora de su propia vida.

Ayer volcó su bolso sobre la cama, revisando cada objeto dentro, preguntándose si algo podría ayudarla a regresar a casa. Su teléfono había estado muerto desde el primer día, pocas horas después de llegar. No estaba segura de qué utilidad podría tener su pasaporte. Llevaba un bálsamo labial y su cepillo y pasta de dientes de viaje, que solo había metido allí en caso de separarse de la maleta durante el vuelo internacional, y por los cuales había estado profundamente agradecida varias veces. Su billetera y todo su contenido eran inútiles, al igual que su pequeño estuche y los

bolígrafos. Devuelta toda la cosa al bolso, lo cerró con cremallera. Como idea adicional, había quitado sus joyas y asegurado todas en uno de los bolsillos exteriores. Solo eran joyas de fantasía, sus pulseras, collar y pendientes; no le preocupaba que alguien las codiciara o robara, solo temía que la gente hiciera suposiciones sobre ella cuando las usaba.

Se sentó ahora en el muro bajo que se extendía desde el castillo, aquel que parecía brazos abrazando las pequeñas cabañas cerca de la gran fortaleza. Ayer había llovido de manera intermitente todo el día, lo que la había mantenido dentro, explorando de manera silenciosa y discreta diferentes partes de la torre, pero hoy el sol de marzo estaba cálido, y había querido escapar de la casa oscura y sombría para disfrutar del aire fresco y del sol. Aprendió rápido que aire limpio y fresco era algo que absolutamente no se encontraba dentro de la torre. El olor estaba en todas partes, húmedo y casi rancio, con aromas sofocantes de humo de madera, grasa y cosas viejas. Quizás en los meses más cálidos, cuando levantaran los pesados tapices de las ventanas sin vidrio, la calidad del aire mejorara hasta volverse menos desagradable.

Logró leer casi un capítulo entero de su libro, concentrándose de verdad, cosa que casi no había podido hacer en intentos anteriores, antes de ser interrumpida por un grupo de jinetes que pasaba a toda velocidad.

Notó a Lucas primero, y ¿quién no lo notaría, siendo tan inconfundible e impresionante al frente? No se detuvo y tal vez la miró antes de que ella levantara la vista, pero no lo hizo mientras pasaban, su atención centrada en el camino semi-lodoso y el castillo adelante. A decir verdad, muchos de sus pensamientos diarios giraban en torno a él, pero ya no con alguna esperanza apresurada de aventura a su lado, sino respecto a lo que había pasado en Brathwick, antes de que los Thain la encontraran tres días atrás.

Aparentemente, él había sido rechazado, otra vez, por Isobel.

Ay.

No sentía lástima por él, suponiendo que un hombre de su tipo, orgulloso y poderoso, preferiría casi cualquier cosa antes que compasión. Pero, caray, debía dolerle. Aun así, no estaba segura de

que esa fuera la razón por la que parecía ignorarla o evitarla, aunque él había dejado bastante claro su desagrado hacia ella. Y Cora no podía olvidar cómo al principio se había negado a llevarla a la Abadía de Newburn, insistiendo en que no era un lugar adecuado para ella. Claramente, en ese aspecto, había tenido razón. De todos modos, no pensaba que la ignorara solo para evitar la vergüenza de haber sido rechazado dos veces en su deseo de casarse con Isobel.

Tal como estaban las cosas, solo lo veía de pasada, como ahora, o en la cena, que se tomaba dentro de una gran sala en el centro de la torre, al final de la tarde. Airril la había bajado a la comida ese primer día. La sentó en una mesa con personas que no conocía y que no parecían interesadas en conocerla. Ella sonrió, esperando entablar conversación con alguien, cualquiera en su mesa, pero aparte de sus constantes y descaradas miradas, prácticamente la ignoraron también. Ni siquiera podía escuchar de manera casual, ya que tampoco hablaban inglés.

Airril estaba ahora con Lucas y los otros jinetes y se separó del grupo en rápido movimiento cuando vio a Cora, frenando su caballo para acercarse a ella con un paso tranquilo.

El muro en el que ella se sentaba era lo suficientemente ancho como para cruzar las piernas bajo ella, con el libro abierto en el regazo formado por sus faldas. Cerró el libro, dejando un dedo entre las páginas para marcarla, y sonrió tímidamente al capitán Thain.

—¿Y cómo te va, lass? —preguntó, con su expresión, como siempre, amigable y atenta.

Por supuesto, probablemente se refería al entorno de Newburn y a su gente, pero Cora fingió no sospecharlo, ya que esa respuesta habría requerido mentir o mostrarse mucho menos entusiasta.

Amplió su sonrisa para agradarle.

—Me va bien, Airril —dijo—. El sol brilla y tengo mi libro. Todo bien.

Sin embargo, él no la dejaría salirse con la suya.

—Pero no estás haciendo amigos, ni buscando ocupación.

¿Tengo que hacerlo? Cora se encogió de hombros, pero mantuvo la sonrisa.

—Estoy bien.

Nunca había tenido demasiadas amigas. Cuando era más joven sí, pero se habían distanciado al crecer. En la secundaria, no tenía mucho en común con otras chicas: no practicaba deportes, no odiaba a su madre, no consumía drogas y no se acostaba con chicos al azar todos los fines de semana. Había sobrevivido a eso, la secundaria; seguramente podría soportar ser una marginada en el siglo XIV por un corto período.

—No podemos permitir eso, lass. No servirá.

Su expresión coincidía con sus palabras, preocupación marcada en su rostro curtido y sus ojos amables.

De repente se sintió culpable por defraudarlo, ya que él había abogado específicamente para que viniera a Newburn, y Cora dijo, y lo dijo en serio:

—Prometo que lo intentaré más. —Mañana. O pasado mañana. —Lo haré, Airril. Intentaré, eh, hacer amigos y encontrar algún trabajo que hacer.

—Aye, y eso es de buena lass. —Y con un gesto de asentimiento, tiró de las riendas y empujó al caballo a un trote para alcanzar a Lucas y los demás.

Cora dejó escapar un suspiro frustrado, preguntándose cómo cumpliría su promesa a Airril. No quería estar allí, y no hablaba el idioma de más de la mitad de las personas presentes.

Escaneó con la mirada la encantadora vista de cabañas de techo de paja, la interminable vegetación y el majestuoso castillo, todo casi encantador. Pero no vio ninguna bruja transparente flotando alrededor.

Sigo esperando, Samara. Cuando quieras.

CAPÍTULO CATORCE

Ella Vino, Vio, Realmente Lo Intentó

—Sí, y llevará un tiempo acostumbrarse —dijo Airril—. Aún no saben qué pensar de ella.

Estaban uno al lado del otro, dentro del cobertizo del herrero, Airril girando la manivela al lado derecho de la piedra de afilar, haciendo que la rueda girara una y otra vez sobre el agua del canal inferior. De pie sobre la piedra giratoria, Lucas levantó la vista solo un instante, mostrando a su capitán una mirada dudosa, antes de volver su atención al afilado de su espada. Sostenía la espada por la empuñadura y la punta, deslizando la hoja de un lado a otro contra la piedra mientras giraba.

—Y como no —continuó Airril—, llevará trabajo de ambas partes. Ella ha estado mayormente callada —una hazaña que yo habría considerado imposible—, manteniéndose para sí misma, pero sí, es curiosa, como sabes que lo es sobre tantas cosas.

Lucas no comentó nada, sin estar muy seguro de por qué Airril había asumido que necesitaba estos informes diarios sobre cómo le estaba yendo a Cora en Newburn.

—Claro, y está teniendo dificultades, el idioma es un muro difícil de escalar —continuó Airril, riendo brevemente—. Pero, bueno, ella misma no se ayuda. Llamó a Beathag "señor" el otro día.

Beathag Kello, quien había tenido once hijos y ya había enterrado a cuatro, y quien hacía la mejor hidromiel de miel de todo el norte de Escocia.

—El bigote que Beathag lleva es un poco engañoso, lad— defendió Airril—. Sí, se sentó una mañana, tratando de integrarse, lo sé, pero luego no hizo amigos en ese sentido. —Se encogió de hombros y siguió girando la rueda.

Lucas gruñó ante esto, conteniendo una sonrisa. Sacó la espada de la piedra, acercando el filo a su rostro para inspeccionar cuidadosamente el progreso del afilado que buscaba.

—Muestras un interés agudo en cosas que poco tienen que ver contigo.

Airril se enderezó, retiró la mano de la manivela y le lanzó a Lucas una mirada oscura, con los ojos entrecerrados cargados de insatisfacción.

—Un buen contrapeso para tu irritante falta de interés en cosas que deberían importarte.

Afortunadamente, Lucas estaba satisfecho con los resultados de su afilado, los diferentes filos de la hoja estaban casi perfectos, ya que Airril abandonó la piedra de afilar, saliendo del cobertizo murmurando mientras se dirigía al patio.

Al día siguiente, martes, Lucas y un grupo de media docena de soldados se agazapaban en silencio entre los árboles al sur del castillo, fuera del muro. Armados con carcajes y arcos, vigilaban la hierba aplastada del prado al pie de las colinas Birny, donde los ciervos rojos se reunían justo antes del anochecer. Llevaban bastante tiempo cazando, su paciencia a punto de ser recompensada. La primera de las grandes ciervas color castaño rojizo salió tímidamente de los árboles, con ojos inquietos y orejas alerta, antes de caminar más tranquilamente hacia los juncos bajos donde esperaba alimentarse en paz. Pronto se unieron otras, de diversas edades, muchas claramente embarazadas, como se notaba por los abultamientos en sus vientres y su frecuente limpieza de pelaje. No era inusual que las ciervas preñadas viajaran y permanecieran juntas en este tiempo, pero esta práctica hacía la caza más difícil, ya que no era recomendable, incluso desperdiciado, abatir una cierva reproductora.

Cuando más de una docena de ciervos rojos llegaron al prado, Lucas y Armadal colocaron sus flechas, vigilantes, esperando el momento perfecto para abatir dos ciervas jóvenes pero de tamaño completo al mismo tiempo, sabiendo que las demás huirían rápidamente ante el primer silbido y golpe de una flecha acertando su blanco. Tenían una sola oportunidad.

Lucas cerró un ojo y entrecerró el otro sobre la flecha, apuntando a una cierva en particular a la izquierda del grupo disperso. Anunció la posición de su objetivo a Armadal para que no apuntara a la misma.

Will, justo a la derecha de Lucas, murmuró:

—Och, señor, ¿pero es esa la joven, Cora Bennett?

La pregunta apenas se había pronunciado cuando todo el grupo de ciervos dejó de alimentarse y salió corriendo, dispersándose en la misma dirección, lejos del campo abierto y fuera del alcance de los cazadores.

—¡Maldita sea! —gruñó Lucas, bajando su arco y la flecha, frunciendo el ceño ante la figura de una despreocupada Cora Bennett, que parecía simplemente deambular, moviendo la mano entre las hierbas que le llegaban a la cadera. Cantaba mientras caminaba, una tonada desconcertante pero bulliciosa sobre ir por el viejo camino del pueblo con su caballo. Lucas se preguntaba qué sabía ella sobre ese camino poco usado que serpenteaba desde Doune hasta Nairn.

Con un suspiro colectivo de frustración, los cazadores se pusieron de pie, saliendo de sus escondites, levantando los brazos y los arcos para expresar su molestia.

Ignorante del problema que había causado, ella saludó alegremente a los hombres que conocía y continuó cruzando el campo abierto.

Al día siguiente, Lucas se topó con Cora una vez más.

Durante cien años, el miércoles había sido día de lavado en Newburn. Ese miércoles no fue diferente, salvo que era un día dulce y templado, con el sol brillante y el viento tranquilo, y las lavanderas al aire libre en el cuarto noreste del patio, como lo estarían siempre que el clima lo permitiera, pero probablemente no lo habían estado desde el otoño pasado. Como Lucas estaba concentrado en inspeccionar la puerta trasera del patio, se encontró a distancia suficiente para escuchar al grupo. Esperaba ser sometido a un constante parloteo de un grupo de mujeres, entreteniéndose con chismes e historias, pero se sorprendió al escuchar solo una voz, el inimitable inglés de Cora Bennett. Ninguna otra hablaba, todas en

silencio incluso cuando tres de ellas se unieron al *postadh*, paradas dentro del amplio barreño de madera, pisoteando la ropa con los pies. Generalmente, este proceso podría ir acompañado de una canción de trabajo, y Lucas inicialmente se preguntó si nadie tenía el valor de pedirle a Cora que dejara de hablar para que pudieran dedicarse a su labor, inspiradas por el ritmo de las canciones. Pronto entendió, por el tono constante y melódico de Cora y su dicción, y por un vistazo furtivo hacia ella, que Cora en realidad les estaba leyendo.

Se sentó sobre un grueso tronco de treinta centímetros de altura, seguramente tomado del montón cerca de la puerta de la cocina, con los brazos sobre las rodillas y el libro en las manos.

La observó durante un buen rato, reflexionando nuevamente sobre lo extraordinaria que era, lo diferente que se veía con su cabello corto y ondulado y esas gafas en la nariz, y por ser mucho menos… robusta que cualquier mujer Thain a su alrededor. Incluso vestida ahora con léine y kirtle, no había decidido si se alegraba o agradecía que ya no llevara esos distractores y llamativos trews, no parecía encajar. Posiblemente gran parte de esta percepción se debía a su cabello. No había ninguna mujer en Newburn, de hecho ninguna que él conociera, que llevara el cabello corto, que apenas le tocaba los hombros ahora que estaba encorvada leyendo. Todas las jóvenes y mujeres a su alrededor lo llevaban recogido en nudos apretados en la parte trasera de la cabeza, sus largas jornadas de trabajo hacían que suelto no fuera práctico, ya que la mayoría del cabello llegaría a la cadera. Quizá ese era el motivo, la severidad que creaba la vista de tanto tirante. Mientras tanto, los rizos brillantes de Cora enmarcaban suavemente su rostro, haciéndola parecer delicada y femenina, nada severa.

La miró tanto tiempo que las palabras que leía no penetraron durante los primeros minutos. Cuando lo hicieron, las cejas de Lucas se fruncieron intensamente. Y luego se dio cuenta de que todo lo que Cora leía era repetido, interpretado por Moira, quien traducía discretamente el inglés de Cora al gaélico para que todas entendieran.

Y no podía recriminarlo más, ya que, de manera emocionante por un momento alocado, ella había respondido con entusiasmo a su beso.

—De verdad, pensé que sería… —dijo, agitando la mano mientras buscaba la palabra— más dulce, supongo.

—¿Dulce? —arqueó una ceja.

Sophia apoyó su mano en su antebrazo.

—Oh, fue encantador, no me malinterpretes.

—¿Pero no dulce?

Ella inclinó la cabeza hacia él.

—¿Acaso alguien, mi señor, ha usado esa palabra y tu nombre en la misma frase?

Sus labios se curvaron, pero no dijo nada.

—Quise decir dulce, como flores bonitas y arcoíris y… no sé, bebés regordetes. Dulce. Pero tu beso no es dulce. Es más oscuro que luminoso —aclaró rápidamente cuando él frunció el ceño—, como lo es un pastel de chocolate frente a uno de vainilla.

No dijo nada, pero Sophia estaba segura de ver risa en su mirada.

—Crees que soy ridícula —adivinó ella.

—Creo que eres hermosa —dijo él seriamente— y estoy disfrutando tremendamente tu crítica a mi beso.

—No estoy haciendo tal cosa —insistió, tomando un momento para mirar sus labios—. Criticar implica experiencia, quizá pericia, y ambos sabemos que no tengo ninguna de esas. Me refiero a mis propias expectativas. Pensé que un beso sería suave y encantador, y el tuyo fue… oscuro y delicioso. —Se mordió el labio antes de añadir—. Me gustó.

Se enderezó y cerró su expresión.

—Necesitas dejar de hablar ahora —dijo, con voz ronca y un músculo aún palpitante en la mejilla. Se incorporó desde donde se había apoyado en la encimera.

—Pero yo...

—Para —insistió—. No más palabras. Oh, Sophia, haré más que besarte si sigues hablando así.

Mientras las lavanderas observaban con ojos abiertos y expectativa, de hecho, el robusto postadh había disminuido hasta un pisoteo sin entusiasmo, Lucas estaba absorto por completo por otra razón. Dejando de lado la historia, aunque pareciera basura, la mitad del encanto del relato era la manera en que Cora lo contaba. Usaba un habla dulce y suave para dar voz al personaje, Sophia, y luego adoptaba un tono más grave para hablar como el hombre que supuestamente la había besado, pero pensaba que no debía hacerlo. Además, incluso cuando no hablaba como un personaje, articulaba bien pero modestamente, dando vida a la historia.

Lucas hubiera tenido dificultad en decir que no estaba al menos medio cautivado como cualquiera de las lavanderas, aunque estaba seguro de que no debería interesarse en absoluto.

Se fue sin anunciar su presencia. Más tarde esa noche, Cora logró evocar en él otras emociones, a las que se estaba acostumbrando con alarmante regularidad. Le habían dicho que Cora podría haber dejado la puerta abierta en el pastizal noreste más temprano ese día. Dos unidades del ejército Thain se organizaron en una cacería nocturna para buscar todas las ovejas que se habían escapado de la seguridad de las cercas y muros. Solo la intervención de Airril impidió que Lucas buscara a la desprevenida lass y la reprendiera severamente.

—La pondré en su lugar —había dicho su capitán—. Necesita aprender, sí, pero no siendo quemada por tu ira.

Para la mañana siguiente, más de una docena de ovejas aún no habían sido localizadas.

El jueves, una ligera lluvia primaveral mantuvo a Cora Bennett en interiores, "fuera de problemas, ya sabes," le dijo Airril a Lucas por la mañana, y presumiblemente lo suficientemente ocupada como para no causar daño a nadie.

Ese día, incendió la cocina.

Lucas regresaba de una agotadora sesión de entrenamiento con el ejército, acercándose al castillo al mediodía para su reunión programada con su mayordomo y administrador, cuando gritos y alaridos desde el patio trasero llamaron su atención. Mientras algunos guardias en lo alto del muro bajaban corriendo por las

escaleras de piedra hacia los gritos, otros mantenían sus posiciones en las almenas, ya que no podían abandonar el muro y dejarlo completamente desatendido.

—¡Fuego, señor! —gritó el joven soldado Ràild desde lo alto cuando vio a Lucas.

Lucas desmontó de inmediato y corrió con otros hacia el patio trasero, encontrándose con humo antes de que se revelara cualquier escena. Pronto vio a varias cocineras y a la vieja cocinera de pie justo fuera de la puerta de la cocina, algunas tosiendo y otras agitando las manos frente a sus rostros.

—¡Cubetas! ¡Agua! —ordenó de inmediato, lo que provocó que tres soldados se pusieran en acción.

Lucas no dudó y se lanzó al estrecho pasillo lleno de humo, notando que las puertas de la despensa, la bodega y la cocina estaban cerradas. Irrumpió en la cocina misma, encontrando dos figuras dentro de la niebla gris y negra, agitando los brazos hacia el fuego, que consumía buena parte de la pared de madera de la cocina, pero también lamía la pata de la mesa de trabajo central. Pequeños focos de llama saltaban en varios puntos del suelo de tierra frente a la chimenea y los hornos, un área que normalmente acumulaba grasa desechada y, por lo tanto, era inflamable.

Golpeaban cosas contra las llamas, una con una escoba y la otra con tela. Reconoció a Cora de inmediato, de alguna manera no sorprendido de encontrarla en medio de ese desastre. Ella era quien agitaba la tela, que por el fuerte sonido de cada golpe parecía al menos haber tenido la idea de humedecerla. Estaba espalda con espalda con uno de sus soldados, Simon, que golpeaba la escoba contra el suelo, con mucho menos efecto que la tela empapada que ella movía frenéticamente.

Dejando a Simon con sus esfuerzos, Lucas tomó el brazo de Cora cuando ella lo levantó para volver a golpear. Al mismo tiempo que se sobresaltó y giró, Lucas tomó lo que ahora veía que era un delantal.

—¡Sal de aquí! —ordenó, empujándola hacia la salida y el aire más limpio del patio.

—Pero yo...

—¡Ve! —gruñó, dándole un último empujón.

Cuando ella se movió en esa dirección, Lucas instruyó a Simon, con la escoba menos útil, para que atacara los fuegos pequeños en el suelo y comenzara con el mostrador de trabajo. Luego dobló el delantal por la mitad para crear un arma húmeda más resistente contra el fuego y golpeó las llamas más grandes que devoraban la pared. Solo segundos después, llegaron soldados con cubetas de agua. Lucas se apartó y permitió que primero Will y luego Tomas apagaran la pared. Aaron vino después, arrojando su cubeta a la esquina inferior, donde las llamas eran más densas. Esto eliminó efectivamente casi tres cuartas partes del fuego, y Simon y Lucas solo tuvieron que golpear lo que quedaba, tratando de evitar que reviviera con fuerza.

—Otra vez —llamó al trío que flotaba cerca—. Una ronda más para empaparlo bien.

Cuando el fuego estuvo completamente extinguido, un Lucas cubierto de hollín salió al patio empapado por la lluvia y exigió saber cómo había podido suceder tal cosa. En toda su vida, nunca había habido un incendio dentro del propio castillo. Varios habían causado daños en otros edificios a lo largo de los años, pero nunca en la casa misma hasta ahora.

Ante su aguda pregunta, varios rostros del personal de cocina miraron hacia Cora, quien mordiéndose el labio nerviosa se acomodaba las gafas sobre su rostro manchado de hollín.

Lucas dirigió su ceño hacia Cora.

—Bueno, no estoy acostumbrada a esta falda larga —se defendió con voz ansiosa, inquietando sus manos frente a ella, sin mirarlo directamente, fijando la vista en un punto de su cuello—. Y no me di cuenta de que había, eh, entrado en el fuego, no hasta que, bueno, hasta que mi pierna se estaba quemando.

De hecho, la mitad inferior de un lado de su léine y kirtle estaba chamuscada y desgarrada, dejando visible su espinilla y pantorrilla izquierda, aunque no parecía haber daño en su piel clara.

—Y cuando me giré, buscando algo para apagar el fuego en mí, eh, aparentemente solo ayudé a mover el fuego por la habitación —dijo, finalmente levantando los ojos hacia los de él. Sus

labios temblaban, pero sostuvo su mirada turbulenta, incluso levantó el mentón para enfrentarlo—. Fue un accidente. Lo siento.

Lucas no tenía palabras. Ella era un desastre andante y parlante, pasando de, ¡creando!, un percance tras otro. Tirando el delantal húmedo y chamuscado que aún sostenía, pivotó sobre su talón y se alejó, incapaz de comprender a la lass, reacio a reconocer lo adorable que era frente a su furia, cuando estaba petrificada, pero haciendo un gran esfuerzo por parecer valiente y firme. Era pequeña, con ojos grandes de hada, y traía problemas dondequiera que iba, se recordó a sí mismo. No era, de ninguna manera, adorable.

El viernes, Lucas anunció a sus hombres que Cora Bennett era un peligro para sí misma y casi para todos los demás, y debía tener su propia guardia personal durante todas las horas de vigilia. Dejó que Airril organizara el horario, sin importarle cómo se lograra, pero la lass no debía quedar sola, en absoluto, en ningún momento.

Y, honestamente, no la buscó en absoluto, solo continuaba encontrándosela. Ese viernes la encontró en otro lugar donde no debía estar: el campo de entrenamiento del ejército, situado en un gran claro a casi medio kilómetro del castillo, más cerca de las colinas del norte.

Al principio solo vio un grupo de soldados ociosos mientras se acercaba al campo. Estaba a punto de reprenderlos por su indolencia, ya que sabían que no debían quedarse sentados esperando, sino que ya deberían estar haciendo algún ejercicio.

Escuchó su voz antes de verla.

—Lo vi en una película —decía—. Sé que parece confuso, pero no lo es. ¿Ves? Solo separa la sección en tres mechones y es uno, dos, tres, y repetir. Claro que puedes hacerlo con todo el cabello, pero en la película solo hicieron estas pequeñas trenzas en la sien. ¿No es lindo?

Solo cuando se acercó más la vio, pequeña y escondida dentro del círculo de soldados que la rodeaban, de espaldas a Lucas.

Bajó de su caballo, incapaz de evitar que su boca se abriera mientras Cora Bennett estaba junto a Leon Ternway, sus dedos entrelazaban su largo cabello, normalmente indomable, mientras él

estaba sentado sobre un tronco cortado frente a ella. Estaba trenzando el cabello de Leon. ¡Leon Ternway!, posiblemente el hombre más cruel del ejército Thain, que probablemente cortaría la garganta de su propia madre si lo mirara de reojo.

—Nos estabas contando sobre el lad, el que llaman Brendan —le recordó Simon.

—Ah, sí. Bueno, él era… no sé. Mi abuela decía que era un sinvergüenza, pero yo siempre…

—¿Cómo dices, lass? ¿Sinvergüenza?

—Eh, como un tipo dudoso. Que te dice lo que quieres oír, pero no necesariamente lo piensa. De todos modos, pensé que su corazón era bueno.

—¿Y dónde está ahora?

—Oh, bueno. Historia graciosa. Aparentemente, le gustaban las rubias altas. Me dejó por Lisa Strathmore, la rubia más alta.

—¿Te dejó?

—Eh, dejó de cortejarme para cortejar a otra, alguien más alta, bonita, con más mundo, lo que sea.

—Buen corazón, sí —bromeó uno.

Cora se encogió de hombros.

—Sí, bueno, supongo que se aprende viviendo.

Lucas siguió de largo, fingiendo poco interés, salvo por la satisfacción que sentía: si ella estaba allí, entonces todo Newburn estaba a salvo de nuevas travesuras de Cora Bennett mientras tantos soldados la rodeaban. Ella permaneció allí, incluso cuando comenzó el entrenamiento. Airril llegó y la acomodó para que observara, sentándola al borde del campo sobre un tronco de pino caído. Pasó las siguientes horas alternando entre observar atentamente, animando a los que conocía, a veces fuera de lugar, provocando risas y confusión entre los hombres, y luego recogiendo un ramo de flores, Lucas pensó que podrían ser caléndulas de pantano, y organizándolas con cuidado junto a algo de follaje que también había recogido.

Se dijo a sí mismo que la observaba tan frecuentemente y atentamente solo para asegurarse de que no causara más problemas.

Y durante varias horas ese día, no lo hizo.

Pero luego llegó el sábado y la breve calma se rompió, y se hizo añicos.

CAPÍTULO QUINCE

Cegado De Deleite

Newburn había visto cosas peores, comentó Boisil, intentando restarle importancia a lo ocurrido aquel sábado.

Tras escuchar versiones improbables y contradictorias del hecho, Lucas fue directo a la fuente: Eve, participante directa del incidente.

Eve era una de las siete hijas de Beathag. Era un espíritu indómito, haciendo solo lo que le placía, lo que mayormente incluía conquistar lads y hombres, como todos sabían. Beathag casi había renunciado a ella, reduciéndose a encogerse de hombros y anunciar que la joven tenía los apetitos de su padre. Pero dado que los hombres dentro de Newburn superaban en número a las mujeres dos a uno, y porque ella era tan decidida, rara vez era rechazada. Lucas no tenía idea de cómo aún no tenía varios hijos.

Según Eve, ella y Baltair buscaban *un poco de privacidad* en la hierba alta cerca del lago.

—Baltair y yo estamos cortejándonos, ¿sabes? —había dicho, pasando su largo cabello rojo sobre el hombro—. No tenemos mucho tiempo a solas.

Aquí, Lucas había hecho girar su mano varias veces, específicamente haciendo girar su índice, exigiendo sin palabras que fuera al grano.

—Aye, y entonces, de la nada, ella apareció y empezó a golpear a Baltair en la espalda con su grueso palo. Saltó, sí que lo hizo. Pero juro, señor, que él no le hizo daño, solo trataba de alejarse de su ataque. Y entonces se fue… eh, tropezando un poco hasta que logró subir sus calzones sobre las caderas. —Ella carraspeó, con el rostro rojo, y continuó—. Solo se detuvo el tiempo

suficiente para preguntarme si estaba bien, pero no esperó mi respuesta y yo estaba demasiado atónita para hablar, y ella dijo, *espera aquí*, y persiguió a Baltair, dándole dos golpes más antes de que pudiera escapar.

Lucas dirigió su furiosa mirada hacia Airril, que estaba tan sorprendido como cualquier otro.

—¿Dónde demonios estaban sus guardias?

Su capitán carraspeó.

—Bueno, Simon estaba con ella, pero, eh, se había alejado para… hacer sus necesidades.

Lucas apretó los dientes, con su paciencia colgando precariamente de un hilo fino y desgastado. Dejando el rancho de Beathag, donde esa mujer parecía a punto de dañar a su hija, Lucas regresó al castillo y subió las escaleras de dos en dos, decidido a encontrar a Cora y descargarle su ira mientras aún estaba fresca. Solo sabía dónde estaba porque lo primero que había preguntado a Boisil cuando le contaron la historia fue:

—¿Dónde está ahora? —esperando que estuviera en un lugar donde nadie pudiera resultar herido.

La puerta de su habitación en el tercer piso estaba cerrada. Lucas golpeó dos veces, con fuerza, y abrió la puerta de par en par, sin ánimo de ser cortés.

Oh, pero de inmediato deseó haberlo sido.

Cora gritó, casi levantándose del suelo, girándose para enfrentarlo, solo pensando después en cubrirse con esos calzones morados que él no había visto en una semana, pero que ella sostenía en sus manos.

Lucas fue asaltado por la visión de Cora, ese primer vistazo, antes de que ella se enfrentara a él y hubiera parcialmente cubierto su casi desnudez con sus extraños calzones.

—*Oh* —apartó la vista al segundo siguiente, con la decencia y el respeto dictando esto, no la elección. Se movió con brusquedad, poniendo la espalda al cuarto.

—¡Oh! —chilló Cora. Se produjo un alboroto detrás de él mientras ella trataba de vestirse apresuradamente—. ¿Estás bromeando? Santo cielo, no puedes irrumpir en una habitación así.

Su indignación era razonable, incluso esperada. Pero Lucas prestó poca atención, ya que la imagen de ella estaba grabada en su mente de tal manera que, incluso mientras miraba la pared de piedra frente a la puerta, veía a Cora, en todo su glorioso deshabillé.

Cora Bennett estaba llena de sorpresas. No importaba que fuera casi peligrosamente intrépida y, al mismo tiempo, irritantemente ignorante de casi todo, pero era… *demonios*, era exquisita. Provocativamente, además. Mientras ella continuaba expresando su indignación detrás de él, Lucas se ocupó primero de lo que llevaba puesto, algo con lo que nunca antes se había encontrado. Había desnudado una buena cantidad de damas a lo largo de los años… pero *¿qué demonios?* Él irrumpió ante ella vestida solo con retazos, aunque gloriosos retazos eran. Triángulos delicados con bordes de encaje rosa protegían sus pechos más abundantes de lo que él había imaginado. Lucas tragó saliva y se limpió nerviosamente el brillo de sudor que de repente apareció sobre su labio, recordando sus calzones. No, no eran calzones ni bragas. No había suficiente tela para ser considerados como tales, pero ese diminuto trozo cumplía la misma función, ocultando su zona íntima.

Parpadeando rápidamente, respiraba corto y parejo, decidiendo que lo que ella llevaba puesto contribuía favorable y fantásticamente a la imagen completa de ella, casi desnuda, casi tanto como lo poco que no llevaba.

Ni el atuendo original, colorido, en el que la había encontrado, ni la léine y el kirtle prestados daban a un hombre indicio alguno de la gloria que se ocultaba debajo. Las prendas interiores extrañas solo acentuaban todo lo impresionante de ella, moldeando sus pechos en redondeces perfectas mientras aquel brillante pedazo de tela rosa que cubría su zona íntima lo excitaba y provocaba. Su mente estaba viva con destellos de piel pálida y cremosa, caderas suavemente curvas, sus piernas esbeltas y tersas, el tesoro que eran sus pechos, incluso la seductora línea de su clavícula, del esternón a la escápula, tan delicada y elegante.

Lucas cerró su mano en un puño, exigiéndose con furia a sí mismo que no imaginara tocarla. Tiró de la ira que había quedado

reducida a un pensamiento secundario.

—¡Por las heridas, Cora, qué…!

—Ahora estoy vestida —dijo ella, interrumpiéndolo, su voz cargada de una formalidad que él nunca había oído antes—. Puedes darte la vuelta.

Lo hizo abruptamente, con el labio torcido, más enfurecido con ella aún, por haberlo puesto en una posición tan insostenible. ¿Cómo se esperaba que mantuviera la furia que lo había traído hasta aquí, por lo que le había hecho al pobre Baltair, cuando se encontraba con una visión tan condenadamente deliciosa?

Estaba vestida, sí, con esas calzas, esa túnica blanca y el brillante sobrevestido rosa, pero el porqué de eso era otra cuestión para otro momento. Recordando su propósito, le gritó:

—¡*Oh*, Cora, pero acabo de escuchar de Boisil que tú…!

Ella gruñó, gruñó de verdad, interrumpiéndolo nuevamente.

—Sinceramente, Lucas. Necesitas trabajar en tus habilidades sociales. Solo pregúntame, en voz normal y sin parecer que en cualquier momento me vas a apuñalar con tu estúpida espada, qué pasó. —Pero, sin esperar a que él lo hiciera, y mientras sus mejillas estaban tan rojas como el fruto del serbal, lanzó inmediatamente su explicación para justificarse.

Dado lo que había aprendido de Eve, la defensa de Cora no era inesperada.

—Lucas, juro que pensé que él la estaba atacando —anunció de inmediato, sus manos ahora aferrándose a las esquinas inferiores de su sobrevestido abierto—. Ella estaba… sonaba como si la estuvieran agrediendo. Aunque, en retrospectiva, me pregunté si solo estaba, um, exagerando su buen momento. Ya sabes, para su beneficio. En fin, pensé…

—No quiero que pienses más —le dijo él, sus palabras afiladas como navajas—. Nunca más. —Esto era a lo que se había reducido, a balbucear como un idiota. No sabía, sin embargo, si la culpa recaía en lo desconcertante que era ella, causando tanto alboroto en Newburn, o en cómo la había encontrado inicialmente, tan perfectamente, maravillosamente desnuda. —El lad necesitó puntadas, Cora. Ahora está con Goldie.

Esto la hizo vacilar, con su posición defensiva trastocada por la culpa. Se llevó ambas manos a la boca y dijo, desde detrás de ellas:

—Oh. ¿Está bien?

—Estará bien, pero, lass…

Bajando las manos, Cora imploró:

—Lucas, por favor créeme: obviamente lo siento mucho. Intenté disculparme, pero él… él solo seguía llorando y alejándose de mí. Y para que lo sepas, no fui violenta antes de venir… aquí. Nunca he hecho daño a otra persona en toda mi vida.

—Me cuesta mucho aceptarlo como verdad —le desafió con tono cortante.

—Pero es cierto. Es esta estúpida época —dijo con evidente descontento—. Todos son tan crueles y… malos. Y hay guerra y gente intentando secuestrarte y el fuego es obviamente inescapable, como si estuviera en cada habitación y edificio y… lo siento, Lucas. No quiero causar problemas. Me siento terrible por ese niño, y por cierto, ¿cuántos años tienen esos dos? Parecen demasiado jóvenes para lo que estaban haciendo.

Ignorando su pregunta, aunque tenía algo de mérito, le preguntó:

—¿Puedes de alguna manera evitar causar estragos en todo Newburn? Temo que la peste sea lo siguiente si no contengo tus tendencias ahora.

A decir verdad, la reprimenda que había planeado, y que merecía, había perdido urgencia. Se había reducido a suplicarle.

Ella asintió, logrando verse a la vez afligida y algo más. Podría haber adivinado que solo estaba aliviada de que él hubiera dejado de rugirle.

—Prometo intentarlo —aceptó—. Pero Lucas, nada de esto… bueno, es mi culpa, pero prometo que no estoy tratando de ser, um, un peligro para todos los que me rodean. —Sus hombros se cayeron bajos y parecía absolutamente miserable—. Quizá por eso sigo soltera. Pero no soy torpe, Lucas. Bueno, no regularmente. Quizá sí. Una vez causé un embotellamiento en el pasillo de la escuela cuando dejé caer una carpeta y todos los papeles se esparcieron. Y luego

estuvo aquel incidente en el baile… pero, ¿por qué servirían tacos y cosas picantes en la cena del baile cuando sabían que todos estábamos bebiendo en la limusina? Y obviamente no quise vomitarle a mi cita, pero no me di cuenta de que iba a hacerlo hasta que fue demasiado tarde.

A menudo, él simplemente no tenía idea de lo que decía.

—No entiendo la mitad de las palabras que sueltas —dijo con cansancio, gran parte de su propia ira evaporada.

Cora no se retractó, seguía abatida.

—Lo sé. Lo siento.

—Tal vez empieza por ser más consciente —sugirió él, con menos dureza, no indiferente a lo miserable que estaba—. Y lass, piensa más antes de actuar.

—Lo haré —asintió rápidamente y levantó los hombros, luego cruzó su dedo índice sobre el corazón—. Conciencia. Previsión. Lo prometo.

Era asombrosa, decidió entonces, quizá no por primera vez, porque claramente estaba aterrada por la ira que él había traído, por el castigo que podría ser suyo, pero se mantenía firme, enfrentándolo, sin retroceder en absoluto. Estaba decidida a ser escuchada, con todos sus argumentos fútiles e improbables.

Algo lo molestó justo cuando estaba a punto de darse la vuelta para irse. La miró fijamente, vigilando su expresión, cuando preguntó:

—¿Qué quieres decir cuando dices que esta época es estúpida?

Tras su llegada, después de aquel infortunio, solo había estado ansiosa por defenderse, rápida con sus palabras, probablemente preparadas de antemano. Pero ahora, sus rasgos se hundían, la boca abierta sin sonido, los hombros caídos. Brevemente, mordió su labio, y él no la conocía bien, pero sabía cuándo alguien intentaba inventar una mentira como respuesta. Casi podía ver engranajes girando en su cabeza.

Ella aclaró la garganta.

—Um, ¿dije eso? Bueno, supongo que solo quise decir, ya sabes… —Dejó la frase en el aire.

Y Lucas se vio obligado a endurecer la mirada y aconsejar:

—No, lass. No lo sé. De ahí mi pregunta.

—Cierto. Um, supongo que, bueno, estuvo esa gran pelea cuando llegué y luego todo ese fiasco del río, donde casi nos ahogamos. Y luego esos niños siendo parte de una… una banda, y querían no sé qué, pero fue aterrador. Y, um, supongo que solo quise decir que las últimas semanas han sido tan aterradoras y todo, una casi tragedia tras otra. Es… inquietante.

Aunque todo eso era cierto, Lucas sabía que ella ocultaba la verdad de lo que realmente quería decir. Pero no la presionó, no con ánimo de profundizar más con ella, sino para advertirle:

—Aún existe la posibilidad de encerrarte en esta cámara, para proteger a todos los Thains. No me obligues a hacerlo.

Ella asintió de nuevo, pero esta vez sus labios temblaron. Detrás de las esferas de cristal, sus ojos brillaban con lágrimas. Posiblemente, su valentía de defenderse tenía un límite. Quizá había llegado al final de su paciencia.

Con la sospecha de que él podría ser el que cediera ante sus lágrimas, ante cualquier mayor desesperación, Lucas gruñó:

—Y no llores cuando eres tú la causa de todos los problemas.

Esto abrió sus ojos y su boca en una nueva mueca. El labio tembloroso desapareció. Al segundo siguiente, presionó sus labios y cerró la distancia entre ellos, empujando su pecho con una mano mientras agarraba la puerta con la otra.

—Está bien, terminamos. Dijiste lo que querías. Yo dije que lo sentía. Ahora solo estás siendo cruel —dijo, intentando moverlo sin éxito, pero empujando con ambas manos su pecho—. Dije que no fue a propósito. Sé que no encajo. No quiero estar aquí más de lo que tú quieres que esté. Ahora déjame en paz.

Lucas permitió ser retirado de la cámara, pero solo porque había dicho lo que necesitaba, su intolerancia a más perturbaciones en Newburn había quedado clara. Y también porque no estaba seguro de estar preparado para lidiar con las lágrimas de Cora. No… ciertamente no encima de todo lo demás.

La puerta se cerró de golpe frente a él. El seguro cayó con un golpe.

Cora continuó refunfuñando, sus palabras amortiguadas tras la gruesa madera, pero inconfundibles.

—Ugh, ¿por qué siempre me atraen los chicos menos adecuados?

Y toda la tensión, la furia y el agotamiento mental se desvanecieron, dejando a Lucas mirando la puerta con desconcierto fruncido. Respiró con fuerza por la nariz, sus últimas palabras evocando otra imagen tentadora de su primer vistazo a ella hoy, apenas vestida y asombrosamente, imposiblemente atractiva.

¿Me atraen?

Lo reflexionó, con la boca abierta, solo por un segundo, antes de golpear la puerta de nuevo mientras otra pregunta le picaba la mente.

Ella guardó silencio y permaneció inmóvil dentro de la habitación. Lucas la imaginó con la espalda contra la puerta, posiblemente conteniendo la respiración, esperando que él se fuera.

Golpeó de nuevo.

—Sé que estás ahí, Cora. Hace apenas un segundo cerraste la puerta frente a mí.

La apertura de la puerta fue precedida por su exclamación:

—¡Jolines! ¿ahora qué?

Abrió de golpe, rápidamente, y lo fulminó con una mirada impaciente. —¿Qué?

—¿Por qué estás vestida así? —preguntó él, entrecerrando los ojos.

Ella miró hacia abajo y luego de nuevo a él. Dentro de la fortaleza, con apenas luz natural en el pasillo, sus ojos eran casi de color esmeralda.

—¿Qué? Esta es mi ropa.

—Pero no es adecuada para la vida en Newburn —la desafió —. ¿Tienes otros planes?

—¿Otros planes? —repitió ella.

Lo que estaba haciendo era ganar tiempo.

Y Lucas sospechaba que sabía qué tramaba, o qué podría estar planeando. Antes de que ella pudiera mentirle, le advirtió:

—No te alejes de Newburn, lass. Ya sabes, pese a tus propios tropiezos, que el territorio es duro, no amable con quienes no conocen ni el terreno ni a la gente.

Cora mantuvo sus lindos labios firmemente cerrados, sin querer reconocer que él tenía razón, que había planeado ir por su cuenta.

Lucas la miró fijamente, reacio a admitir ante sí mismo que la visión que había tenido hace apenas unos momentos tenía algo que ver con su deseo de mantenerla a salvo ahora. Su mirada recorrió su rostro, viéndola con ojos nuevos. Siempre había sido intrigante, fascinante por lo única que era, inusual, pero ¿había notado antes de hoy que sus labios eran tan malditamente atractivos, tan tentadoramente formados?

Se rascó distraídamente la nuca.

—Dime a dónde necesitas ir, dónde está tu familia, y te llevaré allí.

—Necesito estar en el mismo lugar donde me encontraste —dijo de inmediato, con voz estridente—. Ya lo dije, pero ustedes no me dejaron quedarme allí.

—Pero tu familia… ¿dónde está?

—No son de por aquí, pero ahí es donde necesito estar, Roslin, creo que se llamaba.

—No puedes ir y ser abandonada en ningún lugar cerca de Roslin. Pero ¿qué hacías allí en…?

—Bueno, ahí es donde necesito estar. Y si no puedes ayudarme…

—Lo diré una vez más. No se te permite caminar lejos de Newburn, no si quieres vivir y respirar. Es muerte segura, Cora. Sé que eres lo bastante lista para no invitar a eso.

—Eso fue muy manipulador, esa última parte —acusó ella—. Pero entiendo. Punto tomado. Aunque realmente no tienes jurisdicción sobre mí.

No la tenía, para su pesar.

Ese pensamiento había surgido sin pedirlo, trabajando rápido para confundir a Lucas. La lass era un problema, en todas las formas y maneras imaginables, más que nunca después del encuentro de

hoy. Necesitaba alejarse de ella y mantenerse alejado. Con un asentimiento rígido, se dio la vuelta, necesitando alejarse de ella, de cualquier hechizo que ella inconscientemente le hubiera lanzado.

Para asegurarse, mientras su sangre hervía en reacción a lo que ella le había hecho, aparentemente sin siquiera intentarlo, llamó con voz cortante por encima del hombro:

—No te alejes, Cora. No querrás que te persiga.

—¡No necesito niñera! —gritó ella mientras cerraba la puerta de golpe.

Lucas continuó bajando las escaleras en espiral, soltando un gruñido de desaprobación. Sí, lo necesitas, pensó, suponiendo que había entendido la palabra *"niñera".*

***

Ella se esforzó por no solo ser más consciente de su entorno y de sus acciones, sino por evitar a Lucas Thain a toda costa, segura de que nunca se recuperaría de la humillación de que él la sorprendiera mientras se cambiaba, literalmente con los pantalones abajo. Estar solo con su sujetador y sus bragas ya había sido suficientemente malo, *nunca lo superaría*, estaba segura, pero su primera mirada había sido a su espalda mientras se inclinaba, su trasero en alto ¡y de cara a la maldita puerta! mientras quitaba una pelusa del dobladillo de sus capris.

Para evitarlo, como era necesario para sobrevivir, Cora se escondió los primeros días, o partes de ellos, en su pequeña habitación del ático. El aburrimiento pronto superó la mortificación y ahora pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia en el pueblo. Airril había hecho que eso sucediera, recogiéndola tres días después del *incidente* con Lucas.

—No te he visto por aquí, lass—le había dicho cuando ella respondió a su golpe en la puerta.

Sosteniendo el libro que estaba releyendo por tercera vez contra su pecho con una mano y el pestillo de la puerta con la otra, miró hacia arriba.

—Estoy tratando de mantenerme fuera de problemas, Airril.

Él sonrió, dejándole la impresión de que se divertía enormemente con sus percances.

—Vamos, entonces. Te llevaré a un lugar seguro, te sacaré de este escondite.

Ella lo siguió, pero solo porque confiaba en Airril y estaba aburrida hasta el extremo. Salieron de la casa y atravesaron el patio, más allá de la puerta, bajando por el camino lleno de surcos y pasando junto a las cabañas de techo de paja.

—Ahora, verás, estas granjas pertenecen a los primeros colonos. Esa de allí —dijo, señalando la última a la izquierda— perteneció al primer Thain, y esa fue de Muireach, hace casi dos siglos, según dicen. Él y su familia eran pastores que también se hicieron agricultores y vivían en paz. Y más gente llegó, ¿y por qué se muda la gente sino por trabajo, amor o escape?, y sí, los acogió. Y existieron así durante décadas hasta que los MacDuffs comenzaron con sus problemas, queriendo cosas que no eran suyas. Sí, y declararon la guerra contra los Thains, que no eran guerreros y no lo aprendieron hasta que fue demasiado tarde. —Hizo una pausa, indicando donde un camino se separaba del principal, y giraron en esa dirección—. Así que los MacDuffs trajeron la pelea y los Thains no tenían posibilidades: lo perdieron todo salvo una docena de almas. Muireach enterró a su esposa y dos hijos, le quedó solo uno, y las pocas almas pobres y devastadas que quedaban. Pero no se derrumbaron y nunca cedieron, jamás después de ese día. Muireach construyó una fortaleza más fuerte , y esa es la torre original allí en la fortaleza, y empezaron de nuevo: más ovejas, más gente, más cultivos. Entrenó a los hombres como ejército y, tras trece años, quizá algunos o todos los MacDuff que los arruinaron ya se habían ido, pero ya sabes, la venganza no entiende de tiempo, los Thains sitiaron la fortaleza MacDuff, que es Gollan Keep, y pasaron por la espada a veinticuatro personas, igual a lo que ellos les habían quitado, y quemaron la estructura de madera hasta los cimientos, igual que habían hecho con tres cuartas partes de las suyas. Recuperaron el rebaño MacDuff, la mayoría ovejas de ovejas Thain, y regresaron a Newburn. Nunca miraron atrás. Claro, los MacDuffs intentaron una represalia, pero Muireach estaba preparado, los repelió con facilidad, y eso fue todo. Aunque, ya sabes, las viejas

heridas tardan en sanar, y han sido enemigos jurados desde entonces.

—¿Están cerca, los MacDuffs? —preguntó Cora—. ¿Dónde viven?

—A diez leguas al norte, pero son cobardes hoy en día —respondió él—, luchando para los ingleses, nada menos, así que bien podría ser el triple de lejos.

—Hmm. Fascinante —comentó Cora—. Y revelador. Supongo que la obstinación y la rectitud son rasgos heredados, entonces. ¿Todos los Thains son así?

Airril se rio.

—Sí, y eso no es mentira. Och, y poseen una memoria aguda para quienes les han hecho daño.

Cora apartó una rama que sobresalía, apenas comenzando a brotar, mientras caminaban por un pequeño bosque, demasiado reducido para llamarse bosque y sin un solo arbusto o matorral, que no fuera un pequeño conjunto de árboles.

Justo cuando Airril le decía:

—Ahora esto es más grande, en número de gente y extensión, pero sabes que solo se construyó y creció en el último siglo—, salieron de esos árboles a una cresta que dominaba un valle con una comunidad.

Cora se detuvo para contemplarlo, y Airril hizo lo mismo, plantando ambos pies firmes y con las manos en las caderas. Respiró hondo y anunció:

—Este será el verdadero pueblo, donde vive la mayoría de la gente: soldados, arrendatarios, jornaleros, de todo tipo.

Una rápida mirada a la vista mostró al menos veinte casas diferentes, más espaciadas que las más cercanas a la gran casa, aunque los caminos aquí eran más estrechos. Había edificios más altos que parecían graneros y una construcción con cuatro lados pero sin techo, aunque no podía ver qué contenía. Al otro lado, más allá de las granjas, graneros y caminos que apenas permitían el paso de un caballo con carreta, la tierra se elevaba nuevamente a una altura similar a la pequeña cresta donde estaban; decenas y decenas de ovejas pastaban en los campos húmedos allí arriba. A la

izquierda, oeste supuso Cora, un arroyo serpenteaba perezosamente por los límites del pueblo, el agua azul oscuro brillando bajo el sol de la primavera temprana.

Así como el patio inmediato de Newburn solía estar lleno de gente, el pueblo también estaba activo. Vestidas con ropa casera similar a la de quienes estaban dentro de la abadía, dos mujeres conversaban, una con un balde en la cadera, la otra con un niño pequeño. Varios hombres maniobraban un arado primitivo desde los estrechos caminos del pueblo hacia el este, donde se extendía un campo abierto hasta donde alcanzaba la vista. Los niños estaban por todas partes, ocupados en pequeños terrenos que debían ser huertos, y en la calle, mientras dos chicos aventureros colgaban de un viejo árbol de ramas anchas.

Parecía sacado de una pintura pastoral, incluso difuso y apagado como suelen ser las imágenes de ese género, aunque ahora debido a la distancia y la perspectiva de Cora desde la cresta.

—Oh, quiero vivir aquí —exclamó, conmovida por el romanticismo del pintoresco paisaje.

Airril le dirigió una amplia sonrisa.

—Sí, y eso se puede arreglar. Eres bonita, lass, seguro que no te faltarán pretendientes si te quedas lo suficiente.

Sus ojos se abrieron.

—Oh, cielos, no. Solo estaba soñando despierta. Esto es realmente pintoresco, pero quiero ir a casa, Airril. Más que nada.

Airril bajó lentamente por la pendiente desde la cresta, haciendo un gesto con la mano para que ella lo siguiera. Cora lo siguió, alcanzándolo cuando pisaron el camino sin césped que atravesaba el pueblo. Él inclinó la cabeza hacia una de las cabañas, cuya puerta estaba abierta aunque afuera no debía hacer más de cuatro grados.

Los ojos de Cora tardaron en ajustarse al interior oscuro, pero encontraron allí a una mujer de muchos años sentada en el suelo frío y duro. Aunque miraba a sus visitantes, la anciana tardó en percibir la presencia de otros, hundida y desdentada junto al fuego y la tetera suspendida sobre él. Cora se preguntó cómo había llegado al suelo o cómo se levantaría de él.

—Esta es Goldie —anunció Airril, aunque incluso esto no hizo que la mujer levantara la mirada—. Seguramente necesita ayuda para moverse y con sus necesidades diarias. Es una de las pocas que podría entenderte, lass, ya que es tan vieja como la tierra, recuerda un tiempo en que las relaciones entre escoceses e ingleses eran más amistosas, y convenía aprender otro idioma. Goldie, mira aquí —dijo Airril, usando mucho más volumen ahora, dirigiéndose directamente a la mujer—. Es Cora, como te dije. Quiere ayudarte, aprender algunas cosas.

Finalmente, la mujer levantó su rostro arrugado y curtido hacia Cora. Al hacerlo, su boca se abrió, mostrando solo un agujero negro, mientras la miraba con unos ojos azul lechoso sorprendentes.

Cora dobló el codo, levantando antebrazo y mano, e hizo un pequeño saludo con la mano.

—Hola.

—¿Inglesa? —adivinó la mujer, con voz rugosa y tan fuerte como la de quienes no escuchan bien.

Airril se rio y guiñó un ojo a Cora.

—No, Goldie. Solo suena así.

Posiblemente, la anciana había sido obligada a pasar tiempo con Cora y no tenía intención de fingir felicidad por ello.

Airril no se inmutó. Aplaudió, como si el asunto estuviera resuelto, y dijo a Cora:

—Te quedas aquí ahora, con Goldie, ves qué puedes aprender, y regresas para la última comida, ¿vale?

Cora asintió y lo vio marcharse.

—Ven —dijo Goldie, sorprendiendo a Cora con la invitación, aunque no con la impaciencia con la que lo dijo.

Resignada a que ese sería su día, se sentó frente a la mujer junto al fuego, preparada para aburrirse o para ser tratada como una mula de carga, cumpliendo los deseos de esta mujer.

CAPÍTULO DIECISÉIS

¿Es una Pregunta Capciosa?

Como solía hacer, pero rara vez tenía oportunidad de disfrutar, Lucas descubrió que cuanto más tiempo pasaba en casa, más a gusto se sentía. La tensión anudada que vivía tan a menudo en él cuando estaba lejos de Newburn había disminuido.

Posiblemente, en esta ocasión, el consuelo general podría haber llegado antes, si no fuera por las frustraciones diarias iniciales causadas por Cora Bennett. A su favor, hacía días que no causaba disturbios. Estaba tan silenciosa y discreta que él incluso preguntó a Airril cómo había sucedido.

—Pasando tiempo con Goldie —respondió Airril—. Y no te causa problemas, así que déjala en paz.

Esa respuesta llegó al final del entrenamiento matutino, cuando Airril había subido al caballo. Dio esa respuesta mientras pasaba con su montura junto a Lucas, sin detenerse para conversar más y continuando su camino.

Algo aún hervía dentro de Airril, comenzado el día en que Lucas anunció su intención de pedir la mano de Isobel más de una semana atrás. Pero Airril había estado irritable durante más de un año, desde que perdió a Gwen, y Lucas asumió que este estado de ánimo pasaría, como todos los demás malos humores que había mostrado desde la muerte de su esposa. Su mal genio, sin embargo, no parecía mostrarse ante Cora, había notado Lucas. Con ella, el capitán Thain era atento y generalmente más alegre. Él y Cora pasaban bastante tiempo juntos. Incluso Boisil lo había notado, preguntándole a Lucas solo ayer si habría un cortejo en marcha entre ellos.

—¿Airril y Cora? —exclamó Lucas, la idea inverosímil presentándose inmediatamente como absurda, agriando un estado de ánimo bastante bueno hasta ese momento.

Cuando todo el ejército se hubo retirado del campo, Lucas cabalgó hacia los campos comunes y frenó a su gran caballo negro para contemplar la tierra, reconfortado de inmediato por la familiaridad del patrón de surcos y lomas. Si los Thains no eran llamados a las armas en los próximos meses y el clima no traía extremos, estaría complacido de usar todas las manos disponibles para tener su mejor año de cosechas hasta la fecha. Este empeño era un deseo anual de casi todos los terratenientes que conocía.

Satisfecho de que la labranza de primavera estaba bien encaminada, giró al destrier y rodeó el páramo, luego el pueblo y el pequeño lago, cruzando el arroyo que lo alimentaba, antes de entrar en el valle boscoso que lo devolvería a la fortaleza. No había recorrido ni una cuarta parte del camino entre los árboles cuando vio una figura que se movía rápidamente, bastante adelante y también rumbo a Newburn. Y aunque ya no vestía su llamativa ropa, habría reconocido a Cora Bennett en cualquier lugar, con su cabello corto y ondulado balanceándose al moverse, con el sol reflejándose en los tonos castaños.

Ella estaba corriendo, lo que hizo que Lucas instintivamente urgiera a su caballo a hacerlo también, sospechando ahora que estaba en algún problema, o más probablemente, que huía de algún lío que había causado.

Habían sido unos días tranquilos; supuso que le tocaba alguna travesura.

—¡Cora! —la llamó.

Ella lo oyó de inmediato y se detuvo, mirando por encima del hombro, pero no lo vio hasta que él la alcanzó, rodeando un viejo roble, lo suficientemente ancho como para ocultar a tres personas paradas en línea.

Sostuvo una mano en el pecho y respiraba con dificultad, con su pecho subiendo y bajando. La otra mano la escondió detrás de la espalda cuando él se acercó.

Pensó, no por primera vez, que ella parecía particularmente fuera de lugar vestida así, aún más que cuando llevaba su otro atuendo, aquel audaz y poco común. Estas telas y colores apagados no le sentaban. Debería estar vestida con tonos ricos y telas espléndidas, ciertamente ahora para acompañar la gran animación en su rostro, que incluía una sonrisa brillante.

—Cielos, Lucas. Me has asustado hasta morir. Empiezo a pensar que te gusta asustarme así, gritando mi nombre a todo pulmón. —Pero su sonrisa permanecía.

—¿Alguien te persigue, lass? —preguntó.

—¿Qué? Oh, no. Solo estoy emocionada. Iba a buscar a Airril.

—¿Emocionada?

—Sí. Eh, yo…

—¿Qué es lo que tienes detrás de la espalda, lass?

—Nada.

Como en tantos encuentros con Cora Bennett, Lucas sintió que su mandíbula se tensaba. Era exasperante. Total y absolutamente, sin remedio, exasperante.

—¿Qué escondes? —preguntó, con un tono que decía que no quería repetir la pregunta.

Cora suspiró y frunció el ceño.

—Eres un aguafiestas. —Sacó la mano al frente, revelando solo un huso y el hilo enrollado alrededor de él, formando una pieza más ancha. —¿Ves? Nada importante. No estoy haciendo nada malo.

—Entonces, ¿por qué lo escondiste?

—Porque… porque es tonto estar tan emocionada… bueno, da igual. Porque lo hice. No lo estoy robando. Solo quiero mostrárselo a Airril.

Levantó la mano que sostenía el huso y con los mismos dedos ajustó sus gafas. Lucas pensó que era una mala idea. Como no, eventualmente se podría pinchar un ojo.

—Seguramente, él ha visto el huso y la lana convertida en hilo.

—Obviamente. Pero yo no. Nunca así. Y lo hice yo sola, Lucas. Quiero decir, Goldie me ayudó al principio y me enseñó a

hilar, dijo que era "girar", pero hice todo esto yo sola. —Su sonrisa regresó. La miraba como esperando que él también sonriera ante algo tan emocionante.

Sus ojos y sonrisa eran vibrantes, su satisfacción asombrosa. Tanto que él no fue tan grosero como para mencionar lo común que era su logro. Los niños aprenden a hilar la lana poco después de aprender a caminar. La misteriosa Cora Bennett claramente no.

—¿De dónde dijiste que eras, lass?

—Yo… no lo dije. Eh, debo irme. Quiero encontrar a Airril.

—Es una pregunta sencilla.

Todo el entusiasmo brillante desapareció de su bonito rostro. Después de todo, él lo había arruinado.

—Y una que ni te molestaste en preguntar, hasta ahora, y mientras tus ojos están entrecerrados con desconfianza. Con todos esos, eh, percances aparte, no soy una amenaza para nadie, Lucas. Y te aseguro que nunca habrás oído hablar del lugar de donde vengo, así que de todos modos no significará nada para ti. ¿Puedo irme ahora?

Con los labios apretados, él asintió, pero no la dejó ir sola.

Ella comenzó a marchar ahora, no a correr como antes, pero se detuvo cuando él comenzó a conducir su caballo a su lado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, usando de nuevo un nudillo doblado para subir sus gafas.

Lucas se dio cuenta de que no había visto ese pequeño gesto suyo en un tiempo. Lo había presenciado dos veces en solo minutos. De alguna manera, tenía el efecto de relajar la tensión de su mandíbula.

—Acompañarte hasta la fortaleza. —No añadió *ya que no hay guardia contigo*, pero sabía que más tarde investigaría eso. Decir que ella aceptó esto con gracia habría sido un pobre juicio de su aumento de pisadas y pequeños bufidos de desagrado.

Había aprendido algunas cosas sobre Cora Bennett, a pesar de tantos intentos de evitarla o no sentirse intrigado por ella. Así que no se sorprendió cuando interrumpió el silencio creciente entre ellos después de casi veinte pasos, y lo hizo con alegría, sin rastro de su angustia por su decisión de caminar junto a ella.

—Puedo decirte esto, Lucas —dijo con tono neutral—, mi hogar no es como el tuyo, ni en tamaño ni en diseño. Y está muy lejos. Soy la segunda de dos hijas, y mi padre falleció hace mucho. Lo extraño terriblemente. Y no pensé que extrañaría a mi hermana o a mi madre después de solo un mes, pero ahora realmente lo hago. —Hizo una pausa, observando cuidadosamente dónde ponía los pies, y añadió—: Y realmente creo que todo lo que pasó la semana pasada fue solo porque estaba muy nerviosa. Quiero decir, generalmente soy nerviosa, creo, pero no tanto.

—¿Qué te hace ser nerviosa? —preguntó.

—Quién sabe. —Se encogió de hombros y levantó la cara hacia él, dejando que un rayo de sol realzara momentáneamente el verde de sus ojos—. ¿Qué te hace a ti tan… estoico y… distante?

Lucas estaba seguro de que tenía otras palabras en mente, pero eligió esas para minimizar el golpe de su estimación.

—¿No estamos todos moldeados por nuestras circunstancias?

—Absolutamente —aceptó de inmediato—. Y estas circunstancias me están convirtiendo en un manojo de nervios.

—El trabajo mantendrá alejada la pena —aconsejó—. Mantiene a la persona con los pies en la tierra, evita el lamento inútil.

Cora soltó una carcajada.

—Tengo que decirte, Lucas, que no hay suficiente trabajo aquí para superar lo que estoy pasando. Y, para que lo sepas, de vez en cuando un buen llanto liberador es justo lo que el médico manda.

—¿Has hecho eso alguna vez?

—Oh. Varias veces —admitió con una risa despreocupada—. Seguro que vendrán más.

—Derramar lágrimas es un lujo, solo una pérdida… —se detuvo cuando ella le lanzó una mirada incrédula, las cejas levantadas por encima del marco de sus gafas.

—Oh. ¿De verdad crees eso, o te suscribes a eso, verdad? ¿Qué? ¿Solo te dices a ti mismo que sientas de cierta manera y lo haces? ¿O bloqueas todas las emociones que no te gustan? ¿Es eso?

Lucas abrió la boca, pero ella no le dio oportunidad ni de refutarla ni de defender su frase interrumpida.

—¿Sabes que hay todo un espectro de emociones para sentir y conocer? Y suprimir cualquiera de ellas puede afectarte tanto física como mentalmente. Se nos anima —dijo filosóficamente— a aceptar o al menos reconocer cada emoción que sentimos. Y luego aprender a regularlas.

—Suena agotador. Y consume tiempo —decidió. A la ligera, pero posiblemente con intención de provocarla, añadió—. Tal vez deberías preocuparte por aceptar solo la mitad de tus emociones.

—Dicho como un verdadero bruto sin iluminación del siglo XIV. Y, por cierto, si fueras a suprimir emociones, bloquea la ira. Esa es la más derrochadora y dañina de todas.

Correctamente reprendido, aunque no prestaría atención a sus sugerencias oscuras, y mientras se divertía enormemente con ella, se oyó a sí mismo bromear:

—Pero a mí me gusta esa.

Su respuesta no fue más reprensión ni decirle que era un monstruo insensible, sino una breve mirada de exasperación antes de darse cuenta y estallar en carcajadas.

Cierto, había sonreído antes. Él había sido testigo de algunas de esas, cosas gloriosas, aunque aún no había sido el receptor directo de una, pero su risa era algo completamente diferente, abierta y alegre, con un sonido melodioso y encantador, mientras sus ojos danzaban de júbilo. Solo después, mientras él la miraba tan abiertamente, levantó la mano para cubrirse la boca y trató de controlar la risa. Tuvo éxito, pero solo por un momento antes de que otra risita escapara detrás de la mano y sus ojos se entrecerraran de nuevo.

Lucas decidió casi de inmediato que podría soltar más bromas, ya que estaba tan gratamente recompensado.

Posiblemente solo un hombre hecho de piedra o sin corazón podría no haberse sentido cautivado o afectado de alguna manera por su alegría. Y aunque, en diferentes momentos durante los últimos años, se lo había acusado de ambas cosas, en realidad no era así. De hecho, se encontraba en un territorio inexplorado, dominado por un deseo que no había experimentado en años: el deseo de sonreír él mismo.

Y porque ella era Cora y parecía hablar primero y pensar después, se detuvo y lo miró, aparentemente fascinada, y dijo:

—Oh, sabía que una sonrisa solo te haría más apuesto —dijo con voz melancólica, como si las palabras fueran solo un pensamiento.

Él podría haberla molestado entonces, *¿sabes que soy apuesto?*, pero no lo hizo. Hacerlo habría sido completamente fuera de su carácter y podría haber invitado a una crítica de su persona, que seguramente incluiría sus cicatrices y su efecto.

Sus mejillas se sonrojaron entonces y Cora Bennett volvió a ser la persona nerviosa que era, retomando su caminar, apartando la cara de su vista.

Pero su sonrisa permaneció, vio él.

***

Ella ya había ido a la oficina del mayordomo una vez. Y se había encontrado con el propio mayordomo varias veces. El hombre tendría quizá sesenta años, más o menos, de complexión delgada, aunque parecía vigoroso, su andar habitual era algo apresurado. Godric tenía una maraña de cabello gris-marrón que regularmente se echaba hacia atrás sobre su alta frente, un aspecto que no resultaba en lo más mínimo atractivo. Pero era agradable y hasta le había ofrecido enseñar a Cora el idioma. Ella dudó lo suficiente como para que él pensara que tendría que "vender" la oferta, y lo intentó diciendo que el gaélico escocés era más fácil de aprender y hablar que el inglés. Ella lo dudaba sinceramente, pero realmente solo había dudado porque no pensaba quedarse el tiempo suficiente ni para aprenderlo ni para usarlo.

Ella bajó las escaleras del gran salón y recorrió los pasillos torcidos de la planta baja, en una misión de parte de Goldie.

—Dile que el vino está casi acabado, y sabrá que la cerveza no es buena para mi estómago malhumorado. Ocho peniques, deberían alcanzarme para dos galones —había dicho Goldie, empujando monedas gastadas en la mano de Cora—. Y dile que nada de ese vino de Gascony, no quiero probar tierra ni sal. Pide el vino de Renania. Vamos, ya —dijo cuando Cora vaciló, preguntándose si había más instrucciones.

—Vino de Renania, no el de Gascuña —repitió ella al doblar la esquina del pasillo oscuro y luego al entrar por la puerta abierta de la oficina de Godric—. Dos gal...

Cora se detuvo de golpe, encontrándose con Lucas en la pequeña habitación, y Godric no estaba a la vista.

Deteniéndose justo dentro de la puerta, no pudo evitar que su mirada recorriera libremente al laird Thain. Él estaba encaramado sobre el robusto escritorio del mayordomo, con su trasero sobre la superficie, mientras cruzaba los pies por los tobillos y los brazos sobre su enorme pecho, como si llevara un buen rato allí. Su postura sugería completa comodidad, pero su expresión era otra historia. Como ella lo veía a menudo, estaba sin mangas. Se preguntó si en verano se quitaba la camisa por completo. Por mucho que quisiera ir a casa, no le importaría extender su estancia si ese fuera el caso.

—Oh, hola —dijo automáticamente, sin entender por qué un rubor apareció en sus mejillas—. ¿Dónde está Godric?

Él levantó y bajó los hombros, negando con la cabeza, con la mirada tan penetrante como siempre.

—No puedo decirlo. Yo también estoy esperándolo.

—Bien —mostró la moneda en su mano—. Tengo… una orden, supongo, de Goldie, por vino.

El ceño fruncido de Lucas, nunca muy lejos de su rostro, apareció.

—Haría bien en ahorrar su dinero ganado con esfuerzo, beber la cerveza disponible y olvidarse del vino.

Cora se acercó con cautela, colocándose a la izquierda del escritorio y a la derecha de Lucas, mientras él la enfrentaba. No se apartó del escritorio mientras Cora buscaba un lugar para dejar la moneda que fuera visible. No quería debatir con él sobre lo que Goldie debería o no hacer. La mujer tenía casi ochenta años, según Cora; si prefería vino a la cerveza corriente que servían allí, ¿qué le importaba a Lucas?

—¿Quizá debería dejarle una nota con esto?

—Él debería estar aquí —aconsejó Lucas—. Guárdala hasta que esté.

Ella lo miró de reojo, al principio solo con el rabillo del ojo, sin poder aprovechar esa proximidad para inspeccionar mejor sus brazos musculosos. Su hombro estaba justo a la altura de sus ojos, lo que la impulsó a decir:

—Deberías ponerte así cada vez que hablas con nosotros, los bajitos. Es mucho menos intimidante.

Retrocedió un paso y luego otro, disfrutando en realidad de que él no se alzara sobre ella, apoyado como estaba en el escritorio.

—No estás intimidada por mí —dijo él—, ni por nadie, hasta donde puedo ver.

Cora no podía descifrar su tono. ¿Estaba enojado por lo que suponía?

Mordió su labio y miró alrededor, fingiendo que Lucas Thain no estaba a menos de dos metros de ella, que no la observaba de esa manera tan desconcertante. Habría preferido dejar la moneda y una nota para Godric, y no quedarse allí con Lucas. Apenas llevaba un minuto en su compañía y su corazón ya latía con fuerza.

Y no había alivio a la vista, no después de lo que él dijo a continuación.

—¿Querías que te besara ese día? —la dejó pasmada con la pregunta—. Dentro de la cámara de la abadesa, cuando dijiste lo que pensabas que era un adiós.

Cora abrió la boca, formando un incrédulo *¿Qué?*. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿P...por qué… jolines, por qué me preguntas eso ahora?

Lo miró fijamente, pero él no respondió. Tampoco parecía demasiado contento de haber preguntado lo que preguntó. Los brazos cruzados sobre su pecho se flexionaron mientras su mandíbula se apretaba tan fuerte que su mejilla se contraía.

—Oh, deseas no haber hecho esa pregunta, ¿verdad? —preguntó ella con voz pequeña y aireada, casi débil. Cora aclaró su garganta y retrocedió un paso más—. Sí, pretendamos que no lo hiciste.

Lucas no desafió eso, pero preguntó a continuación:

—Y ¿qué significa eso de "jolines"?

—¿Qué?

—Jolines—¿por qué me lo dices? Ya van más de una vez.

—Es, eh, como si dijeras *maldición* —explicó, tratando de imitar su hermoso acento, fallando miserablemente—. Es una exclamación, como *Oh.* Quiero decir, en realidad es como tomar el nombre del Señor en vano, Jolines. Pero no me gusta maldecir así. O bueno, he estado intentando no hacerlo.

Aunque su atención era intensa sobre ella, sus ojos grises, que aquí le parecían casi negros, le preguntó con lo que parecía una despreocupación intencional:

—Entonces, cuando te hago una simple pregunta, ¿por qué respondes con *jolines*?

—Esa no es… en absoluto una pregunta simple.

—Sí que lo es.

Algo se le encendió en la mente. Muchas veces desde aquel día en la oficina de Lady Euphemia, Cora había pensado, se había convencido a sí misma, de que solo lo había imaginado, que en aquella ocasión Lucas Thain había estado pensando en besarla. Sin embargo, no estaba segura de haberlo creído realmente. Pero él acababa de confirmarlo, que había tenido razón. Básicamente le había dicho, con su pregunta ahora, que no solo lo había imaginado.

—¿Querías, eh… —comenzó ella y aclaró su garganta otra vez, malditos esos sonidos entrecortados y su voz ronca—, ¿besarme? —Antes de que él pudiera responder, no parecía que reconociera tal cosa, Cora se detuvo, retrocediendo bruscamente.

—No, no. No quiero saberlo. Tú eres, y yo no debo. Pronto me iré, quiero decir, deberíamos… tengo que irme. —Se detuvo al chocar su espalda con la pared junto a la puerta.

—Simplemente sueltas todos los pensamientos, ¿verdad? —preguntó Lucas, de repente visiblemente entretenido por su desconcierto—. No eliges, solo dejas que todo se derrame.

Sí, eso hacía. Pensar en voz alta, eso era lo que regularmente hacía, y sí, a veces sonaba así, como un torrente desordenado de ideas.

Y a veces, después de que todos los pensamientos mezclados se derramaban, solo quedaba la verdad.

Cora rodeó con la mano el marco de la puerta detrás de ella, pero luego se enderezó hasta su altura completa, tal como era. Con voz clara, anunció:

—Quiero decir, sí, quería que me besaras. Claro que sí. Pero luego, cuando lo pensé después, me alegré de que no lo hicieras. Tú, eh, pareces saber besar muy bien, apostaría dinero a eso, pero no quiero que me beses hasta perder el sentido, y luego te des cuenta… eh… bueno, siempre he quedado en segundo lugar la mayor parte de mi vida y generalmente he estado bien con eso, pero…

Se detuvo. Lucas levantó una ceja, la miraba como esperando más. Solo tenía un poco más de verdad que confesar. Un calor giratorio subió de su vientre al pecho y calentó su rostro.

—Pero ahora no lo estaría, no contigo. Estar bien con quedar en segundo, quiero decir.

Hubo un leve cambio en su mirada, casi imperceptible, pero por lo demás parecía considerar lo que ella había dicho.

—No te he besado, Cora, aún no, así que no puedes decir que ha sido insensato… y aun así no lo es.

Oh, su voz era increíblemente sexy. Ese rasgueo grave probablemente era resultado de lo que realmente había causado la cicatriz en su cuello, pero seguía siendo extremadamente atractivo.

Pero no, ella supuso que no tenía sentido.

Quería mirarlo con ojos nuevos, los que habían sido testigos de su casi sonrisa y comentario inesperado de ayer, pero eso podría ser fatal, decidió. Ya era lo suficientemente peligroso, tan viril y terrenal, con esos grandes brazos que sus manos ansiaban explorar, y esa voz grave, lenta y profunda que acababa de usar, que nunca creería que no fuera intencionalmente seductora.

Pero debajo de todo lo que encontraba fascinante en él, y había mucho, estaba la verdad: estaba enamorado de Isobel, había regresado a Brathwick para pedirle matrimonio.

Cora solo estaba allí como consecuencia de esa aventura suya.

Eso era todo.

Una triste sonrisa curvó sus labios.

—Tiene sentido para mí —dijo. Se agarró más fuerte al marco de la puerta detrás de ella—. Eh… tengo que irme. Goldie me está esperando.

Y se dio la vuelta y salió corriendo de la oficina, llevándose las monedas consigo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Nuestros Corazones en la Noche

Hubo un tiempo en que Airril esperaba con ansias la última comida del día. Llenaba su estómago con lo que había en la cocina y con hidromiel especiada, sabiendo que pronto estaría camino a casa con Gwennie, teniéndola entre sus brazos. Desde que ella se había ido, la última comida solo significaba el comienzo de la larga noche sin ella. Había empezado a temer el final del día, especialmente en los meses de invierno, cuando las noches eran mucho más largas y solo contaba con sus propios pensamientos y recuerdos como compañía.

Claro que todo eso había cambiado con el fin del invierno y la llegada de la lass.

Airril se encontraba casi esperando con interés cada nuevo día, por ver qué travesura haría Cora Bennett a continuación. Casi se arrepentía de haberla dejado con Goldie, quitándole tantas oportunidades de causar problemas. Probablemente ella estaba contenta con su nueva situación, fuera de la trayectoria de la ira del joven, pero Airril no; *quería* que Cora Bennett provocara e irritara al laird.

Cora Bennett era exactamente lo que el lad de cabeza dura y corazón endurecido necesitaba. Airril lo había imaginado durante varios años, incluso antes de que Gwennie se fuera y él tuviera tiempo de reflexionar sobre las penas o alegrías de los demás. Había pensado que todo lo que el lad necesitaba era una buena mujer. Pero, claro, eran difíciles de encontrar, especialmente aquellas que no se incomodaban con sus cicatrices.

Ni por un minuto Airril pensó que el amor había llevado al joven de regreso hacia Brathwick y esa maldita Isobel Wemyss. Airril

sabía de qué se trataba todo esto. Combinas el shock de redescubrir a tu amor perdido con la feliz situación de los Cameron, y ahí lo tienes: el lad quiere una esposa para él. Airril no diría que lo ocurrido hace diez años lo había arruinado, pero sí, lo había sentido, y durante muchos meses. Posiblemente, lo que le había sucedido dentro del año de que Isobel se casara con el barón, lo que dejó esas marcas en Lucas Thain, no tan horribles ni fatales como lo que hicieron a su hermano, había sido lo que desvió su mente de Isobel y la llevó a ese dolor fresco.

Y aun así, el joven no era un alma torturada; solo necesitaba enderezar su cabeza. Un hombre no debería vivir tan obsesivamente, definido por un solo evento. Airril admitía que cargar con las cicatrices de aquel encuentro con los MacDuffs, que le había costado la vida a su hermano y donde él casi perdió la suya, y enfrentar esos recordatorios cada mañana al pasar la navaja por el cuello durante el afeitado, podía dificultar dejarlo atrás.

Pero entonces allí estaba de nuevo: Isobel. En el convento. Y tal vez el orgullo había motivado la petición de su mano esta vez. Al lad no le gustaba perder. Tal vez ya había superado a Isobel hace años, pero cederla a ese barón adulador nunca le había sentado bien, estaba seguro Airril.

Och, qué alivio había sentido Airril cuando ella se negó sabiamente. No era tan vanidoso como para pensar que alguna de las miradas oscuras y con el ceño fruncido que le había lanzado dentro de la cámara de la abadesa hubiera tenido algún efecto. Lo había sorprendido completamente cuando dijo lo que dijo. *Vi la forma en que la miraste*. Si Cora Bennett no hubiera estado desaparecida en ese momento y Airril no hubiera estado preocupado por eso, habría celebrado su alegría. ¡Sí! Así que no era el único que lo había notado.

Y habían recuperado a Cora Bennett justo a tiempo, ¿verdad?

Sí, y qué soplo de aire fresco era ella.

Airril había vivido lo suficiente como para poder separar lo que la lass decía ser de lo que realmente era día a día. Había conocido a más de un alma perdida, con la mente tomada y torcida por los horrores de la guerra. Ella no era así. Nerviosa, tal vez, pero

no atormentada por ninguna verdadera enfermedad mental. Simplemente estaba fuera de su elemento. No tenía sentido para Airril, pero no podía encontrar fallo alguno en su carácter, y eso era todo lo que le importaba.

Así que, sí, ¿quién era él para decir si mentía o no? ¿Que realmente venía de otro tiempo y lugar? Claramente eso explicaría mucho sobre ella. ¿Cómo puede alguien no saber encender un fuego o para qué servía la cesta de turba cerca del hogar? Will había dicho que le había pedido que identificara cada cosa que comía, sin tener idea de lo que eran las comidas finas de la cocinera. Y Airril nunca había conocido a alguien tan encantada con peinar e hilar la lana, sin aliento de correr a mostrárselo. ¿De dónde *habría* venido?

Saldría a la luz, estaba seguro Airril. No le preocupaba.

Claro, ella causaba muchos quebraderos de cabeza, pero generaba mucho más que eso, siendo bonita a su manera, en gran parte gracias a su sonrisa ansiosa y sus ojos abiertos. Llena de compasión, empatía y demás, todas esas cosas que no crees necesitar hasta que te las muestran. Buen corazón, tenía.

El laird también lo pensaba, Airril apostaría hasta su último centavo. No quería quedar hipnotizado por ella, se estaba resistiendo con todas sus fuerzas, pero no podía evitarlo.

Justo ahora, mientras las mesas comenzaban a despejarse, Cora se levantó del lugar donde había comido, siempre de espaldas a la mesa principal, tal vez por diseño, y luego lo sorprendió acercándose a la mesa del laird. Pero no buscó a Lucas ni a Airril, sino al mayordomo, Godric, al extremo izquierdo de la mesa del laird.

Era una cosita diminuta, y la mesa principal estaba elevada sobre un estrado, a unos veinte o veinticinco centímetros del suelo, de modo que la mesa le llegaba al pecho cuando se inclinaba para hablar en voz baja con el mayordomo. Airril observaba desde el otro extremo de la mesa, a la derecha de Lucas, mientras ella giraba una mano sobre la mesa y colocaba algo, luego usaba la palma para acercarlo a Godric.

Frunciendo el ceño, Airril vio que eran monedas, lo que despertó muchas preguntas, pero el rápido asentimiento y la sonrisa

afable de Godric indicaban que no había problema. Lo que estuviera haciendo no era molesto, entonces.

Airril sacudió la cabeza y bebió de su hidromiel, consciente de que el joven la miraba fijamente. Lucas no se molestó en disimular su mirada abierta hacia Cora. Airril solo veía la parte trasera de su cabeza mientras Lucas la miraba sin tapujos.

Al mismo tiempo, la mirada de la lass solo rozaba cerca, pero no sobre el joven, posiblemente queriendo saber si el laird realmente la observaba, si había justificación para sus mejillas sonrojadas. Airril permaneció inmóvil, siendo solo un observador silencioso de esta interacción muda y casi desesperante entre ambos.

Luego, Cora salió del salón, como cada noche, dirigiéndose a las escaleras en espiral dentro de la pared norte hacia su habitación en el último piso. Airril notaba regularmente que sus hombros, a esa hora del día, colgaban caídos y bajos. Estaba seguro de que, al igual que él, solo se podía encontrar abatimiento y desesperación en ese momento. Pero no sabía qué hacer por ella.

Se sorprendió cuando reapareció solo unos minutos después, ahora cubierta con el tartán de los Thain, envuelto alrededor de sus hombros y cabeza. Posiblemente solo quería caminar un poco antes de retirarse, aún tenía energía por gastar para que el sueño llegara fácilmente.

Airril vació su copa y se levantó de la mesa, cruzando el salón desde otro lado y encontrándose con Cora cerca de la puerta, consciente de que los ojos del joven nuevamente se fijaron en ella apenas regresó al salón.

—Vamos, lass—dijo, abriendo la puerta para ella—. Puedes caminar por la muralla conmigo un rato. —Le levantó una ceja mientras pasaba por la puerta—. A menos que tengas otros planes, encontrándote y saludando a alguien.

Cora soltó una corta carcajada.

—Para nada. Solo estoy un poco inquieta, supongo. La otra noche, esos chicos allá arriba dijeron que podía caminar, pero que debía quedarme en el patio.

Airril estuvo de acuerdo.

—No querrás estar fuera de las puertas por la noche, lass. Nada bueno sale de eso.

Al subir los escalones de piedra junto a la casa de la puerta y la muralla frontal, Cora preguntó:

—¿Dónde duermes, Airril?

—En los barracones ahora, manteniendo a los lads en orden —dijo él—. Debería ser asunto de Boisil, es el hombre de mayor rango allí, pero duerme a través del viento, fuego, lluvia y todas sus travesuras.

—¿Ahora en los barracones? —preguntó ella mientras alcanzaban las almenas—. ¿Pero no siempre?

Se encontraron con Simon, que solo fingía observar atentamente lo que ocurría fuera de la muralla, estaba seguro Airril, al menos había notado su acercamiento. Airril asintió y siguió de largo. No estaba de humor para hablar con aquel, que no era conocido por decir palabras que valieran la pena escuchar.

—Estuve casado por un tiempo —respondió Airril a Cora—. Con Gwen, y vivíamos en una cabaña en el pueblo lejano, a dos casas de Goldie. Glenn y su familia la tienen ahora.

—¿Qué pasó… dónde está Gwen ahora?

—Se fue. Falleció —dijo, ahora con los labios apretados—. La atrapó una fiebre que ni Goldie ni Brighde pudieron vencer.

—Lo siento mucho, Airril. Es terrible.

—Sí. No te importa que el buen Señor tome a los indeseables y a los que sufren o causan sufrimiento, pero no debería llevarse a los buenos, tan jóvenes. Nos detendremos aquí, lass—dijo—. Hay buena vista. —Indicó que debía pararse en la aspillera de piedra, la parte empotrada entre cada merlón, desde donde podía ver fácilmente las sombras del paisaje y el cielo estrellado.

Cora apenas echó un vistazo a la escena nocturna. Con el tartán envuelto fuertemente para protegerse del frío, y sus manos ocultas entre los pliegues, apoyó su cadera contra la aspillera y miró a Airril.

—¿La extrañas?

—Cada minuto, cada día —no le importó admitirlo. Sin vergüenza alguna.

—¿Tuviste hijos con Gwen?

Airril negó con la cabeza, disfrutando de que el nombre de su amor estuviera en los labios de otra persona, en lugar de solo en los suyos, o escuchado en su mente.

—No fuimos bendecidos de esa manera, así que ella tuvo que conformarse solo conmigo.

—Qué suerte, señora —comentó Cora con una de sus sonrisas agradables—. ¿Qui…quieres hablar de ella? ¿Contarme sobre ella?

Airril ya sabía que Cora Bennett era una buena lass, de alma amable. Sí, se sentaría a escuchar sus divagaciones sobre alguien que nunca conoció y que nunca conocería. No significaría nada para ella, pero lo hacía con compasión, pensó Airril, como si eso pudiera calmarlo un poco.

—Eres una buena lass, pero no. No necesito hablar de ella para conservar todo lo que fue querido. Ella está conmigo, todo el tiempo. Sé que me gusta mantener cerca los recuerdos, esas cosas que solo son mías.

—Tiene sentido —decidió Cora—. Eres muy afortunado, Airril, por haber tenido eso.

Él soltó una risa agridulce.

—Soy muchas cosas, lass, no todas buenas, pero no soy un tonto. Sé lo que tuve en su momento, me enorgullece decirlo; no lo supe solo cuando ella se fue.

—Bien por ti. —Miró brevemente más allá del muro y luego volvió su atención a Airril—. ¿Crees que… bueno, por qué Isobel no quiso casarse con Lucas? Probablemente sea grosero de mi parte preguntar…

Dejó la pregunta en el aire, tal vez esperando que Airril refutara esa última parte. La verdad, él ya esperaba esta consulta desde hace días. Y podría haberle contado alguna media verdad o un detalle breve pero poco revelador sobre Lucas e Isobel, justo lo suficiente para responder a su pregunta. Pero Airril quería algunas respuestas propias.

—Debe haber una larga historia ahí, ¿no? —preguntó Cora cuando Airril no respondió de inmediato.

—Sí, la hay. Pero no es una historia complicada. Ella llegó a Newburn en el ’91, con su padre y su madre, haciendo las rondas, tratando de encontrarle un esposo. El joven se enamoró de ella de inmediato, aunque ella era paseada por Newburn con la esperanza de atraer el interés de su hermano, que era el presunto futuro laird en ese momento, Airril pasó el nudillo bajo su nariz de un lado a otro —. Sé que ella correspondía el afecto en ese momento, nunca creeré lo contrario —dijo, recordando que Gwen había pensado que todo era un truco para poner celoso a John, ya que él no mostraba particular atención o interés en Isobel—. Pero Lucas era solo el segundo hijo. Y su padre la llevó lejos de Newburn tan pronto como tuvieron una oferta del barón. Según entiendo, ella no puso demasiada resistencia a irse, así que ahí lo tienes.

—Entonces, él estaba enamorado de ella, pero ella… no tanto.

Airril se encogió de hombros. No podía hablar con certeza sobre lo que otros pensaban, sentían o sabían.

—Todo conjetura de mi parte, lass, tenlo en cuenta. Pero no vayas a imaginar que cuando la vio de nuevo en Brathwick, eso tuviera algo que ver con el amor. Ya la había superado hacía tiempo; la tragedia y… bueno, la vida le arrojó otras cosas, puso todo en perspectiva.

—¿Otras cosas? ¿Como lo que le pasó para que tuviera esa cicatriz en el cuello?

—Sí, eso fue parte. Y no me preguntes sobre eso —advirtió Airril—. No es mi historia para contar. —Tampoco lo que sospechaba sobre las razones de Lucas para regresar a Brathwick y a Isobel, aunque compartió esas suposiciones con Cora. —Me preguntas, ¿y acaso no lo has hecho? Ella era conveniente. Encontrarla allí; suponiendo que podría no querer estar allí, suposición de él, y ella lo corrigió; él ya mayor; ella ya había sido chatelaine de una gran propiedad. Podría haber parecido una buena idea en ese momento. Nada que ver con el amor, te lo digo.

La lass inclinó la cabeza con curiosidad ante Airril.

—Y mencionas eso específicamente, más de una vez, dijiste “no amor” ¿por alguna razón?

Airril no pudo evitar sonreír un poco, creyendo que sí, aunque ella tratara de suavizarlo, había un atisbo de esperanza en su tono.

—Claro, y nadie es más consciente del calor que intercambian entre ustedes dos, con nada más que sus ojos.

Cora abrió los ojos ante esto, pero Airril quiso enfatizar el punto.

—Ella misma lo dijo, Isobel. Dijo que vio cómo te miraba.

—¡No lo hizo!

Airril se rio abiertamente.

—Sí que lo hizo. Sé que sabía que no tenía, ni podía dar, lo que él necesitaba, que ni siquiera tenía en ella intentar. No es despiadada, solo… sabe de lo que es capaz y lo que necesita.

—Samara dijo que él podría necesitar compasión, o amor, o algo de ese tipo.

—¿Sí?

—Sí, pero ya no confío en nada de lo que dijo. Todavía estoy enojada con ella por dejarme aquí. Y aun si Lucas necesitara alguna de esas cosas, no creo que lo haga, parece muy autosuficiente, felizmente, ciertamente no las querría de mí, que es lo que creo que intentas decir aquí. Creo que… bueno, no creo que le desagrade, pero claramente no sabe qué hacer conmigo. Y entiendo que es una persona naturalmente suspicaz, no confía fácilmente, pero conmigo menos que con nadie. Claro, no me he ayudado en ese sentido, con todo...

—No te preocupes por toda esa agua bajo esas piedras, lass. Lo hecho, hecho está.

—Y aun así nada de eso importa, Airril. Sí, es fascinante. Sí, es… no sé, el sueño de cualquier chica. Sí, mentiría si dijera que no… bueno, me hace algo, a mí, lo que sea. Pero no importa. Probablemente todavía no me creas, pero realmente no soy de esta época. Necesito volver a casa. Y solo no opuse demasiada resistencia cuando me encontraron y me trajeron aquí porque, sí, estaba asustada por esa banda de ladrones del bosque, pero también porque pensé que si estaba con Lucas, Samara me encontraría. —La luz de la luna brillaba en sus ojos húmedos—.

Airril, necesito estar en Roslin para volver a casa. ¿Puedes llevarme, por favor?

Su desdicha no era algo que se pudiera ignorar tan fácilmente. Pero él debía intentar cambiar su mente y le advirtió:

—Si volvemos, si lo que dices es cierto, nunca lo volverás a ver.

Con brusquedad y un poco de quejido, ella dijo:

—Lo sé. Eso me rompe el corazón hasta cierto punto, pero… ¿por qué me quedaría aquí si…? Bien, la verdad es que siento que no me llevarán de vuelta hasta que haga lo que Samara dijo, salvar al alma necesitada, Lucas, con compasión, amor o lo que sea. Pero Airril, temo… no quiero enamorarme de él y luego ser llevada. Eso sería peor.

Airril había tenido esperanzas, pero incluso él estaba asombrado. Sabía que Lucas era un buen hombre. Sí, bajo ese exterior áspero vivía un hombre de honor e integridad. Claro, se dejaba llevar por una ira feroz, había aterrorizado a más de un soldado Thain hasta hacerle orinarse encima, pero el joven no era mentiroso, no era ladrón, nunca deshonraría a otro. Pero tampoco estaba viviendo, no tenía una vida cuyos recuerdos le dieran paz en su lecho de muerte. Sí, luchaba valientemente por una causa justa, pero necesitaba saber que había más en la vida que eso. La vida no debía ser solo una serie de acciones y reacciones basadas en los eventos que ocurren a tu alrededor. Eso era todo lo que Lucas conocía. Con sus parientes más cercanos muertos, no tenía conexión personal con nadie.

Era demasiado joven para eso, para haber renunciado a toda esperanza de tener algo significativo.

Och, y me estoy poniendo fantasioso, pensó Airril, sabiendo que tenía a Gwen a quien agradecer, o culpar, por eso. Antes de conocerla, antes de haber vivido esos once años perfectos con ella, no habría dado un segundo pensamiento al bienestar de Lucas.

Gwennie generalmente tenía razón en las cosas.

—Algunas personas están destinadas a estar juntas —había dicho su Gwennie en la época en que el joven casi se había hecho un tonto por Isobel—. Tú y yo somos de esos —dijo—. Lucas e

Isobel ciertamente no lo son. Confía en mí en eso, si en nada más, amor.

Pero… ¿y si Cora y Lucas fueran…?

Ya la lass temía que si se quedaba demasiado tiempo podría enamorarse de él. Entonces supo lo que tantos otros no se molestaban en ver: que había mucho más en Lucas Thain que su furia constante y esas cicatrices, visibles y no.

—¿Airril? —llamó Cora su atención—. ¿Lo harás? ¿Podrás llevarme de vuelta a Roslin?

Solo porque estaba tan desolada aceptó. Asintió, odiándose por mentirle. No, no era mentira. La vería llegar a casa si era necesario. Pero no de inmediato.

—Sí, pero dame unos días, lass. Tengo algunas cosas que arreglar aquí.

Como esperar a que el joven vea lo que tenía justo delante de sus ojos.

El aire era frío, no exactamente agradable. Airril pensó que debía llevar a la lass de regreso adentro.

Will apareció deambulando, como en su ronda nocturna por el alto muro de cortina, antes de que Airril pudiera sugerirle algo a Cora.

El lad llegó, con la capucha puesta y sin casco, soplando en los puños que tenía entrelazados, y su mirada alargada se iluminó al encontrar a Cora allí arriba.

—¿Te ponen de guardia ahora, Cora Bennett?

Cora se giró desde la tronera hacia aquello a lo que había estado prestando atención.

—¿Yo? Oh, cielos, no. Hace demasiado frío para mí aquí arriba, Will.

Airril frunció el ceño con irritación hacia Will, que estaba demasiado cerca de la lass, mirándola de reojo, demasiado amistoso.

—Unos chicos y yo vamos a Kilimall mañana, lass. Deberías venir con nosotros.

—No tiene motivo ni interés en ver a nadie ni nada dentro de Kilimall —replicó Airril con brusquedad.

Imperturbable, Will sonrió a Cora, como si ella misma hubiera rechazado, como si pudiera convencerla.

—Hay mucho que ver, a pesar de lo que dice el viejo: cuero, lana, telas, los mejores pasteles de carne del mercado local y tienen artistas callejeros.

—Mañana estará con Goldie, igual que el siguiente día —intervino Airril, usando un tono más áspero—. Vete ahora, sigue con tu vigilancia.

El rostro de Will se frunció confundido por el desdén hosco de su capitán.

Airril tomó el codo de Cora.

—El aire fresco se está volviendo rancio, lass. Vamos adentro.

Dejaron al joven parado, mirándolos mientras se alejaban, recibiendo solo el educado "Buenas noches, Will" de Cora al irse. El ceño fruncido de Airril permaneció por un buen tiempo. Esa sería la última vez que la llevaría al muro.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Capacitación Laboral

Cora recordaba claramente que su padre tenía un dicho, uno que usaba cuando quería describir a una persona que no era del agrado de todos sin decir nada malo de ella. No es para todos, habría dicho su padre.

Goldie era una de esas personas, había decidido Cora después de solo unos días en su compañía. Era cascarrabias, tenía una opinión generalmente mala sobre todos, y le daba muchos golpes en la mano a Cora cuando hacía algo mal, lo cual aparentemente ocurría con frecuencia. Pero aunque no fuera del gusto de todos, a Cora le caía bastante bien. No creía que Goldie intentara ser graciosa, pero con frecuencia lo era.

Ayer, una mujer llamada Margaret había ido al croft de Goldie. Había pedido prestadas dos pequeñas vasijas vacías, que Goldie le entregó sin mucho problema, pero luego comentó cuando la mujer se fue:

—No las necesitaba, ¿sabes? Solo quería ver qué pasaba aquí. Me sorprende que no haya metido ese gran pico suyo por las rendijas de las paredes.

Una de las hijas de Beathag había venido el primer día que Cora estaba allí, mostrando a Goldie el corte que se había hecho en el dedo mientras preparaba una comida, entendió Cora más tarde. Goldie examinó el corte, determinó que no necesitaba puntos y le dijo:

—No más preparar aves para la olla. Eres más talentosa en la cama, lass, que en la cocina.

A Cora le gustaba bastante ir a la casa de Goldie; se sentía segura allí, fuera de la vista. La mitad del tiempo, Cora no tenía idea

de lo que Goldie estaba haciendo. Trataba de ser útil, pero había largos períodos del día en los que solo se sentaba en el duro suelo de tierra y miraba todo lo amontonado dentro de esta pequeña cabaña.

Se había acostumbrado al olor, una combinación salvaje de animales y sus excrementos, humo, grasa y demasiados otros aromas indefinibles, tanto que Cora había tomado la costumbre de respirar por la boca. Se imaginaba que le llevaría años asimilar todo lo que había dentro de esa pequeña cabaña. Por lo escueto y austero que eran algunas de las habitaciones del castillo, la casa de Goldie era todo lo contrario.

Las paredes estaban casi completamente cubiertas, con tanta parafernalia colgando por todas partes. Había varias redes hechas de yute viejo y gastado, colgadas de ganchos y llenas de colecciones de cosas. Una red parecía contener una variedad de pequeñas vasijas, mientras que otra mostraba un montón de clavos de hierro oxidados, alicates y estacas. Un par de raquetas de nieve colgaba de otro gancho, aunque se veían mucho más pequeñas que cualquier par del siglo XXI, con el marco y la red del tamaño de una raqueta de tenis moderna. Ganchos en la pared a la izquierda de la puerta sostenían una variedad de capas, pieles y otras prendas, posiblemente todo el vestuario de Goldie, ya que no había cómoda ni armario en la cabaña, y desde que Cora la conocía, Goldie solo se había vestido con ese kirtle de lino y la horrible léine color mostaza, aunque algunos días usaba una pequeña capa de piel sobre los hombros. Hecha de ardilla y por sus propias manos, había dicho Goldie, lo que hizo que Cora frunciera el ceño, reacia a imaginarse el proceso. A la derecha de la puerta colgaba un arco largo y en el mismo gancho un carcaj de flechas. Junto a eso había artículos de cuero, que Cora suponía eran piezas de equitación, arreos y cosas por el estilo.

Una versión en miniatura de un mazo estaba sobre el mostrador de la pared este, aparentemente usado como pisapapeles, sujetando recortes de tela con palabras y figuras rayadas en ellos. La superficie del mostrador podía ser de vidrio, oro o diamantes, y Cora no lo habría sabido, cada centímetro de la mesa

estaba cubierto con frascos, hierbas molidas, hojas enteras, plantas secas, herramientas desconocidas y muchas otras cosas.

Sin importar la hora del día, siempre parecía de noche dentro del croft de Goldie. No era desagradable; la cabaña siempre estaba iluminada con el suave resplandor naranja del fuego en el centro del piso. Goldie había alejado a Cora del fuego el primer día, cuando solo intentaba calentarse, diciendo:

—Dicen que no se te puede confiar cerca de llamas abiertas, así que mantén tu distancia.

Por ahora, sin otra tarea, Cora se sentaba con las piernas cruzadas a un metro del pequeño pero cálido fuego, hilando la lana. Bajo un brazo sostenía la rueca, un palo envuelto con la lana peinada de la que sacaba pequeños mechones para "*trastear*", palabra de Goldie, entre sus dedos, enrollándolos alrededor del huso con peso. Lo que había parecido un gran triunfo ese primer día, ahora era mucho menos divertido, aunque seguía asombrada de lo fácil que era sacar los mechones de lana y enhebrarlos en el huso. Para entonces, Cora empezaba a pensar que solo era trabajo de relleno, de ese que se le da a un idiota sin habilidades y en quien no confías para probar otra cosa.

Goldie estaba encorvada sobre lo que Cora pensaba que solo era un cuenco metálico con patas que contenía brasas rojas que había sacado del fuego principal con unas tenazas, pero que Goldie llamaba *brazier*. Un segundo cuenco estaba sobre las brasas y Goldie removía lo que burbujeaba y hervía allí.

Goldie hablaba mucho, y Cora sospechaba que lo hacía incluso cuando ella no estaba, pues gran parte parecía no ir dirigida específicamente a Cora.

—No fue un invierno suave —decía ahora—, así que hará falta una mejor primavera, pero no tan seca que el suelo no conserve humedad. Se necesita la humedad, ¿sabes?, para que el follaje esté fresco y los brotes abundantes. El pecho húmedo de Sorcha dice que la tendremos, y ella no se queja del malestar mientras todos los demás tengan paz, por lo que su dolencia sugiere.

Siguió hablando, pero Cora estaba distraída, ni siquiera escuchaba la mitad, cuando oyó jinetes acercándose al pueblo. Inclinó la cabeza, escuchando, acostumbrada ya al sonido de los cascos golpeando el suelo.

Los jinetes pasaban diariamente. Normalmente solo se oía el lento clip-clop de uno o dos caballos, nunca a paso más rápido que un trote. Cora se quedó quieta ahora, pues parecía que todo un ejército atravesaba el pueblo a toda velocidad. Goldie no mostró indicio de estar consciente del alboroto que se acercaba, ni siquiera pausó en su cocción y charla. Pero Cora se sintió inquieta por los sonidos, incluso por el retumbar de la tierra bajo sus pies, así que dejó de lado la lana y las herramientas, se levantó, sacudió sus faldas y se acercó a la única ventana de la cabaña.

La ventana estaba cubierta con una tela gruesa que parecía pintada con grasa, y solo podía alcanzarla arrodillándose sobre el barril que había debajo. Apartó una esquina de la tela rígida y miró afuera, hacia la gris y sin sol mañana tardía.

—Son los Thains —dijo con cierto alivio, tras haber imaginado brevemente un ataque—, pero vaya, parece que todo el ejército está aquí. —Dijo todo esto por encima del hombro a Goldie, como si la mujer hubiera mostrado alguna curiosidad por el alboroto. —Bueno, no todo el ejército, pero hay… dos, cuatro, seis… doce de ellos. Ah, ahí está Lucas, eh, el señor.

—Ciérrala ya —le ordenó Goldie—. Estás perturbando mi paz.

Cora la ignoró, frunciendo el ceño mientras fijaba la vista en Lucas, incapaz de no hacerlo.

Se veía tan impresionante como siempre, grande y formidable sobre su flaco caballo negro, pero había algo… diferente, algo mal ahora. Su rostro estaba muy pálido, sin su habitual vitalidad. Todavía llevaba su cara de enojo, ¿cuándo no?, pero incluso esa carecía de su vigor habitual.

Su brazo derecho estaba doblado sobre el pecho, la mano sobre el cuello, y al acercarse, y luego detenerse frente a la casa de Goldie, Cora jadeó al darse cuenta de que la sangre se filtraba entre sus dedos.

Bajando rápidamente del barril, lo suficientemente rápido como para que este rodara y tambalease antes de estabilizarse, Cora corrió hacia la puerta y la abrió justo a tiempo para ver a Lucas desmontar, rígido y con menos gracia de lo habitual, intentando mantener la mano sobre el cuello.

—¡Lucas! ¿Qué pasó? —se apresuró hacia él, pero tuvo que retroceder mientras la cabaña de Goldie parecía ser su destino. Ahora, cerca, pudo ver que el cuello y el hombro de su camisa también estaban empapados de sangre. —Oh.

—No es nada —dijo él con tono cortante mientras caminaba por el sendero.

—Eso es mucha sangre para ser nada —replicó ella y se adelantó a entrar en la casa de Goldie—. ¡Date prisa, Goldie! —dijo, con un tono un poco ansioso, ya que la mujer todavía estaba encorvada sobre el brasero, de espaldas a la puerta.

Airril, Will y otros se apiñaron en la cabaña demasiado pequeña y abarrotada, pero solo hasta que Goldie finalmente se puso de pie y se giró. Con solo un vistazo a Lucas, se centró en los que invadían su espacio sin razón. Gruñó algo en gaélico, que Cora estaba segura que significaba "*Fuera*", mientras agitaba los brazos y las manos con irritación hacia la puerta.

Lucas no esperó invitación, y a pesar de su terrible palidez, no parecía demasiado debilitado, pero se sentó en el mismo barril que Cora había usado para observar su llegada, el único asiento disponible en la casa de una sola habitación.

Con un ceño fruncido aún pesado sobre sus pálidas facciones, exhaló lenta y uniformemente, y mantuvo la vista en Goldie, que ahora se movía con eficiencia, aunque no a la velocidad que Cora hubiera querido. Retiró lo que había estado cociendo en la tetera sobre el fuego más grande, lo reemplazó con una de agua y luego se dirigió al mostrador.

Lucas se quitó la mano ensangrentada del cuello y la dejó caer sobre su regazo. Su mano izquierda se apoyó en el borde del barril.

Cora volvió a quedarse boquiabierta, esta vez al ver la herida: un corte limpio pero sangrante de unos diez centímetros,

que aún no había dejado de gotear. Sin pensar más que quizá *estaba* débil por la pérdida de sangre y no debía perder más, se puso en acción, colocando su mano sobre su cuello y aplicando presión.

—Sigue sangrando —dijo cuando él se tensó y frunció el ceño hacia ella. Incluso apoyado como estaba, seguía siendo más alto que ella. Cora levantó la otra mano hacia su hombro opuesto, básicamente para sostenerlo y mantenerlo firme, de modo que no solo presionaba un lado de su cuello, inclinándolo un poco. —Está… como fluyendo. Goldie, tienes que coser esto.

—¿Jolines, lass?

Sorprendida pero luego aliviada porque él obviamente tenía todas sus facultades si podía burlarse de ella en ese momento, Cora le sonrió a través de su preocupación mientras todavía mantenía la mano presionada sobre su cuello. Su pulso latía contra su palma. Su piel y la sangre no solo estaban calientes, sino ardientes.

—Sí, Lucas. Esto definitivamente merece un jolines.

Él le sonrió. Solo un lado de su boca se movió, pero creó el gesto más cautivador y dramático en esa mejilla. Cora quedó hipnotizada, pero solo un momento, hasta que su mirada intensa y penetrante la inquietó, como siempre, y se dirigió a Goldie por encima del hombro.

—¿Qué estás haciendo? ¿Vas a arreglar esto?

Hubo movimiento detrás de ella, y Goldie hablaba sola, tal vez preparando cosas, así que Cora no la molestó más. Volvió su atención a Lucas. No había nada que ver con su mano cubriendo la herida, así que fijó su mirada en él. Él la seguía observando.

—¿Qué pasó? ¿Quién te hizo esto?

—Kieran hizo esto, solo un accidente de entrenamiento.

—Lucas, esto es más que un accidente. Hay… hay mucha sangre.

—Pero no es nada que no se pueda arreglar, coser y dejar como nuevo.

—Estás sorprendentemente, extrañamente, muy calmado ahora.

—Como tú, lass—comentó—. Asombrosamente calmada.

Ella no se ofendió.

—Lo sé, ¿verdad? Pero tal vez solo estás calmado porque no puedes verlo. Y yo solo estoy calmada porque tú y Goldie lo están.

—Y así permaneceré calmado, ya que no puedo ver debajo de mi propio mentón y tú no has caído al suelo, abrumada por la agitación.

—No puedo detener la hemorragia *y* entrar en histeria al mismo tiempo, Lucas. O, créeme, lo haría.

Él volvió a sonreír.

—No lo dudo, Cora.

Sabiendo que estaba siendo provocada, y no inmune al encanto de su rara sonrisa y buen humor, Cora sintió un calor subirle por el rostro, pero luego se vio separada de esta cercanía incómoda cuando Goldie la apartó.

—No quiero quitar mi mano —se quejó a la anciana.

—Aye —dijo Goldie con los labios apretados—. Entonces esperaremos hasta que toda la sangre haya pasado entre tus dedos nudosos, y luego le echaré un vistazo, cuando esté muerto. —Luego le dio un golpe de impaciencia que efectivamente apartó a Cora del camino.

Cora se quedó cerca, moviéndose solo lo suficiente para que Goldie pudiera inspeccionar la herida. Se inclinó sobre su hombro, era realmente más baja que Cora, y observó cómo aplicaba sus dedos nudosos sobre el corte, que parecía profundo solo de un lado. Cora se estremeció cuando Goldie se acercó, levantando la cara para examinarlo a fondo.

Al retirar su dedo índice del interior del corte, Cora contuvo las ganas de vomitar, Goldie se apartó y anunció:

—Pasó por la vieja, no hay sangre allí, evitó que llegara a la buena, o ya habrías sangrado hasta morir. —Fue al mostrador en la esquina y trabajó en algo de espaldas a la habitación.

La *vieja* era la gran cicatriz gruesa que rodeaba el cuello de Lucas. Esta nueva incisión cortaba diagonalmente la cicatriz antigua. Y Goldie tenía razón: la parte que más sangraba estaba por encima de la vieja cicatriz, en la piel intacta del cuello.

Quitándose las gafas, que no necesitaba para ver de cerca, Cora acercó su rostro a apenas unos centímetros del cuello, decidiendo que los dos lados de la piel se alinearían bien para los puntos y que probablemente el sangrado ya había disminuido.

Inspiró profundo. Olía a hombre que había trabajado duro todo el día, pero también a cuero y a su caballo, y Cora estaba bastante segura de que ese almizcle debería haberle arrugado la nariz, pero no fue así en absoluto.

Torpe, como si él percibiera sus pensamientos aleatorios y fuera de lugar, Cora se apartó y se puso las gafas de nuevo. Tardíamente, se limpió las manos ensangrentadas en el delantal que había empezado a usar en la casa de Goldie.

Goldie se acercó a Lucas y, sin ningún alboroto ni explicación, pasó una mano por el corte, limpiándolo con una tira de lino, y luego alisó con dos dedos de la otra mano la zona, dejando una pasta pegajosa color miel en su cuello. Cora supuso que era una especie de ungüento que esperaba prevendría infección, ya que esa limpieza no había sido más que un simple "lavado rápido".

Luego, Goldie caminó directamente hacia Cora, levantando algo en cada mano que Cora no pudo identificar hasta acercarse.

—Tú encárgate de coser, lass —dijo Goldie, presentándole una aguja de tres pulgadas, demasiado gruesa, y un hilo que ciertamente no era lana, más bien parecía seda—. Mis manos no son tan firmes, como sabes.

—¿Yo? —Cora se ajustó las gafas y puso la mano sobre el centro de su pecho—. Oh. No. Um, no puedo hacer eso. —Miró a Lucas de nuevo—. No es que no quiera ayudar, pero nunca… he perforado piel. No puedo mover esa cosa de un lado a otro. Me desmayé en la clase de biología cuando tuvimos que…

Lucas se inclinó hacia adelante sin bajarse del barril, y extendió su largo brazo, tomando la mano de Cora que había encogido nerviosa sobre su pecho, silenciándola efectivamente.

Sin mostrar el menor gesto de enojo, sostuvo su mirada. Tiró de su mano, alejándola de ella misma y obligándola a dar un paso más cerca de él.

—Lucas, no puedo hacerlo. No quieres que maneje instrumentos afilados cerca de tu cuello. Sabes cómo yo...

—Sí puedes, lass. Puedes hacerlo —dijo, con una paciencia desconcertante y hasta ahora desconocida, que Cora más tarde consideraría como un intento de tranquilizarla aunque él era quien necesitaba calma—. No puedes hacerme daño. No más de lo que Kieran ya hizo.

Eso era difícil de resistir, o rechazar: la fe ciega, y para ser honestos injustificada, de este hombre tan atractivo en ella.

Muy empoderador, en realidad.

Cora tragó su miedo y asintió, tomando los implementos de Goldie, quien la miraba como si no entendiera la vacilación de Cora, como si acabara de hundirse muy bajo en la opinión de la mujer por atreverse a negarse.

Pero Goldie no se quedó para dar ninguna instrucción. Cora la observó alejarse, haciendo un gesto de impotencia con las manos, y movió su mirada ansiosa hacia Lucas.

—Ni siquiera sé coser —dijo con voz baja—. Nada más que botones, y eso hace años que no lo hago.

—Tómate tu tiempo, Cora —dijo él, exudando serenidad de una manera que ella sabía que no manejaba bien ni fácilmente antes de este momento.

Cora respiró hondo, pasó la seda por el ojo de la aguja y ató un nudo en un extremo.

—No sé si mis manos estarán más firmes que las de ella —advirtió, dando un paso más cerca de él. Se situó junto a su muslo izquierdo, inclinándose torpemente para acercarse al centro de su cuello. La parte más profunda estaba más cerca de su nuez.

—Ven—dijo él, tomando su brazo para moverla entre sus piernas, posicionándola entre sus muslos mientras estaba apoyado sobre el barril.

Lo que era mejor para que ella alcanzara la herida con facilidad y cosiera, pero mucho peor para esa proximidad tan íntima.

Cora levantó las manos hacia la herida abierta. Tres veces intentó pasar la aguja y tres veces no pudo. Las lágrimas se le acumularon en los ojos por su ineptitud y su cobardía. Realmente

necesitaba desarrollar un poco más de temple para sobrevivir en este siglo. Simplemente no estaba preparada para hacerlo ahora, y con Lucas como su conejillo de indias.

Con mucha naturalidad, como si se conocieran mejor de lo que realmente lo hacían, como si la mayoría de sus interacciones hasta ahora no hubieran sido él gritándole por esto o aquello, Lucas apoyó su mano en su cadera. Cora no miró hacia abajo, pero sintió su pulgar en su cintura mientras sus dedos se extendían hacia su espalda.

—Tranquila —la calmó.

Ella asintió, mirando la herida sangrante y no sus ojos, que estaban demasiado cerca para su comodidad.

Y entonces lo hizo, dio el primer pinchazo y pasó la aguja por su piel, haciendo muecas y estremeciéndose todo el tiempo. Un pequeño chirrido escapó de ella al hacerlo de nuevo a lo largo del corte.

Por estar tan cerca, no pasó desapercibida su sonrisa burlona en respuesta. No estaba segura de qué le parecía tan gracioso en ese momento.

—Bueno, para eso. Me estás poniendo nerviosa, más nerviosa. Solo cierra los ojos. No mires.

Sus labios se levantaron brevemente más, pero sí cerró los ojos.

Los dedos en su cintura se flexionaron apenas un poco.

—Y quítame la mano de encima, Lucas. —No había querido que sonara como una súplica ansiosa, pero temía que así lo hubiera hecho—. Es demasiado distractor. No puedo concentrarme con tu toque.

La mano en su cintura se retiró.

Estando tan cerca de él, lo suficientemente cerca para sentir sus respiraciones por la nariz, no pasó por alto el siguiente gesto de su boca. Pero también fue breve, y no estaba segura de si iba a sonreír de nuevo o solo lo había imaginado.

Después de algunas veces más, y aunque estaba bastante satisfecha de haber cerrado la herida abierta bastante bien, dijo, con la voz teñida de disculpa:

—Esto es un desastre, Lucas.

—No creo que alguien note una cicatriz horrible más, lass— dijo despacio, posiblemente intentando no mover la garganta con sus palabras mientras ella cosía.

Sin mucha reflexión, Cora respondió con la verdad tal como la conocía.

—No son horribles, claro.

El mareo y la ansiedad disminuyeron poco a poco con cada pasada de la aguja e hilo por su piel.

—Esto solo confirma lo que siempre supe —dijo—, que nunca podría ser doctora ni enfermera. Esa es la belleza de las computadoras, el papel y los números: no hay sangre, no hay trauma. Oh, probablemente sea bueno que nunca haya necesitado puntos. Probablemente tendrían que sedarme. —Siguió hablando, calmada por el flujo de palabras—. Tenlo en cuenta, Lucas. Si alguna vez necesito algún tipo de tratamiento médico mientras esté aquí, asegúrate de dormirme primero. Muchas drogas. Para el parto también. Solo atibórrame. Tengo muy baja tolerancia al dolor. No es que me vaya a quedar embarazada mientras esté aquí. Quiero decir… Oh. Estoy divagando. —Con la cara roja de nuevo, pidió—: Goldie, ven a mirar esto. ¿Está bien?

La anciana no se acercó a mirar.

—Si no sangra y los dos lados están juntos, entonces está bien.

—Bueno, eso no ayuda. Todos son muy despreocupados con esto —comentó Cora—. No lo entiendo.

Sin la guía de la mujer que debería haberlo hecho, Cora examinó su trabajo, haciendo otra mueca por lo descuidados que estaban sus puntos, pero luego decidió que ya no sangraba y que había cosido la herida bastante bien.

—¿Tienes un cuchillo contigo? —le preguntó a Lucas.

Él abrió los ojos entonces, pero no bajó la cabeza, aunque alcanzó el puñal en su cintura. Lo giró en la mano y le presentó la empuñadura. Cora lo usó para cortar el hilo de la aguja y luego se lo devolvió a él.

—Lo necesitaré de nuevo en un minuto.

Puso el ojo de la aguja entre sus dientes, sin lugar donde dejarlo, y luego ató otro nudo en ese extremo antes de tomar el cuchillo y cortar el resto de la seda.

Inspeccionando su trabajo una vez más, tocó suavemente con el dedo varios puntos a lo largo de la línea de puntos, satisfecha al no ver sangre filtrarse por las costuras. Luego se enderezó del cuello de Lucas y le dio un buen asentimiento a su trabajo terminado.

—Te lo dije —dijo él—, que podías hacerlo.

Antes de que pudiera comentar algo, seguramente refiriéndose a la vez que lo acusó de ser un tipo de "te lo dije", Lucas levantó la mano y tomó la aguja de entre sus dientes, que ella había olvidado momentáneamente.

—Es más seguro que esté en mi mano —dijo, prestando atención a sus labios.

Cora lo miró mientras él se concentraba en su boca.

Muy estimulante, la atención que prestaba a su examen, pero luego muy inquietante, ciertamente porque ahora parecía carente de todo buen humor y de esas sonrisas hipnotizantes.

—Muy bien entonces —dijo ella, girándose justo cuando Goldie apareció a su lado, de manera tan inesperada que Cora se sobresaltó un poco.

La anciana entrecerró los ojos hacia el cuello de Lucas, pero no dijo nada. Levantando la mano de Cora, colocó en su palma un trozo de lino doblado y un pequeño jarro con tapón de corcho.

—Cúbrelo con el ungüento y luego átalo —instruyó, dándose la vuelta incluso mientras hablaba—. No tan apretado que no pueda respirar y termines matándolo, después de todo lo que hicimos. Y cámbialo, lass, cuando la luna esté alta esta noche y luego de nuevo mañana. No me despiertes para hacerlo. Sigue con ello, lass. No quieres que el laird muera, lass. Sería un caos total.

—Es muy mandona —susurró Cora a Lucas, sonriendo mientras sacaba un poco de la sustancia pegajosa y la aplicaba sobre su costura desordenada.

Lucas levantó un poco la barbilla, exponiendo su cuello a Cora, pero no dijo nada.

—Supongo que no te afeitarás durante unos días —comentó, mientras enrollaba la tira de lino de cuatro pulgadas de ancho una y otra vez. La desenrolló en un momento, temiendo que estuviera demasiado apretada. —Ups —dijo y lo intentó de nuevo—. No creo que haya cinta adhesiva en esta época, pero no sé cómo rematarlo. Siento que se soltará si solo lo meto.

Antes de que terminara de hablar, Lucas tomó el extremo del lino de sus manos, lo llevó a su boca, lo mordió y rasgó, y luego usó sus manos para partir buena parte del lino en dos tiras. Enrolló una siguiendo la dirección que Cora había usado y llevó la otra por detrás de su cuello, atando los dos extremos cerca, pero no directamente sobre la herida.

Hecho esto, Lucas se levantó del barril donde estaba sentado, obligando a Cora a retroceder unos pasos. No entendía por qué Lucas de repente estaba con la mandíbula tensa y el ceño fruncido de nuevo, después de haber estado casi agradable por un rato. Se dirigió a la puerta y le lanzó una última mirada, aunque ya no la miró a los ojos, diciendo cortamente:

—Te doy las gracias —antes de inclinar la cabeza y salir de la cabaña, pareciendo tener prisa por irse.

Cora suspiró y lo observó marcharse sin moverse.

Desde atrás, regresada al brasero y al caldero hirviendo, Goldie dijo, como si hubiera estado prestando atención a Cora y Lucas todo el tiempo:

—¿Terminaste justo a tiempo, eh, lass? Un minuto más y te habría consumido con esa mirada oscura de Thain.

Cora no respondió, pero pensó para sí misma: *¿Estoy loca por sentir que no me importaría si lo hiciera?*

CAPÍTULO DIECINUEVE

Buena Higiene y Veinte Preguntas

Lucas notó de inmediato que Cora no había aparecido en la última comida. Esperó, pensando que quizá irrumpiría en el salón al estilo de Cora, sin aliento y animada, llegando tarde de algún lugar o algo. Su mirada se dirigía con frecuencia al banco, a tres mesas de distancia de donde él estaba sentado, donde Cora solía tomar su comida. Había mirado su espalda lo suficiente durante las comidas como para casi poder imaginarla allí ahora. Normalmente se sentaba con los codos apoyados en la madera marcada de la mesa, lo que creaba una línea y curva delicadas en su espalda, acentuando su cintura delgada y hombros estrechos. Sabía que su cabello llegaba justo al cuello de su léine y que podía girar o inclinar la cabeza de ciertas maneras para mostrar la piel en la parte posterior de su cuello, apenas una pulgada como máximo, suficiente para captar gran parte de su atención hasta que se moviera y su cabello volviera a cubrirla.

Notaba muchas cosas sobre Cora, entre ellas que, a pesar de que parecía estar adaptándose y causando poco drama en estos días, los habitantes de Newburn no interactuaban con ella con frecuencia. Sí, podían ser un grupo difícil, estos Thains, poco dados a abrirse a extraños, ciertamente no a los de habla inglesa. Boisil se había quejado a Lucas apenas ayer de que Beathag y sus hijas no le hacían ningún favor a la joven, al haber difundido la historia del asalto de Cora a Baltair como algo intencional y amenazante, omitiendo la parte en la que Cora había asumido que Eve necesitaba ayuda.

Por improbable que fuera, Lucas sabía que ella no había mentido. Cora Bennett no tenía en ella causar daño a otro. Era del

tipo que salva a los demás, siempre dispuesta a corregir injusticias y proteger a los necesitados.

Cualquier amenaza creada por Cora era estrictamente accidental. Frustrante y peligrosa, sí, pero completamente involuntaria.

Aburrido, pasó las yemas de los dedos sobre el lino alrededor de su cuello y, por millonésima vez, repasó tantos momentos de su visita a la granja de Goldie ese día.

Mentiría si dijera a alguien que no pensó de inmediato, cuando se sugirió que debía buscar a Goldie y no ir más lejos para encontrar a la curandera real de Newburn, Brighde, que se encontraría con Cora allí. No pensó ni un momento que ella sería quien atendería su herida, no pensó en nada más que en que era una excusa buena y justificada para verla. Tal vez no había sido tan específico, pero sabía que en algún lugar de su mente estaba la noción de que Cora estaba allí, en el lugar de Goldie. La vería.

Cerrar los ojos mientras ella trabajaba había sido una buena idea. Tener a Cora Bennett tan cerca, tan accesible y, además, no indiferente, nunca creería lo contrario, por su proximidad, era algo peligroso. Desde el momento en que la conoció, había una conciencia tangible y que aceleraba el corazón siempre que estaba cerca. No podía explicarlo, no conocía la razón al principio, pero ahora… bueno, ahora estaba bastante seguro de que se sentía atraído por ella. Por todo el esfuerzo interno que había hecho para negar esa absurda posibilidad, insistiendo en que ella simplemente no era de su tipo, ya no podía negarlo.

Lo más irritante de todo era que no era solo que ella fuera bonita o solo la imagen en su cabeza, nunca lejos, de ella con esos retazos de ese material rosa brillante. Lucas estaba seguro de que estaba cautivado por ella, por la persona que era: la forma en que hablaba y esa brillante sonrisa suya, cómo se ruborizaban sus mejillas cuando estaba tan cerca de él, cómo se apresuró a cubrir su herida sangrante ayer sin preocuparse por sí misma, sin encogerse en absoluto al colocar su mano sobre la vieja cicatriz y la nueva herida.

No era una persona obtusa; sabía que parte de su fascinación original por ella surgía principalmente de cómo ella había respondido a él, o más bien de cómo no lo había hecho, sin mostrar en ningún momento repulsión por sus cicatrices desfigurantes. Ella había consolidado su creencia ayer de que no estaba afectada, cuando dijo tan casualmente, como si él hubiera dicho algo ridículo: *no son horribles, por supuesto.*

Pero ya había superado eso. Tal vez saber que sus cicatrices no eran un problema para ella le permitió abrirse a ser atraído por ella. Si ella hubiera hecho una mueca ante sus cicatrices, hubiera mostrado algún indicio de aversión al fijar la mirada en su cuello en cualquier momento, quizá se habría cerrado a su propia reacción pura y creciente hacia ella.

Creciendo, de hecho. Maldición, pero su solicitud de que cerrara los ojos y dejara de mirarla ayer mientras cosía tan nerviosa su piel había sido perfecta. Su cuerpo, específicamente su miembro, ciertamente la encontraba atractiva. No era tan inexperto como para avergonzarse con una erección descontrolada, la circunstancia no lo permitía, pero maldita sea si no se le había despertado con entusiasmo cuando ella se colocó entre sus piernas.

Necesitaba besarla. Lo sabía. No había estado pensando en otra cosa toda la tarde. Más tiempo que eso.

Honestamente, podría haberlo hecho antes; había estado tan sintonizado con ella y con su propia reacción, había estado tan sobrecogido por su aroma, por la sensación de su cadera bajo su mano esos gloriosos segundos, por cómo sus ojos verdes se humedecieron cuando temía lastimarlo con la aguja, como si en ese momento pudiera, cuando todo el sentimiento de su cuerpo estaba centrado bajo la cintura, que habría dicho al diablo con sus malditas manos y la presencia de Goldie, con el ejército que esperaba afuera, con la herida en su cuello, con todo, solo para conocer su beso.

En cambio, cerró los ojos como ella suplicó, entrenando su mente en la lesión misma, en lo que Kieran había hecho mal, en cómo mejorarían los entrenamientos al día siguiente, cualquier cosa para eliminar de su mente la idea de tomar a Cora Bennett en sus brazos y devorarla en un beso.

¿Había deseado alguna vez tanto besar a una mujer? No creía que lo hubiera hecho. Ni siquiera con Isobel. Ni siquiera podía ahora recordar la primera vez que había besado a Isobel. ¿No debería poder recordarlo? La había amado en su momento, ella había sido todo para él. ¿No debería poder evocar la primera vez que la besó? ¿La última vez?

Al darse cuenta de que su mano, que hasta entonces solo sostenía débilmente el cáliz de cerveza frente a él desde que terminó de comer, ahora lo sujetaba como un tornillo de banco, Lucas relajó los dedos y la mandíbula. Aun así, su mirada volvió a vagar hacia el espacio vacío en el banco, donde Cora debería estar pero no estaba.

Se volvió hacia Airril, a su derecha, quien había pasado gran parte de la comida en conversación tranquila con Boisil a su lado y captó su atención.

—¿Dónde está? —preguntó, sabiendo que su capitán entendería de quién hablaba.

El ceño de Airril se frunció.

—¿Soy yo su guardián?

—Alguien más vale que lo sea —advirtió Lucas. Se dio cuenta en ese momento de que su advertencia tenía poco que ver con los guardias asignados previamente para mantenerla bajo control, para mantener a salvo Newburn. Ya había oscurecido; Cora no debería estar fuera del castillo sola.

Airril se tomó un momento para mirar a izquierda y derecha a las figuras en la mesa principal, y luego recorrió con la mirada el salón en general.

—Will no está aquí. Podría estar con ella ahora.

Lucas hervía internamente, sabiendo muy bien que Airril solo intentaba provocarlo con su aparente indiferencia. Luchó un poco con su orgullo, sin querer revelar ninguna preocupación por Cora preguntando más. La preocupación real ganó sobre el orgullo, así que estaba a punto de gruñirle algo a Airril para asegurarse de la ubicación de Cora cuando se abrió la puerta del salón y entró Cora, acompañada de Will.

Reían al entrar, pero se detuvo rápidamente cuando Cora vio todos los rostros y la atención se centró en ella. Agachó la cabeza y

ajustó sus gafas como solía hacer y se dirigió silenciosamente a su asiento.

Lucas, por supuesto, no perdió detalle. Su cabello estaba mojado, aunque no había llovido ni llovía afuera. Vestía un léine limpio y llevaba un bulto de ropa bajo un brazo, que luego colocó a su lado en el banco, y Lucas no pudo sino suponer que de alguna manera había logrado bañarse y cambiarse fuera del castillo. Posiblemente con la ayuda de Will.

Y el dolor regresó a su mandíbula, por apretarla nuevamente con tanta fuerza.

No había otro espacio vacío en la mesa donde Cora se sentaba, así que Will no tuvo otra opción que sentarse en otro lugar, al otro lado del pasillo. El labio de Lucas se curvó en un gruñido mientras observaba a Will enderezarse con frecuencia para ver por encima de la cabeza de Simon a su lado, con su mirada encontrando repetidamente a Cora. Por su parte, ella, sentada ahora con aquellas personas que no estaban tan interesadas en conocerla, se servía de lo que quedaba de la comida en el centro de la mesa y su cabeza no se levantaba en absoluto, nunca apartaba la vista de su plato.

Lucas no se movió, ni durante los siguientes quince minutos, hasta que Cora lo hizo. Cuando terminó de comer, se levantó, recogió sus pertenencias y salió del salón en silencio. Esperó un minuto entero antes de retirarse del salón, tomando el mismo camino que ella había seguido escaleras arriba.

Pasando de largo el segundo piso y los apartamentos familiares, Lucas continuó hasta el tercer piso. Frente a la habitación que compartía con varios muebles sin usar y otros objetos almacenados, se detuvo, tomándose un momento para relajar la mandíbula antes de golpear la puerta.

No recibió respuesta de inmediato, no esperaba que ella estuviera esperando justo adentro, para él o para alguien más, pero su ceño volvió al escuchar solo un murmullo confuso y amortiguado.

—Cora —dijo, anunciando así su presencia.

Más palabras ininteligibles flotaron hacia él. Puso la mano en el picaporte, preocupado por la misteriosa respuesta desde dentro,

pero vaciló, recordando la última vez que había abierto esa puerta de golpe.

—¡Cora! —llamó ahora con más urgencia.

La puerta se abrió. Cora estaba frente a él, completa e ilesa, pero su ceño fruncido solo se intensificó. Tenía algo en la boca, un palo azul brillante, y había…

—¿Es eso… estás echando espuma? —preguntó.

Cora sacó el palo azul, cubierto de espuma blanca, y habló con lo que aún tenía en la boca, inclinando un poco la cabeza hacia atrás, posiblemente para que no se le derramara. Su habla estaba amortiguada y mezclada con el contenido de su boca, de modo que Lucas no tenía idea de lo que decía.

Luego se dio la vuelta y fue al pequeño armario, sujetando su cabello a un lado del rostro y se inclinó sobre el lavabo para escupir el contenido de su boca. De espaldas a Lucas, que permanecía en el umbral, tomó un pequeño vaso de madera y bebió, hizo un ruido burbujeante con la boca y luego lo escupió también.

Dejó caer el palo azul en el vaso y tomó un pedazo de tela, volviéndose hacia Lucas mientras se limpiaba la boca con el cuadrado de lino.

—Estaba cepillándome los dientes, dije —explicó—. Pero iba a ir a buscarte. Goldie dijo que debería cambiar tu vendaje.

Lucas seguía mirando el vaso y el palo sobre el armario.

Cora se giró, siguiendo la dirección de su mirada. Mordiéndose el labio, miró a Lucas con cautela.

—No es nada mágico ni nada por el estilo. Yo… puedo mostrarte qué es, pero solo si prometes no… ya sabes, bombardearme con un montón de preguntas o mirarme como si fuera una bruja o algo que pueda terminar con que me quemen en una hoguera… o ¿cómo me llamaste ese primer día? ¿Una criatura feérica? Tómalo por lo que es, supongo.

Él no tenía idea de lo que proponía, pero asumió que era su manera de pedirle que no se enojara ni perdiera la paciencia. Debió haber tomado su falta de respuesta como afirmativa, porque tomó su mano y lo metió adentro, cerrando la puerta y resguardándolos en su habitación.

—Y ¿cómo está tu cuello? —preguntó de manera casual mientras sacaba el palo y otro objeto del armario.

—Bien —respondió él, medio distraído.

Cora se situó frente a él, observándolo mientras evaluaba los objetos en su mano.

—Solo te lo muestro para que no pienses que estaba echando espuma por la boca. Este es mi cepillo de dientes —dijo, levantando el palo azul, ahora sin espuma, posiblemente disuelta por el agua del vaso. La herramienta era estrecha y un racimo de cerdas se agrupaba en un extremo. Levantó el cepillo hacia su rostro, abriendo la boca lo justo para mostrar todos los dientes de una vez. Procedió a frotar el extremo de cerdas contra sus dientes en pequeños movimientos circulares. —¿Ves? Me estoy cepillando los dientes. Oh. Espera. Esto es pasta de dientes —dijo, cerrando la tapa del tubo, que estaba enrollado en un extremo y era completamente blanco pero decorado con rojo, azul y verde brillante —. Y aprietas esto aquí —añadió, exprimiendo un poco del gel verde, que colocó sobre las cerdas blancas y verdes. El ceño y la confusión de Lucas crecieron, pero se disiparon rápidamente cuando Cora levantó el cepillo y la pasta directamente frente a su rostro. —Huele. Es de menta —dijo, consultando luego el tubo arrugado—. Um, sabor explosión de menta. —Y luego lo miró con gran anticipación, como mostraba su sonrisa expectante.

Lucas no se movió para complacerla, solo observaba con hostilidad lo que sostenía bajo su nariz.

—Bueno, público difícil —dijo ella, bajando los hombros—. De todos modos, ya me cepillé los dientes y ahora tengo aliento fresco de menta. —Se dio la vuelta, mostrándole nuevamente la espalda mientras guardaba los objetos en el armario. Murmuró luego: —Recomendado por cuatro de cada cinco dentistas para dientes, lengua, mejillas y encías más saludables.

Cuando volvió a mirarlo, sus mejillas mostraban un ligero rubor, sosteniendo ahora cosas diferentes en las manos.

—¿Qué? No lo robé. Lo pagué, la pasta de dientes. Y la señora de la cocina… le pregunté tres veces su nombre y aún no sé qué dijo, pero es la que tiene cejas curiosas, como si fueran en

direcciones distintas… de todos modos, me dio el vaso y esto, um, el cuenco grande para el agua. No me apropié de estas cosas sin preguntar. Pero tengo que cepillarme los dientes, Lucas.

Sin saber cómo responder, simplemente asintió.

—Um, de todos modos —dijo, levantando los objetos en sus manos—. Goldie me dio más vendajes y un frasco de esa pasta. —Giró un poco, evaluando la habitación y su contenido—. Supongo que tendrás que sentarte en la cama. Realmente no hay otro lugar donde puedas situarte para que pueda alcanzarte.

Se dirigió a la pieza de mobiliario donde las mantas y pieles estaban ordenadas cuidadosamente y apartó algunas de sus pertenencias personales que estaban encima. Luego se giró y le hizo un gesto a Lucas para que se acercara.

—Eso es por lo que estás aquí, ¿verdad? —preguntó, ajustándose las gafas de otra manera, ya que sus manos estaban ocupadas. En lugar de usar el nudillo medio bajo la esfera de vidrio inferior, usó el primer nudillo contra el conector que cruzaba el puente de su nariz para empujarlo hacia arriba.

Lucas asintió nuevamente y se sentó en el lugar que ella había despejado sobre la larga pero estrecha cama.

Cora dudó solo un momento antes de hacer ruidos, pero no frases completas

—Um… está bien… yo…— mientras se colocaba entre sus piernas como antes, pero luego decidió que la cama era demasiado baja. Aun siendo tan pequeña, el área de su cuello que debía atender estaba ahora medio pie por debajo de sus ojos. —Me sentaré aquí —dijo y lo hizo, sobre la cama y de rodillas, frente a él.

Lucas se movió un poco para estar en ángulo, de modo que la herida envuelta fuera fácilmente accesible.

—Y recuerda —dijo mientras empezaba a desatar el vendaje actual— que no tengo idea de lo que estoy haciendo y solo lo improviso sobre la marcha.

—Podría arriesgarme a suponer que has usado esta táctica antes. ¿Con frecuencia, tal vez?

—Ja-ja. Sí, estarías en lo cierto, ciertamente en el último mes.

Trabajó lentamente, desenrollando el lino con cuidado para no causar daño. Se había levantado y, aunque aún de rodillas, se mantenía erguida y no sentada, para poder maniobrar el lino alrededor del lado lejano de su cuello.

—Te bañaste —dijo él como su siguiente comentario ingenioso. Habría rodado los ojos por tal conversación torpe si ella no estuviera tan cerca para verlo.

Cora no pareció molestarse.

—Si quieres llamarlo así. Mis baños hasta ahora en este periodo, muy pocos y espaciados a mi gusto, dejan mucho que desear. Pero sí, Will me instaló en la casa de su madre y honestamente, su madre no parecía feliz de alojarme, aunque lo hizo. Y no me importó, quería un baño con tantas ganas. Pero, sinceramente, Lucas, el jabón… ew. ¿Qué tiene que hacer una chica aquí para conseguir algo que huela dulce, como vainilla o rosas o algo así?

No pudo evitar que su mandíbula se tensara, imaginando a Will disfrutando de la misma vista que él mismo había disfrutado hace apenas unos días. Y probablemente no debería imaginar a Cora bañada en algún perfume que solo aumentaría su atractivo. Se concentró en otro asunto.

—Sigues diciendo cosas de ese tipo, refiriéndote al aquí y ahora como "este periodo de tiempo". ¿Por qué hablas así?

—Por favor, no me preguntes eso.

—¿Por qué no debería preguntar?

—Ugh, y no me preguntes eso.

—Cora...

—Lucas, por favor. De verdad, no me preguntes eso. No quiero mentirte.

—Quizá responde con la verdad.

—Sí, no lo creo. Como dijo una vez el gran Jack Nicholson: "No puedes manejar la verdad".

—No tiene sentido...

—Sé que no tiene sentido. Lo entiendo. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

Había desenrollado todo el lino y lo había tirado al suelo, y ahora inspeccionaba de cerca la herida cosida en su cuello, con el rostro muy cerca. De hecho, él pudo percibir ahora un aroma mentolado, muy fresco.

—Otros asuntos tienen poca importancia si sé que me mentirías —dijo, intentando concentrarse, algo difícil con ella tan cerca y tan… naturalmente provocativa, tanto en sus palabras como en lo cómoda que estaba con su tarea.

—No lo haría. Solo dije que *no* quiero mentirte. Así que hablemos de… um, ¿qué hiciste hoy? Quiero decir, después de sufrir esta herida casi fatal. ¿Cómo es un día del señor de todo Newburn?

Decidido a no dejarse distraer por su resistencia, él respondió:

—Con gusto detallaré mi rutina diaria, lass. Pero a cambio, espero lo mismo. Por cada pregunta que me hagas, te haré una y estás obligada a responder.

—No, no me gusta esa idea —dijo ella, aunque muy amablemente—. ¿Qué tal si por cada pregunta que te haga y tú respondas, te *digo* una cosa sobre mí?

—Eres obstinada.

—Sí, ya lo hemos establecido. Eso o nada. Tómalo o déjalo.

Se sentó sobre sus talones en el delgado colchón y destapó el pequeño frasco de ungüento, y cuando sacó una cantidad del tamaño de un pulgar, se volvió a levantar de rodillas y sostuvo su hombro con una mano mientras aplicaba el ungüento en su cuello con la otra.

—Nae —desafió—. Eres tú quien debe tomarlo o dejarlo.

No podía ver su rostro directamente, pero imaginaba que fruncía el ceño en señal de disgusto. Casi sonríe, pero entonces ella dijo:

—Está bien. Vale. Entonces, ¿empezamos por lo que hace un laird todo el día? Me parece que solo tienes muchos subordinados a los que puedes dirigir para que hagan todo el trabajo que se necesita.

—Eso sería un lord inglés, Cora, y no un laird —respondió, al ver su sonrisa de respuesta—. Cada mañana empiezo en la oficina

de Godric. Hablamos de un sinfín de cosas, y él me actualiza sobre los libros contables y cuentas. Varias veces a la semana me reúno con Ioan, el administrador de Newburn, pero trato de mantener esas reuniones breves. Como el tónico para la garganta irritada, que ya sabes que es desagradable, así que busco su compañía. El ejército entrena seis días a la semana, conmigo o sin mí. Airril y Boisil se encargan de eso. Tengo arrendatarios que ver, tribunales que mantener y enfermos que visitar, ya que no hay señora en Newburn para hacer esas cosas.

—Ooh, tribunales que mantener —dijo Cora, animada otra vez, su curiosidad siempre encantadora—. ¿Qué ocurre en los tribunales?

Él se encogió de hombros ligeramente.

—Asuntos menores del dominio, robos intencionados, usualmente de ganado, más raramente de objetos personales. Rencores e infracciones son llevados a mi atención y deben ser tratados. O un hombre podría solicitar cortejar a una lass.

—¿De verdad? ¿Tienen que pedir tu permiso?

—No siempre. Generalmente, solo debo decidir si uno o ambos padres se oponen a la unión. Y ahora has hecho tres preguntas y se me permitirá un número igual —dijo como afirmación, no como solicitud.

—Está bien. Dispara —respondió ella, mientras comenzaba a envolver la tela nueva alrededor de su cuello. Sus brazos delgados se movían justo debajo de su barbilla cada vez que enrollaba la tela por el otro lado.

—¿De dónde eres?

—Sabía que ibas a preguntar eso —dijo, aunque sin rencor—. Y sí, responderé. Un pequeño lugar llamado Eden, Nueva York, y sé que nunca lo has oído mencionar.

—Eden, lo conozco. O al menos he oído hablar de él.

Cora se rio.

—Oh, no. No ese. Este ciertamente no es un paraíso.

Lucas esperó mientras ella intentaba romper los extremos de la tela como él lo había hecho por la mañana. Cuando no pudo y

antes de que él le ofreciera ayuda, se inclinó hacia adelante y comenzó a morder la tela para arrancarla.

—Claramente estabas en movimiento cuando te conocí. ¿De qué o de quién estabas huyendo? —preguntó cuando logró rasgar los extremos de la tira en dos.

—Supongo que podría parecer así. Pero no estaba huyendo. Fui… bueno, llevada, supongo. No exactamente en contra de mi voluntad. Digamos que lo que se prometió o, mejor dicho, lo que esperaba, no fue lo que obtuve. Estaba aterrada y confundida, y todavía lo estoy, si quieres saberlo.

—No tienes miedo, no tanto como sugieres.

—Bueno, no desde que llegué a Newburn, no. Y no cuando… bueno, cosas que deberían haberme asustado solo no lo hicieron porque estaba contigo. Es difícil tener miedo en tu compañía. Como si tuvieras "salvador, protector, defensor" escrito por todas partes, así que simplemente asumo que todo estará bien.

Mientras Lucas digería esto y trataba de darle sentido, no a lo que ella dijo, sino a su propia reacción, Cora conectó los dos extremos y los anudó, y luego se sentó de nuevo sobre sus talones, con las manos vacías en su regazo.

—Listo —anunció con una pequeña sonrisa—. Te queda una pregunta y luego me toca de nuevo.

—¿Qué secreto escondes?

Sus labios se separaron, parpadeó y tragó nerviosamente antes de que su rostro se iluminara levemente, como si la hubiera golpeado una inspiración.

—Vale, nueva regla. Cada uno tiene un pase.

—¿Un pase?

—Sí. Podemos pasar, elegir no responder una pregunta. Pero solo una.

—Entonces eliges no responder esa pregunta. ¿Puedo sugerir otra?

—No. Me toca de nuevo. Y probablemente querrás pasar esta, y entiendo si lo haces. Pero… ¿cómo obtuviste esta cicatriz, Lucas?

Por más brillante y animada que hubiera estado los últimos veinte minutos, ahora se encogió un poco al hacer una pregunta tan delicada. Él decidió que lamentaba haberla hecho, pero no lo suficiente como para no haberla preguntado.

Todo en el pasado, Airril lo había aconsejado regularmente a lo largo de los años. *Y no significa nada para el futuro, a menos que tú le otorgues tanto poder.*

Lucas dobló los brazos sobre las rodillas y entrelazó las manos entre las piernas, mirando el piso de tablas.

Por un momento, debatió si, qué o cuánto debía revelarle. Decidió que debía saberlo. Había sido franca, aunque evasiva, con él. Pero, más que eso, necesitaría saberlo por lo que comenzaba a pensar que podría llegar a ser, o ya era, para él.

Ah, pero revivirlo…

CAPÍTULO VEINTE

Lo Inevitable Siempre Será....

Cora sintió un repentino y enorme remordimiento por haber hecho esa pregunta, por haberle removido ese recuerdo.

—Lucas, lo siento. No tienes que…

Él negó con la cabeza. Visto de perfil por un momento, parecía estar mordiéndose el interior de la mejilla antes de girarse hacia ella. No la miraba a ella, sino las pequeñas y parpadeantes llamas del fuego de la habitación, justo sobre su hombro.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Qué imaginas que te dirá?

Ella palideció un poco. Su voz era dura, su desagrado evidente.

—Yo… solo quiero conocerte.

—¿De verdad? —Ahora la miraba a los ojos, con ese filo cortante de nuevo en sus grises pupilas.

Cora exhaló un suspiro torturado por un lado de la boca, apartando el cabello húmedo de su sien. Por supuesto que él cuestionaría incluso eso.

—Tienes problemas de confianza. Cuestionas todo lo que digo...

—Lo dice la lass que lanza muchas más preguntas que respuestas verdaderas

—Tengo una mente curiosa. Solo estás… siendo sospechoso de mis intenciones. Y sin razón. O fingiendo que lo soy. Solo di que no quieres hablar de ello, pero no me lo devuelvas a mí.

—No quiero hablar de ello.

—Bien. Perfecto. ¿Ves? Todo terminado. Así que, probablemente sea suficiente por esta noche, ¿verdad? —De todos modos, esto era demasiado íntimo. O lo había sido. Había disfrutado

de estar con él y probablemente no era buena idea. Lo que le había dicho a Airril no era una exageración; realmente creía que si se quedaba mucho más tiempo, si Lucas Thain comenzaba a sonreír o a mostrar siquiera un destello de diversión con frecuencia, si alguna vez le mostraba esa mirada que ella estaba casi segura decía que pensaba en besarla, se enamoraría de él. ¿Cómo querría volver a casa entonces?

Casi deseó no haber oído ni saber que él había regresado a Brathwick para pedirle matrimonio a Isobel. De todas las veces que había quedado en segundo lugar, o peor, en su vida, esta era absolutamente la peor.

Desdobló las piernas y se levantó de la cama.

Todo esto era un desastre, honestamente, este asunto de viajar en el tiempo. Como si no fuera suficiente ser catapultada a través de las eras, depositada al azar en algún tiempo largo y olvidado, confundida con una bruja o lo que fuera, ¿pero por qué el héroe de su historia tenía que tener un pasado tan complicado?

Oh, tal vez porque tú no eres la estrella, Cora Bennett. Solo eres un personaje secundario.

Genial. Ahora estaba quedando en segundo lugar en su propia historia de fantasía.

Se dirigió a la puerta y la abrió, sujetando la manija mientras se giraba hacia Lucas, indicándole con su gesto que podía irse.

Lucas no se movió; permaneció sobre la misma cama que ella había hecho suya durante dos semanas. De repente, la cama que le había parecido del tamaño perfecto para ella y para la habitación parecía completamente pequeña.

Entonces la realidad la golpeó de lleno. Lucas Thain estaba en su cama.

No era exactamente como lo había imaginado.

Sin haber encontrado su mirada inquisitiva desde que se había levantado de la cama, lo hizo ahora.

Y tal vez él solo esperaba eso, porque habló casi de inmediato, con un ceño amenazante aunque no evidente, como si lo contuviera.

—Tu rostro revela tanto, Cora Bennett —dijo—. Tus gestos también. Agitada ahora, casi rígida. Has movido esas esferas de cristal tres veces solo desde aquí hasta la puerta, y te muerdes el labio, lo cual sé que no haces habitualmente, pero sí cuando estás… molesta.

Cora bajó la vista hacia su pecho, donde el cuello de su túnica se hundía apenas en la garganta, como si a menudo tirara de él sintiéndolo demasiado ajustado.

—No estoy enojada. Solo estoy realmente confundida.

—¿Confundida sobre qué?

Cora frunció el ceño con claridad ahora.

—Todo. Nada. Y no es que esté siendo tacaña con la respuesta porque tú no te hayas abierto conmigo, pero ahora aparentemente esperas que yo comparta cosas contigo. Estoy… es complicado —dijo, inclinando la cabeza para mirarlo fijamente— y no quiero hablar de ello.

—Sí, contraria —dijo él—. Como sé.

—Oh. Eres tan difícil.

—Estaba prometido a la hija de un clan vecino, los MacDuffs —dijo entonces—. No la había conocido, fue para forjar la paz entre enemigos. Mi hermano, John, era el laird en ese momento. Doce de nosotros viajamos al Castillo Gollam para las nupcias. No había nadie, nada esperándonos más que una trampa. John fue asesinado y yo colgado. —Su nuez de Adán subió y bajó mientras tragaba, pero mantuvo la mirada en ella. Cora no estaba segura de que él la viera en ese momento, sin embargo—. Colgado lentamente. No me dejaron caer y romperme el cuello. El cuerpo caído de mi hermano estaba a solo unos pies de donde yo luchaba por respirar, colgando… yo… varios de nosotros, no John, sin embargo, no confiábamos en los MacDuffs, nunca creímos que fuera más que un engaño. Y bien que fue así. Hicimos planes de contingencia. El ejército Thain nos acompañó, sin ser invitados, permanecieron justo fuera de la vista. Pero llegaron cuando comenzó la matanza. Airril te lo dirá, tuvieron que luchar primero por la supremacía sobre los MacDuffs en el patio, todo mientras observaban cómo mi lucha se debilitaba y luego mi vaivén se detenía.

—Y prevalecieron —adivinó Cora con voz baja, horrorizada—. Y te salvaron.

—Sí.

—Pero, ¿qué…?

Lucas negó con la cabeza, poniéndose de pie.

—No, tuviste tu turno y tu pregunta, y no tienes otro pase. —Se acercó lentamente pero directo hacia ella y le quitó la mano del pestillo, cerrando la puerta de nuevo. Girándose, apoyó su espalda contra la madera gruesa—. ¿Sobre qué estás conflictuada? ¿Qué te irrita?

Oh, pero era un maestro manipulador. O eso podría haber adivinado, excepto que él no estaba bien, después de haberle dado siquiera ese pequeño fragmento de toda la historia. Ahora hervía por dentro, sus palabras eran cortantes, su respiración ensanchando las fosas nasales. Claramente había pagado un precio por revivir esos momentos.

Una vocecita diminuta en su cabeza, proveniente de aquel lugar donde habitaba la esperanza de cosas imposibles, le gritaba que tal vez él acababa de compartir lo que más dolía para tener respuestas a sus preguntas, para saber más sobre ella.

—No puedo contarte todo sin mentirte —comenzó ella—, porque no quiero que pienses que estoy loca, aunque la verdad es que…

—Eso no responde a mi pregunta.

Cora se dio cuenta justo ahora de que él todavía sostenía su mano, la que había tomado del picaporte.

Ella lo miró fijamente, sus dedos eran más grandes, oscuros y rugosos que los de ella.

—Estoy confundida… con todo. Quiero quedarme aquí en Newburn, pero quiero volver a casa. Quiero… —hizo una pausa, reuniendo el valor para hablar con tanta franqueza— quiero saber más sobre ti, pero tengo miedo de… que empieces a gustarme demasiado y entonces no querré irme nunca. Y siento mucha culpa porque ahora mismo, y durante las últimas semanas, pienso más en ti que en mi madre y mi hermana, que deben estar preocupadísimas, preguntándose dónde estoy. Es tan egoísta. —

Exhaló un suspiro para calmarse—. Y a veces creo que estoy exagerando… esto —susurró esa última palabra, moviendo un dedo de un lado a otro, entre él y ella—, que quizá todo está en mi cabeza, como un deseo ilusorio.

—Tal vez tú… —comenzó él.

—Um, hay más.

Su sonrisa era diferente a todo lo que ella había visto antes. Sus sonrisas eran poco frecuentes, pero esta era perezosa y genuinamente divertida, y hacía locuras en el corazón de Cora.

—¿Mucho más? —preguntó, con la comisura de los labios aún torcida.

—Te dije que era complicado —respondió vagamente, aun mirando sus labios.

—Entonces mejor nos sentamos.

Lucas volvió hacia la cama y se sentó como lo había hecho un momento antes. Aun sosteniendo su mano, habiéndola devuelto también a la cama, la atrajo hacia sí, con los ojos oscuros atentos, y luego colocó ambas manos sobre sus caderas y bajó a Cora sobre su regazo. Un minuto estaba de pie frente a él y al siguiente, la había maniobrado suavemente para que montara sus piernas. Cora estaba a la vez desconcertada y excitada.

—¿Es buena idea esto?

Ahora, a solo unos centímetros de su rostro y sus ojos oscuros, Cora estaba demasiado incómoda para mirarlo o soportar su mirada. Se quedó mirando sus labios.

—Una de mis mejores ideas—respondió él despreocupado, como si se sentaran así con frecuencia, como si su corazón no estuviera latiendo tan rápido ahora—. Será muy conveniente cuando te bese.

—Oh.

¡Oh!

—Eso es muy extraño, ¿no crees, lass? Mi usualmente efusiva Cora Bennett de repente se queda sin palabras. ¿O es que se te ha atado la lengua? —Con suavidad, usó sus dedos para apartar el cabello húmedo que caía sobre su frente.

¿Y qué tan excitante era eso? Lucas llamándola *"mi Cora"*. El calor subió a la superficie, por cada centímetro de su cuerpo.

—Bueno, pensé que me ayudarías a ordenar todos estos pensamientos conflictivos y tú…

—Un beso lo resolverá, ¿no crees?

Cora suspiró con fuerza, insegura.

—No sé si eso ayude, Lucas. Siento que solo lo complicará más.

—No, lass. No hay nada complicado en un beso. Por cierto, no mentiste. Muy mentolado. Muy fresco.

Escapó una risa nerviosa.

—Lucas, mi corazón está latiendo como loco.

—El mío también. ¿Necesitas esto para besar? —preguntó, mientras cuidadosamente le quitaba las gafas y las dejaba sobre el reverso de los taburetes apilados junto a la cama—. ¿Qué más?

—¿Qué más qué?

—Qué más es complicado o te causa aflicción.

—No sé. No puedo pensar ahora.

Las comisuras de sus ojos se arrugaron, mostrando profundas líneas mientras sonreía.

—Te lo dije —dijo—. Besar no es complicado, borra mucho de lo desconocido.

—¿Así es como… planeaste todo este escenario o seducción?

—Nae. *Eso* suena complicado. Pon tus manos sobre mis hombros, pero solo si quieres que te bese.

Cora dudó, pero solo un instante y solo para convertir su anticipación en valor. Podría ser su única oportunidad con él. Deseaba volver al siglo XXI, pero aún más deseaba un beso de Lucas Thain antes de hacerlo.

Le levantó las manos y puso sus palmas sobre los bordes de sus amplios hombros. No le gustó eso, lo consideró demasiado formal, y deslizó sus brazos más arriba hasta que sus manos se unieron en la nuca de él, cuidando la venda.

Todos los sueños, esperanzas y fantasías que había imaginado en las últimas semanas, y fueron muchas, normalmente incluyendo una escena muy parecida a esta, a punto de ser besada

por Lucas Thain, no se comparaban con la emoción que ahora la embargaba.

Se atrevió a mirar sus ojos. Sus ojos gris ahumado no eran seductores ni entrecerrados, sino alerta y ardientes. Sus dedos se flexionaban sobre sus caderas. Cora respiraba rápido, enamorada de su expresión en ese momento, sin ceño fruncido ni arruga a la vista, simplemente viva con un propósito brillante. Ansiosa e indefensa, vio cómo sus firmes y sensuales labios descendían hacia los suyos.

Su boca cubrió la de ella, tocando y explorando en un beso que era a la vez suave y maravillosamente insistente. Cora pudo casi adivinar que él había pensado en esto tanto como ella. Sus labios eran duros y calientes al posarse sobre los suyos. Intentó aferrarse desesperadamente a cualquier conciencia que no fuera la sensación de él y su beso, pero en cuanto su lengua rozó sus labios, perdió esa lucha.

Separó sus labios con ansias para él, inclinándose hacia él. Él respondió aprisionándola contra su pecho, abriendo la boca con hambre, su lengua entrando en la de ella y rozando la suya. Algo salvaje estalló dentro de Cora y se arqueó contra él. Levantó las manos hacia la nuca de él, sobre la tela, y entrelazó los dedos en el grueso cabello en la nuca. Lucas levantó las manos, sus dedos recorriendo su espalda. Sus manos eran enormes, fuertes y firmes, cargadas de deseo, aunque parecía contenerse de apretarla completamente contra sí. Se retorció contra él mientras devolvía el fervor de su beso, tratando de expresarle su propio deseo contenido.

Cuando Lucas terminó el beso, ambos estaban sin aliento, con los pechos agitados, y Cora no podía asegurar que no acabara de ser marcada.

Más que eso, se dio cuenta, aparte de que su beso era fascinante, era el significado detrás de él, la pura alegría de saber que él *quería* besarla.

Con no poca admiración, admitió:

—Honestamente, no sabía si alguna vez lo harías.

***

Lucas se contuvo de reír, animado y ligero, más de lo que había estado en años. Tal vez en toda la vida.

—Podrías haberlo hecho tú misma.

—¿Iniciar un beso? Oh, no sé si…

—Lo hiciste —dijo él, suponiendo que ella habría cuestionado su propio valor.

Cubrió su boca de nuevo, sin darle oportunidad a otra respuesta. Acababa de recordarle, rápidamente, que Cora Bennett estaba llena de sorpresas. Hablaba mucho, a veces incoherentemente; casi siempre mostraba una fachada valiente ante cualquier cosa que se le presentara; tenía algo que hacía extremadamente difícil mantenerse enojado con ella; y aparentemente podía poner a un hombre casi dolorosamente duro con solo un beso. Era pequeña y frágil entre sus brazos, pero, maldita sea, encajaba perfectamente.

Su lengua chocó otra vez con la de él. El beso se calentó rápidamente, igual que el primero. No era experta, pero esa era parte de la belleza: el sabor de ella y la sensación de su cuerpo hermoso presionado contra el suyo.

Y luego, después de que el beso se transformó nuevamente en algo salvaje y necesario, Cora dijo contra sus labios:

—Tenemos demasiada ropa puesta.

Así que Lucas no tuvo más opción que resolver en ese momento que nunca más se sorprendería por nada de lo que ella dijera o hiciera. Y ella era tan suave y femenina, y sus pechos estaban aplastados contra su pecho, y él quería enterrarse profundamente dentro de ella, y entonces dijo:

—Sí, la tenemos —y se puso de pie, llevándola consigo hasta que sus piernas tocaron el suelo y quedó frente a él.

Lucas alcanzó su cinturón.

Cora detuvo sus manos colocando las suyas sobre las de él. Miró sus manos mientras hablaba sin parar:

—Solo quiero que sepas que no soy de esas… no me acuesto con cualquiera. Y para que sepas, mis nervios están bailando de emoción ahora mismo, creo. Pero no… tengo que, eh, tiene que

haber sentimiento… quiero decir, lo hay. Por mi parte, estoy bastante segura. Y no es que no… es solo que tú...

—Besar sin sentido, parece —determinó Lucas, medio segundo antes de que su boca volviera a encontrar la de ella.

A pesar de sus cicatrices, Lucas no era un hombre que necesitara reafirmar su ego; era poderoso, íntegro y no carecía de valentía. Pero todas estas cualidades y muchas más se magnificaban cien veces en cuanto tomaba a Cora entre sus brazos. Suave y ligera contra su cuerpo mucho más grande, lo hacía sentir masivo e invencible, más poderoso que los dioses.

Cuando el beso terminó, Cora confesó:

—Sí. Besé sin sentido.

—Estás mostrando tanto protesta como consentimiento —decidió él—. ¿Por qué luchas contra ello?

—No estoy luchando… caray, no soy tan idiota. Realmente quiero… hacer esto, desnudarme contigo y todo eso, y aunque creo estar demostrando ser más fuerte de lo que jamás imaginé, no estoy segura de ser lo bastante fuerte para soportar… esto, o las consecuencias. Pero quiero esto, así que quizá deberías decirme que deje de hablar ahora.

En esto, Lucas no se sorprendió. Podía haber adivinado que hacer el amor con Cora, si llegaban a ello, estaría precedido por muchas palabras. Estaba preparado para ser paciente, y, a decir verdad, su parloteo nervioso no hacía más que aumentar su deseo por ella.

—La pregunta era por qué —le recordó—. ¿Por qué dudas?

El rostro que levantó hacia él estaba teñido de tristeza.

—Porque no quiero enamorarme de ti —dijo.

Él la estudió. Realmente estaba llena de contradicciones constantes. Ocultaba la verdad sobre sí misma, lo que fuera el gran misterio que aún no le había contado, pero luego exponía su vulnerabilidad, confesándoselo.

Lucas no se burló de ella, no le dijo que quizá confundía el deseo con el amor, que no podía estar en peligro de enamorarse de él cuando eran tan distintos y ella tan nueva en Newburn y para él.

No hizo nada de eso. Simplemente la miró, con una mirada magnética, penetrante.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque tú nunca podrías… tú y yo somos tan… estoy bastante segura de que no soy tu tipo —negó con la cabeza—. Pero quizá eso no importe en el gran esquema de las cosas. Parece… que te gusto ahora, en este momento. Y aun así, con gusto adoraría... —se detuvo e hizo el gesto de acomodarse los lentes en la nariz, sin darse cuenta de que ya no los llevaba—. Siento que… espera, retrocedamos. Lucas, tengo que ir a casa. *Quiero* ir a casa. Así que la verdad es que no quiero enamorarme de ti porque A, me haría no querer irme y eso no es una opción, o B, arruinaría el resto de mi vida, como no estar contigo, o no superarte, o nunca encontrar a alguien que siquiera se le acerque. —Exhaló, y sus mejillas temblaron—. Puede que no lo creas, pero, honestamente, a veces odio mi propio hábito de divagar, pero en este caso, creo que deberías saber lo que estoy pensando.

Incapaz de contenerse, y mientras el deseo seguía ardiendo dentro de él, Lucas sonrió, ignorando sus manos sobre las suyas, y procedió a desabrochar su cinturón. La sonrisa se convirtió en una de seguridad total.

—Sé que nunca me permitirías no saber lo que piensas.

—Ja, ja.

Como siempre, Lucas tuvo que seleccionar cuidadosamente entre todas sus palabras, filtrando las que comprendía. Ignoró las que mencionaban que ella lo dejaría. Se inclinó, dejó su cinturón y espada junto a la puerta y luego volvió a mirarla, fijamente, memorizando cada centímetro de su rostro.

—¿Estás en peligro de enamorarte, lass? —preguntó.

Ella no le mentiría, de eso estaba seguro.

—Me ha ocurrido, por razones propias, que no tengo nada que perder ahora, ni en lo que digo ni en lo que hago —dijo, algo críptica—. Es un poco liberador saberlo. En fin, sí, estoy en grave peligro, temo —mordisqueó brevemente el labio inferior, mirando a Lucas—. Si quieres saberlo.

—Entonces deberíamos desnudarnos —sugirió él, usando su propia expresión.

Para su gran deleite, solo percibió alivio. Abrió la boca y exhaló un suspiro, y una sonrisa de agradecimiento curvó sus labios.

***

Yo y mis brillantes ideas, pensó para sus adentros.

Desnudarse con Lucas Thain sonaba increíble, más que satisfactorio. Pero había olvidado que nunca en su vida se había desvestido ante un hombre con el que iba a acostarse. En su defensa, solo había habido dos de esos, hombres con los que había tenido relaciones. Pero en ambos casos, nunca hubo un desvestirse coqueto y seductor. En una ocasión solo hubo un forcejeo incómodo en el asiento trasero de un coche, quitándose solo las piezas necesarias para hacer posible el sexo. Aparte de eso, desvestirse se había gestionado bajo las sábanas o en completa oscuridad, a veces ambas cosas.

Pero quería esto, lo quería a él, más de lo que quería respirar en ese momento. La buena noticia era que él ya había visto su sujetador y sus bragas, estas últimas las tenía que lavar cada noche para colgarlas junto al fuego y que se secaran, super sexy, así que no tenía que lidiar con ese shock. Aún no estaba cómoda, quizás nunca lo estaría, yendo sin su propia ropa interior.

Había estado descalza desde que llegó a su cámara y también se había quitado las medias, pues se estaba preparando para dormir. Tragándose toda la ansiedad, Cora levantó el bajo de su vestido exterior por encima de la cabeza mientras Lucas la observaba, con sus manos trabajando en el tartán y la correa de cuero que lo sujetaba al hombro.

Él la miraba, su mirada era ardiente e inmutable. Cora levantó las faldas de su camisa de dormir justo cuando Lucas se sacó la larga túnica de la cinturilla de sus calzones. Mientras ella juntaba los extremos y se la quitaba por la cabeza, Lucas dejó de desvestirse, con las manos detenidas en sus caderas.

Cora bajó los brazos, sintiendo un rubor que coloreaba toda su piel expuesta, y se quedó ante él usando solo su sujetador y sus bragas y con una expresión suspendida, realmente nerviosa ahora. Besarse, completamente vestidos, era tan seguro, con pocas posibilidades de juicio. Aunque apreciaba el suave resplandor de la luz del fuego, esperando que la bañara tan favorablemente como a Lucas, nunca había estado tan desnuda con nadie que fuera ni la mitad ini un cuarto! tan magnífico como Lucas.

No podía mirarlo a los ojos, sabiendo que él estaba mirándola a su antojo. Él cerró la corta distancia entre ellos, quedándose a menos de un palmo de ella. Puso la punta de su dedo índice en el hueco de su garganta y lo deslizó hacia abajo. La piel se le puso de gallina. Su dedo bajó y se desvió a la izquierda, rozando la copa de su sujetador, haciendo que su pezón cobrara vida en el interior. Cada nervio de su cuerpo estaba ardiendo, expectante, anhelante. Esperó y… nada.

Su mano se apartó.

—Sabes que ya he visto algo de esto. Pero el recuerdo solo me atormenta.

Ella miró hacia él. Esas simples palabras la llenaron de más confianza. Sus ojos estaban oscuros, su mirada casi sombría mientras la recorría por todo su cuerpo casi desnudo. Suponía que probablemente estaba acostumbrado, o se inclinaba, por figuras voluptuosas que no se perdían en la imponente envergadura de él, pero también siempre había creído que sus pechos eran bastante buenos. Él también lo pensaba, decidió. Sus fosas nasales se ensancharon mientras los miraba. Posiblemente era lo más sensual que había experimentado jamás.

—Eres exquisita, Cora. Un día me hablarás de estos magníficos retazos de tela y sé que aún no he terminado de mirar, pero necesito tenerte desnuda contra mí.

Dicho esto, finalmente se quitó la túnica por la cabeza, lanzándola al suelo para unirse a las prendas desechadas de Cora.

—Oh —exhaló ella con asombro. Sonó ronco, distante—. Eso es incluso mejor de lo que había imaginado. —Su pecho.

Él sonrió una vez más, con un deje de arrogancia seductora, que a Cora le encantaba absolutamente.

—¿Me has imaginado así, Cora?

Ahora no era el momento, o era demasiado tarde, para ser modesta

—Por supuesto que sí.

Aunque no había previsto esto. ¿Cómo era posible que pareciera aún más grande, sus hombros más anchos, sus brazos más musculosos? La adoradora luz del fuego proyectaba sombras sobre sus músculos ondulados, sus brazos contorneados y los cincelados planos de sus abdominales. Sin embargo, no omitía sus cicatrices. Tantas cicatrices. Obtenidas porque era feroz, era un protector y defensor, ganadas honorablemente, lo que las hacía nada feas. Ni siquiera la gruesa y retorcida en la parte superior de su brazo izquierdo, que parecía tan espantosa que se preguntaba cómo seguía teniendo un brazo funcional.

Pero sí, se concedía validez a todas sus imaginaciones más salvajes

—Estás super bueno —exhaló con asombro.

—¿"Bueno" es…? —preguntó él para aclararlo.

—Sexy.

—¿"Sexy" es…?

—Hermoso.

Cora se sentía decididamente inferior junto a él. Él era un dios que había rondado por el extremo más bajo del mercado, había encontrado algo indigno de él, algo que no podía competir en absoluto con lo glorioso que era él, pero que estaba dispuesto a probar de todos modos, aunque no fuera su primera opción.

Desnuda contra mí, había dicho. Sí, ella también prefería eso. Con más impaciencia que aprensión, Cora se quitó el sujetador y las bragas, añadiéndolos al creciente montón de ropa a sus pies.

Con una audacia que nunca había tenido, dio un paso adelante y se metió en sus brazos. Él era sólido y cálido y tan… masculino, y ella gimió en el primer contacto de sus pechos desnudos contra su pecho. Su cuerpo la consumía, sus brazos la rodeaban, sus manos enormes en sus nalgas mientras la apretaba

fuerte contra él, su miembro enorme y tenso contra su vientre. Cora lo atrajo hacia abajo para besarlo y se aferró a él. Su cabello era suave, su barba incipiente, áspera. Se sentía vigorizada, viva y lasciva al mismo tiempo. Sabía que ya estaba mojada, incluso antes de que él hubiera tocado ninguna de las partes buenas.

Y entonces la abandonó de nuevo, pero solo para quitarse los pantalones. Pensó que podría haberse quitado las botas altas de un puntapié mientras se besaban. Él estaba… bueno, en sus sueños más salvajes, no podría haber imaginado esto. Sus caderas y cintura eran delgadas, sus muslos gruesos. Su pecho estaba cubierto por una ligera capa de vello oscuro, que se estrechaba en una línea fina hasta la ingle. Su pene era majestuoso, largo y grueso, y Cora se quedó boquiabierta y sin aliento mientras su vagina se contraía en varios espasmos rápidos de deseo.

—Quiero… —comenzó, pero realmente no podía pensar, no podía articular tantas palabras ahora. Su voz era necesitada y quejumbrosa.

Lucas respondió empujándola casi con rudeza contra él

—¿Me quieres dentro de ti?

No esperó una respuesta, sino que asaltó sus labios de nuevo. Mantuvo su boca hambrienta sobre la de ella mientras la giraba y la hacía retroceder, sus manos deslizándose hacia abajo desde debajo de sus brazos, con sus pulgares rozando los costados de sus pechos. No la dejó caer, sino que la tendió en la cama y rápidamente cubrió su cuerpo con el suyo. Sus labios se apartaron de los de ella, bajando por su cuello, dejando un rastro de piel abrasada a su paso. Y ella pensó que sus pechos estaban bien hasta que la mano grande de Lucas cubrió uno de ellos por completo. Empujó su mano hacia arriba y bajó la boca a su pezón. No jugueteó con caricias suaves, sino que tomó toda la punta en su boca, sus dientes y lengua trabajando simultáneamente el pezón, arrancando un jadeo a Cora.

Su erección estaba rígida contra su pierna, humedeciendo su piel con fluido preseminal, provocando que sus propios jugos fluyeran. Se movió debajo de él y enredó sus dedos en su cabello mientras él atendía su otro pecho

—Lucas —gimió.

—Quiero que estés mojada, Cora —murmuró, y bajó la mano entre sus piernas—. Ah, amor, eso está dulce —dijo cuando sus dedos rozaron sus labios y se adentraron más, acariciando su interior suave y tiernamente.

—No me tortures, Lucas —suplicó Cora—. Por favor, no me hagas esperar.

Cambió la posición de sus caderas, deslizando una pierna aún más bajo él para poder envolver ambas piernas alrededor de sus caderas. Enroscó los dedos en su cabello y se elevó para besarlo de nuevo, casi violenta en su necesidad.

—*Oh* —exhaló él con voz entrecortada contra sus labios.

Se hundió por completo entre sus piernas y Cora suspiró sonoramente cuando su pene tocó su entrada.

—¿Es eso lo que quieres, amor?

Qué torturador. Agarrándose de sus hombros, Cora suplicó

—Sí, por favor —y movió sus caderas bajo él, empujándose hacia arriba alrededor de su erección.

Lucas se movió al mismo tiempo, penetrando suavemente, llenándola por completo.

—Lo sabía —susurró ella satisfecha. Sabía que se sentiría tan bien. Podría haber llorado por lo exquisito que era.

Lucas no lloró. Emitió un gruñido hermoso y satisfecho y embistió dentro de ella otra vez.

—Más —suplicó ella.

Él no le dio más, no inmediatamente. Se detuvo, apoyado en sus codos, mientras sus manos apartaban los rizos salvajes que cubrían parcialmente su rostro. Sus caderas seguían moviéndose, sin embargo, lenta y tortuosamente, dentro y fuera, mientras mantenía su mirada

—Te sientes tan increíblemente bien, Cora. Quiero tomarte con fuerza, te lo juro que sí —dijo con una risa áspera y tensa—, pero no estoy seguro de no lastimarte.

Era fácilmente más del doble de su tamaño. Y aunque el lento y soñoliento movimiento de vaivén en ese momento era sumamente erótico, Cora quería más. Lo quería todo, de una vez

—No me lastimarás, Lucas. Te lo aseguro. Confío en ti.

Mientras conquistaba su boca con otro beso, comenzó a moverse más rápido, más fuerte, elevándose de su torso. Cora deslizó sus manos por todo su pecho y levantó sus caderas para encontrarse con cada hermosa embestida.

Arqueó la espalda y se aferró a sus brazos mientras su clímax crecía, jadeante e incrédula de que pudiera sentirse tan bien, tan intenso, tan asombroso. La embargó como un trueno, la aplastó con su peso y dejó escapar un gemido tembloroso y vibrante, que sonó como una risa de niña. Pensó que quizás había suspirado su nombre, pero no estaba segura. Él seguía embistiéndola, y ella contrajo su vagina voluntariamente alrededor de él. Él gruñó bajo y dio un último empujón, inclinando hacia atrás la parte superior de su cuerpo, con los dedos ahora clavados en la carne de sus caderas, sujetándola contra su propio orgasmo.

Ella lo esperó, aún envuelta en los efectos de su propio orgasmo. Quería que descendiera, que cayera sobre ella. Sonrió, tanto como sus temblorosos labios se lo permitieron, cuando lo hizo, cuando se inclinó hacia adelante y se desplomó sobre ella, con su aliento caliente contra su cuello mientras murmuraba su nombre.

Sus brazos rodearon sus amplios hombros, y cerró los ojos de nuevo, deseando saborearlo en ese momento, mientras era suyo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

…Y la Verdad No es Ineludible

Lucas estaba bastante seguro de que su buen humor no podía ser apagado. A menos que Newburn fuera atacado, nada podría decirse o hacerse para disminuir su alegría. No había dormido bien, apenas había dormido, y se había quedado despierto con Cora hasta las primeras horas de la mañana. Estaba cansado y aún ardía en él un deseo creciente por Cora, pero sí, creía que su rara y jovial disposición de ánimo no podía ser aplastada.

Su apetito por Cora, descubrió, solo se había avivado. Cora en sus brazos después de hacerle el amor, en esa cama estrecha y nada particularmente cómoda, su voz somnolienta, su sonrisa casi permanente, sus miembros desnudos brillando a la luz del fuego, era algo hermoso.

Por su parte, se había sentido como si hubiera estado corriendo, sobre terreno accidentado y con mal clima y sin detenerse, durante muchas semanas, quizás años, la mayor parte cuesta arriba. Anoche había llegado al final de esa larga y agotadora carrera. Entonces se dio cuenta, de golpe, de algo que no había sabido hasta esa noche, hasta que se dio cuenta de que *tenía* que besarla y que no saldría de su cámara hasta hacerlo: Cora era su destino.

Poco después de haberse desplomado sobre ella, después de la primera vez que hizo el amor con ella, cuando la había abrazado cerca de su hombro, ella dijo somnolienta:

—Vas a lamentar mucho haber hecho eso.

Un día antes, quizá incluso una hora antes, se habría tensado, esperando algún comentario venenoso que le obligara por honor a casarse con ella ahora. Pero en ese momento, mientras

podía sentir su amplia sonrisa contra su pecho, y mientras sus dedos habían rozado distraídamente, ¿se atrevía a pensarlo?, ¿con cariño?, sobre el vello que cubría su pecho, él solo sonrió con expectativa y le preguntó por qué.

—No estoy segura de cómo tendrás tiempo para todos tus asuntos de señor —dijo ella— si estoy constantemente molestándote para que lo hagas otra vez.

Entonces todo lo oscuro, enojado y feo dentro de él se deshizo.

Y cuando la tocó nuevamente con propósito decidido, deslizando sus dedos sobre los picos tensos de sus pezones, ella se estremeció y dijo:

—Lucas, me estás dando escalofríos a los escalofríos —y él se rio abiertamente ante sus siempre entretenidos patrones de habla. La amó despacio entonces, lánguidamente, tomándose su tiempo, aprendiendo cada centímetro de su cuerpo delicioso. Ninguna parte de su carne suave quedó sin ser tocada por él. Y sabía que ella era suya, que la tendría a ella y a ninguna otra por el resto de su vida.

Y ahora solo quería que el día terminara, que llegara la noche para poder estar desnudo nuevamente con Cora. Incluso su impaciencia por esto no disminuía su buen humor. Pero entonces el mundo y los dioses e incluso esa caprichosa conspiradora, Madre Naturaleza, conspiraron en su contra, decididos a destruir su buen humor recién recuperado.

Todo comenzó cuando Will buscó una audiencia privada con él después del entrenamiento matutino, que se llevó a cabo bajo una lluvia intensa, con el suelo lleno de barro. El joven se colocó junto a Lucas mientras regresaban al castillo, ya que habían decidido prescindir del uso de los corceles por la lluvia.

—No sé si debo traerle este asunto, señor —dijo Will, con la cabeza inclinada y girada contra la lluvia— o si usted sabe si la joven tiene familiares a quienes deba dirigirme…

—¿Qué asunto es ese, Will? —preguntó Lucas, la consulta más bien mecánica. Pero entonces, un instante antes de que Will respondiera, Lucas se dio cuenta de lo que iba a decir.

—Cora Bennett, señor —dijo Will.

Lucas se detuvo, obligando a Will a hacer lo mismo, ignorando la lluvia que caía a cántaros, y plantó sus manos en las caderas. No había nada que hacer ante el regreso de su ceño fruncido.

—¿Qué pasa con Cora Bennett?

Posiblemente sorprendido por el tono severo, ciertamente después de una sesión matutina que varias veces había visto al señor realmente riendo, Will se preparó para el marcado desagrado repentino del señor.

—Sí, Cora Bennett —dijo, ahora gritando mientras la lluvia caía más fuerte y rápido—. Sé que no es una Thain, y entiendo que aún podría considerarse una desconocida, pero es una joven excelente, señor. Entonces, ¿necesito su bendición para empezar un cortejo, o ella…?

Aunque ya sabía cuál sería su respuesta, Lucas estaba curioso.

—¿Ella qué?

Al empezar a entender que quizás no recibiría ninguna bendición, Will se encogió un poco bajo la feroz mirada de Lucas.

—Eh… ¿está… disponible para ser cortejada?

—¡Maldita sea! *¿Disponible para ser cortejada?* —gruñó Lucas—. Por los huesos, lad, vete de mi vista con esa mierda. Y no vuelvas a acercarte hasta que aprendas un enfoque mejor, y para otra persona. Cora Bennett está prohibida, ¿me oyes?

Ante el asentimiento desanimado y torpe de Will, Lucas se alejó, dejando al lad de pie bajo la lluvia torrencial, y la boca abierta tanto por el shock como por la decepción.

De vuelta en la fortaleza, Lucas se quitó y sacudió la piel de animal que había llevado toda la mañana, dejándola secar junto al fuego del salón. Buscó a Godric en su despacho, esforzándose por no permitir que la desatinada petición de Will le causara malestar.

¿Will y Cora? No, el lad no era lo bastante hombre para manejarla. Demonios, Lucas no estaba seguro de que él mismo lo fuera. Pero sí sabía que ella pasaría por encima de un hombre más blando, más simple. No lo haría adrede, solo por salirse con la suya

o aprovechar la situación, pero sin una mano firme en las riendas haría lo que le diera la gana y, con toda probabilidad, acabaría metiéndose en más problemas de los que ya conocía.

—Michael dice que necesitará unas semanas más, quizá —informó Lucas al intendente, refiriéndose a un arrendatario Thain que se había destrozado la pierna al caerse del techo del granero del diezmo, en el que hacía reparaciones—. Todavía no puede apoyar peso en la pierna izquierda.

—Comprensible —dijo Godric con un asentimiento—. Haré que los lads labren su parcela otra vez esta semana y que sigan con ese problema de drenaje que tenía.

—Sí. Pero no quiero que se les compense por hacerlo —instruyó Lucas sobre los soldados que ayudaban a Michael mientras se recuperaba—. Ya se les paga sin esperar nada más que su entrenamiento y la guardia. No les hará daño actuar por amabilidad y no solo por dinero.

—Muy bien, Laird —aceptó Godric. Levantó un pergamino doblado y sellado de su escritorio—. Esto llegó por mensajero justo después de que te marcharas del castillo esta mañana.

Lucas reconoció el lobo y el cardo del sello Cameron en la cera rojo oscuro del mensaje superior y rompió el sello, desplegando el pergamino.

El ceño fruncido que le había provocado Will, y que apenas se le había pasado al entrar al despacho de Godric, volvió mientras leía las palabras de la página. Cuando terminó, levantó la mirada hacia Godric, mirándolo fijamente mientras digería lo que acababa de leer. Entrecerró los ojos con astucia.

Godric era un hombre paciente y no lo acribilló a preguntas, pero pronto fue recompensado con información cuando Lucas le comunicó:

—De Cameron. Se topó con cierta información de que los MacDuff… —se detuvo, releyendo la segunda línea— …han contratado sesenta y tres galeses, los recogieron en Maryport de un barco mercante irlandés. —Se mordió la mejilla, asimilando esto.

Por el rabillo del ojo, vio que Godric se encogía de hombros.

—No del todo extraño. Puede que ese martillo inglés les haya hecho promesas tentadoras, promesas que valdría la pena pagar un poco ahora para asegurar el éxito en futuras batallas.

Lucas lo puso al tanto de lo demás que Cameron había compartido.

—No los trajeron para la guerra. Aedan dice que no fueron al sur, hacia la frontera y el combate, sino al norte. Cameron cree que los galeses están ahora en Gollam Keep.

—Vaya, maldita sea —maldijo Godric—, pero ¿por qué necesitarían cinco docenas de galeses dentro de su propia fortaleza?

Lucas negó con la cabeza, conjeturas pero sin respuestas.

—No sé si estarán sembrando centeno. Ponte en contacto con Artair en Berriedale; si alguien sabrá qué traman, será él. Sí, y consulta también con Barra, en Windshire.

Godric levantó un dedo, la boca torcida por la especulación mientras recorría con la mirada su escritorio desordenado.

—Sí, Declan MacKay y los suyos han tenido sus propios problemas con los MacDuff. Barra estará bien informado, o al menos debería estarlo.

Luego, Lucas fue a buscar a Cora. Decidió que no iba a convertirlo en costumbre. Seguramente solo la novedad le instilaba ese deseo de verla apenas unas horas después de haberla dejado en su cama demasiado pequeña esa mañana.

Se habían levantado y vestido al mismo tiempo. Ella había hecho otra vez esa cosa de cepillarse los dientes, que el orgullo no le permitía preguntarle, por saber cómo existía algo tan asombroso como una *pasta de dientes con sabor a menta* cuando él ni lo conocía.

La había besado antes de salir de su habitación, la había levantado en brazos mientras ella se aferraba a sus hombros. Ella no había estado ni tímida ni ansiosa y había dicho exactamente:

—Lamento si, eh, lo que hicimos anoche te causó estrés en tu herida, Lucas. Pero no mucho.

Así que sí, iba a ser difícil ahora, con todo tan nuevo para él y con ella tan despreocupada y alegre esa mañana, mantenerse alejado de ella.

Ella había dicho que pasaría el día con Goldie, y Lucas se dirigió hacia la aldea.

Optó por caminar, queriendo tener la oportunidad de reconsiderar el mensaje de Aedan Cameron. Pensó que también podría pedir a Godric que contactara con Magnus Matheson en la abadía de Lismore, ya que su intendente, como Artair, estaba al tanto de todo en las Tierras Altas.

Cuanto más pensaba en la razón por la que los MacDuff habrían contratado mercenarios y los alojaban en sus muros, menos lograba mantener su buen humor. Para cuando se topó con Airril, que venía en sentido contrario, del pueblo al castillo, Lucas estaba casi listo para lanzar su ejército contra los MacDuff y Gollam Keep.

—¿Dónde está Cora? —se oyó a sí mismo preguntar de golpe a su capitán cuando se encontraron en el sendero gastado dentro del valle boscoso entre la aldea y la fortaleza de Newburn.

Malinterpretando la causa del ceño de Lucas aquel día, Airril respondió con un gruñido igualmente brusco:

—Se ha ido a ver a Godric, por asuntos de Goldie…

—Acabo de salir de su despacho —le dijo Lucas—. No me crucé con ella.

—Puede que haya hecho una parada en los barracones —se defendió Airril con calor—. También tenía que entregar ese remedio asqueroso a Armadal para su tripa podrida y ardiente. Y déjala en paz ya. No ha causado problemas, estaba de buen humor esta mañana. O, por el amor de Cristo, aclárate. ¿Quieres estar cerca de ella o no quieres tener nada que ver con ella? O no te importa lo que le pase a la pobre o no quieres perderla de vista. Pero por la sangre, elige una.

Sin avergonzarse, solo con el ánimo al nivel del de Airril cada vez más hostil, Lucas le ladró de vuelta:

—Ya me decidí, maldita sea, de ahí mi jodida búsqueda de ella ahora, viejo necio.

Toda la hostilidad abandonó a Airril de golpe.

—¿Ah, sí?

—Maldita sea, Airril. Para ser un hombre listo, muchas veces no lo pareces.

Airril no se sintió mortalmente herido por la acusación.

—Supongo que ambos volvemos al castillo entonces —dijo, y regresaron juntos, atravesando el bosque.

Mientras caminaban, Lucas decidió preguntar:

—Lo supiste antes que yo, que ella… o que yo… ¿cómo supiste que ella…?

—¿Que te cautivaría? ¿Qué te fascinaría? Sí, ¿y cómo no iba a saberlo? —preguntó Airril, animándose con el tema—. Aunque eso podría decirse de cualquiera, o de muchos. Ella no intenta cautivar, ¿sabes?, pero no puede evitarlo, ¿verdad?

Ah, pero ahora sonreía de oreja a oreja, como si Cora Bennett fuera obra suya.

Con cierta molestia, Lucas admitió:

—Sí, encantadora más allá de mí. Will quería hablar conmigo hoy, después de que todos ustedes se marcharan del campo y de la lluvia.

—Lo veía venir —comentó Airril, sin pedir detalles. Siguió, algo más serio—. Lo supe por cómo te miraba desde el principio. No estaba asustada y desde luego no padecía nada de esa mierda que a veces te encuentras, sí, sé que te pasa, la repulsión. La cicatriz es demasiado grotesca para fascinar o incluso provocar reverencia heroica o alguna tontería de esas y no te digo nada que no sepas ya. Pero ella no la vio, para nada. Si lo hizo, si me perdí algo cuando bajó esa colina anunciando a los rezagados ingleses, fue solo esa suavidad en ella despertando algo de lástima quizá, pero se le pasó rápido, ¿no?, tan ocupada blandiendo espadas demasiado grandes para ella y luchando contra ríos demasiado salvajes para ella. Está loca, sin duda, en más sentidos de los que sabes, pero tiene un corazón verdadero, lo lleva todo en la cara. Incluso si no fuera bonita, te habrías enamorado al final. Ahora sabes que mi Gwennie no era guapa, no por lo que considerarías altos estándares, pero para mí era la criatura más hermosa que jamás caminó sobre la tierra, y eso era su corazón y cómo me hacía sentir. Sí, llámalo debilidad porque no sabes nada mejor, pero no lo es. Cameron lo dijo: el amor no te hace débil. Actuar en función de lo que ella te hace sentir aquí dentro —agitó la mano alrededor del vientre de

Lucas, presumiblemente para incluir corazón y tripas— sería lo mejor que podrías haber hecho jamás.

—La tienes completamente calada.

—Sí. Soy un poco más rápido que tú y alabado sea el Señor. Uno de nosotros debería ser consciente de lo importante.

Este era el Airril que conocía y recordaba. Antes de verse abrumado por la tristeza por la pérdida de Gwen, Airril había tenido una actitud con Lucas durante una década: "Podrás ser el laird, pero yo soy mayor y más sabio, y aún puedo patearte el trasero". Eso les había funcionado. Airril siempre había entendido, más que la mayoría, que la lástima era lo último que necesitaba tras la tragedia en Gollam Keep aquel día. Lucas había echado de menos a ese hombre enérgico, no le importaba en absoluto el que había tomado su lugar: el hombre hosco y avaro que apareció después de que Gwen murió.

Queriendo mantener al Airril confiado cerca un rato más, Lucas lo desafió:

—¿Y tú también me tienes completamente descifrado?

—No seas tonto. Eso lo hice hace años.

Dispuesto a entretenerse, Lucas se detuvo y puso las manos en la cadera, sonriendo con suficiencia.

—Vamos, entonces. Cuéntame.

La sonrisa de Airril contenía la misma inclinación segura de sí misma. Entrecerró los ojos hacia Lucas y se acercó, adoptando una postura similar con los brazos en jarras.

—Muy bien, y no llores cuando oigas alguna verdad que preferirías no saber. Y no necesitas toda la historia: estuviste allí, sabes lo que has pasado y lo que has sido, cómo has crecido y, *oh*, cómo te has estancado últimamente. Así que iremos al grano, Cora Bennett. Eso es lo que quieres saber, ¿verdad? Así que aquí va. Estás de mal humor, pero tú y yo sabemos que eso solo es una máscara para ocultar todo lo demás. Ningún hombre quiere estar solo. Tuviste amor, sabes lo que podía ser, y luego temiste no volver a tenerlo. Y eso no es culpa de Isobel ni de los MacDuff, que te hagan parecer así. Eso está dentro de ti, y ese es un discurso para otro día. Pero conoces a Cora Bennett y, en efecto, ella podría ser la primera

persona, mujer, que no ve la gran y fea marca que te define, pero te ve a ti. ¿Y qué haces? Naturalmente, siendo el idiota que eres, la alejas, sin creerlo. No, ella no puede ser real. A decir verdad, yo mismo luché con eso un tiempo, y todavía lo hago cuando ella me mira de cierta manera a través de esas gafas que llama *"gafas"*. Sí, pero eres esperanzado. Quieres creer, pero luego está el orgullo y el cinismo y un montón de conceptos que no tienen lugar cerca del corazón. Pero tal vez no importe, porque claramente no está hecha para esta vida. Tal vez fue concebida en las nubes o en un maldito pesebre, ¿quién puede decirlo? No hay un hueso malo en su cuerpo, así que quieres abrazarla, pero sí, hay tantas cosas sin respuesta sobre ella, y solo la besaste recientemente, es mi suposición, para saber que no es Druida ni criatura feérica, y quieres conocer la esperanza, pero solo un hombre astuto abrazaría eso.

Mientras Lucas lo miraba, un poco atónito tanto por la capacidad como por la soltura del juicio de Airril, al que obviamente le había dedicado bastante pensamiento, el viejo solo hizo una pausa para tomar aire y continuar.

—Sí, podrías haberte casado con aquella otra, y el porqué no importa, y quizá habría estado bien. Buena compañera, buena señora, buena madre, todo eso. Pero todo eso solo haría que creyeras que no necesitas nada más, que eso era suficiente, y sabes tan bien como yo que no lo es. No me importa si eres hombre, mujer o niño, no hay nadie entre nosotros que no quiera amor. Isobel no tiene eso para dar. Y no finjas que soy tonto y lo desafíes.

—¿Cómo sabrías que la besé? ¿O siquiera si lo hice?

Airril puso los ojos en blanco.

—Sigues creyendo que soy un perro nacido en el establo anoche. Estás tan tenso estas últimas semanas que sé que solo podría... —levantó rápidamente las manos, apuntando con los dedos cerca de la cara de Lucas como para asustarlo— ...y te derretirías en lágrimas o estallarías en pedazos. Pero, mira, solo esta mañana llevas tantas sonrisas que los lads tendrán que cambiar el nombre con el que te llaman a tus espaldas. Sí, toda esa presión acumulada disminuye, no se elimina, no completamente, pero has probado y

ella no te rechaza, o estarías peor. Así que ahora sabes lo que es la esperanza y eso alivia gran parte de la tensión, ¿no?

Lucas digirió todo esto, aún atónito.

—Eso ha sido un veredicto bastante abrasador, dicho sea todo —observó, no sin un toque de humor.

Airril se rascó la corta barba, pareciendo brevemente apenado, posiblemente por lo minucioso de su evaluación.

—Ya era hora, según mi cuenta.

—¿Así que soy un idiota, pero puedo redimirme si abrazo lo que Cora puede ofrecerme?

—¡*Oh*, pero sigues siendo tonto! ¡No, ella no puede salvarte! ¡Solo puede hacer que *quieras* ser salvado!

Lucas aprovechó con gusto la oportunidad de devolverle la broma a su viejo amigo.

—Entonces, ¿qué has descubierto hoy, viejo?

Su perorata se detuvo, su impaciencia suspendida, y Airril miró a Lucas.

Tras un momento de búsqueda mientras sostenía la mirada pasiva de Lucas, dijo con tono llano, no sin un matiz de autorreflexión:

—Sí, sí, lo sé. Necesito despedirme por ahora de Gwen y seguir con la vida.

—Tienes que quererlo, oigo.

Molesto por ser reprendido y bajado de su pedestal de sabelotodo, Airril refunfuñó:

—Eres un dolor en el trasero, siempre lo has sido.

Lucas se rio y le dio una palmada en el hombro, y reanudaron su camino hacia Newburn.

No habían dado más de cinco o seis pasos cuando voces, chillonas y discutiendo, se hicieron oír entre la niebla y los árboles.

—¿Cora? —preguntó Airril.

Lucas ya estaba corriendo, saltando sobre el terreno irregular, golpeando su espada contra la pierna mientras saltaba troncos caídos y pequeños barrancos.

Airril no iba lejos detrás de él.

Antes de alcanzar a Cora, antes de verla siquiera entre el bosque de árboles, Lucas se detuvo en seco, tambaleándose ante lo que tenía delante. Instintivamente, extendió el brazo, contra el que Airril chocó pronto, pero que detuvo efectivamente también a él.

—¿Qué demonios…? —respiró Airril entrecortadamente.

Lucas negó con la cabeza, sin más información que su capitán. Lentamente, bajó el brazo, ambos aún ocultos por árboles y arbustos a unos diez metros de Cora y… lo que fuera eso.

Naturalmente, habría corrido hacia el lado de Cora para defenderla o protegerla de la figura inexplicable que flotaba a un pie del suelo y era solo un contorno etéreo e insustancial de mujer, salvo que Cora no necesitaba su ayuda. Cora estaba demasiado ocupada discutiendo con la misteriosa mujer.

Por supuesto, Cora estaba discutiendo con ella.

—Odio decirlo, Samara —dijo con descaro, las manos firmemente apoyadas en las caderas—, pero eres pésima en tu trabajo. ¿Esta es, qué, la primera vez que haces esto? Me soltaste a los lobos, casi literalmente, considerando el temperamento de Lucas Thain cuando lo conocí por primera vez. Y yo lo salvé como me pediste, pero luego simplemente me dejaste aquí. He estado aterrorizada durante semanas y no fue hasta ayer que realmente no tenía miedo, y eso duró poco y solo porque Lucas y yo… bueno, no importa lo que Lucas y yo hicimos. ¿Dónde has estado, Samara?

Y los shocks seguían llegando mientras la mujer y Cora comenzaban a discutir al mismo tiempo, cada una hablando rápido, tratando de superar a la otra con su indignación. Lucas no se había quedado boquiabierto así desde… bueno, desde la última vez que Cora Bennett lo había dejado con la mandíbula en el suelo.

Airril y él se quedaron allí, paralizados por el impacto.

Escucharon:

—El objetivo no está completamente salvado. Aparte de estar ligeramente preocupado por ti, todavía se tambalea, buscando un propósito.

Cora habló por encima de ella, inclinando la cabeza hacia atrás para mirar a la mujer, que quizá, aunque Lucas no podía

asegurarlo desde esa distancia y con ella sin tocar el suelo, era demasiado grande para ser… humana.

—Le di ese cuchillo el primer día que llegué aquí, y tampoco nos mataron ni en el río ni cuando seguí a esa niña y esos monstruos del bosque nos encontraron.

—Nunca dije que volverías el mismo día del que fuiste transportada.

—¿Buscar propósito? Lucas está lleno de propósito, la mitad del tiempo parece estar gritándome a mí.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—¿Yo? —Cora levantó las manos con frustración y luego las volvió a poner en sus delgadas caderas—. Hablo de la misión que me diste. Dijiste que había un alma que necesitaba ser salvada. Esa es la única razón por la que siquiera fingí estar de acuerdo con toda la estupidez esa, honestamente pensé que solo intentabas venderme algo. En fin, Lucas Thain necesitaba ser salvado. Se avecinaba una batalla, y él se estaba rindiendo, bla, bla, bla. Hice lo que me pediste y luego me dejaste aquí y...

—¿Lucas Thain?

Eso cortó el discurso de Cora.

Ella y la figura flotante se miraron con lo que parecía ser igual medida de confusión.

Lucas estaba más que asombrado. Podía ver claramente a través de la túnica de la mujer.

—S...sí —dijo Cora a continuación—. ¿Por qué?

—Lucas Thain no es el objetivo.

Pasaron posiblemente diez segundos o más antes de que Cora cuestionara esto. Su pecho se agitaba por la indignación. Se acomodó las gafas en la nariz y ladeó la cabeza hacia lo que seguramente debía ser una criatura feérica real.

—¿Qué? —rogó Cora, sin aliento por la indignación.

La mujer espumosa negó con la cabeza.

—No te transporté setecientos años en el tiempo para salvar a Lucas Thain.

Cora cerró los puños frente a ella y luego los agitó con el primer estallido de pura rabia que Lucas había visto en ella.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Jolines, Samara! Todo esto podría haberse evitado si solo hubieras dicho el nombre… el… maldito objetivo cuando te acercaste por primera vez. Pregunté, ¿no? Y dije que tenía que estar de regreso ese día a las cuatro. ¿Lo recuerdas? Tal vez no, porque fue hace un maldito mes. Y no dijiste nada sobre que casi me matan, y en más de una ocasión. Ni que todos me odiarían, Lucas Thain más que nadie. Bueno, quizá ya no, después de...pero lo *hizo*. Y no fue nada divertido, Samara. Y sí, me besó y sí, fue… olvídalo, pero probablemente solo lo hizo porque estoy aquí, e Isobel no. Está enamorado de otra. Así que eso es un lío y si eso no es motivo de lágrimas, no sé qué lo sería. Y, por cierto, no tengo ropa propia aparte de lo que llevaba, sin teléfono, y mi familia probablemente esté preocupadísima. No sé quién es el objetivo, dijiste que estaba deprimido, que lloraba una pérdida y estaba a punto de rendirse… y no recuerdo qué más dijiste, pero seré honesta: a estas alturas, no me importa.

Lucas no escuchó la respuesta de la bruja. Volvió su mirada atónita hacia Airril, deprimido y de luto por una pérdida, que había luchado de manera tan descuidada en Roslin que Lucas no estaba seguro de cómo no lo habían matado.

Y aunque Lucas no había dicho palabra, Airril lo silenció.

—Shh.

—Te di todas las herramientas—decía la mujer.

—¡Ja! No me diste nada. Tuve que averiguarlo todo por mí misma, mientras trataba de ocultar que había nacido setecientos años en el futuro, ¡para que no me quemaran en la hoguera!

La mujer, bruja, lo que fuera, respondió con desdén:

—Gabby llegó sin advertencia alguna, simplemente fue arrojada a través del tiempo sin permiso, ¡y logró descubrirlo *y* encontrar el amor en el proceso!

—Bueno, yo no soy Gabby, quienquiera que sea. No la conozco. Nunca la he conocido. Y bien por ella, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? Samara, insisto en que me lleves a casa. Ahora. Así que quienquiera que fuera el objetivo originalmente, está solo. Quiero ir a casa. Sabes, en cualquier momento del último mes hubiera sido mejor que vinieras a buscarme. En cualquier momento.

Pero no, esperaste hasta ahora, y mira lo que pasó entre Lucas y yo, y espero que estés contenta, lo que más temía que sucediera pasó, pero si hubieras vuelto incluso hace dos días, ¡o en cualquier momento desde que me abandonaste aquí!, me habría ahorrado que me rompieran el corazón, así que gracias por eso.

Lucas ahora podía sentir la mirada furiosa de Airril sobre él. No se giró para reconocerla.

Y tal vez la bruja también percibió la reacción de Airril. Hizo una pausa, cortando su propia respuesta, y miró casi directamente a Lucas y Airril. Pero a menos que pudiera ver a través de los objetos sólidos, no había forma de que pudiera distinguirlos entre los árboles, estaba seguro.

Algo la asustó, sin embargo. Mientras Cora seguía reprendiéndola, la figura flotó hacia arriba y simplemente desapareció, disipándose en la niebla.

—No puedo creerlo. No puedes simplemente mover personas a tu antojo a través del tiempo así. ¡No! ¡Espera! ¡Samara! No me dejes. Por favor, no me dejes. Llévame contigo —gritó, extendiendo la mano hacia arriba, bajo la suave lluvia que caía.

Su cabeza cayó hacia atrás, y lloró abiertamente antes de dejar caer el rostro sobre su pecho.

—Por favor, no me dejes aquí. Quiero ir a casa.

Después de un momento, se desplomó de rodillas, sus faldas se expandieron antes de caer y asentarse en el barro y el lodo.

—*Oh* —raspó Airril, con los ojos todavía muy abiertos—. Juro que pensé que solo estaba trastornada por la guerra, tocada en la cabeza después de la pelea. No podía creerle…

—¡Maldición! —maldijo Lucas—. ¿Te contó todo esto?

—Lo intentó.

Lucas desvió su mirada feroz de Airril y se dirigió a donde Cora estaba sentada, encorvada y desanimada.

—Cora —gruñó al acercarse, su buen humor completamente destruido.

Ella se sobresaltó al oír su voz y se giró, con los ojos redondos tras las esferas de cristal, conteniendo la respiración como si eso impidiera que él supiera que lloraba.

—Oh, yo… me caí. Estoy bien —dijo, poniendo las manos en el suelo para levantarse.

Estaba bastante seguro, aunque ¿qué sabía él ya?, de que era la primera vez que ella le mentía. Pero no sabía muy bien cómo enfrentarla, sin creer ni comprender del todo lo que acababa de presenciar.

—¿Te caíste? ¿Eso es lo que te tiene doblada en el suelo del bosque y llorando? —la cortó con dureza.

Seguramente, a la luz de cómo se habían despedido esa mañana con sonrisas cómplices y besos aún febriles, su hostilidad presente le resultaba alarmante. Si se había molestado en mentir, era porque claramente podía pensar que él no había oído ni visto lo que había ocurrido.

Airril llegó tras Lucas, ignorando las miradas cautelosas y hostiles intercambiadas entre ellos.

—Vamos, entonces, lass—dijo Airril, tomando su brazo—. Te llevaremos de regreso y te limpiaremos.

Lucas lo dejó llevársela. Y Cora permitió que la alejaran de él.

Mientras Airril hablaba con ella de manera consoladora, Cora miraba por encima del hombro, sus ojos verdes estaban llenos de tantas emociones, no pocas de ellas miedo, tal vez, de que Lucas acabara de escuchar toda la conversación que había tenido con una bruja voladora.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

No Más Secretos

—Airril, ¿tú y Lucas…?

—Sí, lo hicimos. Todo. Nada de ello creíble o… yo no sé qué. Y le daremos algo de tiempo para recomponerse, ¿no? Sabes que él primero solo hablará y vendrá a ti con furia, tan sorprendido como yo.

—Pero Airril, te dije que yo…

Más brusco de lo que jamás le había hablado, Airril cortó:

—Claro que lo hiciste, lass, pero sabes que no lo creo, no más que ahora, incluso después de haber visto… así que yo también necesitaré algo de tiempo para asimilar lo que acabo de presenciar.

Aun siendo guiada por el sendero, con su brazo firmemente sujeto por Airril, Cora protestó:

—No entiendo por qué debería estar en problemas por esto, por qué Lucas está enojado. Solo no se lo conté porque no quería que me mirara como tú lo hiciste cuando te lo dije. Sé cómo suena y sé, o tengo alguna idea, de que ustedes, en esta época, son un poco extraños con cosas que no entienden, pero… en realidad, supongo que eso es solo la naturaleza humana a lo largo de los siglos, ya que hay tantas cosas en mi propio tiempo que...

—Aye ahora —dijo Airril—, y dale un descanso a tu cerebro por un rato, y a mis oídos. No puedo entenderlo, no contigo parloteando todo el tiempo.

—Airril, ¿estás enojado conmigo?

—Nae, lass. Solo dame… no estoy enojado contigo.

Pero sí lo estaba. O estaba enojado por *algo* que lo llevó a apresurarla hacia el castillo con tal fuerza y rapidez, como si no pudiera esperar a librarse de ella.

—Vamos, ahora —dijo dentro del salón, empujándola hacia el corredor y las escaleras—. Sube, y… y… simplemente sube.

Pasó el resto del día dentro de su pequeña habitación, temerosa de salir de su seguridad. ¿Y si alguien más había escuchado? ¿Y si Airril o Lucas gritaban su descubrimiento a las masas? Visiones de aldeanos enfadados, armados con antorchas, hachas y palas, danzaban en su cabeza. Imaginaba una turba asaltando el castillo, abarrotando la estrecha escalera, golpeando la puerta y arrastrándola de esta cámara para hacer lo que sea que las turbas en este siglo hacían con chicas que viajaban en el tiempo.

Deambulaba por el pequeño y estrecho espacio, sobresaltándose ante cada sonido que provenía de afuera de la puerta.

Pero su santuario no fue vulnerado.

Y Lucas Thain no la buscó.

O bien estaba más enojado de lo que ella imaginaba porque no había revelado su asombrosa verdad, o simplemente no quería tener nada que ver con una mujer extraña del futuro.

Cuando ya no pudo soportarlo más, el aislamiento y la incertidumbre, reunió el valor suficiente para salir de la habitación y buscar a Lucas. Tenía que explicarle… lo que pudiera.

Pero no lo encontró en ningún lugar dentro del castillo. Y los guardias en la muralla no le permitieron salir por la puerta, pues ya era de noche. Will estaba allá arriba, uno de los hombres que ella había llamado.

Y tal vez le habían informado algo sobre su visita de parte de Samara hoy, o tal vez él también había estado merodeando por esos bosques cuando Samara se mostró, y ahora, como Airril y Lucas, le tenía miedo o estaba enojado con ella. Will siempre había sido muy amable con ella, pero en esta ocasión dejó que Simon hablara todo, no dijo una palabra, solo la miró, con su expresión normalmente relajada fruncida como si algo o alguien lo molestara seriamente.

Decepcionada, Cora había regresado a su habitación intentando no entrar en pánico. Y trató de no enojarse con Lucas, por haber hecho el amor con ella anoche como si eso fuera todo lo que siempre había querido, por haberla besado esta mañana al

despedirse como si no pudiera esperar todo el día para buscarla de nuevo, y luego por haberla descartado y excluido tan fácilmente como alguien que tira la basura, algo inútil, que no le sirve.

Y por más que lo pensara, no podía adivinar quién podría ser el verdadero objetivo. No sabía que hubiera conocido a alguien tan visiblemente deprimido o en un estado mental tan delicado como Samara había hecho creer. Así que apareció una nueva ansiedad. Cuando pensaba que Lucas era el objetivo, ni siquiera consideró por un instante que él podría ser un peligro para sí mismo, que estaba tan deprimido o se había rendido, y por lo tanto no temió que pudiera hacerse daño.

Pero no saber quién necesitaba ayuda hizo que Cora tuviera mucho miedo de que alguien estuviera sufriendo en silencio y que ella no supiera quién era hasta que, tal vez, fuera demasiado tarde.

Su desánimo alcanzó nuevos niveles, sintiendo que había fallado espectacularmente a esa persona. Luego tuvo que lidiar con esa culpa aplastante. A pesar de esto, Cora se aseguró a sí misma, realmente se obligó a creer, que Samara al menos volvería para avisarle la identidad de la persona si realmente estaba en grave peligro mental. Si había movido a Cora a través del tiempo para ayudar a esta persona, seguramente no la abandonaría solo porque Cora no hubiera descubierto quién era.

Esa noche no fue la primera vez que Cora lloró hasta quedarse dormida en el siglo XIV. Lamentablemente, temía que no fuera la última.

***

A la mañana siguiente, Lucas evitó el salón, renunciando a su desayuno y a la cerveza, sin querer arriesgarse a encontrarse con Cora todavía, ni con Airril, quien estaba muy seguro intentaría disculpar, justificar o explicar de alguna manera lo inexplicable, lo que habían presenciado ayer.

Eventualmente la buscaría, pero aún no estaba listo, no había decidido sobre qué parte estaba más furioso: que ella no le había dicho nada cercano a la verdad o que podría haberlo dejado, sin despedida, haberse ido con esa druida en el bosque y sin mirar atrás.

Ella había suplicado exactamente eso. *Por favor, no me dejes aquí.*

Dirigió toda su ira solo a eso, sin atreverse a profundizar en sus propias emociones, en lo que equivalía a un rechazo monumental hacia él, hacia lo que habían compartido solo la noche anterior. Si él mismo se negaba a reconocer algo más allá de los hechos, no podría sentirse herido por el rechazo.

Para disgusto de Lucas, Airril lo encontró en los establos a última hora de la mañana.

Su capitán apareció bajo el techo bajo, con pasos decididos.

Lucas no estaba de humor para escuchar lo que tuviera que decir.

—No quiero discutir nada contigo, ni ahora, ni hoy —dijo—. Tal vez nunca, no lo he decidido.

—No discutas —replicó Airril, con tono brusco, igual que Lucas—. Solo escucha, lad. Sabes quién era, y no necesitamos responder esa pregunta ahora, pero sabes lo que dijo, sobre Gabby.

—Escuché lo que dijo —admitió Lucas—. Pero no significa nada para mí.

—Pero tal vez sí para la lass—reprochó Airril, con cierta reprimenda por no considerarlo—. No puede ser solo coincidencia...

—No lo sabemos...

—Sí, lo sabemos. ¡Gabrielle! ¡Gabby! —exclamó Airril—. Gabrielle Cameron. ¿Vas a decirme que no sabes que es la misma persona mencionada por la mujer?

Lucas finalmente encontró la mirada de Airril, evitando el contacto visual hasta ese momento.

—No me importa. No me importa...

—¡Sí te importa! —rugió Airril—. ¡Y no me digas que no!

—¡Maldición, hombre! No me importa. No cuando los MacDuff están contratando galeses, transportándolos a Gollam, y no están a diez millas de Newburn. Me importa eso, lo que sucede aquí. ¡Con mi gente! ¡Con los que dependen de mí! ¡No le debo nada a Cora Bennett!

Airril se sorprendió, la ira desapareció de su rostro rojo de inmediato.

—¿Malditos galeses? ¿Transportándolos a Gollam? ¿Qué es esto?

Lucas negó con la cabeza, perdiendo un poco de su impulso.

—El mensaje llegó de Cairncross ayer. Tenían información de que los MacDuff habían tomado cinco docenas de galeses de un barco en Maryport y los habían llevado al norte. ¿Y por qué, sino para hacernos la guerra? Si no son los Thain, entonces quizás Windshire está en su mira. De todos modos, Boisil está reuniendo a los chicos justo más allá del campo de William Creech y planeo montar vigilancia alrededor del pueblo y por todo el Skaewick beinn, donde verán un ejército marchando desde el noreste.

—No saben cuándo parar —refunfuñó Airril.

Lucas bufó, satisfecho de que Airril se hubiera desviado de sus argumentos y planes sobre Cora. Era capitán del ejército Thain por una razón; los brutales mercenarios galeses acampando en su puerta eclipsaban el molesto asunto de Cora Bennett en ese momento.

—No, no lo saben —concordó Lucas—. Haz los planes que quieras para la lass. Llévala a Cairncross. No me importa.

—No seas tonto. Aguantará —dijo—. Se adentró más en los establos, entrando en el corral de su propio destrier justo cuando Lucas comenzaba a guiar a su enorme caballo negro afuera—. Ve con Boisil y monta esas vigilancias. Yo me llevaré media docena conmigo, recorreré Skaewick ahora y veré qué se puede averiguar.

—Aye. —Antes de montar, se giró y lanzó su mirada hacia el interior de los establos. Podía ver muy poco en la penumbra del edificio, y nada del rostro de Airril ahora que tenía la espalda vuelta a Lucas.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Lucas—. ¿Todavía arriba?

La voz de Airril respondió de inmediato, sin la animosidad anterior:

—Se fue al pueblo, probablemente pasará todo el día con Goldie. Está a salvo.

Lucas giró su montura y se dirigió hacia la puerta. Sabía que tendría muy poca paz en este momento, con todo lo que le revolvía

por dentro. Muy pronto, ansiaría este pequeño tumulto, pues era preferible a la tormenta que conocería en las próximas horas.

***

—Goldie, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Puedo detenerte?

Cora dejó de mover los pies de un lado a otro, como lo había hecho sentada sobre el barril, mirando por la ventana de la cabaña de la anciana. Su corazón se encogió un poco. Incluso Goldie parecía no tener interés en ella hoy. De ahí su inactividad, sentada y observando lo poco que pasaba en el pueblo. Posiblemente pasaba bastante, pero la ventana solo le mostraba un tramo del camino y tres casas al otro lado. Los hombres estaban en los campos a esa hora o en ese gran granero al final del camino, trabajando en herramientas y en su maquinaria agrícola primitiva. Las mujeres estaban mayormente dentro de casa o trabajando en los pequeños jardines de las casas, pero ninguno de esos huertos era visible desde donde Cora estaba. Los niños no parecían pasar el día deambulando con amigos, sino trabajando junto a sus padres, poniendo tantas horas como ellos.

Suspiró y retomó su inactividad, con la mente en otro lado, aún agitada, asumiendo que no tendría ayuda de Goldie.

Debió pasar un minuto entero antes de que Goldie dijera:

—¿Y qué quieres preguntarme?

Sorprendida, Cora giró su rostro del paisaje monótono para encontrar a Goldie sin mirarla, esperando, pero aún de espaldas, de pie junto al mostrador con todas las hierbas como había estado la última media hora.

—Yo… solo quería saber si alguna vez has presenciado algo de, eh, magia en tu vida.

El único movimiento que indicaba que la anciana había estado ocupada allí eran sus manos y brazos moviéndose, poco de lo que Cora vio, pero que asumió por los leves movimientos de los hombros frágiles de Goldie. Pero lo que fuera que estaba haciendo se detuvo ahora. Después de otra pausa prolongada, y sin girarse, Goldie preguntó:

—¿Y por qué querrías saberlo?

—Solo tengo curiosidad. Pareces alguien que ha visto un poco de todo en su vida. Tal vez hayas presenciado alguna cosa mística… o personas mágicas. ¿Cómo se llaman? ¿Los seres feéricos? ¿Hadas?

Goldie finalmente se giró, pero no se alejó del mostrador. Cora sintió cómo sus ojos cansados y viejos se clavaban en ella.

—¿Qué sabes de ellos?

—No sé nada —dijo Cora, escapándosele una risa nerviosa—. Por eso pregunté. Como, ¿hay, oh, no sé, digamos, brujas que puedan mover personas a través del tiempo? —Muy sutil.

Los ojos lechosos de Goldie se entrecerraron, y ahora sí se mantuvo firme, sin moverse del mostrador, con la mirada fija en Cora.

—Las *nigheanan sgàil* —dijo despacio, observando la reacción de Cora.

Las palabras no significaban nada para Cora.

—Se oyen y se sienten, ya sabes, pero rara vez se ven —dijo Goldie—. Mejor podría ser que encuentres a la criatura feérica que a una de las hijas de las sombras.

—¿Y mueven a las personas a través del tiempo?

—Och, eso te explica, entonces —dijo suavemente, asintiendo despacio—. Me lo imaginaba.

Cora estaba demasiado inquieta mientras Goldie la miraba como si fuera algún espécimen de laboratorio desconocido para preguntar lo que quería o revelar alguna verdad absoluta. Goldie daba un poco de miedo por lo brujeril que parecía, encorvada, con sus extraños ojos azules y cabello desgreñado. Pero tal vez eso era solo un mito, ese estereotipo; Samara solo había parecido de mediana edad y bastante atractiva.

Cora observó el rostro de Goldie, ahora lleno de tanta atención paciente. Tal vez podría aprender algunas cosas sin revelar demasiado.

—¿Alguna vez, eh, devuelven a las personas de donde las tomaron? —preguntó.

—Quieres decir *cuándo* —aconsejó Goldie—. De cuándo vinieron.

Cora asintió.

Goldie se sentó entonces, bajando lentamente con cuidado, justo al lado del brasero donde algo siempre hervía. Fijó la mirada en el líquido burbujeante color caramelo y dijo:

—Nunca he oído hablar de eso. Todo lo que he oído no fue más que rumor, y quién puede decir qué es real y qué no.

Nada de ayuda ahí.

—Pero… ¿es posible contactar a esas, eh, brujas? ¿Las hijas de las sombras?

Un resoplido de risa fue la respuesta inicial de Goldie.

—Sería mejor que pidieras audiencia. Se dice que en un tiempo caminaban entre nosotros y solo cuando fueron perseguidas desarrollaron la habilidad de no ser vistas. Lo han hecho tanto tiempo que ahora ser vistas es lo difícil —encogió sus delgados hombros—. Eso es lo que se dice.

Cora asimiló esto y Goldie no dijo nada, hasta que Cora volvió a mirar por la ventana.

—Pero la esperanza nunca debería estar lejos, lass— recomendó Goldie—. Las personas no deberían estar donde no pertenecen.

Consejo sensato, pensó Cora, que podía interpretarse de dos maneras. Pero no podía decidir si el tono de Goldie insinuaba simpatía o si realmente estaba diciendo: *"No eres bienvenida aquí".*

Solo unos minutos después, aburrida nuevamente de su vaga inspección por la ventana, Cora giró justo a tiempo para ver a Goldie saltar de pie. La boca de Cora se abrió de asombro. Saltar, había saltado, como si se hubiera puesto de pie desde su posición con las piernas cruzadas en un solo movimiento rápido y fluido, sin apoyarse con las manos en el suelo. Cora ni siquiera estaba segura de poder hacer eso.

—¿Quién viene? —preguntó Goldie, sin moverse, solo inclinando la cabeza, escuchando atentamente.

Cora no oyó nada. Pero el rostro detenido de Goldie, con un ceño profundo, la inquietó, así que no solo miró otra vez afuera, sino que bajó del barril y abrió la puerta.

Aun así, no vio nada.

—Trae a los niños —dijo Goldie con voz firme desde atrás de Cora.

Al girar, Cora observó con confusión cómo la anciana metía sus dedos torcidos en el duro suelo. El asombro de Cora se convirtió en admiración cuando Goldie desenterró la esquina cuadrada de algo y la levantó de la tierra. Era una alfombra, o más bien un tapiz antiguo, tan viejo y cubierto de tierra compacta que había pasado inadvertido bajo sus pies o su trasero todos los días que había estado de pie o sentada directamente sobre él.

—¿Qué…?

El tapete, más probablemente un viejo tapiz, se volteó lo suficiente para revelar una tabla de madera de dos pies de lado. Su cerebro se puso al día con el shock en ese instante, así que no se sorprendió cuando la pieza de madera resultó ser una trampilla, que Goldie abrió. Las bisagras crujieron y gimieron, y el polvo voló por todas partes al dejarla caer hacia atrás. Era oscuro y no particularmente grande, el agujero, lo que solo generaba más preguntas.

—Goldie...

—Los niños, lass —gritó Goldie—. Tráelos. Vienen.

—¿Quién...?

—No hables. Actúa. Muévete ahora. —Goldie comenzó a moverse con rapidez, más de lo que Cora había visto antes, yendo a su mostrador y metiendo suministros y herramientas en sacos de yute. —¡Ve! ¡Tráelos! —gritó por encima del hombro.

Goldie daba órdenes a Cora con frecuencia, pero nunca había usado una voz tan urgente. Cora todavía no entendía qué estaba pasando para que la anciana se pusiera tan frenética o qué significaba *traer a los niños*, pero corrió afuera para ver si alguien más se movía con el mismo aire de urgencia y alarma.

No había nadie. Al menos, no de inmediato.

Pero al pasar la mirada por el pequeño pueblo silencioso, cubierto de niebla y la penumbra de un día sin sol, vio algo moverse en la colina lejana, la que estaba al norte del pueblo, más allá de la colina baja donde pastaban regularmente las ovejas, en dirección opuesta al castillo. Por costumbre, entrecerró los ojos al mirar. Por

un breve momento, pareció que la cima de la colina misma se movía y ondulaba. No, eso no podía ser. Y no lo era.

Jinetes venían, cientos de ellos, al parecer. De colores apagados, mimetizándose con el marrón y gris de la cima de la colina, llegaron a la cumbre como una ola gigante, rodando colina abajo, listos para desatar su destrucción sobre la aldea de Newburn.

El pánico la hizo olvidar la molesta longitud de sus faldas y ni siquiera había dado un paso antes de tropezar y caer, golpeándose con fuerza. No había tiempo para quejarse ni lamentarse. Cora se levantó de un salto y comenzó a gritar para alertar a los aldeanos.

—¡Vengan! ¡Vengan! ¡Rápido! —corrió hacia la cabaña más cercana, golpeando la puerta, pero no esperó a que le respondieran antes de correr a la siguiente—. ¡Vienen! ¡Rápido!

Se abrieron puertas de golpe. Apenas segundos habían pasado desde su primer grito de alarma cuando la gente estalló de sus casas y se giró para ver lo que Cora señalaba con tanta desesperación.

—¡Lleven a los niños con Goldie! —gritó, repitiendo sus instrucciones.

Y quizá conocían el sótano oculto de Goldie, que pocos cuestionaban, o quizá no entendían bien su inglés, pero varias mujeres empezaron a llevar a sus hijos en esa dirección.

Cora las animó a seguir, a las que venían, pero le preocupaba que en general la gente de la aldea, al percibir el ataque inminente, se dispersara en muchas direcciones. Algunas mujeres corrieron hacia los campos al este, posiblemente buscando a sus maridos. Otras corrieron hacia el valle boscoso que las llevaría a la seguridad del castillo y su muralla, pero no llegarían a tiempo antes de que el ejército las alcanzara. Y aunque esto la angustió, no estaba segura de cuánta gente podría caber en ese agujero en el suelo de la casa de Goldie, así que no hizo nada para detenerlas.

Goldie salió de su cabaña, tranquila como un pepino, empuñando el largo arco de la pared de su casa, ya cargado con una flecha en llamas, probablemente sumergida en el fuego bajo su brasero. Sin mirar nada más que el cielo, inclinó su torso hacia atrás, apuntó el arco y la flecha hacia Newburn y la disparó. Cora, atónita,

la vio desaparecer dentro de la casa y luego volver con otra flecha encendida, repitiendo el proceso. Lo hizo una vez más, prácticamente ignorando a las mujeres y niños que pasaban junto a ella para llegar al sótano oculto. Tras enviar la tercera flecha al cielo gris, dejó el arco cerca de la entrada de su choza y asintió con la cabeza hacia Cora.

—Lleva a esa niña. La lass perdió a su madre —dijo antes de volver a su cabaña.

Cora se giró y vio a una pequeña niña gritando y corriendo por la calle, con la mano en la boca llena de baba mientras lloraba. Cora la recogió y la llevó a la casa de Goldie, empujándosela a la anciana que se mantenía justo dentro de la puerta, como si la estuviera esperando.

—Puede que haya más —predijo Goldie—. Pero aquí no hay espacio ahora. Vete.

Cora se giró y corrió hacia el camino, mirándolo de un extremo al otro antes de lanzar una mirada nerviosa hacia las montañas.

El ejército amenazante estaba ahora casi fuera de vista, perdido momentáneamente en la depresión entre la colina más grande y lejana y la más pequeña y cercana. Cuando volvieran a aparecer, estarían a segundos de la aldea.

Una mujer corría desde el centro de la aldea, cargando a un niño en la cadera y sosteniendo la mano de otro pequeño. Un tercer niño corría tratando de seguir a su madre. Tropezó en el camino embarrado por la lluvia y se tambaleó, intentando ponerse de pie como un pajarito caído del nido.

Podría haber gritado o llorado, pero nada se oía por encima del retumbar de los cascos. El ruido era atronador, ahogando cualquier otro sonido, tan intenso que no solo se escuchaba, sino que se sentía. El pecho de Cora vibraba con la reverberación. Corrió hacia el niño, resbalando dos veces antes de alcanzarlo. Su madre acababa de notar que se había quedado atrás. Se detuvo y comenzó a volver hacia él, hasta que vio que Cora lo había alcanzado. Su rostro mostraba un caricaturesco terror, pero cuando Cora levantó al

niño y comenzaron a moverse de nuevo, la mujer siguió confiando en que Cora tenía a su hijo.

—¡No! ¡Por aquí! —gritó, pero la mujer no la escuchó, o la ignoró, y seguía rumbo a los campos alejándose de las casas.

Sin querer separar a madre e hijo, Cora la siguió, todavía gritando para que regresara.

Era cierto que mirar atrás la ralentizaba. Lo había aprendido en el equipo de atletismo de séptimo grado. Pero no podía dejar de lanzar miradas desesperadas por encima del hombro. El ejército venía a su izquierda mientras corría hacia el este, hacia los campos, subiendo la colina más cercana. Al dejar atrás la última casa de la aldea, Cora dudó antes de lanzarse a los campos abiertos. Ella y el niño serían presas fáciles allí, como todos los demás que corrían hacia ese lado. Pero aun así no quería separarlo de su madre. Para entonces, la madre y los hermanos del niño ya estaban muy por delante. Cora lo levantó, pues sus pasos cortos y torpes solo los retrasaban, llamando todavía a su madre para que se detuviera o cambiara de dirección. Estarían mejor en el bosque entre la aldea y la seguridad del castillo y su muralla.

El pequeño tenía posiblemente cuatro o cinco años, no era muy pesado, pero Cora tampoco era grande, y su paso era torpe y desesperado, sintiéndose como si se moviera en cámara lenta, tratando de sostener al niño y su falda para no caer. El niño gritaba sin cesar en su oído y su agarre desesperado incluía algo de su cabello, haciéndola estremecerse mientras corría. Entonces vio a los hombres que venían, los que habían estado en el campo, corriendo a toda velocidad hacia la aldea, con sus herramientas de labranza, hoces, hachas y palas, en alto como armas. Estaban dispersos, no formaban una amenaza concentrada, solo un hombre aquí, otro a veinte pasos detrás y otro a cincuenta pies a la derecha. Más hombres estaban esparcidos corriendo hacia la aldea. Cora gimió mientras corría hacia ellos, temiendo que solo corrieran hacia su muerte. Un hombre se lanzó directamente hacia ella, llamando:

—¡Samuel! —lo que giró la cabeza del niño y animó su llanto frenético. El hombre tomó al niño de Cora, la miró solo de reojo con

un gesto de cabeza, y se alejó corriendo de la carnicería que se avecinaba.

Cora se detuvo, sin propósito, y miró hacia la aldea. Los campos estaban ligeramente elevados, lo que le daba una vista despejada, aunque no exactamente aérea. Mientras los saqueadores bajaban a toda velocidad por la colina más cercana desde el norte, levantando barro y hierba con su furiosa carga, Cora se situó al este y vio a una niña, de unos diez años, con la espalda pegada a una de las cabañas, congelada y aterrada, con los dedos extendidos contra el revestimiento de barro y mimbre. Pensó que era la hermana menor de Eve, Anna. Sin pensarlo, Cora levantó de nuevo sus faldas y corrió colina abajo hacia la niña aterrorizada.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

No Te Lleves a la Niña

Lucas y Boisil habían descartado organizar una guardia perimetral, que habría exigido hombres en parejas repartidos a lo largo del contorno de Newburn, porque los habría dejado demasiado dispersos; cubrir todas las acres del dominio del Thain habría requerido más de cuarenta hombres. En su lugar decidieron levantar tres atalayas distintas, parcialmente escondidas entre los árboles, pero elevadas por encima de la sierra que se alzaba entre los Thain y un amplio tramo de tierra no cultivable, y por tanto sin reclamar, y las tierras de los MacDuff más allá. Con suficientes hombres dedicados a la tarea, podrían tenerlas construidas para el anochecer.

En aquel momento estaban sobre un promontorio rocoso en el punto más occidental de las colinas Skaewick, con una vista dominante sobre la aldea abajo y en la que ya se veía una de las torres de Newburn; decidían que ese sería el emplazamiento de la primera torre. Un roble antiguo se alzaba orgulloso en el borde interior de la repisa junto a la ladera, con algunas de sus raíces aferradas a la roca. Un hombre encaramado en ese árbol podría ver más allá de la cumbre baja de Skaewick y hacia el norte, avistando cualquier problema que viniera de esa dirección, donde vivían los MacDuff.

Los miradores arbóreos, sencillos y primitivos, se montarían en tres puntos a lo largo de la sierra, dentro de los árboles más altos. En cada torre vigilarían dos hombres. Les dotarían de pedernal, paño embebido en aceite, arco y aljaba con flechas. Al primer signo de peligro encenderían pequeñas llamas para empapar las puntas de las flechas y lanzar la señal hacia Newburn.

—Ocho hombres en vez de cuarenta —concluyó Boisil mientras desgranaban los planes ante la unidad reunida.

Los carpinteros de Newburn estaban presentes, asintiendo con seguridad; ni Isaac ni Peter plantearon dudas sobre lo que se esperaba de ellos.

—Cortaré los peldaños primero —dijo Isaac—. Los chicos podrán fijarlos a los lados del árbol, así subir y bajar será más fácil.

Lucas asintió y los dejó para que regresaran al pueblo y empezaran la obra.

Él, Boisil y su pequeño grupo continuaron, destinados a inspeccionar los dos siguientes emplazamientos, a elegir algunos lugares y árboles adecuados. Apenas se habían alejado diez pasos de los carpinteros que caminaban en sentido contrario cuando el llamado ansioso de Isaac lo hizo darse la vuelta de pronto.

—¡Laird!

Siguió el dedo de Isaac hacia el cielo justo a tiempo para ver empezar a caer una flecha llameante.

¡Maldita sea!

Varios hombres juraron y dejaron oír su disgusto en lenguaje poco decoroso.

Lucas repasó el paisaje, pero no alcanzó a ver la amenaza. Dio un seco "¡Yah!" a su caballo, obligándolo a subir aún más por la montaña, hasta la altura de la copa del roble. Miró al norte y luego al oeste, y a través de los árboles distinguió un ejército en movimiento. Grande, bien al este de donde él estaba, avanzando con rapidez.

Maldijo de nuevo y giró a su montura justo a tiempo para ver otra flecha encender el cielo gris.

A esos galeses traídos a Gollam Keep no les había crecido el musgo bajo los pies.

Antes de que la docena de hombres se pusiera en movimiento, Lucas dio órdenes en su descenso.

—¡Kieran, al castillo! ¡Ciérralo y deja sólo la guardia necesaria! ¡Envía el resto del ejército al pueblo! ¡Niall!, al sur, reúne la unidad de Airril y tráela. ¡Conmigo! —gritó a los demás, y cargaron hacia la batalla.

Lucas se movió con criterio hacia el sur y el este, directo al pueblo, donde parecían dirigirse los MacDuffs y sus mercenarios contratados. Mantenía un ojo en el terreno rocoso e irregular de su descenso y otro a la izquierda para medir el avance de los saqueadores. Su sangre hervía, listo para la pelea, pero la mente le temblaba y se le encogía el pecho al pensar en Cora.

Se fue al pueblo, pensó, *como suele hacer: pasará el día entero con Goldie. Está a salvo.*

Cuando superó los últimos pinos cerca del pie de la colina y estuvo lo bastante cerca del pueblo, vio poco revuelo; las mujeres y sus niños ya habían huido o se habían ocultado; los senderos embarrados estaban desiertos. Con el corazón en la garganta examinó cada parcela, cada choza y cada senda, buscando cualquier señal de Cora o de alguien en peligro de verse sobrepasado por los MacDuffs.

Un movimiento en los campos al otro lado del pueblo atrajo su atención. La tierra labrada allí estaba algo elevada y sin un árbol a menos de ciento cincuenta metros, de modo que las figuras que huían se recortaban en el horizonte, convirtiéndose en blancos fáciles.

Y allí estaba Cora, en medio del campo, aunque no corriendo en la dirección que debía: en vez de huir, levantaba las faldas y se lanzaba con urgencia hacia el pueblo, no lejos, sino hacia las chozas.

Lucas exhaló y volvió a inspirar cuando la vio. Cora corría hacia el inminente fragor. Claro que lo hacía.

Iba a estrangularla cuando la alcanzara.

—¡Cora! —rugió, sabiendo que su voz no se oiría por encima del estruendo del ejército.

Ella se perdió tras una choza y Lucas la perdió de vista.

Echó otra mirada a los MacDuffs que se aproximaban a toda prisa; se le encogió el estómago por lo cerca que estaba Cora, aún al otro lado del pueblo. Al segundo siguiente la vio de nuevo: ahora corría apartándose de las casas y agarraba de la mano a una joven, quizá Anna, la hermana pequeña de Eve.

Su trayectoria actual, viniendo desde el oeste mientras los MacDuffs venían del norte, hacía que ambos bandos se encontrasen

en el mismo centro del pueblo. Si quería alcanzar a Cora, y quería, tendría que abrirse paso entre los MacDuffs con sus diez hombres.

Con una sola mano en las riendas, Lucas desenvainó la espada, dispuesto a estrellarse contra la invasión que tronaba. Salieron entre las chozas él, Boisil y los demás, irrumpiendo en el camino con tanta velocidad y fuerza, con las espadas en alto y gritos de guerra, que crearon un cuello de botella: los asaltantes no se habían desplegado para rodear el pueblo, sino que avanzaban por el carril estrecho.

Lucas apenas había asestado tres o cuatro tajos contra los enemigos más cercanos cuando percibió la llegada de su propio ejército, la mayor parte de él, irrumpiendo en escena. Los árboles del valle se sacudieron y temblaron al pasar y erupcionaron por el claro. Quizá los del castillo no necesitaron que Kieran los despertara: habían visto la flecha en llamas en lo alto, igual que él.

—¡Contengan! ¡Contengan! —gritó, queriendo que los MacDuffs quedaran rodeados.

Boisil y los demás repitieron su orden y los Thain que venían del castillo no cargaron por la carretera principal, sino que se dividieron en dos, circulando ampliamente alrededor del perímetro.

Lucas hizo un quiebre bajo y a la izquierda, colgando del costado del corcel mientras cargaba, y rozó con la espada las patas del destrier del enemigo. Un caballo caído en el camino ayudaría a atascar aún más a los MacDuffs.

Abatió a otro hombre de combate, cuyo ancho gorro de fieltro verde sugería orígenes galeses. El hombre acababa de darse la vuelta tras lanzar un tajo errático a Boisil a su lado, sin conseguir herir al anciano. No estaba en el lado de la espada de Lucas, pero no importó; Lucas simplemente giró el brazo en vez de la hoja, golpeando al hombre desprevenido con la parte interior del codo justo en la mitad del cuello. El tipo cayó hacia atrás y rodó del caballo. En ese tumulto sería pisoteado en segundos si no se había roto el cuello en la caída.

Siguió combatiendo, enfrentando a uno y luego a otro, y apenas si obtuvo alivio con la llegada del ejército del Thain; no mientras Cora siguiera fuera de su alcance. Cada vez que mandaba a

un MacDuff al suelo, echaba un vistazo a Cora, todavía luchando en el barro espeso del campo y arrastrando a Anna consigo. Cada mirada sucesiva mostraba que no ganaban terreno con suficiente rapidez. Lucas luchó con mayor fervor, con más rabia, con golpes más veloces: necesitaba llegar a ella antes que los MacDuffs.

Cada fibra de su ser gritaba que debía abandonar la contienda y correr hacia Cora.

No podía, sin embargo. Era el laird de todos y no sólo de uno. En ese preciso instante ella no parecía estar bajo amenaza inmediata. Si tan solo se moviese más deprisa.

Un grito de mujer devolvió la atención de Lucas al interior del pueblo. Marta Creeg, mujer del carpintero Isaac y madre de Peter, fue arrastrada fuera de su choza más abajo en la calle, por donde se concentraban los MacDuffs y a donde aún no habían llegado los Thain. Mechones de su largo cabello rojizo estaban apretados en la mano de un fornido MacDuff. La arrancaron de los pies y la arrastraron, pero no le cortaron la garganta ni le clavaron una daga en el corazón. El hombre la montó a horcajadas sobre su corcel sujetándola únicamente del cabello, y el grito que escapó de ella al ser levantada así heló la sangre. Aquel canalla MacDuff dio la vuelta a su caballo y se alejó de la refriega. En el segundo siguiente apareció la hija de Marta, la pequeña Dora de ojos de cierva, chillando también, llevada por otro MacDuff que la subió al lomo del caballo y se la llevó.

Rehenes. Estaban cogiendo rehenes.

Apenas lo comprendió cuando vio a cuatro soldados MacDuff romper con la escaramuza: dos persiguiendo a otra mujer de Newburn, sacada de su choza y corriendo hacia las colinas suroeste de donde habían venido Lucas y su gente; otros dos hombres se separaron literalmente de la pelea, quizá por órdenes, y ahora galopaban directos hacia Cora y Anna.

Todo esto lo vio en destellos cortos, imágenes rápidas que robaba cuando y donde podía, mientras luchaba por su vida y por la de cada Thain en aquella brutal y congestionada refriega. En su siguiente mirada fugaz vio a Cora casi desplomarse cuando Anna tropezó, prueba del apretado agarre de Cora sobre la mano de la

niña. Lucas se plantó frente a otro soldado enemigo, mirando por encima del hombro del hombre al tiempo que blandía la espada, manteniendo un ojo en Cora y otro en los dos hombres que ahora perseguían a las muchachas.

—¡Cora! —bramó su nombre, con la esperanza al menos de que ella mirara alrededor y se percatara de los MacDuffs que venían por ella—. ¡Corre! —No quería que corriese a campo abierto; quería que se dirigiera al bosque y al castillo.

No corrió, no más que unos pasos; Anna volvió a tropezar y cayó, retrasando a Cora. Así fue inevitable que la alcanzaran, y Lucas pasó los siguientes minutos temiendo morir allí mismo por el terror que lo atenazaba, mientras juraba una muerte espantosa para los que se la llevaban.

El pecho se le apretó dolorosamente.

No puedo llegar a ella.

Soltó otro bramido desgarrador de guerra, incitando a su ejército a pelear con más fuerza y ferocidad que nunca.

***

Cora tenía muchas ganas de gritarle a la niña: *¿puedes correr aunque sea cinco pasos sin caerte?*

Hasta entonces, la cría no lo había logrado.

Y asediada por su propio terror, Cora no tenía corazón para reprenderla por ser tan inútil y cobarde. No podía menospreciar la incapacidad de la niña para correr con cierta eficacia, puesto que sus propias piernas también se sentían como gelatina.

Se sentía desconectada de sí misma; los acontecimientos se movían demasiado deprisa como para poder procesarlos adecuadamente. Había simplemente demasiadas cosas ocurriendo a la vez; los saqueadores habían llegado de la nada y trastocado el día tranquilo. No tenía sentido.

Sabía que Lucas debía de estar en esa brutal batalla ahora mismo, pero no sería capaz de distinguirlo entre tantos jinetes vestidos igual apiñados en las calles del pueblo. Estaba hecha un desastre, más traumatizada que nunca, y sin embargo animada por una determinación simple: sobrevivir. Las lágrimas le corrían por la

cara; su miedo por Lucas casi la superaba y con él la urgente necesidad de preservarse que la empujaba hacia adelante.

Si Anna pudiera mantener las piernas bajo ella.

Volvió a caer, casi tirando a Cora también por lo fuerte del agarre mutuo. Cora se detuvo y volvió a poner la mano bajo el brazo de la niña, levantándola sin compasión.

—¡Levántate! —la instó con voz áspera.

Entonces lo oyó. Lucas rugió su nombre, y su atención volvió de golpe hacia la pelea de la que intentaba alejarse a toda prisa. Se detuvo apenas un instante, todavía incapaz de distinguir la figura magnífica de Lucas en la masa de cuerpos y caballos, ya a cien metros. Un grito brotó de su garganta; el rostro se le puso lívido y los labios le temblaron. Pero la mirada hacia atrás reveló que ella y Anna no estaban solas en el lodazal. Dos hombres que no eran Thain venían a toda velocidad hacia ellas. Volvió a tomar la mano de Anna, sujetó las faldas con la otra y se puso en marcha otra vez.

—Están justo detrás de nosotras —susurró, la voz convertida en puro horror pese a todo el esfuerzo que ya había hecho.

Cuando oyó con claridad el pesado pero rítmico repiqueteo de cascos acercándose, cuando supo que no podrían escapar, Cora se volvió y los encaró, colocando a Anna detrás suyo. ¿Qué podía hacer? Ni siquiera llevaba un arma.

Parecían tipos crueles, de los que se regocijan en infundir terror. No mostraban sonrisas lascivas ni ojos pequeños y crueles, pero parecían decididos: desmontaron con rapidez y avanzaron directos hacia Cora y Anna.

—¡Lucas Thain no tolerará esto! —les gritó Cora, intentando retroceder. No pudo, pues Anna estaba paralizada, gimoteando sin poder moverse—. ¡Recen, malditos! ¡Él vendrá por ustedes!

El primero de ellos, de complexión y estatura comunes, se lanzó a por ella. Enseguida Cora desató todo su miedo y la poca fuerza que le quedaba en forma de zarpazos y patadas, mientras gritaba con todas sus fuerzas.

Por sus esfuerzos, el hombre le dio un puñetazo en el estómago. Cora se dobló, con el rostro contorsionado por el dolor, abrazándose el abdomen, y el aire arrancado de sus pulmones con

tanta fuerza que, además del dolor cegador del golpe, sentía como si no pudiera respirar.

Sin esperar a que se recuperara y se enderezara, Cora fue levantada sobre el hombro del hombre y llevada de regreso a su caballo, tratada como si fuera un saco de alimento pesado. Esa posición no duró mucho, y mientras Cora todavía se tambaleaba por el dolor en su estómago, la colocaron sobre el lomo de un caballo, boca abajo. El hombre montó junto a ella y se fueron, su mano agarró firmemente la parte trasera de su léine para que no se deslizara, para no perder a su prisionera.

Cora lloraba y se retorcía, intentando ver qué había sido de Anna. La chica había sufrido el mismo destino, quizás sin el debilitante golpe en el abdomen, y ahora era llevada a caballo, con brazos y piernas agitando salvajemente por los lados.

Los sonidos de otros caballos acercándose penetraron en la conciencia de Cora y volvió a girar la cabeza, con la vista limitada a un solo lado. *Por favor, que sea Lucas*… o cualquier otro Thain que venga a salvarlas.

No lo era. Se les unieron otros jinetes enemigos, que también habían tomado rehenes: una mujer llorosa de cabello rojizo y una pequeña niña del pueblo, querida por alguien.

Pobre Lucas, pensó Cora mientras se alejaban de él. Estaba tan cerca. Quizás incluso ahora veía o sabía que la habían tomado. Era un salvador, un protector; cargaría con culpa el resto de su vida por no haber podido rescatarla. Decidió que de alguna manera tendría que salvarse a sí misma para que Lucas no sufriera culpa eternamente, pero Cora estaba demasiado adolorida en ese momento. Salvarse tendría que esperar. El caballo aumentó la velocidad y Cora fue sacudida caóticamente sobre la silla, con el pomo clavándose en su estómago. Sintió que la bilis subía por su garganta y, aunque no podía evitarlo, no llegó a vomitar, solo tuvo la sensación de hacerlo, sumando a la lista de sus desgracias actuales.

Y, sin embargo, a pesar de todo el temor y el miedo que sentía, no estaba dispuesta a callar sus pensamientos sobre lo que estos terribles hombres estaban haciendo a mujeres y niños inocentes.

—Son despreciables. Todos ustedes. Sus madres deben estar tan orgullosas —dijo, su voz rebotando con su cuerpo. Agarró frenéticamente la bota del hombre con quien cabalgaba, más que nada para mantenerse estable. Entonces centró su ira en él—. Sí, apuesto a que está muy orgullosa de ti, aterrorizando a extraños más débiles que tú…

***

Airril estaba bastante seguro de que, si la llovizna hubiera sido un poco más intensa, él, Simon y Armadal no habrían notado ningún problema hasta que fuera demasiado tarde. Era curioso cómo solo ciertos sonidos se escuchaban a través de los valles y colinas, cómo solo algunas voces podían viajar a través de la neblina.

Estando casi a una milla al sur del pueblo, directamente al este, como volando desde el propio castillo, fue solo el agudo balido de una mujer lo que levantó su atención hacia el viento momentos antes.

Levantó la mano, deteniendo a Simon en medio de la frase, agitando la mano con enojo cuando el lad no cerró la boca de inmediato, y entonces Airril escuchó los gritos. Sí, y no eran juguetones, ni comunes. Nadie había resbalado en el lago; nadie tuvo un accidente con herramientas de labranza; Beathag no reprendía a una de sus hijas descarriadas. Esos eran gritos escalofriantes, del tipo que surgen del miedo, del tipo que se emite cuando el horror llama.

Y aunque Airril probablemente habría pospuesto su tarea, habría investigado cualquier grito tan fuerte como para escucharse a una milla de distancia, esos gritos escalofriantes lo impulsaron a él, a Armadal y a Simon a una carrera furiosa hacia el castillo.

Llegaron al muro exterior desde el sureste, algo alarmados al no encontrar a ningún hombre en esa sección. Al rodear hacia el frente, Airril divisó a los guardias, agrupados cerca de la torre este, mirando hacia los árboles al norte, más allá del pueblo. Tirando tan fuerte de las riendas que su caballo levantó las patas delanteras del suelo, Airril no necesitó dar órdenes. Tan pronto como se detuvo y el ruido de su destrier cesó, lo escuchó: una batalla.

En lo alto del muro, Wally señalaba al frente mientras gritaba a Airril:

—¡MacDuffs! ¡Asaltan el pueblo!

—¡Manténganse juntos, lads! —fue la única orden que dio, girando su caballo y desenvainando su espada, apenas echando un vistazo para comprobar que la puerta estaba cerrada a los enemigos, o incluso a algún pobre Thain corriendo por su vida, de ser necesario.

Armadal y Simon estaban cerca de él. Rodearon a la derecha de los campos frente a Newburn, evitando el valle boscoso entre el castillo y el pueblo, optando por un galope directo junto al camino que bordea el lago, llegando al extremo sur de los campos arados. No se detuvieron a mirar, ni a evaluar qué estaba pasando, ni dónde podrían ser más útiles. Giraron a la derecha para llegar al sendero, con la intención de cargar directamente a la batalla.

Otro grito desgarró el aire y la atención de Airril se centró en un grupo de jinetes que desaparecía sobre una pequeña elevación al final de los campos.

Cuatro caballos, transportando más que un solo jinete. Vio brazos y piernas y cabellos largos agitándose, pero poco más a esa distancia.

—¡Oh! —maldijo—. ¡Se llevan a los nuestros! ¡A mí! —ordenó a Armadal y Simon, y los tres cambiaron de dirección, persiguiendo a los secuestradores.

Los captores fugitivos se movían rápidamente, sin parecer afectados por los cuerpos que llevaban consigo. Persiguieron por casi media milla, ganando terreno demasiado lentamente para el gusto de Airril, alejándose de Newburn y de la batalla principal, hasta que Airril se dio cuenta de que una de las cautivas era Cora.

Vio su cabello castaño rojizo, sus gafas, sorprendentemente estaban aún en su nariz.

Cuando estrecharon la distancia entre los MacDuffs fugitivos con prisioneros y ellos, Airril estaba casi seguro de escuchar a Cora reprender al hombre que se había atrevido a capturarla. Intentaba girar la cabeza para lanzarle sus reproches mientras lo miraba, al hombre con quien compartía el caballo. Airril no pudo escuchar las

palabras, pero luego pensó que podrían ser amenazas, algo por el estilo, lo que hizo que el infiel golpeara a Cora en la cabeza, silenciándola momentáneamente.

Airril se enfureció y pensó en lo que daría ahora por su arco largo y una sola flecha.

Pateó con más fuerza los flancos de su destrier.

—¡Yah! ¡Vamos!

Las colinas Skaewick estaban justo adelante. Airril sabía que los alcanzaría allí. Los caballos de los captores y cautivos lucharían lo suficiente cuesta arriba para que finalmente los alcanzara.

Los hombres MacDuff sabían que los perseguían, pero ninguno dejó caer su botín del caballo. Probablemente tenían órdenes estrictas de regresar con los rehenes, supuso Airril.

No hoy, bestias miserables.

Para su pesar, hizo lo que a menudo hacía, y que hasta ahora le había servido bien. Luchó como si fuera superior, más fuerte, más capaz y más astuto. No lo hacía sin motivo. Tenía casi cincuenta años y había luchado en batallas antes de que nacieran muchos guerreros. Conocía técnicas y estrategias que la mayoría de los hombres nunca encontraría en toda su vida.

Pero, lamentablemente, Airril a veces subestimaba a su enemigo. Así que cuando estuvo lo suficientemente cerca para saltar de su caballo sobre el lomo del bandido que huía con Cora, no esperaba que el lad, seguramente anticipando el movimiento, se girara, blandiendo su daga, la cual impactó con fuerza en el costado de Airril, hiriéndolo profundamente.

No importó. El impulso de su movimiento todavía los empujó a ambos por el costado del caballo en marcha, cayendo y enredándose sobre el suelo. Cora también cayó, la mano que la sostenía desapareció. Y sí, podría estar magullada, pero al menos ya no estaba fuera de alcance.

Simon y Armadal pasaron volando, todavía persiguiendo a los demás MacDuffs y sus cautivos. Simon tuvo que levantar a su destrier para evitar chocar con ellos o con Cora, que había caído al suelo a unos metros de distancia.

Ignorando la sangre y el dolor en su costado, Airril forcejeó con el hombre, logrando darle un puñetazo en la cara, lo suficientemente fuerte como para girarle la cabeza hacia un lado. Pero aunque no era muy grande, tenía una fuerza extraordinaria, y Airril sabía que el resultado del enfrentamiento no estaba asegurado.

En medio de su lucha en el suelo, Airril vio a Cora, o más bien partes de su léine y su cabello, fragmentos que se veían mientras rodaban sobre la hierba húmeda y enmarañada.

—¡Corre! —fue todo lo que pudo gritar—. ¡Ve!

Y no culparía a la lass, no lo sabía, pero esa ligera distracción le dio ventaja al MacDuff. Airril estaba ahora sobre su espalda y el hombre tenía el puño de su propia daga con ambas manos, presionando la punta contra el pecho de Airril e intentando clavarla en el centro de su torso. Airril dejó de jalarle el cabello, intentando levantarlo, y rodeó con ambas manos la daga, tratando de empujarla hacia arriba, para evitar ser apuñalado. Se miraron a los ojos, con la daga separándolos apenas. Las manos del hombre la empujaban hacia abajo mientras el rostro de Airril se retorcía de dolor, con la palma cortada y sangrando mientras intentaba mover la hoja hacia arriba.

Y entonces el hombre cayó, de lado, desplomado junto a Airril.

Cora estaba allí, sosteniendo una rama gruesa con ambas manos, respirando con fuerza por haber golpeado con tanta fuerza y haber tumbado al hombre.

Airril cerró los ojos y exhaló. *Oh*.

Cora cayó de rodillas a su lado, casi chocando con él, abriéndole los ojos con su grito.

—¡Airril!

—Sí, está bien —exhaló, soltando otra bocanada de aire enorme.

—No huíste, lass. Tú… —dijo, pero lo dejó pasar, todavía sin aliento.

—¡No iba a dejarte, Airril! —sus labios y su voz temblaban.

Y lo que ocurrió a continuación atormentaría a Airril durante muchos años, por lo que su breve distracción casi le cuesta la vida.

Un movimiento a su derecha, más allá del pequeño cuerpo de Cora, captó su atención un segundo demasiado tarde. El MacDuff no estaba completamente incapacitado; se había puesto de pie. Airril vio sobre la cabeza de Cora un brazo levantado, con la misma daga ensangrentada en la mano, bajando hacia ellos. En el último segundo, Airril empujó salvajemente a Cora, decidido a sacarla del camino del golpe inminente. Llegó tarde, y Cora arqueó la espalda sorprendida, con los ojos enormes detrás de sus gafas. Abrió la boca, a punto de gritar, aunque no emitió sonido alguno.

El hombre estaba tambaleante, todavía magullado por el garrotazo que Cora le había dado, y vaciló un poco antes de caer de culo al suelo. Airril ya estaba en movimiento; en cuanto había protegido a Cora, se puso de pie, un poco tambaleante él mismo, pero aún lo suficientemente fuerte y lleno de ira como para sacar su propia daga y caer sobre el hombre, cortándole la garganta en la fracción de segundo después de aterrizar.

Sin aliento otra vez, esta vez más seriamente, a Airril le tomó un momento empujarse fuera del hombre muerto. Respirando con dificultad, se detuvo y clavó su daga en el costado del cuello del hombre, solo para asegurarse, antes de rodar fuera de él, cayendo de espaldas, entrecerrando los ojos y jadeando.

Cora también estaba de espaldas, a solo unos pocos pies de Airril.

Ninguno se movió durante varios segundos. Hasta que Cora giró la cabeza sobre la hierba húmeda y alcanzó la mano de Airril.

—¿Estás bien?

—Sí, lass. ¿Y tú?

—Creo que sí. Déjame recuperar el aliento un minuto —dijo, sonando como si necesitara más tiempo—. Tenemos que regresar… a ayudarles.

Airril trató de calmar su respiración.

—Hoy no podremos ayudar, lass. No más.

—Pero, alguien vendrá por nosotros, ¿verdad? No nos dejarán aquí afuera…

—Vendrá. No descansará hasta encontrarte. Que termine primero con esos MacDuffs —no pensó ni un instante que necesitara

identificar al "él" en ese escenario—. Eso me basta a mí, estando aquí a tu lado.

—¿Esos eran los MacDuffs? ¿Los vecinos?

—Por supuesto. No están contentos si no están guerreando con alguien.

—Probablemente me va a regañar —predijo, retomando la conversación sobre "él"—. Por algo.

—Sí. Sin duda.

Hubo silencio entonces, por un buen rato. Airril sintió que se debilitaba. Puso la palma sobre la herida en su costado, intentando frenar la sangre que lo estaba dejando tan débil.

Un movimiento cercano abrió nuevamente los ojos de Airril. Cora se había arrastrado hacia él, apoyada en los codos y muy cerca de su rostro.

—Tenemos que levantarnos —dijo— y volver a Newburn. No podemos morir aquí afuera, esperando por ellos.

—Yo… esperaré aquí, lass, solo un poquito más.

Cora inhaló profundamente y parpadeó con sus ojos húmedos.

—Por favor, no me hagas alzar la voz contigo, Airril. Vamos. Nos levantamos. Necesitamos la ayuda de Goldie antes de que sea demasiado tarde. No voy a dejar que mueras. Y no voy a morir sin decirle a Lucas que lo siento y que lo amo. Vamos.

Pero entonces simplemente se desplomó de nuevo a su lado.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Es Entonces Cuando Lo Sabes

Cora pensó que debía haberse quedado dormida un rato, recostada junto a Airril sobre la hierba húmeda. Cuando abrió los ojos, lo primero que pensó fue en él, y se volvió, horrorizada al ver su palidez.

—¡Airril! —gritó, rodando otra vez de lado y aferrándose a su túnica—. ¡Airril! Despierta.

—No llores mientras estés tan cerca, lass.

—¡Jesús, me asustaste de lo lindo, Airril! Oh… Airril, ¿ha pasado mucho tiempo? —El día se veía más oscuro. Así que o habían estado allí varias horas, o se acercaba una lluvia más intensa, con nubes oscureciendo y espesando el cielo—. Vamos. Por favor. Tenemos que levantarnos. Nos congelaremos si nos quedamos aquí mucho más tiempo.

—Deberíamos preservar nuestros cuerpos para que los encuentren —murmuró Airril.

—Eso es macabro —acusó Cora—. No hables así. —Se incorporó apoyándose en el codo. El dolor resonó por su hombro y se disparó a través de su torso, donde había recibido el golpe—. Odio a esos MacDuff —dijo con toda la furia que pudo reunir. Le tomó otro minuto ponerse de rodillas. Puso su mano sobre el muslo de Airril para sostenerse y se concentró en evaluarlo a él y sus heridas—. Oh, Airril… hay sangre por todas partes.

Él levantó la mano de su costado, cerca de la cadera, mostrándole la palma cortada.

—Sobre todo eso, lo sé. Está bien.

Cora soltó una risita sin mucho ánimo.

—Nada está bien.

Tuvo que ponerse a cuatro patas para poder incorporarse por completo. Una vez de pie, observó su entorno. Estaban en la parte más baja de una colina, con solo unos pocos árboles dispersos; el área estaba mayormente cubierta de hierba y arbustos. El hombre que ella y Airril habían matado yacía a un metro y medio de distancia, con los ojos abiertos, aparentemente observándola. Detrás de ella, en lo que pensó que podría ser la dirección de Newburn, tres pinos en línea recta bloqueaban la vista de donde posiblemente necesitaban estar.

Apenas había tomado conciencia de su situación y ubicación cuando detectó jinetes acercándose.

No, por favor. No más.

Sus hombros se hundieron por el cansancio al oírlos, pero solo por un momento. No, no sobreviví a toda esa mierda para morir ahora. Mirando a su alrededor, recuperó la gruesa rama que había usado antes y adoptó una posición defensiva con ella, colocándose entre Airril y los jinetes que se acercaban. La sostuvo, esperando, escuchando cómo se aproximaban desde justo más allá de esos pinos.

Quiso llorar, de verdad, desahogarse y gritar que todo esto apestaba. ¡Por qué siempre estaba a punto de morir!

En el último momento, arrojó la rama y se lanzó de rodillas junto al hombre muerto, sacando su espada larga de la vaina. Era más ligera que la última que había empuñado, pero le serviría mejor que un pedazo de árbol.

Aún no podía levantarla cómodamente, no por el peso sino por el dolor punzante en su hombro. Sujetaba la empuñadura con ambas manos, manteniendo la hoja baja, casi rozando el suelo. Tan pronto como la primera persona apareció entre los pinos, levantó el arma, esperando que su gesto de dolor pareciera más una cara de combate.

La dejó caer mucho más rápido de lo que pudo levantarla.

Lucas estaba allí.

Estaba vivo. Parecía ileso, aunque había bastante sangre a su alrededor.

Oh, pero eso debía ser lo que parecía la furia del infierno. A menos que esa mueca furiosa fuera su expresión de combate, estaba enfadado.

Desmontó rápidamente en cuanto la vio, avanzando hacia ella.

Cora dejó a un lado su arma improvisada y se ajustó las gafas en la nariz. Notó que respiraba y resoplaba por las fosas nasales, con la boca abierta solo para mostrar los dientes apretados.

Enderezándose por completo, Cora se plantó firme ante su furia y comenzó a defenderse mientras él todavía estaba a unos tres metros.

—Antes de que empieces a soltar palabrotas y a gritarme por…

—¡Debería darte una paliza que te deje a un centímetro de la vida, un golpe por cada año que acabas de quitarme!

—Pero yo no pedí ser capturada, Lucas. Sabes lo devota que soy en mi cobardía —Oh, pero ¿por qué su voz sonaba tan distante?

Se detuvo justo frente a ella, empapado en sudor y oliendo a sangre, vísceras y caballo. La examinó de pies a cabeza mientras le reprochaba.

—¡No lo hiciste, y ahí está tu error! ¡Te dije que corrieras!

—Pero Lucas, yo corrí…

—¡En la otra maldita dirección! —rugió.

Y si fuera más racional en ese momento, si tuviera mayor control de sus pensamientos y emociones, no habría pensado que parecía a punto de llorar. Sus propios labios podrían no haber temblado de la misma manera.

—Oh, Cora —dijo él con voz desigual, tomando su rostro entre las manos y besándola con fuerza—. No me hagas temer por ti nunca más, lass. No me hagas eso.

Cuando la soltó, le lanzó una última mirada significativa y luego se inclinó junto a Airril. Este, con los ojos entrecerrados pero abiertos todavía.

—Vienen, compañero —dijo Lucas—. Traen el travois. Te tendremos…

—No yo —dijo Airril, inclinando la cabeza vagamente mientras cerraba los ojos—. Ella primero.

Lucas giró la cabeza, mirando con cierta acusación a Cora, frunciendo el ceño pesado de siempre.

—¿Qué? —Retrocedió un poco al verlo de pie.

—Cora…

—Estoy bien, Lucas. Quiero decir, no estoy perfectamente bien —dijo, poniendo la mano derecha sobre el hombro izquierdo, tratando de mirar por encima de él—. Creo que he… —El brazo que levantó para ajustar sus gafas estaba débil y blando—. Lucas, no te enojes, pero me han apuñalado.

Y aquí apareció una nueva expresión en Lucas Thain, una de horror que ella jamás pensó ver. No la tocó, pero caminó a su alrededor para verificarlo. Al mismo tiempo, otros aparecieron entre los altos pinos: Will y tres soldados Thain más.

Desde atrás escuchó a Lucas.

—¿Por qué nunca me escuchas, lass? ¿Qué has hecho…? Ah, *Oh*, Cora.

Al oírlo tan visiblemente agotado, como si realmente fuera a llorar, Cora tuvo que imaginar que estaba muriendo.

—Lucas, creo que…

—Shh ahora —dijo él, levantándola en brazos y corriendo rápidamente hacia su caballo—. Espera, amor. Goldie no está lejos. ¿Puedes, solo esta vez, hacer lo que digo? Descansa ahora, hasta que te lleve con Goldie.

—Lo haré, Lucas. No estoy lista para morir. Samara no dijo nada sobre morir. Lucas, esto da mucho miedo.

—No, amor. No morirás. Te lo prohíbo. Estoy aquí contigo. No tienes miedo cuando estás conmigo. Ahora te tengo.

—Está bien, pero por favor no me sueltes. —Cerró los ojos y las lágrimas rodaron por su rostro, cayendo en su cabello. Estaba en su gran caballo con Lucas, y sus brazos la rodeaban. Estaba a salvo, a salvo para dejarse llevar al olvido.

—¿Cora? ¡Cora!

***

La cámara privada de Lucas había estado ocupada, con la puerta abriéndose y cerrándose cada pocos minutos durante las últimas horas. Las secuelas de una batalla, especialmente una que llegó hasta la puerta de tu casa, requerían mucho seguimiento, incluso después de que el enemigo había sido derrotado.

Contra su voluntad, había tenido que dejar a Cora al cuidado de Goldie y Beathag al principio, solo para que pudieran atenderla con respeto a su modestia. Una vez que Goldie lo buscó en el pasillo y le permitió verla, se excusó de Godric, aunque no habían terminado su discusión, tomando las escaleras de dos en dos para llegar a ella.

No había nada en su apariencia que le causara más alarma. Estaba pálida, pero no mortalmente; respiraba lenta y suavemente, sin alarma. Estaba cubierta hasta el cuello con las sábanas de la cama. Sus gafas estaban sobre el pequeño armario junto a la cama, donde había un lavabo, una jarra y una gruesa vela encendida, iluminando la esquina de la habitación.

Estaba tan quieta y tranquila que Lucas supo que un momento de pánico era posible.

—Dijo que no podía tolerar el dolor —dijo Goldie, habiendo regresado a la habitación de Lucas—. Dormirá un rato, por lo que le di.

—Puede… y ha tolerado… tanto —argumentó Lucas.

—Sí, solo es para que duerma cómoda. No lo necesitará después de uno o dos días.

Asintió y Goldie lo dejó solo con Cora.

Al principio caminó un poco, imaginando que ella podría despertarse y tener preguntas. Cuando no lo hizo, y comenzó a atormentarse pensando en lo que podría haber sido si Airril no hubiera aparecido y dado persecución, ella pareció casi reaccionar a su propio tormento y empezó a gemir y moverse un poco en su sueño. Lucas tomó una silla junto a la cama e intentó sentarse tranquilamente con ella.

Ella estaba aquí. Estaba a salvo, se repetía una y otra vez en su mente.

Boisil asomó la cabeza por la puerta a los veinte minutos, dando la triste noticia: cuarenta y siete Thains perdieron la vida hoy; veintiséis más resultaron heridos, incluyendo a Airril y Cora, sí, Cora era una Thain; era suya. De los heridos, trece, sin contar a su capitán y a su amor, no se esperaba que sobrevivieran.

—Simon y Armadal lograron recuperar a Anna y a la pequeña Dora, pero Marta Creeg fue asesinada por esos cobardes fugitivos —informó Boisil.

Lucas bajó la cabeza, moviéndola lentamente con disgusto. Boisil informó sobre algunas otras cosas y luego Lucas le pidió que llamara a Godric.

Desde entonces, su cámara se había convertido en un centro administrativo, donde se le llevaban todos los asuntos al laird mientras él vigilaba a Cora. Después de un tiempo, simplemente pidió que la puerta permaneciera abierta.

Hubo un breve respiro de interrupciones después de que Godric y luego Armadal se fueron, este último habiendo informado sobre cuatro MacDuffs vagabundos que habían encontrado en su inspección de la finca después del enfrentamiento. Estaban siendo retenidos en las jaulas bajo tierra, bajo la torre oeste, junto con los otros MacDuffs capturados que habían sobrevivido.

—Comiencen los interrogatorios, tú y Boisil —ordenó Lucas —. No los maten. Querré hablar con ellos eventualmente.

Cuando Armadal se fue y Lucas volvió a la silla junto a la cama, Cora levantó la mano de debajo de las cobijas y se rascó el nudillo sobre la nariz antes de hacer ese movimiento querido y familiar de acomodarse las gafas.

—Están aquí, lass, tus gafas —dijo suavemente, inclinándose hacia adelante, apoyando los codos sobre el colchón.

—Lucas… —dijo ella y quizás sonrió. El leve levantamiento de sus labios era demasiado sutil para estar seguro.

Pasó un minuto entero antes de que hablara de nuevo.

—No quiero morir. Lucas se veía tan triste cuando me encontró. Me hizo pensar que podría estar enamorado de mí —dijo.

Otra larga pausa. Sus ojos seguían cerrados y como no hablaba directamente con él, solo sobre él, estaba bastante seguro

de que aún dormía, no sorprendiéndole en absoluto que Cora Bennett hablara incluso en su sueño.

—No quiero morir y perderme eso —continuó—. Quiero quedarme, por si realmente está enamorado de mí.

Sus labios dejaron de moverse aunque permanecieron abiertos, su respiración suave y uniforme. Después de un momento, agregó:

—Oh, ¿no sería encantador? —Otro breve silencio—. Lo sería.

—No hay quien la calme, nunca, jamás.

Lucas se giró y encontró a Airril de pie en la puerta. Estaba sin camisa, con el brazo levantado solo hasta la altura del hombro, apoyado en el marco de la puerta, su postura y palidez daba la impresión de que necesitaba sostenerse. Todo su torso estaba envuelto con una gruesa gasa de lino. Sus pantalones aún estaban manchados de sangre, al igual que sus manos. Una de ellas también envuelta en lino.

Lucas se levantó de la silla, usando el pie para empujarla un poco hacia el final de la cama y la puerta.

—Siéntate —invitó—. No, ella no se calma. Lo sé, es una buena señal, eso sí.

—Sí, diría lo mismo —respondió Airril.

Entró en la cámara y tomó el asiento ofrecido. Lucas permaneció al pie de la cama, con la mirada puesta en Cora nuevamente.

—Va a estar perfectamente bien —dijo más para fortalecerse a sí mismo que para asegurar a Airril.

—Sí, lo estará, y Goldie lo dijo también. Buen color, respiración constante. Estará bien —afirmó Airril.

—¿Y tú? Levantarte y caminar es bueno —preguntó Lucas.

—La enfermería está allí en el pasillo, como sabes —dijo Airril, su habla algo dificultosa—. Nada más que una línea rápida de atención, entra y sale, no hay lugar para holgazanes. A menos que no puedas caminar y estén amontonados sobre la mesa de trabajo, como viste. —Frunció los labios—. Que me maldigan antes de dejarme matar por esta peste de los MacDuff.

Lucas no cuestionó cómo habían sido heridos tanto Airril como Cora. No supuso que su capitán no hubiera hecho todo lo posible por rescatar a Cora. Y habían sobrevivido, así que Lucas no dramatizaría lo hecho.

—¿Y cuál es el primer asunto cuando despierte, más coherente que ahora? —preguntó Airril.

Lucas dudó solo un momento.

—Le diré que no puede dejarme. Le diré...

—Sí, y llegarás a eso, y no tengo duda —dijo Airril, un poco brusco, un poco impaciente—. Primero dile: habrá un regaño esperándola, tan pronto esté lista para recibirlo. No puede andar despistada en batalla. La próxima vez que corra hacia la lucha y no se aleje, dile que la remataremos. No puedo vivir así. Si digo corre, ella debe saber que debe correr.

Lucas sonrió cansadamente.

—Ese será el primer asunto a tratar —dijo.

—Muy bien —respondió Airril—. Pero no olvides contarle también lo demás.

—¿Quieres hacerlo tú en mi lugar? ¿Asegurarte de que se diga correctamente, a tu gusto?

—Me imagino que ya sabes que no quieres arruinar eso —dijo Airril.

—Godric dijo que había un joven soldado MacDuff, de no más de trece años. El lad entró en pánico, se orinó encima, se escondió detrás de la granja Creeg, nunca usó su espada —dijo Lucas.

—Sí, escuché —murmuró Airril—. Rindió bastante, según entiendo.

—Sí, y tómalo por lo que vale, viniendo de un lad no más grande que Anna, igualmente traumatizado, supongo. Pero dice que el objetivo era la completa aniquilación de los Thains, a menos que absorbieran a los hombres que quedaran, forzándolos a luchar por Inglaterra —explicó Lucas.

Airril se encogió de hombros.

—Eso no es razón, y nunca se trató de tener una, sino de odio, antiguo, mal mantenido, lo que sea. Y ahora es tan buen momento como cualquier otro para hacer la guerra, cuando todo el

mundo está ocupado defendiéndose de los avances del maldito martillo, que se maldiga su alma. No hay nadie mirando al norte aquí; sin autoridad, sin rey que proteste. ¿Quién los sancionaría por destruir a sus enemigos? Longshanks solo los aplaudirá y recompensará —dijo Airril.

—Los MacDuffs ya no existen —informó Lucas—. El mismo lad los identificó, los cuerpos, los tres hijos de Tormod, ese hijo de perra.

—Y bien merecido —suspiró Airril—. No sé si alguna vez la he visto tan quieta.

Lucas rio suavemente.

—No, no la has visto. Probablemente nunca más la verás así.

—Si es que quiero... —dijo Airril.

Lucas permitió que pasaran unos minutos antes de aclarar su garganta y decir:

—Lo siento, Airril. No sabía que estabas… tan sumido en el dolor.

Quizás un poco avergonzado por haber sido expuesto, Airril hizo un gesto de desdén con la mano, su rostro torcido con bastante impaciencia.

—No es algo que se grite desde las montañas, sabes. La extraño. Cada día. Cada hora. No había nada aquí, nada más que guerra, muerte, esperando a que Longshanks nos acabara a todos —dijo Airril.

—¿Y ahora..? —preguntó Lucas.

—Bueno, ahora tenemos a la lass, ¿no? Si no puedo entretenerme con ella, podría darme por vencido. No, me quedaré un poco más, a ver qué hace después. No me importaría verla manipularte a su antojo. Seguro que hará un buen trabajo con eso —respondió Airril.

—Airril —comenzó Lucas—. Pero ¿y…? Ella no es de este tiempo.

—¿Y qué? —Airril se encogió de hombros—. Gwennie era de la frontera, hablaba ese inglés suyo. Y tu padre trajo a tu madre de Francia. No busques problemas donde no los hay.

Muy seriamente, Lucas preguntó:

—Es...*Oh*, me aterra lo que siento. Eso… ¿está bien? No me hará...

—Más que bien, y escucha mis palabras. No hay ningún arrepentimiento ahí, a menos que de algún modo lo arruines todo, lo que ella te trae. Tu mamá y papá te criaron mejor, más astuto que eso —dijo Airril—. ¿Será fácil? ¿Será un verano de rosas todos tus días? No, ella te desconcertará y te desafiará, a veces a cada paso, y querrás arrancarte el cabello más días de los que no, y aun así te juro, lad, que será lo mejor que te pasará.

Lucas asintió. Se alegró de tener esa confirmación, de lo que había empezado a darse cuenta, de lo que casi perderla le había forzado a comprender.

—Sí, y me voy —dijo Airril, levantándose lentamente—, antes de que esto se vuelva más sentimental aquí.

Cuando Airril se fue, Lucas regresó la silla más cerca del lado de Cora y se sentó con ella nuevamente. Tomó su mano y la sostuvo en la suya. Sus dedos eran tan pequeños y delicados. No estaban limpios, no como los mantenía normalmente, pero estaban cálidos. Lo miró durante bastante tiempo, gustándole mucho cómo se veía en su mano.

No solía revivir batallas, ni siquiera las más terribles, salvo para instruir a su ejército sobre lo que podría haber salido mal o lo que podría o debería haberse hecho de manera diferente. Pero no podía evitar revivir cada segundo de pánico que había sentido al ver, impotente, cómo se llevaban a Cora. Y no había sentido mucho miedo en su vida, pero si en ese momento hubiera estado de pie sobre sus propios pies, cuando la perdiera de vista, si no hubiera estado montado, podría haberse arrodillado del susto. Incluso cuando lo habían colgado, no recordaba haber sentido miedo. En ese momento no había habido tiempo para el miedo. La muerte de John había llegado de repente, tan inesperadamente, que el shock y la ira fueron todo lo que conoció al principio. Y aunque su propio ahorcamiento generó temor, más que eso, lo llenó de propósito, intentando averiguar cómo sobrevivir o escapar. Pero el miedo que sintió al ver a Cora ser llevada lejos, nunca había conocido un miedo así.

—Sí, y eso es lo que me haces —le dijo en voz baja ahora—. Y espero que seas feliz. Me convertiste en este hombre que se arrastra y llora, y no serviré para nada, excepto que Airril dice que todo estará bien.

Le dio la vuelta a su mano y deslizó sus dedos sobre la suave piel de su palma.

—Despierta pronto, amor —le dijo—. Tengo tanto que contarte.

***

Soñó que Lucas la había llamado su amor.

Entonces se sorprendió bastante al despertar, habiendo estado segura, en algún rincón de ese sueño, de que debía haber muerto e ido al cielo. No reconocía la habitación en la que estaba, aunque parecía que todavía estaba en el siglo XIV. Pero aún podía estar muerta, se permitió pensar.

Pero no, no lo estaba.

Lucas estaba aquí.

Estaba sentado en una silla junto a la cama en la que ella se encontraba, con los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos cerrados. Cora no podía medir el tiempo, pero pensó que era de noche. Posiblemente permaneció despierta un minuto entero antes de que los eventos del día, ¿hoy?, vinieran a su memoria. Saltó con ligereza sobre el terror hasta la parte donde Lucas había venido por ella.

No morirás. Te lo prohíbo, había dicho. La había llamado *amor*. Parecía tan angustiado.

Su mente recordó algo más.

—¿Airril? —preguntó, con un gemido en su voz agrietada, sintiéndose horrible y egoísta por haberlo olvidado, aunque fuera por unos segundos—. Lucas —llamó, ahora con voz más firme, ansiosa.

Él reaccionó con prontitud, pero sin sobresaltarse. Abrió los ojos y fijó su amado mirar gris en ella.

—Lass, tú...

—¿Airril?

—Está bien —le dijo de inmediato—. Envuelto, igual que tú, estuvo aquí antes para revisar cómo estabas.

Cora expresó su enorme alivio con un suspiro entrecortado.

—Oh, gracias —dijo—. ¿Puedo tomar un vaso de agua? Siento que mis dientes llevan suéteres puestos.

Él sonrió y se levantó, trayendo agua de una jarra, que vertió en un vaso de madera.

Mientras lo hacía, Cora intentó incorporarse, ignorando el cortante "No te muevas" de Lucas.

—Creo que puedo sentarme sola, Lucas —protestó y lo hizo antes de que él pudiera alcanzarla, aunque admitiendo que sintió un dolor en el hombro—. Si Airril puede subir y bajar escaleras… eh, ¿dónde estamos? ¿De quién es esta habitación?

—Es mi cámara —respondió Lucas, sentándose al borde de la cama y dándole el vaso—. Y ahora también será tuya, ya que se ha hecho obvio que simplemente no puedo dejarte fuera de mi vista, si espero tener algún momento de paz en mi vida.

—Solo para que lo sepas, Lucas —dijo ella tras tomar un pequeño sorbo de agua—, corrí tan pronto como pude. Pero entonces vi a Anna congelada al fondo de la casa de alguien y no podía dejarla allí.

—Lo vi —dijo él—. Lo entiendo, amor. Solo deseo que no me causes tanto dolor en ese sentido, tu curiosa falta de miedo.

—Oh, no, Lucas —se apresuró a corregirlo—. Tenía miedo, no me malinterpretes. Pensé que me iba a hacer pipí de tanto miedo. Pero aun así no pude dejarla. ¿Y qué pasa con situaciones tan horribles como esa? Pensaría que me haría pipí o me desmayaría si alguien me dijera de antemano lo que iba a pasar, pero no fue así, aunque todo eso sucedía a mi alrededor. Y tenía tanto miedo por ti, y no podía verte en el desastre allí en el pueblo, y eso por sí solo debería haberme dejado sin sentido o… no sé, haberme hecho caer de rodillas… pero no fue así.

—Eres una verdadera guerrera.

—Bueno, no quiero ser eso, ¿sabes qué sería genial? Si pudieras prometer que eso nunca volverá a pasar.

—No puedo —respondió él, como sabes.

Cora asintió, fatigada y entristecida. Levantó su mano y la pasó por su mejilla, sobre la piel suave y luego sobre sus ásperos

vellos.

—Gracias por no morir —dijo.

Lucas puso su mano sobre la de ella, atrapándola allí en su mandíbula.

—¿Porque estás enamorada de mí? —aventuró.

No tenía sentido negarlo. Y ¿por qué debería?

—Lo estoy. Seré honesta, Lucas, no luché demasiado contra ello.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué lucharías contra eso?

Ella inclinó la cabeza y le sonrió con picardía.

—Oh, no sé. ¿Por qué lucharías contra enamorarte?

Él lo entendió al instante, pero siendo Lucas, no parecía apenado.

—No lo esperaba. Y no lo entiendo. Y no es secreto —dijo—. No confío en ti. Y…

—Y porque estás enamorado de Isobel —dijo ella con voz bajita, mostrando cuánto le dolía—. Dolía tanto que empañaba lo que acababa de ser casi una revelación suya de que también estaba enamorado de ella.

Lucas entrelazó sus dedos con los de ella y bajó sus manos a su regazo. Tomó el vaso de la otra mano de Cora y lo colocó sobre la mesa. Cuando volvió su mirada a ella, dijo:

—Sí. Hace muchos años ella lo era todo para mí. No podía pasar un día, ni una hora, sin pensar en ella. —Negó con la cabeza —. Y luego la perdí. Pensé que me rompió. Por un tiempo creí que sí, pero ahora sé que no estaba roto entonces. No en ese momento.

—¿Cómo…? —No estaba segura de qué quería preguntar, estaba fatigada y posiblemente no en su mejor estado de ánimo, y no quería alimentar esperanzas por lo que él podría estar diciendo.

—Ni siquiera me importó que no me contaras… que fuiste traída aquí por alguna bruja flotante que te trasladó de un siglo a otro. Casi puedo entender que no sea una historia que quieras contar. Yo no te habría creído, lo sé. Pero Cora, le suplicaste que te llevara. Lloraste y le pediste que no se fuera sin ti. ¿Qué habrías hecho? ¿Flotado con ella ayer? ¿Sin mirar atrás?

Cora mordió su labio, sintiendo su dolor al escucharlo en la forma entrecortada en que hablaba. Pero sabía que la verdad debía contarse.

—Bueno, sí, pero Lucas, solo porque… bueno, número uno, porque entré en pánico, porque simplemente me dejó aquí. No la había visto desde el día en que me transportó. Así que sí, entré en pánico. Pero luego, tenía miedo. Tú y yo acabábamos de… bueno, tuvimos sexo, y fue increíble, pero sabía que era solo tu segunda opción, que amabas a Isobel, y yo… bueno, me rompió un poco el corazón. Por mucho que quisiera estar contigo, y aunque estaba bastante segura, vale sabía que estaba enamorada de ti, no estaba segura de que tú solo, sabes, tuvieras sexo conmigo porque estaba aquí, y que Isobel no lo estaba. —Al ver su expresión seria e inmutable, Cora añadió—. Honestamente, me asustó mucho cuánto sentía por ti, especialmente cuando estaba segura de que no era correspondido. Quiero decir, ¿querrías estar con alguien enamorado de otra persona?

—No lo haría, y no lo estoy.

—Pero la elegiste a ella —le recordó Cora—. No regresaste a Brathwick por mí. Fuiste por Isobel.

—Sí, lo hice. Y no puedo decir si, dada la misma circunstancia y con tan poco que sabía de ti en ese momento, volvería a hacerlo. Eso es solo la verdad, Cora, lo que sabía entonces. Pero sí, ahora es diferente y rezo para que no me guardes rencor por ello.

—Pero lo entenderías si lo hiciera, ¿verdad?

—Nae, no lo haría. No fue el amor lo que me llevó de regreso a Isobel, sino… conveniencia, imagino. Tal vez conveniencia.

La tensión dentro de Cora no se alivió con esto. Sintió cómo se le acumulaban las lágrimas.

—Sí, está eso —dijo, no sin un leve desprecio en el tono—. Isobel te conviene infinitamente más para esta vida. Quiero decir, es preciosa, primero, mucho mejor para ti. Y luego, segundo, nació y se crio no solo en Escocia sino en este siglo… bueno, no este siglo, sino el anterior. Ya sabes a lo que me refiero.

—Nae, no entiendo la mitad de las cosas que dices, amor. Pero sé esto: no tenía miedo de las emociones que Isobel despertaba en mí, nunca. No eran lo bastante poderosas para crear miedo o confusión. Y nunca… me dolió por ella. No como por ti. Antes de besarte, antes de tocarte, estaba tan enrollado de deseo y necesidad que no era fácil luchar contra ello… y sí, ahí está. Me dueles, amor, tú y nadie más. ¿Y eso es… sexo, dices? Eso no alivia el dolor, Cora. Solo me decía: la necesitas, la quieres. Y vi, miré con impotente horror, cómo esos MacDuffs te llevaban a ti, y el dolor… todavía no sé cómo no me mató. No podía llegar a ti —dijo entre dientes apretados, su voz áspera quebrándose—. Mi pecho se retorcía con tal fuerza, y mi garganta se obstruía y contraía. No podía respirar…

—Oh, cielos —gritó Cora, con los ojos otra vez nublados de lágrimas, el corazón desbordándose de éxtasis—. Estás enamorado de mí. Debes estarlo.

—Sí, lo estoy. Pero también sigo muy enfadado contigo.

—Oh, demonios. ¿Porque no corrí?

—Porque me habrías dejado. Así que, escúchame de ahora en adelante, amor. No me desobedezcas, para nada. Y no estés rogando a las brujas que te lleven lejos —con menos volumen, con más dolor, le suplicó—. No me dejes, Cora.

Ella quería ceder allí mismo, rendirse ante él y lo que estaba diciendo. Pero todavía quedaba un gran obstáculo entre ellos.

—Lucas, ¿no… quiero decir, yo soy de otro tiempo, setecientos años en el futuro? ¿No debería…?

—¿Qué? ¿Qué debería hacerme eso? ¿Hacer que no te ame? Sabes que eso no es posible. Y sí, tengo preguntas, aunque no tantas como tú tendrías en mi lugar, y llegaremos a ellas eventualmente. Necesito saber cómo pasó esto y luego cosas menores: dónde vives realmente y cómo… cómo es en tu tiempo, pero eso puede esperar. Necesito que digas, que me prometas, que no me dejarás.

—Lo prometo. Por favor, bésame ahora —rogó, tirando de su mano—. O tómame en tus brazos o algo así.

—Nae, no quiero causarte dolor. Descansarás ahora y…

—No descansaré hasta que al menos me beses. Ni siquiera puedo sentir esto —mintió, señalando vagamente su hombro—. No es nada.

—¿Vas a ser así? —preguntó, su mirada casi reverente sobre ella. Acarició suavemente su cabello—. ¿Toda nuestra vida? ¿Petulante? ¿Exigente?

—Probablemente, pero solo si no consigo lo que quiero. Pero buenas noticias: la mayoría de mis exigencias tendrán que ver con besos y probablemente toda mi petulancia será por no ser besada.

Él sonrió y se inclinó hacia ella.

Cora lo detuvo, empujando su pecho con las manos.

—¿Toda nuestra vida?

—Claro, y sé que no estabas escuchando —acusó suavemente, con los ojos entrecerrados por la sonrisa—. Sí, lo dije. ¿Sabes lo que significa *"nunca me dejes"*? Y no estés llorando cuando te esté besando.

—Son lágrimas de felicidad —dijo Cora sobre sus labios.

EPÍLOGO

Locamente Enamorada

Cora estaba de pie al borde del campo de entrenamiento, rodeada por una docena de soldados Thain. Lucas tenía asuntos que atender en el pueblo y no había estado presente en la práctica ese día.

Para ser sincera, no le gustaba cómo estos chicos la estaban mirando ahora. Nunca conseguiría lo que quería si no lograba que la entendieran. Y claramente, por sus miradas armonizadas de desconcierto, no lo entendían.

—¿Y eso es divertido, lass? —preguntó Simon—. ¿A alguien le gusta esto? ¿Ensuciarse de miedo en el aniversario de su santo?

Cora se rio nerviosamente.

—Bueno, no. Pero sí, más o menos. Es una fiesta sorpresa. Tenemos fiestas así todo el tiempo de dónde vengo. Y, eh, la persona, Lucas en este caso, se sorprenderá, y eso es divertido. Luego se quedará boquiabierto porque logramos organizarlo todo bajo su nariz y en su propia casa, y luego estará encantado, más feliz aún, porque lo queremos lo suficiente como para pasar por todo este lío.

Sonrió encantadoramente y levantó las manos para concluir:

—Y luego festejamos toda la noche.

—No puedo imaginar que no saque la espada y corte unas cuantas cabezas, lass—predijo Boisil.

—Oh, cielos. Probablemente tengas razón —dijo ella, dándose cuenta de que no lo había pensado demasiado—. Bueno, no, está bien. Solo nos quedaremos de pie, o escondidos, lejos de la puerta.

—No entiendo por qué no le dices simplemente que vamos a celebrar —sugirió Will.

Temiendo que estaba perdiendo la batalla por conseguir lo que quería, suspiró y dijo:

—Bueno, es que, eh, es mejor así. Como que él pensará: *Oh, se olvidaron de mi cumpleaños*. Otra vez. Ay de mí. Luego se sorprenderá, y su alegría se duplicará porque no solo no lo olvidamos, sino que planeamos esta gran pachanga.

—Y dices "pa-changa", lass, ¿y qué es eso? —quería saber Kieran.

Boisil preguntó otra cosa:

—Entonces estás diciendo que lo haces sentir muy bajo, lo deprimes porque tendremos que fingir que no lo sabemos, ¿y eso solo para que puedas levantarle el ánimo fácilmente? Porque no puede hundirse mucho más, ¿verdad?

—Bueno, eh, ¿saben qué? Piensen ustedes en eso —sugirió Cora, preguntándose si debería haber hablado con las mujeres de la cocina. No lo había hecho porque no le habían permitido entrar desde el incidente del incendio hace unos meses—. Piénsenlo, quizá imaginen su propia alegría si fueran, ya saben, sorprendidos por una gran fiesta organizada solo para ustedes. Tenemos tiempo. Podemos hablar de ello dentro de una semana más o menos.

Se volvió, decidiendo que quizá tendría que rogarle a Airril que los obligara a hacer lo que ella quería. Era por Lucas, así que no le importaba rogar.

Regresó al castillo y Will, que le habló desde la muralla, le dijo:

—Godric te está buscando, lass.

—¿A mí? —preguntó, llevándose la mano a la cabeza para que su sombrero de ala ancha no se volara.

—¡Sí, a ti!

—¡Gracias, Will!

Se dirigió entonces directamente a la oficina de Godric, sorprendida de encontrar a Lucas allí, además del administrador.

Godric sonrió al verla llegar, pero Lucas no.

Lucas sostenía un pequeño papel doblado en la mano.

—Para ti, amor.

—¿Una carta? ¿Para mí?

—Dirigida a ti —dijo Lucas, sin parecer demasiado complacido—. De la esposa de Cameron.

Cora echó un rápido vistazo al absorto Godric antes de concentrarse en Lucas y decir:

—No entiendo. Yo… sabes que no conozco a nadie… aquí.

Lucas aclaró su garganta y se dirigió a su administrador:

—Gracias, Godric.

Tomó a Cora del brazo y la condujo fuera de la oficina.

—Mejor leerla en privado.

—Sí, pero Lucas, ¿tienes idea de por qué alguna mujer me escribiría? ¿Es como una invitación a algo? ¿Porque eres el señor feudal y yo tu amante?

—No es una invitación —dijo Lucas mientras subían las escaleras, ignorando su intento de ligereza.

Dentro de la cámara del señor, que ahora compartían, "Ahora soy una mujer caída", le había dicho a Lucas tiempo atrás, Cora se sentó en la pequeña mesa y el taburete junto a una de las dos ventanas. Una primavera más amable y eventualmente el cálido verano habían llegado, y los tapices que cubrían las ventanas y sumían el castillo en tanta penumbra finalmente habían sido retirados, dejando entrar abundante luz y aire fresco.

No estaba segura de por qué estaba nerviosa ahora ni qué podía ser, excepto que Lucas estaba actuando extraño al respecto. Cora deslizó su uña corta bajo la cera roja aplanada y seca, sin mucho éxito. Estaba realmente pegada, y además gruesa.

—Rómpela, amor —instruyó Lucas, cerca, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Dobla y abre—sugirió.

Cora rio.

—Probablemente no es el mismo "dobla y abre" que conozco. Eso es de una película con Reese Witherspoon… olvídalo —dijo, cuando Lucas solo parecía más impaciente.

Hizo lo que le indicó, y el sello se rompió. Al desplegar la carta, reveló una letra pequeña, ordenada y decididamente

moderna. La nota era breve. Leyó rápido, con los labios moviéndose sin sonido.

—¿Qué…? —comenzó Lucas.

Al mismo tiempo, Cora levantó la mirada hacia él, animada por el asombro y otra cosa.

—Lucas, ella… oh. Es de una mujer llamada Gabby, y Samara, esa bruja, mencionó a una Gabby. Dice, o más bien pregunta, si sé qué son tres cosas: Franklin Delano Roosevelt, Google y un hashtag. Dice que si conozco esas cosas, debería visitarla en Cairncross. Lucas, ¡ella también es de mi tiempo!

—Eso pensé —dijo él, sin parecer demasiado complacido.

La emoción de Cora se vio interrumpida.

—¿Eso pensaste? Lucas, ¿la conoces?

Sus labios se fruncieron con desagrado, como si hubiera chupado el jugo de un limón maduro.

—Una vez, brevemente. Sé que sonaba tanto a ti… que sí, lo dudé entonces y desde entonces, si tú y ella eran del mismo lugar. —Levantó la vista del papel en las manos de Cora y la encontró a ella, admitiendo: —Y luego, cuando espié a la bruja, Samara, visitándote, escuché que mencionaba el nombre de Gabby y...

Cora estaba tan frustrada que no podía creerlo.

—Oh. ¿Y no se te ocurrió mencionarme esto? Samara dice que hay otra viajera en el tiempo en esta misma época, y tú sabes quién es, ¿y no pensaste que debía saberlo?

No le sorprendió que Lucas frunciera el ceño con la misma fuerza que ella.

—Lo consideré, Cora. Pero *oh*, me tomó semanas entender y aceptar la verdad, de dónde vienes. Y aun así, no quiero que busques a nadie ni nada que pueda… no quiero que te vayas.

Cora levantó las manos con frustración.

—Argh. Bien, nueva regla, Lucas. Dos, en realidad. Primero, no puedes ocultarme ni guardarte cosas. Y segundo, tienes que confiar en mí, en que no quiero dejarte.

—Pero no has olvidado tu pasado.

—¡Claro que no! —le reprochó—. Lucas, llevo cuatro meses aquí. ¡Mi otra vida duró veinticuatro años! Mi madre y mi hermana

están allá, mis amigos, mis trabajos… todos esos avances modernos de los que no paro de hablarte.

—Exactamente —gritó él—. Entonces querrás…

—¡No! ¡No quiero! Estás aquí. Quiero estar contigo.

—Entonces no respondas a su convocatoria.

—Lucas, tienes que confiar en mí. ¿Qué hace que no confíes en mí? Yo nunca…

—Nunca me haces caso, en nada, nunca, y Cora, actúas primero y reflexionas después…

—Espera —dijo ella, reconociendo su miedo, que no era infundado—. La otra noche hice exactamente lo que me dijiste.

Él vio la sonrisa que ella no pudo ocultar. Su expresión se suavizó.

—¿Qué hiciste, amor?

—¿Recuerdas? —Señaló la cama—. Cuando me dijiste que bajara el trasero al borde de la cama y tú…

Él tomó el resto de sus palabras con un beso, su beso salvaje y hambriento, probablemente despertado por lo que ella le recordó, aquella noche de pasión desenfrenada.

—No lo tomes a la ligera, Cora —dijo al separarse del beso.

—No lo hago —respondió ella, un poco en broma—. Siéntate —lo invitó, empujando su pecho hasta que la parte trasera de sus piernas chocó con la cama. Se habría sentado sobre él de todos modos, pero él la sujetó para que casi cayera en su regazo. Cora se movió hasta montar sobre él, siempre asombrada, y finalmente agradecida, de lo atrevida que podía ser con Lucas.

—No te dejaré —le dijo, apoyando sus antebrazos sobre sus hombros—. No quiero. Nunca. Esa carta es de alguien llamada Gabby, no Samara. Así que, a menos que Gabby también sea una bruja, no puede moverme a través del tiempo. Aunque debo decirte, Lucas…

—No digas *"aunque"* —interrumpió él, con un ligero tono brusco—. Sin excepciones. Te quedas conmigo.

—Sí. Solo quería decir que no me importaría volver a encontrarme con Samara. Pensaba pedirle que, de alguna manera, le haga saber a mi madre que estoy bien. Que no estoy muerta.

—Ella no necesita…

—Lucas, piénsalo. ¿Qué pasaría si, sin saber de viajes en el tiempo, tuviéramos esto entre nosotros y yo simplemente fuera llevada a otra época y nunca volvieras a saber de mí? Pensarías todo tipo de cosas terribles; probablemente asumirías que fue culpa mía…

—Y probablemente lo sería, igual que lo que te trajo aquí.

—Lo que sea. Mi punto es: ¿preferirías pasar toda tu vida sin saber qué pasó conmigo, o preferirías saberlo?

—Yo… no sé si llegaría tan lejos.

—¿Qué significa eso?

—No sé si llegaría a superar perderte para preguntarme qué, por qué y cómo.

—Claro que sí llegarías. Eres de los que siempre quieren respuestas. Ahora. En este momento. Así que sí, llegarías —bromeó —. Ah, pero piensa lo tranquila y normal que sería tu vida si me llevaran de repente…

—Para. No hables así. Solo atraes problemas. No traigas de vuelta a esa bruja para que te lleve.

A Cora no le importó burlarse de él con un poco de picardía, echándose el cabello sobre el hombro con un movimiento de los dedos.

—Oh. Estás tan obsesionado conmigo.

Él se rio y tomó su rostro entre sus manos, besándola sin piedad.

—Estoy obsesionado, igual que tú conmigo.

—Eso suena un poco a "yo sé que tú, pero ¿qué soy yo?"

—Nueva regla —dijo él, tomando prestada una de sus frases —. Cuando no entienda lo que dices, tienes que besarme.

La sonrisa de Cora se amplió hasta igualar la de Lucas. Fingió un suspiro.

—Está bien —y cerró los ojos, frunciendo los labios.

Lucas deslizó su dedo sobre sus labios fruncidos, lo que hizo que ella abriera los ojos.

—No. Tienes que *besarme*.

—Eres muy necesitado, Lucas —dijo ella, sin reproche—. Rodeó su cuello con los brazos y le dio un beso firme en los labios.

—Lucas, creo que deberías…

—Más.

La besó de nuevo. Cuando él empezó a ponerse impaciente y ella supo que pronto estarían desnudos, lo que ella esperaba con gusto, puso sus palmas sobre su pecho firme y lo hizo detenerse.

—Pero me llevarás a Cairncross, ¿verdad? Tengo que saberlo, Lucas.

Él asintió, aunque no parecía muy contento.

—Te llevaré a Cairncross, amor. *Después* de casarnos. Puedes esperar esas tres semanas, ¿sí? Y solo si prometes que volverás a casa conmigo.

—Lucas, no sé si te das cuenta de cuánto te amo. Estoy loca de amor por ti. Así que sí, siempre volveré a casa contigo.

—Muy bien. Sabes, no obedeces tan bien, así que tengo que preguntar.

—Chistoso, Lucas. Muy chistoso.

—No entiendo.

Cora sonrió ampliamente y lo besó, según la nueva regla.

Fin